
la ola verde
crítica frívola
carlos fortuny

COLECCIÓN HOMBRES E IDEAS

GREGORIO ZINOVIEF

Presente y futuro. Palabras de un hombre de Estado. Traducción del ruso de N. Tasin. 4,00

KARL MARX

El pensador y el revolucionario. Impresiones íntimas y juicios críticos de Lenin, Rosa Luxembourg, Lafargue, Liebknecht, Engels, Eleanora Marx, Plekhanof, etcétera. Recopilados y traducidos por Benjamín Salanova y José Viana. 4,00

WALTHER RATHENAU

Crítica de la época. Traducción del alemán de Pérez Bances. 5,00

JOHN REED

Cómo asaltaron el poder los bolcheviques. Diez días que conmovieron al mundo. . 5,00

GIUSEPPE RENSI

(De la Real Universidad de Génova.)

La filosofía de la autoridad. Traducción de Cipriano de Rivas Cherif 5,00

SALVADOR CÁNOVAS CERVANTES

Pugna entre dos Poderes. Soberanía nacional y Monarquía absoluta. Con el texto íntegro de todas las Constituciones que han regido en España. 5,00

AURELIO BAIG BAÑOS

Ideario de Cervantes. Dos tomos. Los dos tomos. 10,00

W. J. LENIN

Materialismo y empiriocriticismo. Notas críticas sobre una filosofía reaccionaria. . 8,00

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

Los sistemas sociales contemporáneos. Anarquismo, comunismo, sindicalismo, colectivismo, bolchevismo y socialismo. . 5,00

Menéndez Pelayo y sus ideas. 5,00

CARLOS FORTUNY

CRÍTICA FRÍVOLA

LA OLA VERDE

PRIMERA EDICIÓN



ANCHA, 13, ENTRESUELO
BARCELONA, 1931

8600.4
F745c

DERECHOS RESERVADOS

Imprenta de Galo Sáez • Mesón de Paños, 8 • Madrid.

I N T R O I T O

La Pornografía literaria española contemporánea ha sido una deplorable consecuencia de la titulada escuela naturalista, entronizada en Francia con gran éxito económico y artístico por el ilustre Emilio Zola.

La consagración mundial del admirable novelista, autor de *La taberna*, *Naná*, *Teresa Raquin*, *La tierra* y otras producciones en que se manifiesta contundente el genio de un artista observador y audaz, campeón de una misión social, implacable en la pintura de todas las miserias humanas, flagelador de vicios e injusticias, deslumbró a cierto número de escritores españoles que, confundiendo lamentablemente la intención con el resultado, la necesidad con el procedimiento, determinaron imitar torpemente al creador de *El pecado del abate Mouret*, derivando a una clase de literatura que contenía el único defecto del maestro—pornografía auténtica y palpitante—sin ofrecer ninguna de sus cualidades meritorias—apostolado social, aspiraciones éticas, viril protesta contra la injusticia e inmoralidad reinantes, condenación de hipocresías y prejuicios.

Careciendo en absoluto todos los continuadores de

Zola de su mentalidad, fuerte e invencible, patentizaron en las imitaciones tal pobreza de fuerzas artísticas para realizar la labor del maestro, que el espíritu más sereno siente irritación ante el cinismo de quienes osaron titularse sus discípulos.

Puede afirmarse que el Sumo Pontífice de la Pornografía española contemporánea fué Felipe Trigo, gramático abominable, cuyo estilo confuso, de la más preconcebida incongruencia, de un infantil rebuscamiento y una intolerable petulancia, no bastó a anular sus indudables condiciones de novelista erótico.

Felipe Trigo fué el primero en abordar con valentía el tema del amor, estudiado a la moderna, con una inteligente facilidad para ser ofrecido a una clientela ávida de novelas de índole sexual; conocedor de la psicología de las féminas locas, acertó a describir la fragilidad de la sociedad de su época—hoy esa fragilidad se ha convertido en algo que requeriría una palabra clásica e impolítica—y mantuvo bastantes teorías que, aun en pugna con la Moral, no estaban en parte divorciadas del sentido común. Claro que casi todas las novelas de Trigo se caracterizan por un deliberado propósito de mostrar a los protagonistas ante el lector realizando esas vulgaridades de alcoba que desacreditaron a la madre Eva, y a las cuales nunca puede conceder prestigio *la intención literaria*, entre otras razones, porque nadie en justicia podría dictaminar cuándo un novelista se propone conquistar lectores enardeciéndolos bajo el pretexto de *hacer naturalismo*, o cuándo intenta producir una emoción estética o ejerce un apostolado social.

Si a algunas de las novelas de Trigo se las despojase de las escenas pornográficas, de las descripciones lúbricas, de las teorías en pugna con la moral de nuestros días, sólo quedarían relatos mediocres y pesados, alucinaciones de un cerebro enfermo de erotismos, que en su fiebre de violador ni siquiera respetaba a la Gramática.

Sin embargo, una de las pretensiones más enojosas de los panegiristas de Trigo es la de que el implantador en España de la Pornografía sea un filósofo costumbrista (?), un revolucionario de la ética del placer (?), un moralista de vanguardia y otras insensateces con que se ha procurado redimirle de su categoría de novelista pornográfico.

Conviene familiarizarse con la palabra pornografía y sus derivados, analizándolos sin miedo; divulgar su verdadero sentido y concretar su radio de acción para que no se escandalicen los catalogados.

Pornografía, según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*, integrada por varones sesudos que meditan sus definiciones antes de autorizarlas oficial-

mente, significa *tratado acerca de la prostitución, carácter obsceno de obras literarias o artísticas, obras literarias o artísticas de este carácter.*

Pornográfico: *dícese del autor de obras obscenas, y es lo perteneciente o relativo a la pornografía;* y todavía insiste el Diccionario en que pornógrafo *es el que escribe acerca de la prostitución o es autor de obras pornográficas.*

Ahora, nosotros, por nuestra cuenta, añadiremos que las mujeres casadas se dividen en dos grupos: fieles o infieles. Las fieles, como todos sabemos, incluyendo a Pero Grullo, son las que perseveran en el deber, y nunca, ni ante las liviandades del esposo, se deciden a desprenderse del tesoro de su fidelidad conyugal.

Y también es perogrullesco que las infieles son aquellas que no guardan al esposo los respetos debidos. Podrá ser en ellas un atenuante el hecho de disfrutar un número de amantes más reducido o razonable que el de otras infieles; las hará parecer menos culpables la circunstancia de que el esposo, con una mala conducta, las empujase al adulterio; pero desde el instante en que lo cometieron, ya no podrán gozar jamás del calificativo de fieles, ni, naturalmente, aspirar a igual consideración que las casadas íntegras.

Asimismo, las novelas se dividen en dos grupos: novelas en las cuales no figuran pasajes de carácter obsceno, que son aquellos en que se describe libremente

el acto amoroso, y novelas en las cuales este carácter obsceno constituye el principal objetivo.

Por tanto, toda producción literaria en que se aborde el tema de la prostitución y en que se defiendan, expongan o analicen ideas contrarias a la moral establecida y por la cual nos regimos, y contenga pasajes obscenos, debe ser considerada pornográfica, y su autor, pornógrafo, puesto que escribe *acerca de la prostitución y es autor de obras pornográficas.*

La Pornografía no está en absoluto reñida con el arte, puesto que ya la Academia se refiere a *obras literarias o artísticas* que si merecen el adjetivo de *pornográficas* es única y exclusivamente por su carácter obsceno. Un escritor puede poseer una sorprendente cultura, una maravillosa sensibilidad estética, y producir una bellísima novela pornográfica, como Alfredo de Musset, poeta delicadísimo y novelista de proclamada espiritualidad y que, sin embargo, compuso *Dos noches de Gamiani,* obra maestra de la pornografía francesa.

Lo que no puede admitirse es que un autor reclame para sus producciones pornográficas las mismas consideraciones de la crítica y el público que si se tratara de obras honorables. Porque una cortesana podrá ser admirada por su belleza; pero de eso a exigir ser estimada como una mujer honesta, hay un abismo.

El error de algunos de los novelistas pornográficos

españoles, objeto de este libro de crítica profana, es precisamente su desatinada obcecación en no ser catalogados como tales. Después de haber alcanzado por méritos de pluma la categoría de paladines de la Pornografía, después de haberse captado la simpatía de un público numeroso con sus producciones pornográficas, envuélvense lindamente en los siete velos de *la buena intención literaria* y se inculpan unos a otros de pornógrafos, sin querer serlo ninguno.

Es pueril querer apelar al socorrido recurso de la *intención artística.* Shakespeare y Cervantes, en su tiempo, con los cuales no pretenderán equipararse nuestros, hoy pasados de moda, novelistas de agua de *bidet,* para producir emociones que todavía resultan *nuevas* y hermosamente atrevidas, no necesitaron enfangarse en la acumulación de escenas eróticas. El incesto aparece en las obras de los griegos con una sublime magnificencia, sin que se aluda para nada al grosero acto material, que es en los pornógrafos—más o menos vergonzantes—el estribillo que ameniza su labor.

Hay novelista que enjareta una novela de trescientas páginas con el deliberado propósito de exacerbar pérfidamente el deseo del lector. Habrá autor que revestirá la consabida escenita, la implacable función fisiológica, con los más vistosos ropajes literarios; las más fantásticas imágenes de vanguardia se sucederán para fascinación de incautos; pero la obra no dejará de ser

evidentemente pornográfica y, en la generalidad de los casos, condenable, no ya por inmoral, sino por razones literarias y de buen gusto.

Vamos, pues, a pasar revista amena y razonada a los cultivadores de la literatura pornográfica, que tuvo su principio en Felipe Trigo y culmina en Alvaro Retana.

FELIPE TRIGO

He aquí la figura cumbre de la Pornografía, que, como pornógrafo típico, fundador de la dinastía pornográfica, tuvo buen cuidado de curarse en salud y anunciar desde sus primeras producciones que él hablaba en nombre de la Vida y no era un escritor pornográfico, poniendo en circulación este adjetivo, que más tarde habían de justificar sus distinguidos discípulos, y que, como el maestro, también rechazarían.

Autoridad tan austera, documentada y poco sospechosa como Julio Cejador, estudió con detenimiento la labor de Trigo, y, lo que es más grave, le prodigó algunos elogios que desconcertaron a numerosos críticos, quienes, como borregos en manada y tomando el rábano por las hojas, prosiguieron la exaltación de la literatura del autor de *Las ingenuas*, embriagándole de hipérboles magníficas, hasta que sobrevino la reacción, y a la moda de festejar a Trigo se impuso la de combatirle.

Nada tendríamos que oponer a la labor del dictador de la Pornografía, si no complicase su tarea disolvente con un afán de justificar su actuación desmoralizadora. Se puede transigir con el cinismo de un novelista que se limite a pintar inmoralidades, sabedor de que al pasear su espejo frente a los ambientes corrompidos lo hace con la exclusiva idea de documentar al lector en la

putrefacción de la sociedad o, simplemente, recrearse en la indecencia propia. Lo que no se puede tolerar es que este pintor de indignidades intente demoler los principios fundamentales de la ética actual para crearnos una ética nueva, mucho más deplorable que la que él fustiga y trata de sustituir.

Sentirse preocupado por una aspiración de mejoramiento social y perturbar las conciencias con producciones en que aparecen abordadas de preferencia las miserias sexuales es algo peregrino. Para flagelar a una sociedad decadente, para encaminarla a una perfección, no creemos que sea lo más eficaz sancionar el adulterio, fomentar entre los maridos la novedad de un intercambio de esposas y comportarse con la obcecada mala fe del autor de *Las Evas del Paraíso.*

Según Julio Cejador, Felipe Trigo, médico y gran observador de la vida y de los hombres, habíase formado científicamente un sistema sociológico acerca del Amor como clave de regeneración de la humanidad. Profesaba el naturalismo ético de los autores del *Roman de la Rose,* de Rabelais y de Rousseau. El mundo es bueno, los hombres son buenos, la madre Naturaleza manifiesta el bien al hombre y lo que le conviene por la voz de sus naturales instintos. No tiene más que seguirlos; pero la educación cristiana de diecinueve siglos le ha hecho creer que el instinto y la naturaleza son malos y van contra la razón, glorificando a ésta y glorificando a la castidad, y abatiendo en cambio y anatematizando el natural instinto. La pasión y la lujuria son formas patológicas del amor, que el hombre debe refrenar; pero el amor, puramente sensual en la antigüedad, ha de espiritualizarse por el cristianismo, en vez de condenarse y reprimirse, como se ha hecho durante diecinueve siglos. Armonizado ese amor sensual con el espiritual, idealizada Venus por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada, será el amor la potencia civilizadora de la humanidad futura, en vez de ser el azote del mundo y de las almas. Todas las religiones y filosofías, desde la dualista irania hasta la de Schopenhauer, parten del principio innegable de la lucha entre el instinto natural, propio de la animalidad, y la parte superior del alma, entre la carne y el espíritu que conviven en el hombre, y han proclamado las doctrinas de la ética natural, que dicta desde la conciencia las leyes por las cuales la razón, señora de este "animal político" llamado hombre, ha de refrenar y tener a raya los instintos desbocados de la bestia. La doctrina del pecado original, desconocida por Trigo, es para el mismo Schopenhauer la explicación más satisfactoria de esta dualidad del bien y del mal, irreconciliable para todos, menos para Felipe Trigo. Acaso vió al fin él mismo esta verdad, ya que al suicidarse dejó escrito un papel en que reconocía su fracaso y engaño. De todos modos, quiso poner en práctica sus generosos instintos por medio de sus novelas: en las de la primera época, estudiando el amor condenable, el amor de las mujeres españolas, para él "ingenuas", que tienen que luchar entre el instinto y la educación y costumbres sociales, que llevan a ocultarlo; en las segundas, proponiendo modelos del amor futuro, glorificación del amor libre. Pensaba y repensaba, tramaba, discutía y perfilaba con mucho estudio cada una de sus obras. Entregábase a la

observación de la realidad. Después, con toda la franqueza, sinceridad y valentía de quien estaba persuadido de la verdad y bondad de su sistema, describía el amor y las relaciones sexuales entre hombres y mujeres, sin veladuras ni miramientos de ningún género. De hecho es el novelista que más vivamente comunica al lector el fuego de sus enardecidos afectos, no sólo del amor, sino del odio, del horror, del miedo, de lo noble, de lo asqueroso. Toda la escala afectiva, de lo más fuerte a lo más tierno, la tiene en su mano. Trama de la acción, personajes, situaciones, todo está despaciosamente pensado y dispuesto, y todo es real, humano. Cierto; pero en el mundo hay más: no todos son monstruos de lujuria; la honestidad todavía no ha desaparecido de sobre la haz de la tierra; pero, en el fondo, asístele a Trigo la razón, por desgracia, singularmente en la vida urbana y moderna que él describe, y de todos modos él tenía que atenerse a eso: al amor lascivo y feo, en sus primeras novelas; al amor libre, en las segundas; porque de eso trataba, a ese viso quería mirar la vida y los hombres. Puédesele achacar el no ver en personas eclesiásticas y cosas religiosas más que lujuria también, fanatismo e hipocresía, como si no fuera Cristo el que trajo al mundo la guerra contra la hipocresía, el fanatismo y la lujuria, y no hubiese florecido la honestidad entre cristianos como en ninguna otra sociedad de hombres. Pero Trigo no pintaba el cristianismo ideal, sino el pueblo cristiano, y aun para él, conforme a su sistema, el cristianismo había venido a deformar el amor, a abrir más honda brecha entre la razón y el instinto. El cristianismo tenía que ser el adversario nato de su sistema. Siendo éste filosóficamente falso, sus doctrinas tenían que ser eróticas y desmoralizadoras para la gente común, que no se alzaba a la altura de sus intentos. El amor sin cortapisas ni veladuras, con toda la verdad, tal como brota y tiende a manifestarse en el estado de naturaleza; la fuerza del pincel, el realismo, lo humano de las novelas, que en otros asuntos las harían admirables, despertando, por lo frágil de la humana naturaleza, los más bajos instintos y encendiendo el fuego sensual y fisiológico, sofocan las más veces el efecto estético, dando por resultado todo lo contrario de lo que el arte y probablemente el mismo autor se proponía; convirtiendo sus obras, de artísticas que fueron concebidas, en estéticamente malas y reprobables. Proclamemos, identificados con Cejador, que bueno y laudable es poner en la picota los vicios sociales; pero no meter en las novelas más que hombres viciosos y regodearse en describir el vicio en las personas religiosas parece exageración sectaria contra la religión más casta que hubo jamás, y con intento de poner en el padrón de ignominia la lascivia, diríase abrir escuela donde se enseñen las más soeces porquerías y se enciendan los fuegos de la más desapoderada lujuria. Tal vez no sea eso describir la sociedad, sino reducirla a un manicomio de frenéticos y de sátiros, con la coleta de achacar solapadamente esa satiriasis frenética y loca a la religión cristiana, la única que cabalmente predicó en el mundo la castidad y pureza de costumbres. Las ideas que tan vivamente supo exponer Trigo, las creía sinceramente el autor moralizadoras. La ética moderna sobre el amor, la ética del amor libre,

en el fondo, le hacía ver con malos ojos a la mujer española, no dejándole penetrar en los tesoros de nobleza que encierra, convirtiendo en vicios hasta algunas de sus virtudes, descubriendo con sutil sagacidad y exagerando los vicios, e interpretando las virtudes aviesamente, con su doctrinarismo sectario. De aquí también que, sin querer ser inmoral, lo sea de hecho, llevando la descripción realista del amor más allá de donde el arte parece debiera contenerle, si el arte ha de ser decoroso y ha de atemperarse a los gustos sociales, que, sean como sean, han de dar la norma ética al obrar, al hablar y al escribir para el público. Saltar por esos gustos y esa ética social, sea cual fuere, es indecoroso y, por consiguiente, parece feo y antiartístico. La sinceridad y la valentía no han de estar reñidas con la discreción; la prudencia ha de señorear las demás virtudes, so pena de convertirse en vicios. El respeto a la ética social de un pueblo debe exigirse en las obras de arte. Si un pensador tiene algo contra ella, escriba una obra científico-filosófica para pensadores, no obra artística para el común de las gentes. Tal exigen, no sólo la dignidad del escritor y el respeto al público, sino el mismo arte, que busca bellezas que agraden y huye de doctrinas que repugnen al buen gusto de la sociedad.

Quizás estas afirmaciones parezcan exageradas a quienes proclaman a Trigo como un moralista moderno. A nosotros, como a Julio Cejador, nos parece un escritor, aunque inspirado de los mejores propósitos, peligrosamente inmoral; ni siquiera respetable como gramático, ya que su estilo, fastidiosamente confuso, de una rebuscada oscuridad, en fuerza de querer ser personal, resultaba insoportable.

Y lo más doloroso es que la tiranía literaria de Felipe Trigo, la contumaz insensatez con que millares de lectores le siguieron en sus disquisiciones pornográfico-sociales, crearon la turba de imitadores, y los escaparates de las librerías amenazaron derrumbarse ante la ola pornográfica.

Escritores inteligentes, que parecían cuerdos, presentaron síntomas de enajenación literaria y llovieron las novelas eróticas, superando a Trigo en sus desafueros. Todos sus discípulos repetían a coro: "*No somos pornográficos*"; pero sus producciones olían a permanganato desde la portada hasta el índice. Sufrimos una invasión de Margaritas Gautier de 3,50 y de Tenorios modernistas, que no enfermaron a la generación de 1910 de locura sexual por verdadero milagro.

"El Caballero Audaz", uno de los más significados continuadores de Felipe Trigo, le interviuvó en el número 82 de la magnífica revista *La Esfera*, y allí el autor de *La sed de amar* se despachó a su gusto:

—Tú rechazarás el juicio de escritor pornográfico que sobre ti tiene parte de la crítica—parece ser que dijo "El Caballero Audaz" al otro audaz caballero.

—¡Bah! Pero ¿es que aquí hay crítica... de nada? No confundamos los revisteros con los críticos cultos y serenos, que desaparecieron con *Clarín*... Poco caso he hecho yo, como podrás ver, de esa crítica... Sigo caminando por el mismo terreno que empecé, y tengo para mis consejeros y críticos el más piadoso de mis desdenes. "Hombre, Trigo—me dicen los amigos con frecuen-

cia—, ¡qué lástima que su último libro no lo pueda leer mi hija!." "Lo siento por ella—respondo siempre—. Yo no escribo para niñas sin entendimiento, sino para mujeres con cerebro, ¿sabes?... Mis hijas son las primeras lectoras de mis novelas. A ellas las tengo dedicados mis mejores libros... Ya ves."

—Caso raro. Al mismo tiempo que el novelista español contemporáneo más leído, eres también el más discutido, el más combatido.

—Ciertamente; junto a los juicios que muchos críticos de España y de fuera de España han emitido acerca de mi obra, tan encomiásticos que difícilmente pueden sobrepasar los que jamás hayan dedicado a no importa qué otros escritores, algunos, en Madrid exclusivamente, me han hecho objeto de la más rabiosa obsesión de sus ataques. Y, entre otros lugares comunes, repiten que yo escribo como escribo, "pornográficamente", "adulando bestiales pasiones", "por ganar dinero", "por vender"...

—¿Y tú qué dices de eso?

—Figúrate. Me produce el más absoluto desprecio, ese desprecio que merecen quienes sistemáticamente afirman una falsedad sin demostrarla... Que prueben, o intenten siquiera probar, que una sola frase, que un solo concepto de mis libros no encierra lo que encierra, es decir, todo lo contrario: un odio mortal a la pornografía y al vicio y a las bajas y groseras pasiones; que prueben que hay una sola línea en mis novelas donde no palpite el ansia de la dignificación de la mujer, y entonces ya discutiríamos. Pero esos revisteros rehuyen la discusión, a que yo les he dado propicias ocasiones en

varias de mis novelas, y especialmente en la conferencia autocrítica que leí en el Ateneo, y, juzgando idiota al público, dan rienda suelta a sus vaciedades, sin comprender que el público nos lee a ellos y a mí y, rebelde a las tutelas dogmáticas, tiene el sobrado criterio para otorgarle el ridículo a los que intentan volverle negro lo blanco por la sola fe de sus palabras. Como no es cosa de salir a cada momento protestando, y además no me interesa la protesta, yo me callo. Y, o yo no sé lo que me pesco, o, si me guiase al escribir un espíritu comercial, ganaría más en mis novelas suprimiendo algunos pasajes vivamente apasionados y adaptando mi "manera" al gusto general. ¿No?... Pues bien: como en mi obra todo eso constituye su esencia, yo, antes que abdicar de mi personalidad por miras comerciales, doy de lado a todos los éxitos de crítica y de traducciones extranjeras y sigo mi marcha.

—¿Cuál es tu ideal estético, Felipe?

—Te lo concretaré en pocas palabras. Es el de la glorificación de la integridad de la VIDA—espiritual y maternal—; el de la divinización del AMOR, clave única de todas las sociologías del porvenir; el de la redención de la mujer, hoy esclava de todas las hipocresías y de todas las concupiscencias y vicios bárbaros del hombre. En el prólogo de *Las ingenuas* tracé mi camino literario, recuerdo que con estas frases, que no se borrarán jamás: "El Amor como ideal supremo, el Amor TODO, el Amor integrado por la fusión de los dos grandes sentimientos, pagano y cristiano, que se han repartido el imperio de los siglos, pretendiendo también partir el ser humano, o absorberle, mejor dicho, unas veces la

intelectualidad y otras la animalidad. El cielo bajando a la tierra con su azul. Venus ennoblecida por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada..." Esto es todo. Yo creo, en suma, que no pueden ser perdidos los cuarenta siglos de civilización pagana y los veinte siglos de civilización cristiana, y que fundidos pasarán al porvenir... La intelectualidad de este pensamiento, nuevo en literatura, cuando menos, tal vez sea la de una especie de dinamita que en el lago social donde nos vamos ahogando no puede manejarse sin peligro; pero ¿la dinamita misma ha de dejar de emplearse en las minas y trabajos capaces de beneficiar la tierra, porque también la torpeza o la maldad de algunas gentes no vean en ésta más que la violenta fuerza utilizable para el daño o para el crimen?... Si este propósito me impone el estudio del amor y la pasión para ir aclarando lo que contenga de divino o despreciable, no es culpa mía que, por verlo del revés, vean en mis novelas "pornografías comerciales" algunos miopes de inteligencia o ciegos de voluntad.

El amor, como raíz que es de todas las pasiones, se había tratado siempre en la literatura; pero como de soslayo, en sus manifestaciones y consecuencias. Hasta los paganos, entre cuyas adoraciones la más vieja y honda era la de la fecundidad, simbolizada en la Diana de Efeso, toda mamas; en los mitos de Júpiter o cielo fecundador de Hera, la madre Tierra, etc., etc., detuviéronse en la época de su mayor cultura, en la superficie, adorando la hermosura corporal de Venus, dejando para los misterios y para sus iniciados las reconditeces más sin velos de las más añejas y orientales doctrinas

religiosas tocantes a la fecundación. Frases más o menos amorosas en Safo, descripciones más o menos escabrosas en Petronio, humorísticos versos priapeyos, cual rastros del viejo culto, es lo más que puede citarse entre griegos y romanos. El amor entre hombre y mujer, representado en todos sus grados y maneras, con todos sus matices, en toda su desgarrada desnudez, sólo fué llevado últimamente a la literatura por los franceses. La llamada novela pornográfica, la literatura de alcoba, es moderna y francesa de origen, hija de la filosofía sensualista del siglo XVII. Por principio estético no pensaron en ella ni los mismos paganos; el cristianismo, que tiene a la carne por uno de los tres enemigos del alma, contuvo no menos a los escritores de la cristiandad. El renacimiento pagano de Florencia fué, en esta parte, más libre y descocado que el propio paganismo, por haber sido un paganismo artificial, imitado, no espontáneo, y como de reacción contra la modestia y pudor cristiano. Pero hasta estos tiempos jamás se escribió de propósito sobre las relaciones sexuales como asunto literario. Pedro Aretino es una caricatura de Luciano en sus *Diálogos de las cortesanas* y de los demás autores paganos; y, con todo, no llega adonde han llegado los modernos. El naturalismo francés llevó como por la mano a los noveladores franceses a la novela pornográfica. Si todas las fealdades, si las heces sociales todas eran dignas de estudio documentado y de representarse tal cual se hallan en la vida real por medio de la novela naturalista, de su peso se caía que el amor, en cuanto tiene de más feo, bestial y natural, como unión de los sexos con todas las reales manifestaciones

de los instintos bestiales, en las gentes desvergonzadas de la sociedad francesa, podía y debía de ser asunto importantísimo de la novela. Algunos atisbos de este género literario se atrevió a poner ya en las suyas la Pardo Bazán, a pesar de ser señora y aristócrata y de escribir para españoles, que no habían llegado a ese alarmante estado social que trasciende de Francia.

Felipe Trigo, médico y seguidor de las doctrinas científicas modernas, que no ven en el hombre más que un animal evolucionado, por consiguiente, enteramente terrestre, sin un más allá antes de venir al mundo ni después de caer en la huesa, sin alma espiritual de otro más elevado origen y destino, trajo a España este género francés de novela erótica pornográfica, con toda la valentía y libertad de que es capaz un español cuando tiene bien asentado su juicio en una doctrina. En la obra del jesuíta Sánchez pudimos leer las porquerías más puercas que puedan fantasearse acerca de este asunto; pero, como están tratadas científica y fríamente, a lo moralista, para deslindar la licitud o ilicitud de los casos que puedan ocurrir en los actos naturales de los cónyuges, el alma del lector no se empaña ni hasta asquea de lo que va leyendo. Algo de eso les pasará a algunos lectores de las novelas de Trigo, ya por su frialdad fisiológica, o por lo machucho de su edad o firmeza de hábitos y virtudes contrarias; pero lo común y casi universal es que la mayoría de los lectores de tales novelas se dejen arrebatar de la conmoción sensual, del instinto bestial de la carne, y se regodeen y se refocilen y se recalienten en sentimientos que nada tienen de estéticos. Si esto no es así, confesaremos que estamos

equivocados en cuanto vamos discurriendo; pero, puesta la mano en el pecho, piense el lector si no cree que la *degustación* de tales novelas no enciende, en los más, inquietudes peligrosas, cuando no ese fuego devorador de la terrible e indomeñable pasión del instinto sexual, la más fuerte del hombre, la raíz de todo su ser fisiológico. El efecto estético que la hermosura artística representativa pudiera llevar al alma del lector, cuanto más es de delicado, levantado y sublime, tanto más fácilmente se borra del alma, oscurecido por la negra humareda del instinto sexual. Por algo nuestros ascetas, a quienes se les entendía harto de este menester, proclamaban con todo acierto que si las demás tentaciones se habían de combatir haciéndoles rostro, yendo contra ellas cara a cara, sólo la tentación de la carne se podía vencer huyendo. Este enemigo halagüeño comienza desarmándonos, haciendo con su dulcedumbre que se nos caiga la espada de la mano y el broquel del brazo, y atrae y arrastra como el imán al hierro. La fiereza de esta pasión, que arraiga en lo más hondo de la especie, es tal, que esclaviza al triste individuo y le lleva y trae como el vendaval arrastra una pajuela de la era, y le oscurece y ciega la razón, robándole lo que le hace hombre y dejándole tan sólo en su ser de puro animal, que con todas sus fuerzas fisiológicas y sus instintos mañosos requiere y busca, loca y desapoderadamente, la satisfacción del apetito brutal y fisiológico. Esto lo proclama hoy la Ciencia y con sus hechos lo pregonó siempre la Historia y nos lo grita la experiencia de la vida. El arte, que pretende la elevada conmoción estética, no puede caer en el lazo que este bajo instinto le tiende. He

aquí por qué los artistas griegos de la buena época, más sueltos en todo género de lujuria que los cristianos, jamás pensaron en mirar cara a cara a esta pasión, como los modernos; jamás trataron el amor sino de soslayo y en sus consecuencias y manifestaciones, nunca en su misma raíz de amor sexual y en las relaciones francas y desembarazadas entre hombre y mujer, tales como realmente se desenvuelven, y sobre todo el fin que tienen, en el acto mismo sexual y sus inmediatos pasos. Porque eran, ante todo, artistas. Los modernos buscan tan sólo la fuerte conmoción, sin pararse a deslindar si es estética o puramente sensual, de carnal lujuria, que son tan encontradas como el ángel y la bestia, el espíritu y la materia; la belleza, objeto del arte, y la utilidad, objeto de los instintos animales y fuerzas de la naturaleza. ¿Quién nos podrá hacer creer que Safo no tenía facultades para pintar esas cosas con el mismo realismo con que en un par de estrofas, conocidas de todos, pinta los efectos del amor en el semblante y gestos del que ama? Pero los griegos buscaban la conmoción estética, que es puramente humana y está sobre la parte animal del hombre; que es fruto de la razón, que hace hombre al hombre; y no iban a mover esos instintos puramente animales, que ciegan a la razón y aniquilan al hombre, convirtiéndole en pura bestia. Las novelas de Felipe Trigo podrán ser técnicamente artísticas; el realismo, el desmenuzamiento de los afectos, la fuerza de pincel, la verdad sincera, chorrear por todas partes; la viveza del diálogo, hasta el mismo descuido del lenguaje, todo contribuir a que sean novelas admirables de vigor, color y verdad. Pero, por lo mismo, son malas, horriblemente

malas novelas, como afirma Cejador. No ya moralmente, sino literariamente, malas de remate. Jamás la paradoja más parodoja fué menos paradoja. Lo que suelta la paradoja de ser malas a fuerza de ser buenas, lo que da la razón de no ser obras artísticas por serlo tanto, queda ya harto declarado. Porque por el asunto, la conmoción sexual, animal, fisiológica, sofoca el efecto estético, y el fin del arte es el efecto estético; porque la bestia señorea al hombre, y el arte es goce del hombre y no de la bestia. Cualquiera diría que Trigo se hizo estas reflexiones: "Sólo en Francia han tenido valor los novelistas para descubrirnos el amor tal cual es; en España jamás se atrevieron a entrar en la alcoba; han sido unos cobardes los novelistas españoles, y los franceses han sido los únicos novelistas sinceros. Con ellos me voy." Y se fué, efectivamente, y como tenía el don de expresar reciamente la realidad, la expresó como pocos.

Pero no está la sinceridad en decir todo lo que se siente, sino en decir con sinceridad y como se siente lo que es decoroso y conveniente decir. Decirlo todo puede ser desvergüenza, impudor; callar, a veces, no es falta de sinceridad ni cobardía. No es punto de sinceridad desvergonzada ni de desvergonzado atrevimiento este del arte, sino de la prudencia, que está entronizada sobre el mundo moral y estético de la belleza en la expresión que eleva el ánimo. ¿Eleva el ánimo, moviéndolo estéticamente, la literatura de alcoba? Por estéticamente hecha que esté la de Trigo y la de cualquier otro erótico desvergonzado, a lo que mueve es a sensualidad, a lujuria, movimiento enteramente opuesto al estético, que levanta y serena el ánimo. Dígase que esa

literatura halaga a las pasiones, que son los movimientos brutales, animales del hombre; pero no que eleva halagando la parte más noble, la inteligencia y el corazón del hombre, en cuanto hombre o ser racional, intento único del arte. Ni se diga que toda realidad es fuente artística de belleza; porque lo será si está vivamente expresada, pero si, como en nuestro caso, lo bajo del apetito animal se sobrepone a lo racional y la lujuria a la serenidad estética, el efecto total no será estético, sino animal, ni la obra de arte que tal efecto produzca será bella y artística, sino antiartística y fea. Aun suponiendo que el amor no sea esencialmente y en su raíz otra cosa más que la inclinación fisiológica sexual, si pertenece al arte es en cuanto el hombre idealiza esa animal inclinación, mirándola como fuente de penas y deleites del alma, no como deleites y dolores del cuerpo. Que al alma, no al cuerpo, tira la estética del arte. Por eso, también, son fuentes artísticas las demás pasiones fisiológicas, apetitos y operaciones naturales: la venganza, el miedo, el dolor, el hambre, etc., etc. ¿Qué artista se ceñiría en una novela a tan feas operaciones como las del regoldar, vomitar o descomer? ¿Por qué, pues, hay literatura de alcoba y no la hay de letrina? Porque aquélla halaga a la lujuria, y ésta no halaga a cosa que de apetecer sea. No es, pues, con intento alguno estético ni humano, sino puramente lujurioso y animal, por lo que hay literatura de alcoba. Los tipos degenerados, casos teratológicos de neuropatía y psicopatía, podrán caber en una obra, como todo personaje feo, como las sombras que hacen resaltar más los personajes hermosos y nobles, siéndolo los mismos feos por

la manera viva de pintarlos; pero reducir una obra artística a un rebaño de semejantes tipos degenerados, ni es cosa que agrade, entretenga y levante el ánimo, aunque sea Zola su autor, ni lo ha hecho, fuera de él ningún artista sano en tiempo alguno. Sólo tratándose de tipos degenerados, cuanto a la lujuria, ha habido una legión de novelistas franceses; porque a la fealdad teratológica se sobrepone el halago de la sensualidad, Los hombres y mujeres que Trigo pinta en *Las ingenuas* y en *La sed de amar* pertenecen al tipo degenerado, a la neuropatía o psicopatía; son machos y hembras insaciables, cuyo único anhelo es cohabitar, cosa puramente animal y, por el consiguiente, como el regoldar, el vomitar y el descomer. ¡Fin, por cierto, indigno del arte, que si para algo se inventó fué para idealizar la vida y ennoblecer y hacer más hombre al hombre, haciéndole olvidar, en cuanto cabe, que es animal y que tiene que emplearse a sus tiempos en acciones puramente animales!

Arte y naturalismo son cosas que se dan de cachetes. No sabemos cuánto se deleitaría Felipe Trigo con la lectura de Santa Teresa o de San Agustín; lo que sabemos es que las cocotas, ingenuas o no ingenuas, no arrostran con tan para ellas sosas lecturas. Bien se nos alcanza que si, como quiere Croce y supone Zola, el arte consiste solamente en "expresar", sin el antiguo aditamento helénico de que sea "belleza" lo que exprese, el arte de Zola y el de Trigo es verdaderísimo arte. Pero el arte, el "expresar", está sometido, como todo en lo humano, a otra más soberana y universal categoría, que es la prudencia, reina entronizada sobre todas las

virtudes, la cual señala en cada época los límites de lo decoroso, acotando de esta manera el campo del arte, y siempre y eternamente dirá a todo hombre que el arte es, ciertamente, "expresión", pero "expresión humana", de hombres y para hombres; y ser hombres es saber domeñar los desapoderados instintos de la bestia que en sí lleva, enderezándolos conforme a los dictámenes de la razón, que es la que en el hombre ha de legislar, y que hacer arte que desenfrene esos instintos animales y arrollen y cieguen a la razón, que no es hacer "arte humano", es hacer obra de bestias.

El intento de que se den estrecho abrazo Venus y la Inmaculada débese a un hondo pensamiento y a un generoso anhelo de Felipe Trigo. Dios, autor de la carne como del espíritu, y que puso en la unión de los sexos la fuente de la vida y la conservación del universo, no puede ser enemigo de la carne ni de la unión sexual. Ni el cristianismo pensó jamás en tamaño disparate. Lo que sí condenó siempre fué la carne rebelada contra el espíritu, que en tal sentido la llama pecado San Pablo; y siendo esa carne rebelada contra el espíritu lo que el paganismo llamó Venus, y siendo la Inmaculada símbolo de la pureza espiritual y carnal, del señorío de la razón sobre la carne, pretender que Venus y la Inmaculada se den amistoso abrazo es pretender que se lo den la luz y las tinieblas, lo blanco y lo negro, la verdad y el error; es pretender lo metafísicamente imposible. Con toda sana intención erró manifiestamente Trigo en este su intento. Lo que él de hecho pretendía era desesclavizar a la mujer española del pudor, que, según él, era velo hipócrita con el cual ocultaba las mayores lascivias. Pero el velo ese del pudor lo puso la naturaleza con la conciencia humana, a manera de tabú, para enfrenar la concupiscencia, y como palanca de la cual la razón se valiese para reglar los instintos sexuales. Querer arrancar ese velo es ir contra la misma naturaleza. Que la lascivia señorea entre cristianos, ¿quién lo duda, si lo proclama la Iglesia misma? Pero ¿no señorea más entre los neopaganos, doctrinarios del amor libre, y no señoreó en el paganismo muchísimo más, hasta el punto de que apenas podemos formarnos hoy idea? Vea el gabinete secreto del Museo de Nápoles el que quiera conocer el cieno universal de aquella civilización, y no podrá menos de dar gracias al cristianismo, que de ella supo sacar al mundo. Entonces se comprenderá cuánto va de la pagana Venus a la cristiana Inmaculada. Felipe Trigo se engañó en sus generosos intentos.

Y la prueba de que Felipe Trigo se engañó, en los libros y en la vida, es su trágico y voluntario fin. Una mañana disparóse un tiro en su propia casa, y aunque mucho se habló por entonces de su desequilibrio mental, para justificar aquella irreparable determinación, lo cierto es que él dejó una carta a su familia que no puede ser más razonable, y con una sintaxis superior a la que le caracterizaba:

Perdonadme todos. Yo estoy seguro de que de nada os serviría más que para prolongar algunos meses vuestra angustia viéndome morir. Pensad que en esta catástrofe fué el único motivo el ansia loca de crearos alguna posición más firme.

Perdonadme. Perdonadme. Consuelo, esposa mía, már-

tir mía; hijos de mi alma. Si mi vida fué una equivocación, fué generosa. Con la única preocupación vuestra por encima de todos mis errores. Que sirva ésta de mi voluntad de testador para declararos herederos míos de todos mis derechos.

Quizás en esta carta se encierre el secreto de la literatura de Felipe Trigo. Ella nos induce a meditar que tal vez sólo un inmoderado anhelo de lucro le alentase a persistir en el cultivo de unas novelerías que le producían sesenta mil pesetas anuales, justamente el doble del sueldo de un ministro del antiguo régimen, y que deslumbraron a sus imitadores más que los éxitos de crítica.

Porque, en el fondo, lo que se admiraba principalmente de la literatura de Trigo, por sus continuadores, no era la discutible orientación estético-social, sino los miserables rendimientos que armaron la pistola con que el autor de *La altísima* pasó a vida mejor.

ALBERTO INSUA

INDISCUTIBLEMENTE, el individuo que hurta un portamonedas es menos delincuente que el que ha robado siete u ocho. Ahora bien, desde el momento en que se apoderó del portamonedas ajeno, ya sea para lucrarse, o víctima de un ataque de cleptomanía, no puede considerarse tan perfectamente honrado como el que no ha cometido ningún hurto.

De igual forma, el literato que ha escrito una novela pornográfica será menos culpable que el profesional de la Pornografía; pero carece de razón y de derecho para ser considerado íntegro.

En materia pornográfica, Alberto Insúa, ardoroso cubano, ha robado un portamonedas: *La mujer fácil*, que, más que un portamonedas, es una maleta, y si nos apuran mucho, diremos que un baúl mundo. Nada puede empañar *La mujer fácil*, para un espíritu inteligente y liberal, la estimable historia literaria del autor de *El negro que tenía el alma blanca*; pero en un volumen dedicado exclusivamente a los pornógrafos no podía dejar de registrarse esta *hazaña* de Alberto Insúa, que viene a ser una especie de vuelo del *Plus Ultra* por los procelosos y frecuentados mares de la Pornografía.

Hay gran número de mujeres casadas a las cuales hemos conocido un amante oficial y que, además, han coqueteado públicamente con diversos admiradores, y, no

obstante, estas hijas de Eva se adjudican la categoría de honorables y aprovechan cuantas ocasiones se presentan para censurar la liviandad de otras amigas, quizás porque, como dice muy bien Jacinto Benavente, *odiamos a algunas personas que ostentan nuestros mismos vicios, porque nos parece que los desacreditan.*

Tal es el caso de Alberto Insúa, a quien sería injusto regatear una interesante sensibilidad artística, suficientemente patentizada en sus modalidades de cronista, autor dramático, argumentista de películas y novelista. Incluso un crítico tan exigente y meticuloso como Casinos Assens, ha afirmado que Insúa *es un acuarelista delicioso y efímero,* algo así como un pintor de abanicos, psicólogo epidérmico, pero acreedor a un puesto distinguido en las letras cubanas.

Alberto Insúa es autor de un libro primoroso, titulado *Don Quijote en los Alpes,* con el cual sucede exactamente lo mismo que con *La voluntad,* de "Azorín": todos son a celebrarlo, y casi nadie lo ha leído.

Cuenta además en su haber con *El negro que tenía el alma blanca,* novela plenamente lograda y donde se plantea no sólo un sugestivo conflicto sentimental, sino también un amargo problema de raza; *Maravilla* y *La hiel, La mujer que necesita amar, Los hombres, La mujer, el torero y el toro,* y otras producciones no menos célebres, reveladoras de una agilidad de espíritu y una fecundidad envidiables.

Alberto Insúa comenzó influenciado por Marcel Prevost, detalle que ya pregona su buen gusto, y desde 1908 hasta 1930—más de veinte años de producción infatigable—ha evolucionado siguiendo las orientaciones de

los novelistas franceses en boga. Así, pues, en sus novelas se perciben ráfagas de Pierre Loti, Willy, Abel Hermant, Henri Duvernois, según las fechas de la confección, y en las más recientes—*Humo, dolor, placer* y *El barco embrujado*—ya se le descubren afinidades con Mauricio Dekobra y Paul Morand, ahora de moda en París. Quizás no tardemos mucho en verle seguir a Pitigrilli o a los rusos.

Desaparecido Gómez Carrillo, Alberto Insúa es el campeón de la crónica frívola, y ningún otro escritor le aventaja en abordar con elegante humorismo los temas más trascendentales. Posee la difícil facilidad de poder llenar tres columnas de un diario sin exponer una sola idea, o condensar en cuatro líneas apenas todo un curso de filosofía, y su estilo florido, ya más gramatical que en su primera juventud, vagamente bulevardero, le salva de ese pecado de afectación y dogmatismo en que se producen otros literatos más admirados que leídos.

Pero todo esto no ha impedido que Alberto Insúa tuviese un desliz pornográfico. Dió a luz una novela que fué bautizada con el título de *La mujer fácil,* y este parto licencioso ha colocado en entredicho para el resto de su vida la reputación del exquisito autor de *En tierra de Santos.*

Dejemos a un lado los flirteos de Insúa con la Pornografía, latentes, según él mismo declara, en *Las neuróticas, Las flechas del amor, El demonio de la voluptuosidad* y algunas otras obras. Estos son devaneos disculpables en un artista vehemente y apasionado de la vida, tal vez por haber nacido en una tierra demasiado ca-

liente. Pero *La mujer fácil* es un fruto de las entrañas de Insúa, un hijo, o mejor dicho, una hija reconocida, que le obligaba a comportarse con más discreción que se condujo en la tristemente célebre campaña contra la Pornografía.

Alberto Insúa fué uno de los escritores que con más pérfida insistencia encendió en los fiscales y gobernadores civiles el ardor bélico en la guerra promovida contra los novelistas galantes, y menos mal que en su pecado llevó la penitencia, pues como un resultado de la persecución, hoy, en diferentes países de la América latina está rigurosamente prohibida la entrada y venta de determinados autores, y entre ellos figura ¡Alberto Insúa!

Creyeron éste, Pérez de Ayala, Araquistain, José Francés, Hoyos y Vinent, Emilio Carrère y otros, que, combatiendo la Pornografía, retirando de la circulación a los pornógrafos sobresalientes—"El Caballero Audaz", Retana, Belda—, obtendrían algún provecho, y lo que consiguieron fué que, al atacar la Policía y la Magistratura a los autores pornográficos, cayeron en la redada los acusadores con los acusados.

Esto es lo incomprensible. Que un Alberto Insúa, después de un alumbramiento de la categoría de *La mujer fácil* y otros partitos picarescos, se aventurase a proclamar pornográficos al "Audaz" y al Retana y preconizara una batida de cierta clase de literatura que, por estar tan cerca de la que él cultiva, le expone a molestísimos percances.

Para que nuestros lectores se percaten de cómo es la Pornografía de Alberto Insúa, reproduciremos algunos

pasajes de *La mujer fácil*, empezando por la página 97, abierta al azar:

—"El capricho—dijo Arturo—, el capricho consiste en... ¿Se me va usted a enfadar?...

—No. Palabra.

—En..., yo soy como Santo Tomás...

—Acabe usted, por Dios...

—En cerciorarme de la dureza de sus pechos. ¿Me perdona el ser desconfiado?

—¡Oh, sí! ¿Era eso... nada más?

Aurora estaba ligeramente emocionada. Arturo comenzaba a perder su sangre fría. ¿Cómo concluiría aquella broma? Ella se acercó y le ofreció sus senos.

—Ande, toque usted, desconfiado...

El puso la mano sobre los pechos, y donde creía hallar flacidez e inconsistencia encontró dos senos fuertes, recios, duros, erectos como los de una Venus de veinte años. Dió un paso atrás, y, sinceramente admirado:

—Aurora, ahora tengo otro deseo. Quisiera ver sus pechos desnudos.

Ella sonrió triunfante.

—¿Por qué no? Vea usted. Toque...

Y desabrochó el corpiño. Las blancas esferas de sus pechos brotaron de entre encajes. Arturo las acarició con dulzura. Luego puso un beso en cada pecho. Sentía ya, con fuerza irreprimible, el deseo de poseer a Aurora. Comprendió que en aquella aventura debía irse de prisa, aunque sin abandonar la delicadeza.

—Aurora—dijo—, yo quisiera verla a usted desnuda. Verla nada más... Admirar su cuerpo.

Aurora respondió:

—Bien. ¿Por qué no? Pero eso ya es más grave. Voy a cerrar la puerta de la sala, y así quedamos incomunicados.

Y luego, mientras se desnudaba y caían sobre las alfombras sus ropas perfumadas:

—¡Pero qué caprichoso es usted!

Arturo compuso a su modo la colcha de la cama donde momentos antes estuviera con Magda. Aurora, completamente desnuda, se extendió en el lecho. El, desde los pies, la contempló un instante. El desnudo pleno no poseía la perfección: con relación al torso, las piernas eran cortas y delgadas; aparecía demasiado ancha la curva del vientre...

Todo podía perdonarse, porque de la cocota emanaba un olor a mujer pulcra y a mujer galante; porque las ropas de que se había despojado eran elegantes y seductoras; porque, en fin, los senos seguían siendo un prodigio, y él, Arturo, por una vez deseaba conocer a Aurora carnalmente. Se desnudó. Fué Aurora la que rompió el fuego, y cuando iba él a adoptar una postura viril:

—No, eso todavía no—murmuró la cocota—. *Je veux une autre chose..., plus belle..., plus delicate...*

Arturo, sonriente, la dejó hacer. Ella extendió por el vientre y los muslos de Arturo la gravedad de sus pechos. Y sutil y voluptuosa comenzó la caricia."

Esta escena, además de pornográfica, es atentatoria a la gramática; pero en la página 86 se encuentra lo siguiente:

"Los ojos de la muchacha, sumisos, curiosos y asombrados, tenían un desmayo de derrota... Morales se sintió dueño de la situación, y con toda la sangre fría compatible con su fiebre sexual, la colocó blandamente sobre sus piernas, y, abrazándola, comenzó a besarla, balbuciendo frases mimosas que ella, a lo mejor, escuchaba por primera vez. Aún protestaba en voz baja, roja de vergüenza:

—No. No, señor. Mire que vienen.

Arturo pensó en los criados, en un escándalo... Menos mal que lo peor, el marido, estaba lejos, descansando un momento de sus dolores fulgurantes... (?) Ya era tarde para retroceder. Su mano, que ya se escondía entre las ropas y la carne de ella, comunicaba a todo su cuerpo la sacudida del deseo... Le dió un beso más largo, más húmedo, más dominador. Ella temblaba y sus ojos se abrían y cerraban por el gran nerviosismo de los párpados... La derribó en el sofá. Tuvo unos segundos de vacilación, de impotencia, durante los cuales, sudoroso y jadeante, sólo veía las medias de Victoria, medias negras con rayas circulares, horribles... Forzando un poco su virilidad, se acopló a Victoria. Fué una cópula apresurada, rápida, violenta... Ella se tapaba la cara con las manos."

Como verán nuestros lectores, Alberto Insúa lucha bizarro con la sintaxis, aplicando con genial desacierto los pronombres; y en la página 55 sigue la apoteosis de los puntos suspensivos:

"El la veía, los ojos relampagueantes de lujuria, los labios temblorosos... Sentía sobre su pecho los senos erectos y retadores, y sobre sus muslos los muslos fuertes de ella, separados... Y entre besos:

—¡Quiero ser toda tuya..., toda tuya... ¡Líbrame de ese hombre..., de Paco!

No la escuchaba. Sus manos, lascivas, temerarias, apretaban los pechos tersos o recorrían torpes las piernas, deteniéndose agarrotadas en el obstáculo de una liga o de un lazo.

La mano de Arturo sentía ya la impresión cálida y suave de la carne de ella y llegaba trémulo a los parajes ocultos. Sin pensar, sólo nervios y sexo en aquel instante, la suspendió por las axilas y de un modo brusco la derribó de través en la cama. En la penumbra, entre las ropas estrujadas, brotó la blancura de los muslos. Al primer contacto sexual, bravo y violento, Charito sofocó un grito y un sollozo."

En la página 110 aparece una escena tan espiritual que no podemos resistir a la tentación de reproducirla:

"Paquita acariciaba por encima de las ropas las virilidades del dibujante. Polito, fingiendo un gran placer, ponía los ojos en blanco. El mozo, que se anunció discretamente, interrumpió la escena.

Polito sirvió vino. Pasaron unos minutos largos, que consagraron Octavia y Arturo a charlar, y Paquita y Leopoldo a sus contactos lúbricos. El rioja y el *champagne* bebidos en la cena disiparon en absoluto el mal humor de Morales. Su primo y Paquita comenzaron a discutir. Pretendía Polito que la muchacha se desnudase.

—¡Quiá, hombre, yo no me quito la ropa con este frío! Además, para lo que quieres hacerme no estorban las faldas.

—Pues así, vestida, no va a pasar nada...

—Me da lo mismo. Puedo prescindir de ello.

Y tomó asiento en el diván, correcta, fría, tranquila, segura de sí misma. Polito, con los ojos brillantes y la lengua torpe, se dirigió a Octavia:

—Oye, mala sorra, pendonaso, ¿por qué no te acuestas con mi primo?

Octavia palideció:

—Sí, hombre, me acuesto; ¿y qué?

Morales se acercó a Polito:

—Has bebido demasiado. Sé prudente.

Polito contuvo un ademán de ira, y bajando los ojos:

—Bueno, marcharos. Dejarme solo con ésta.

Octavia y Arturo entraron en la alcoba, y, venciendo la repugnancia, se echaron vestidos en la cama. Convinieron en que era indecente aquello.

—Esto no es la casa de Aurora—murmuró Morales.

—Esto es asqueroso—afirmó Octavia.

La curiosidad de Polito les sorprendió en plena cópula. Arturo protestó:

—¡Vete de ahí, sucio, borracho!

—¡Pero qué tío!—agregó Octavia.

Desde el comedor llegó la voz flemática de Paca, haciendo un comentario:

—¡También son ganas de tener la vela!

El dibujante, un poco avergonzado, volvió a su sitio; y cuando, minutos después, entraron en el comedor Octavia y Morales, vieron a Polito con la cabeza perdida entre las enaguas de Paquita, que permanecía impávida, sonriendo sutilmente irónica. Octavia lanzó una carcajada. Polito volvió la cara apoplética, con los ojos extraviados, el bigote y los labios brillantes. Y dijo, bal-

buciente, algo que Morales, abriendo bruscamente la puerta del "número cuatro", para salir al patio, ya no pudo oírle. Le producía la vergüenza una impresión de ahogo. Necesitaba aire."

Y, para no abrumar a nuestros lectores, transcribiremos para final lo que ocurre en la página 150:

"Morales, pisando con sigilo, entró en la sala. Se detuvo un instante, frente al espejo de la consola Luis XV, creyendo haber oído la voz de Charito, sofocada, y la risa de Magda. La alfombra apagaba el ruido de sus pasos. En el gabinete hizo otro alto. Un biombo se interponía entre esta habitación y la alcoba de Magdalena. Puesto en pie Arturo, junto al biombo, podía ver cuanto ocurriese al otro lado, al través de una suerte de diminuta balaustrada en que remataba el mueble. Hizo estas consideraciones replegado junto a un armario. Enemigo del espionaje, pensaba no aprovechar esta ventaja, haciendo notar su presencia con una voz o una carcajada; pero el chasquido vibrante de un beso dado en la alcoba le hizo adoptar por instinto la posición referida... Sobre la cama, unidas en postura lúbrica, Magda y su amante le brindaban una escena lesbiana. El cuerpo, de un blancor lácteo, de Charito se hundía ágil y rítmico en el cuerpo de Magda, hermano del suyo en belleza. La espalda de su querida, encorvándose y extendiéndose, era el resorte de los muslos, que tenían un movimiento de ataque. Frente a sus ojos asombrados, las curvas calipigias de Charito mostraban su esplendidez seductora. La cabellera sombría se vislumbraba detrás de la línea mórbida de los hombros. Bajo la carne de alabastro, en un dulce relieve movedizo, la

espina dorsal conducía su flúido impulsor de erotismo. Se veía desfallecer a Magda, la rubia cabellera despeinada, entreabierta la boca suspirante, bajo el viril ataque de Charito. Se sospechaba, al encontrarse ambas en apretado abrazo, el roce nervioso de los senos, que parecían sacudirlas en una vibración eléctrica. Se oían los besos, lentos, voluptuosos, y el rumor poco perceptible del choque de las carnes. Blancos y extendidos, en actitud de martirio, se ofrecían los brazos y las piernas de Magda en los instantes de lentas caricias. El dorso de Charito, siempre ágil y cada vez más inflamado de ansia lujuriosa, llevaba a Morales una rara emoción de belleza y de ensueño (?). Seguía maravillado la dulce evolución de su querida, incapaz de pronunciar una palabra, sugestionado hasta el punto de no atreverse a cambiar de actitud. Le latían las sienes con violencia; por momentos sentía amagos de congestión. Y con las fauces secas, amargas, y la respiración anhelante, comenzaba a sentir, imperioso y brutal, el deseo de hacer suyo aquel cuerpo de mujer, que se aparecía a su imaginación, ya excitada, con raras semejanzas: la espalda ondulante y la doble curva entreabierta le hacían pensar en un caballo blanco desbocado; y cuando uno de los brazos de Charito se elevó para imprimir más energía a un movimiento, fué la visión de un cisne de alabastro la que cruzó fugaz por su mente enloquecida. Luego, al hacerse más vehemente y vertiginosa la cópula anormal, el sexo arrebatado le hizo llegar hasta el grupo lesbiano en un salto de fiera. Sus manos cayeron como garras sobre su amante. La poseyó con furia, con rabia, con la rapidez y el impulso de un bruto en celo. Y

al caer de espaldas, jadeando, la risa fría de Magda le hirió los oídos:

—¡Ay, qué gracia!

Charito, derribada sobre él, le besaba.

—Vida, vida, si estabas ahí, ¿por qué no avisaste? ¿Por qué me dejaste?...

El la apartó bruscamente, celoso al recobrar su normalidad cerebral.

—No avisé, para veros..., golfas, viciosas...

Y dejando la cama, con la mirada trágica sobre Magda, que no dejaba de reír:

—Tú tienes la culpa... Eres una prostituta completa, una espuerta de vicios.

Magda apoyó un codo en la almohada, y, dando a su desnudo una majestad afrodisíaca, repuso risueña:

—¡Ya! Si Charito es una santa. Ya la has visto...

El entonces, recogiendo la ironía, se acercó a Charito, que se lavaba, aún desnuda, en un extremo de la alcoba.

—¿Es que gozas con ella más que conmigo?

—No—le respondió la querida velándose el bajo vientre con la toalla—; es que contigo soy mujer, y con ella..., soy hombre.

No supo contestarle. Volvió a Magda los ojos, en una larga mirada de temor y de odio; Magda era el enemigo; Magda quien llevaba a Charito al abismo...

—¡Golfa! ¡Sucia!—exclamó dirigiéndose a ella—. Cuanto hay de inmundo lo tienes tú... Has pervertido a Charito, le has dado algo de tu carne de ramera... Pero yo sabré redimirla, te lo juro... La apartaré de ti... No quiero que la entregues a todos tus amantes como a mí

me la has entregado... Ya que he hecho esto, que no sé si es un crimen, me propongo salvar a Charito... ¿Te enteras? Soy franco contigo.

Magda le miró con desprecio y, sentándose en la cama para estirarse las medias:

—Chico, tú debes de ser idiota... Contigo no se puede... Aunque no necesito disculparme, porque tus juicios me importan un comino, ya habrás visto cuál es más viciosa de las dos... Yo me acosté, porque tenía un poco de jaqueca, y tu querida vino a violarme.

Arturo se volvió a Charito, que terminaba de vestirse en el gabinete.

—¿Es cierto eso, Charito?

—¿Para qué negártelo? Pero fué ella la que me excitó diciéndome que la ayudase a desvestirse. Tú que la has querido, ¿no sabrás disculparme? ¿No es linda mi prima?

Buscó donde sentarse, anonadado por aquella lógica de Charito. Se consideraba fuera de su ambiente, y se resistía a transigir con aquel otro de vicio y de anormalidad sexual que entonces respiraba. Y recordando la escena sáfica, pensaba que no era un sentimiento de repulsión, sino de celos, el que le excitaba a execrarla. Su sensatez de varón primitivo hacía concesiones y comenzaba a encontrar bello aquel enlace de cuerpos femeninos."

Como podrán apreciar nuestros lectores, esto es Pornografía aguda; Pornografía irrebatible, de la cual el propio Alberto Insúa, en el *post-scriptum* de *La mujer fácil* puesto a la edición de 1920 afirma: "*me sonroja y me irrita como el recuerdo de una aventura de lupanar*".

Claro que la arquitectura moral de Alberto Insúa es tan acomodaticia que le permite sonrojarse y a la vez autorizar la novena edición de una obra que, según él, *era un accidente, un mal paso en su vida literaria*, y de la cual el ilustre periodista Alfredo Vincenti afirmó en la Redacción de *El Liberal* con sus ojos irritados como flechas, los ojos en colérica expresión y las manos como para maldecir o exorcizar a Insúa:

—¡Qué libro! ¡No hay una página donde no suceda una porquería!

—Está tomado del natural—parece ser que adujo el autor.

—¡Del natural!—exclamó Vincenti—. ¡Claro! Pero de la parte baja del natural. El hombre tiene estómago, sexo, cerebro y alma. El de su libro de usted es un ser monstruoso que sólo tiene sexo.

Menos mal que Alberto Insúa reconoce que durante algunos años *La mujer fácil* originó que le confundieran a él con los autores pornográficos, declaración tan pintoresca como si un sujeto sorprendido *in fraganti* robando una cartera se lamentase de que le confundieran *con un ladrón*. ¡Qué comodidad añadir luego que aquello fué un accidente o un mal paso! ¡Y sobre todo, qué *cara dura* confesar rubor por la perpetración de un libro que en vez de hacer perdonable con su desaparición, se encarga de divulgar mediante nuevas ediciones! Esto se llama encender una vela a Dios y otra al Diablo.

Volvemos a repetir que ninguna de las innumerables torpezas contenidas en *La mujer fácil* empañan para nada la gloria literaria de Alberto Insúa, y que, a pesar

de ese libro nefando, como él dice muy acertadamente, el gran público siempre le conocerá por su artística labor en producciones donde no se hace la más leve referencia al acto fisiológico.

Ahora parece ser que Insúa deriva a ese género de novela que algunos llaman cosmopolita, y del cual decía Blasco Ibáñez que resulta las más de las veces un catálogo pueril de nombres de hoteles, de *cock-tails* y de marcas de automóviles, por debajo del cual se estira con dificultad la más vulgar de las aventuras.

Alberto Insúa intenta seguir los pasos del insigne autor de *Mare Nostrum*; pero lo innegable, lo que es preciso dejar bien afirmado para la historia de la literatura española en los albores del siglo XX, es que Alberto Insúa, uno de los primeros novelistas de su época, cultivó la Pornografía, lo cual no fué obstáculo para que posteriormente fuese uno de los más enconados perseguidores de sus compañeros de liviandades literarias.

¿Hipocresía? ¿Arrepentimiento? ¿Redención espiritual? ¿Amargura ante el éxito ajeno?

¡Chi lo sa!

RAMON PEREZ DE AYALA

REVERENCIEMOS oficialmente al gran fantasmón de la actualidad literaria, artífice sin patente de la lengua castellana y filósofo de menor cuantía Ramón Pérez de Ayala, que ha ennoblecido la Pornografía cultivándola en algunas de sus más aburridas manifestaciones, si bien lo ha hecho de una manera vergonzante.

La primera erupción pornográfica de este hoy edificante académico de la Lengua titulóse *Tinieblas en las cumbres;* y el más tarde laureado autor de *Tigre Juan* empezó por avergonzarse de su equívoca hija literaria, lanzándola a la circulación con el seudónimo de Plontino Cuevas.

Tinieblas en las cumbres, novela recomendada por el doctor Marañón contra el insomnio, es una sucesión de escenas escabrosas desarrolladas con motivo de la excursión que realizan a un monte para presenciar un eclipse de sol ciertas rameras—no hay para qué emplear otra palabra más gráfica—en unión de varios ciudadanos que repiten con frecuencia: ¡Leche! ¡Releche!, y otras exclamaciones igualmente espirituales, que probablemente preconizará la Academia cuando su nuevo miembro, que es maestro en el buen decir, empiece a tener voz y voto en esas sesiones donde, mientras unos roncan, los despiertos hablan mal de los dormidos.

El hecho mismo de que Ramón Pérez de Ayala fir-

mase esta producción suya con seudónimo ya expresa claramente que no era un libro conceptuado por él con resistencia suficiente a cimentar un prestigio de novelista.

Sin embargo, más tarde—quizás aconsejado por Belmonte o cualquier otro de sus tertulianos no menos intelectual—varió de criterio, y al editar las obras completas no vaciló en incluir *Tinieblas en las cumbres* en la colección, si bien para descargo de su conciencia solicitó y obtuvo del glorioso Pérez Galdós la confección de un prólogo cantando los méritos artísticos del regocijante padre de *La pata de la raposa.*

Prologar una novela pornográfica con un juicio crítico favorable al autor de ella, aunque este juicio crítico proceda del creador de los *Episodios nacionales,* es de una incongruencia tan definitiva, como si un fabricante de gomas higiénicas las expendiese con un prospecto donde figurase un autógrafo del obispo de Madrid-Alcalá garantizando que el industrial oía misa entera los domingos y fiestas de guardar.

El prólogo de Galdós no resta categoría pornográfica a *Tinieblas en las cumbres.* Demuestra únicamente que don Benito, aunque chocheaba bastante en sus últimos años, admiraba en sus ratos de lucidez a Pérez de Ayala, cosa que no asombrará a nadie, ya que la labor del festejado autor de *Belarmino y Apolonio* merece la atención de todo amante de las letras.

Solamente poseyendo la intrepidez de Pérez de Ayala se puede pretender y a veces conseguir que el lector soporte volúmenes de 300 páginas, faltos de toda amenidad y con una filosofía de 0,65. Pero Ramón Pérez

de Ayala es un mago del lenguaje, y con sus obras sucede lo que con cierta clase de mujeres: no son atrayentes; pero las toleramos en sociedad porque se presentan bien vestidas. Pérez de Ayala engalana a las hijas de su imaginación con tales ropajes literarios, que vale la pena de sofaldarlas. Por sus méritos de escritor, conseguiría que confundiésemos a un cocodrilo egipcio con una señorita del conjunto de Romea.

Para unos, Pérez de Ayala es un clásico; para otros, no pasa de ser un pelmazo con talento, de sospechosa imparcialidad desde que tuvo la comodidad de oponer reparos a la labor escénica de Jacinto Benavente y, en cambio, se pronunció por el repertorio de Arniches. Eso de posponer *La noche del sábado* a *El amigo Melquiades* o *La malquerida* a *El pobre Valbuena,* será muy "epatante"; pero colocaría en entredicho la buena fe del auténtico Aristarco.

Hay quien asegura que Pérez de Ayala es un hombre de ideas. De ideas ajenas, añadiremos. Porque en toda su producción no hemos encontrado nada que pueda ser diputado irrefragablemente original. Original es, indudablemente, otro Ramón—Gómez de la Serna, malabarista delicioso de la imagen, pozo de extravagancia donde abrevan nuestros efebos cuarentones de vanguardia—; pero Pérez de Ayala, que posee el don de la asimilación, domina también el truco de decir al revés lo que otros expusieron al derecho, con lo cual parece que descubre algo nuevo.

Sería infantil regatear talento a Pérez de Ayala. Pero el suyo es un talento pétreo, frío, que no emociona. Así sucede que en *Tinieblas en las cumbres,* obra de am-

biente y situaciones pornográficas, que hubiera servido a un escritor vibrante—Carrère, Vidal y Planas, Joaquín Belda—para crear una novela afrodisíaca, Pérez de Ayala ha hecho pornografía gris y vergonzante, que ofrece la ventaja de que sólo pueda arrebolar al autor en las primeras ediciones, y, en cambio, surja posteriormente, avalada por una autoridad tan poco sospechosa como Pérez Galdós.

Se ha consagrado a Pérez de Ayala antes de su ingreso en la Real Academia de la Lengua como un valor positivo entre la intelectualidad española; pero, posiblemente, ahora tratarán de amargarle las delicias del confortable sillón, y hasta puede que le envuelvan como a Salomé en los siete velos de la indiferencia.

Lo innegable es que la Academia no le abrió antes sus puertas porque hubo quien entre la producción juvenil del quincuagenario pollo halló volúmenes infiocionados e infecciosos de pornografía. Y estos volúmenes son, a más de *Tinieblas en las cumbres, A. M. D. G. (La vida en los colegios de jesuítas)* y *Luz de domingo.*

A. M. D. G. carece de la intensidad novelesca, de la intención social, de la finalidad antijesuítica de *Sebastián Roch*—no tendremos que esforzarnos en advertir a nuestros lectores que Octavio Mirbeau es un novelista de universal prestigio, y Pérez de Ayala sólo puede pasar por genio en casa del torero Belmonte, o si le comparamos con Augusto Martínez Olmedilla—; y lo que hay en *A. M. D. G.* de pornográfico no es realmente para horripilar a nadie. Desfilan por dicha novela los consabidos colegiales, que son más bien colegialas, y los inevitables frailes que tienen algo de monjas;

pero, en justicia, pecaríamos ensañándonos con estos desahogos de Pérez de Ayala.

En cuanto a *Luz de domingo,* es la refocilante historia de dos enamorados a quienes sorprenden en el campo siete mozos de un pueblo y hacen objeto de irreparables ultrajes. No es que violen también al novio, como hubiera discurrido Retana; pero a la infortunada Julieta la ofenden los siete mozos en su parte más honorable ante las afligidas barbas de su infeliz Romeo, al cual atan a un árbol para que presencie el espectáculo de cerca y sin poder verificar interrupciones.

Quizás este lubrificante relato, que está *fusilado* de una aventura de las hijas del Cid, sea calificado por los críticos optimistas de naturalista, realista, modernista o vanguardista; a nosotros nos parece sencillamente *pornografista. Luz de domingo* es un caso de pornografía típica, académicamente revestida de galas literarias; pero pornografía al fin, grata a los viejos libidinosos y a los estudiantes enfermos de obscenidad.

Tinieblas en las cumbres, A. M. D. G. y *Luz de domingo* son las tres producciones pornográficas en méritos de las cuales figura Ramón Pérez de Ayala en este volumen, alternando con López de Haro y Artemio Precioso. Son tres, como las hijas de Elena, y, como éstas, ninguna buena. Porque, triste es proclamarlo para tranquilidad de los inmortales de la calle de Felipe IV. ¡Pérez de Ayala es un fracaso como novelista pornográfico!

Una de las cualidades exigibles al escritor pornográfico es habilidad para producir una emoción medular

al lector. Las obras pornográficas que no excitan son como esas prostitutas que se desnudan, adoptar una actitud lasciva y excitante y el cliente se queda como si le tocaran el pasodoble de *La calesera*.

Si se nos refutase que el desnudo artístico es casto, nosotros replicaríamos: es que hay desnudos que no pueden ser jamás artísticos ni castos por su actitud. Esa escena de los siete mozos violando a la protagonista de *Luz de domingo* no está trazada con la austeridad de una reseña periodística. Nosotros descubrimos en ella una intención perversa, que la frialdad del temperamento del autor y su carencia de valentía ante la opinión pública ha impedido que aparezca latente. Pérez de Ayala se ha recreado morbosamente en esta escena, que es la capital de la obra; pero al mismo tiempo y para prevenir posibles inculpaciones de pornógrafo descarado, ha sorteado tortuoso lo que él juzgó conveniente.

Esto es lo que calificamos de Pornografía vergonzante. Pérez de Ayala se guarda de hostilizar la sensibilidad erótica del lector, no por falta de ganas, sino por incapacidad e hipocresía literarias. Le sucede lo que a esas damas casadas que ostentan la categoría de honorables, que meditan antes de entregarse a un pretendiente: primero, por no perder su respetabilidad; después, porque no llevan limpia la ropa interior, y, finalmente, porque son frías de temperamento. Pero, claro que, así y todo, ellas concluyen aceptando el amante aunque haciendo protestas de honradez, apagando la luz de la alcoba para que no se les vea en camisa y

poniendo de su parte todo lo necesario para que el favorecido pase bien la velada.

Como no se trata aquí de analizar seria y doctrinalmente la producción de ningún autor, sino exclusivamente de acusar sus deslices pornográficos, señalados los abortos de un escritor que tantos partos felices ha tenido, declarada la devoción literaria que sentimos por este culto ensayista, admirable novelador, prosista inmarcesible y belmontista incondicional, que en *Tigre Juan* ha cincelado páginas que no las mejoraría ni el auténtico don Miguel de Cervantes, pasemos a ocuparnos de otro de sus encopetados correligionarios.

EMILIO CARRERE

EMILIO Carrère es un caso de cinismo desconcertante. Cuando se inició la campaña contra la Pornografía, él fué uno de los caudillos voluntarios que con más ardor bélico arremetió contra los cultivadores de esta clase de literatura.

Leyendo sus artículos ensañándose con Alvaro Retana cabría suponer que el autor de *Elvira, la espiritual* se hallaba libre del pecado pornográfico, y, sin embargo, Emilio Carrère ha cultivado la pornografía a toda orquesta, y ahí están sus admirables producciones de *La Novela de Hoy* y *La Novela de Noche*, que incluso hasta han sido objeto de proceso por escándalo público.

Emilio Carrère posee la difícil facilidad de asimilarse una escuela ajena, dotándola de personalidad propia. No es como Villaespesa, un salteador intrépido, que se apodera de cuantas bellezas literarias le deslumbran y las firma con una impavidez que exaspera a Eugenio de Castro, Julio Dantas y a otros poetas lusitanos.

Emilio Carrère se molesta en desfigurar lo que saquea, y hasta lo avalora notablemente. No incurriré en la vulgaridad de acusarle de plagiario; pero tampoco me permitiré la libertad de proclamarle original. Sin Edgard Poe, Verlaine, Baudelaire y otros cuantos rezagados de Oscar Wilde, Emilio Carrère no habría

podido pasar por poeta ni en la China, que es donde se gasta la manga más ancha.

Sentemos, pues, aun exponiéndonos a incurrir en la furia iconoclasta del celebrado cultivador de los paseos líricos del pobre Lelian, que sus poesías, aunque encantadoras, no representan en España nada nuevo—Rubén Darío, Bécquer, fueron *nuevos*, como hoy lo son Federico García Lorca o los Machado—, y lo más sensible es que Carrère nos trajo con retraso el cliché de Verlaine-Poe-Baudelaire.

Uno de los inconvenientes de seguir las modas extranjeras es adoptarlas con retraso. Cuando uno se las pone, la gente que ha viajado—en estos casos, leído—piensa:

—¡Pero si esto es más viejo que una estrella de variedades!...

Emilio Carrère no ha caminado con su época. Sin duda, no domina el francés; lee a sus clásicos ya traducidos, y como nuestros editores se los brindan tardíamente, entre que se deja influir por ellos y compone sus obras, cuando salen, despiden cierto tufillo rancio.

El principal defecto de Emilio Carrère como novelista es la reducción de su horizonte. Es un hombre que sólo conoce la prostitución económica, las miserias de la bohemia, la triste vida de los empleadillos del Estado—véase *Bienaventurados los mansos*, formidable de observación—, los restaurantes de baja estofa, los cafés de segunda categoría, y con este radio de acción tan corto, sus concepciones se resienten, naturalmente, de plebeyez y de monotonía. Los grandes salones de la aristocracia, los *boudoirs* de las cocotas elegantes, los

hoteles costosos, las playas de lujo y todas las facetas de la vida cosmopolita, de un ambiente refinado, que son familiares a Blasco Ibáñez, Joaquín Belda, Hoyos y Vinent, "El Caballero Audaz" y la generalidad de los novelistas calificados de galantes, son absolutamente desconocidos para Carrère, y por eso la pornografía de sus obras no es elegante, perfumada, incitadora, sino triste, sombría y maloliente.

Sólo por la fuerza avasallante de su portentosa imaginación, por la innata aristocracia de su espíritu, por su lirismo exuberante, ha podido Carrère abordar triunfador ciertos ambientes de por sí repulsivos. Vea el lector con qué intensidad voluptuosa, con qué fragante estilo, Emilio Carrère aborda la Pornografía, y analice la elegancia con que describe en *La casa de la Trini* un burdel análogo a esos que tan indiscretamente escenifica Vidal y Planas, para que de la comparación resalte victorioso el autor de *El caballero de la muerte.*

"Y enlazándola por el talle, se la sentó en las rodillas. Ella fingió que quería huir del abrazo; pero sus ojos brillaban de deseo.

—¿Es que no te gusto, morucha?

—Como gustarme, me gustas un rato largo, ya lo sabes tú; pero si luego te vas alabando por ahí y se entera ella, me va a poner el cutis como un mapa.

—¡Exagera tú algo!

Mientras, la muchacha se dejaba acariciar con una alegría íntima—tan de mujer—de engañar a la otra, la dueña de la casa, una de las golfas más célebres y más guapas de Madrid. Desde que le conoció la entró

el capricho por él, que, además de ser un buen mozo, era el macarra de moda.

—Desnúdate.

—¡Que te crees tú eso!... Pa que nos pillen en la cama... Otro día nos vamos a comer juntos y...

—No; ha de ser ahora mismo.

El Marquesito comenzó a besarla como él sabía, y la Monja, encendida de ilusión, le besó también, con un ardor de ramera apasionada, fuego delicioso y arrollador que no sospechan las mujeres honestas.

La Monja tenía un encanto andrógino; delgada y serpentina, con los pechos pequeñitos como dos dalias, y los flancos apenas iniciados. Frágil, de un suave color de miel; el cabello, cortado, en melena, y el rostro casi infantil, vicioso y cínico, de gorrión del arroyo madrileño.

—Pareces un chavalillo—dijo Rafael—. Te debes de ceñir como una serpiente.

—Contigo sí, gitano mío, que sueño contigo desde que te conozco.

—¿Y qué es lo que sueñas, si no es un secreto?

—Pues... con lo que va a pasar ahora, salao—y riendo locamente le venció sobre el diván, dándole golosos y penetrantes mordisquitos en sus labios voraces de sultán de prostíbulo.

Rafael, habituado a la belleza magnífica, alta y pomposa de la Trini, gozaba con el contraste de poseer a aquella muñeca tan frágil, tan elástica y tan pervertida. Era el encanto de la mujer nueva lo que encendía su deseo, la deliciosa sed de besar todas las bócas, el delirante coleccionismo de mujeres desconocidas, que es

el eje psicológico de Don Juan, del estudiante Lisardo y del abate Casanova.

La Monja fué la que lo poseyó a él, mordiéndole frenética, hasta ver brotar hilillos de sangre. Su exaltación de histérica que realiza un gran capricho la hizo cabalgar en un loco galope de sensaciones, mientras el Marquesito, casi agotado por la tempestad de placer de la noche pasada, languidecía bajo sus caricias crueles, sintiendo el goce del dolor que le daban aquellos labios viciosos y aquellos dientes agudos de loba en ardentía. La Monja, después de la más furiosa convulsión de placer, se desasió y cayó sobre el diván como un polichinela desarticulado. En seguida rompió a llorar.

—¿Por qué lloras, vida?—inquirió el Marquesito.

—Porque te quiero para mí sola, gitano, sangrecita mía...! ¡Y no pué ser!—gritó con esa ternura femenina después de una triunfal escena de lujuria, que es como la gratitud de la carne."

Emilio Carrère es bastante menos culto que Hoyos y Vinent, que también, como Vidal y Planas, gusta de pintar los prostíbulos de relajo; pero les gana en fantasía y en sensibilidad; tiene una distinción de ritmo y un esplendor de imágenes que le hacen inconfundible y superior a sus compañeros de literatura burdelesca.

Si Emilio Carrère, en vez de vivir confinado en una bohemia *demodé*, mediatizado por los figones y los lupanares, extendiese su panorama: si su altivez le permitiera convivir en una sociedad más exquisita que la que él hasta ahora frecuentó, produciría obras interesantísimas, porque sabe copiar magistralmente de la realidad, y no incurriría en las inverosimilitudes y errores

infantiles que le distinguen cuando, como en *La cortesana de las cruces*, se obceca en pintar ambientes que desconoce.

Y, para demostrar este aserto, reproduciremos otro pasaje de *La casa de la Trini*, que, aunque pornográfico, por referirse a la prostitución, no deja de ser una maravilla de verismo, un cuadro arrancado prodigiosamente de la realidad:

"Don Adolfito perseguía a la muchacha a través de todos los prostíbulos adonde la llevaran su genio peleón o los vaivenes de la fortuna. Era un enamorado fiel, cuyos ojillos se encendían de emoción tras de las antiparras siempre que ella comenzaba a desnudarse. Un extraño temblor se apoderaba de su flaca persona mientras iban emergiendo las intimidades pomposas de la Cordobesa entre los encajes y las cintas. Era placer de los ojos, gusto del tacto, deleite de la boca, que la recorría toda con caricias tímidas, desde el cuello, grueso y moreno, hasta los muslos poderosos. Después, don Adolfito se detenía largamente en los zapatos, de rodillas ante la hembra semidesnuda. Aquel era su placer inconfesable, su deleite turbio. Recorría con su lengüeta senil los bordes del zapato, hundía su roja nariz de covachuelista, guluzmeaba como ante una golosina. Muy pronto, una fuerte excitación le sacudía, se tornaba rojizo su semblante y se le torcía la boca. En seguida, muy humilde, muy azoradito, le daba cinco duros a la Cordobesa, y huía escaleras abajo.

A pesar de pagarla bien y de molestarla poco, la muchacha le tenía asco.

—¿Por qué tiene usted esta chifladura, don Adolfito?—le preguntó una vez.

El pobre viejo se explicó como pudo. Era un proceso psicológico bastante borroso. Desde muy joven sentía preferencia por los pies de las mujeres coquetonamente calzados. La belleza del rostro y el garbo del cuerpo llegaron a ser cosas secundarias. Unos pies con zapatitos de charol le producían un deseo irresistible. Fueron su fetiche erótico durante cuarenta años, cuando aún era fuerte para el amor normal. La mujer desnuda y acostada cerca de él apenas le enardecía. Necesitaba verla calzada, taconeando garbosa. Estos caprichos sólo podía realizarlos con mujeres galantes... Ya la edad habíale chupado sus íntimas esencias vitales como un implacable vampiro...; pero la imaginación le atormentaba aún, empujándole a la satisfacción de sus amores extravagantes, donde hallaba todavía un tardío placer, que ayudaba a la locura y aceleraba el paso de la muerte.

Cuando Amparo volvió al comedor, las otras, entre ascos y burlas, estaban hablando de todas las rarezas sensuales de los hombres.

—Pues mira tú que el tío de los pichones... Vamos, que está para que lo aten.

—Tampoco es mal amigo; sólo que le da por ahí. Mientras no se le ocurra pegar o abusar de las mujeres.

—¿Y por qué le da a ese señor?—preguntó Mirandón, que, como todas las tardes, había venido a dar la pelma.

La Monja, que era una de las heroínas de aquel episodio, tomó la palabra:

—Pues verás: se presenta con dos pichones vivos, dentro de una cesta.

—Parecerá a Manolito el bailarín cuando va a la compra.

—No tiene nada de sarasa. Es un chico guapo, un tipazo de hombre; pero que tiene esa chalaúra. Fuera de eso es la mar de simpático. Entramos con él la Acacia y yo, nos desnudamos y empezamos a besarnos...

—Y él, ¿qué hace?...

—El, como si fuera de palo, al principio. Al cabo de un rato, cuando nosotras estamos con las agonías, saca una faca y les corta el cuello a los pichones. Entonces ¡hay que ver la cara que pone! Yo creo que cuando ve la sangre de los bichos es cuando goza él...

—Pero a vosotras, ¿no os toca?

—Nos magrea un poco; pero no entra con ninguna. Intervino la Acacia.

—Ese punto nos va a dar que sentir un día. Da miedo verle con los ojos de loco y el cuchillo lleno de sangre. ¡A lo mejor le da por degollarnos a las dos!

—Y ¿no vienen más amigos de ésos?—dijo Mirandón.

—¡Anda, si esto parece un manicomio!

—El que parece un *hueco* es ese otro pelanas que quiere que le sacudan y le mienten la madre. Pero que si no le das un palizón no está contento.

—¡Y que chilla poco el gachó! Parece una marica desollá. Yo le doy cada taconazo en las nalgas, que pa qué...

—A él le gusta eso. Cada vez que se ocupa se retrata con diez marineros.

—La mayoría serán viejos, ¿verdad?—preguntó el Marquesito.

—Los hay viejales, como don Adolfito, pero vienen muchos jóvenes. Eso es de nacimiento, ¿verdad, tú?

Mirandón tomó la palabra.

—Son enfermos, verdaderamente, y bien dignos de lástima, porque su enfermedad está en el espíritu, y para eso no sirven los potingues del boticario. Vosotras conocéis a los hombres mejor que nadie; se os presentan con todos los instintos, con todas las abyecciones, con todas las vesanias al descubierto.

Las rarezas de don Adolfito las conoces únicamente tú; sabes el gran secreto de su vida, y vosotras sabéis la degeneración de tantos otros que acaso son respetables, poderosos o admirados en la comedia social. Algunos tendrán hijas, esposa, amigos... Nadie los conoce. Sólo vuestras alcobas son los confesonarios de sus almas enloquecidas por la lujuria.

—¡Qué asquito de tíos!—exclamó la Trini—. La verdad es que valéis bien poca cosa.

—Oye, guapa—dijo Rafael—. ¿Harás alguna excepción?

La hembra se sentó sobre sus rodillas, y le besó apasionadamente en los labios.

—Estamos hablando de los cabritos. Contigo no va ná. ¡Tú eres mi hombre!—exclamó con orgullo."

Y si los anteriores capítulos de *La casa de la Trini* —novela de Emilio Carrère elegida al azar entre las numerosas de este autor referentes a la prostitución regulada—no fueran suficientes para consagrar al trovador de *El encanto de la bohemia* un perfecto pornógrafo, con

esta accidentada escena de la misma obra *echaría el completo:*

"Soledad estaba muy nerviosa. Rafael comenzó a desnudarla. Aquella tarde la deseaba más intensamente desde que sabía que de verdad era una mujer casada. Diríase que el perfume de la virtud era un poderoso incitante para el chulo, acostumbrado a las golfas, cuyo principal atractivo consistía en que daban dinero. En su gran galería de conquistas figuraba toda la variedad cocotesca. ¡Las honraditas debían de ser una cosa deliciosa! El instinto de violador, de profanador, de los conquistadores, le hacía más sabrosa la posesión de la mujer casada; era ese sentimiento turbio que hace exclamar a muchos galanes complicados en amores adúlteros:

—Mi querida no es muy guapa; pero tiene el encanto de ser la mujer de un compañero de oficina...

Cuando Soledad casi se lo declaró una noche en Maxim's, aunque le dijo que era casada, él no lo creyó, y la tomó por una golfa de postín que quería dar a la aventura un atractivo novelesco.

Como mujer, le gustaba más que ninguna. Rubia auténtica, su mata de pelo, gruesa, de color de hoja seca, le llegaba al borde de la falda. Los ojos, grandes y azules, iluminaban el rostro con una alegre ingenuidad infantil, que contrastaba con el cuerpo ondulante, excesivo de pechos y de flancos. Juntaba la gracia de la adolescencia y el sabor picante de las matronas. Parecía una tobillera de precoz desarrollo, turgente y virginal al mismo tiempo; el tipo sensual más irresistible, el hechizo que ha hecho emperatriz de la galantería a la señorita Chelito, que, con su carita ingenua y sus dos grandes pechos de marfil, ha sabido hacer eterna la juventud y ha pasado por la vida de muchos hombres como un huracán de pasión.

Se acostaron. El Marquesito, acariciándola mucho, inquirió:

—Anda, dime quién es tu marido...

Con sorprendente inconsciencia de mujer, Soledad comenzó un ardiente elogio del engañado, mientras desfallecía de placer con las caricias de su amante.

—Es un hombre de honor, es un hombre bueno que me quiere con toda su alma, que se deja su sangre y su cerebro en el trabajo diario para que yo pueda triunfar y vivir como una reina.

—¿Y qué es él?

—Químico industrial. Tiene mucho talento y gana todo lo que quiere. Todo su afán es que yo viva bien, que nuestro hijo sea un hombre excepcional, porque no te había dicho que tengo un bebé de cinco añitos que es un encanto.

El Marquesito, rabioso por aquellos elogios del marido, exclamó:

—Pues si tienes un hombre de mérito, ¿por qué te vas a la cama con otros?

—¡Con otros, no; contigo nada más!—gritó Soledad—. ¡Porque no sé lo que me has dado, que sé que tiro mi vida por la ventana, y prefiero la deshonra y la miseria con tal de que no me falten tus besos!—y abrazándole le puso un turbión de caricias sobre los ojos.

—Sé que soy mala, sé que no soy digna de él...; pero hay algo en mi alma que me obliga a descender hasta

ti, como una plomada moral que me hunde hasta descarte, hasta prostituirme contigo en una cama de burdel. ¿Acaso será que yo tenga alma de golfa?

—¡Como casi todas las gachís!—dijo cínicamente Rafael.

Soledad, frenética, continuó maccrándole con su boca fresca y alegre de colegiala.

—Sí, soy una golfa, un pendón; le olvido a él, olvido a mi pobre hijo; pero ¡soy tan feliz cuando me posees! He venido a ti, rabiando de deseo, porque eres un chulo de mujeres, porque eres guapo, porque tienes cartel..., porque debes saber todos los secretos del amor, que son una gloria de placer y un abismo de abyección.

En su gran hiperestesia se reía como una loca.

—Enviléceme con tus caricias, hazme tuya hasta que se me pare el corazón, hasta que me estalle la medula y me quede muertecita entre tus brazos, con los labios pegados a los tuyos, guardando hasta debajo de la tierra el sabor de tu último beso. ¡Rafaelillo, mi alma: bésame tú, haz de mi cuerpo lo que quieras, porque soy tu esclava: pégame, insúltame; todo lo sacrifico por ti! Si quieres mi sangre y mi honra, para ti son; pero abrázame, sacia esta locura que tengo por ti, que se me va la vida entre tus brazos... ¡Así, mi vida, gitano mío, así!

El Marquesito, como un ídolo, recogía la plegaria de amor de su querida.

—¡Tú eres mi hembra, la única que yo quiero!—gritó en un alarido triunfal de lujuria.

El primer impulso sensual hace que las parejas se amen normalmente. Pero ¿y después, cuando la imaginación continúa empurpurada por los incendios inextinguibles? En Rafael revivía el fauno clásico, y Soledad sentía el fuego de las ciudades arrasadas por la cólera bíblica. ¡Oh, el placer de macerar, de prostituir, de iniciar a la mujer honrada en todas las perversidades en que el placer se intensifica con la pimienta del pecado! Es el mismo Cornudo quien pone en las entrañas de las mujeres y en la mente de los hombres ese ardor terrible, que es un tizón del infierno, el que aconseja a Gilles de Rais, a Sade y—en descenso monstruoso—al "Chato del Escorial"; el que sopló al oído de Mesalina y de Lucrecia Borgia; la musa de los estupros, de los amores sodomitas, de los adulterios, de los incestos y de los deseos sacrílegos y necrofílicos. Es la locura del sexo, que, gradualmente, asciende hasta estallar en una fulgurante apoteosis demoníaca, cuando el deseo enloquece el alma y la carne se retuerce poseída por todas las larvas de la lujuria.

Soledad y Rafael se gozaban sin límite, como si quisieran expirar juntos en el éxtasis de una cópula. Habían llegado a ese punto en que la muerte está volando, con fúnebre zumbido, sobre el amor.

Formaban un quimérico centauro, en que jinete y cabalgadura se trocaban, según los empujones del deseo. Era bordar el tema con toda la sabiduría del maestro en amor y la docilidad ardiente y complacida de la neófita. Los ritos más obscenos y delirantes se cumplieron: habían revivido los secretos de la antigüedad. El cuerpo de Soledad, como un prodigioso jardín erótico, sintió todas sus rosas holladas por las pezuñas de los sátiros; las rosas del altar de Urania, santuario de las vírgenes,

rosa de donde fluye el manantial del deleite supremo, y la otra, negra flor de los nocturnos turbios de los Césares, con alma de ramera; la flor turbulenta y maldita de las monstruosas criaturas, cuyo cuerpo entero es una pila de electricidades fulminante; los pálidos andróginos, que desde la Roma de Julio César se deslizan por la Historia, grotesca evocación de Sodoma, hasta nuestro siglo, podrido por todas las lujurias. Mutuas abrevaciones del ardiente licor, inauditas pantomimas en el cinematógrafo de la lascivia. Todas las evocaciones afrentosas y amables pasaron en dos horas por el telón de aquella alcoba de la casa discreta.

Casi anochecido se levantaron.

—Y ahora, ¿cómo me presento yo ante él?—dijo Soledad sintiendo la exquisita turbación del remordimiento.

—Si tanto te duele, ¿por qué le engañas?—dijo Rafael.

—Porque, aunque es bueno y leal, no es un hombre para mí. ¡Yo necesito un canalla como tú!

—¿Pero tú crees que ese julay no se resignará?

—¡No! Me echará de su lado. o me matará. ¡No me dejará ver más a mi hijo! Pero ¡yo tampoco puedo prescindir de tus caricias! ¡Soy una golfa, ya lo sé! Pero tú no me abandonarás nunca, ¿verdad?"

Emilio Carrère, como todo poeta, es voluptuoso, glotón y partidario de comodidades; pero le pasa como a esos amantes del agua, que no se bañan porque carecen de cuarto para el caso, y han de conformarse con una palangana.

Toda esa leyenda de que Carrère ama la bohemia es absurda. Carrère dice que ama la bohemia porque, obligado a permanecer en ella, su orgullo espiritual le impide exteriorizar el descontento. Es como esos covachuelistas que, persuadidos de que siempre han de estar sujetos por el Estado a un destino público, fingen amar la oficina; pero en el fondo la detestan tanto como al jefe, y si pudieran evadirse a su existencia oficinesca, lo harían.

No creo en esa pretendida pasión de Emilio Carrère por la bohemia. Ahora que parece ser que empieza a tener dinero, repetirá los mismos detalles de nuevo rico de Blasco Ibáñez cuando Norteamérica le hizo millonario y de Hoyos y Vinent cuando heredó de su noble madre esas pesetas que le han concedido aureola de sátrapa.

El artista tiende siempre a mayor espacio estético y a vivir con suntuosidad, sin necesidad de referirse a los Médicis. Negar que Emilio Carrère es artista por temperamento sería faltar a la verdad. Además supo educarse y perfeccionarse en excelentes maestros. En la menos estimable de sus obras hay siempre un capítulo lindamente cincelado, una belleza de frase, una explosión lírica que le hace inatacable.

Lo verdaderamente increíble en él es, dado su espíritu abierto a toda libertad, su obligación por rebelde de encontrar disculpable cualquier atrevimiento, es ese encono con que declaró pornográficos a Alvaro Retana —que tanto le admiró siempre—y a "El Caballero Audaz", salvando del adjetivo, por ejemplo, a Hoyos y Vinent y Belda. ¿Quién es y qué autoridad tiene Carrère, desautorizado concienzudamente por críticos de la solvencia de Julio Cejador, para decretar dónde empie-

za y dónde acaba la pornografía? ¿Es que simplemente por una antipatía personal puede acusar a determinados autores y condenarlos por delitos de los cuales él mismo ha tenido que responder ante los Tribunales literarios y los Tribunales de justicia?

Es muy cómodo que Carrère afirme: "Yo no soy pornográfico, ni lo es Hoyos y Vinent (que me ha comparado con Verlaine); pero lo son "El Caballero Audaz" (porque no me admite refritos en Prensa Gráfica) y Retana (que gana más dinero que yo)."

Aunque quizás gran parte del odio patentizado por Carrère a Retana radicase en su impotencia viendo que dentro de la literatura pornográfica Alvaro Retana tuvo la desfachatez de presentar algo nuevo, en tanto que Carrère no supo separarse de la caravana pornográfica, y, aunque escribiendo con mejor estilo que ninguno, en el fondo era igual que todos.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

He aquí a un envenenado de literatura estética, que sufre la obsesión, desde su adolescencia, de realizar una obra estupefaciente.

No se puede rebatir que Hoyos y Vinent es un escritor relativamente culto. Tiene algunas ideas propias—descabelladas, pero propias—, y la misma sordera suya, que le aisla considerablemente del mundo exterior, contribuye a refugiarle en sí mismo, le anima como recurso a abismarse en lecturas y le acucia para el trabajo. Pero el pobre carece de genio. Le pasa como a esos cantantes de zarzuela que tienen mucha afición, dominan el repertorio de moda, pero... ¡les falta voz para cantar ópera!

Hoyos y Vinent ha leído a la desesperada. En su primera juventud, con preferencia al padre Coloma, a Pardo Bazán, a Lorrain, a Oscar Wilde y a Rachilde. Producto de todas estas lecturas, bien digeridas, son sus primeros cuentos del libro *El huerto del Pecado*—donde, entre otra clase de verduras, no faltaban el simbólico apio y la acreditada brecolera—y *A flor de piel*, novela descriptiva de una sociedad decadente y huera. Literatura de cronista de salones, donde todo se vuelve describir la indumentaria de las protagonistas, que en cada capítulo de la obra aparecen con una toaleta diferente.

Aparte de la aristocracia que decoraba los comedores de la marquesa de Hoyos le parecía la literatura del "niño" tan suculenta como los menús, y la eximia Pardo Bazán, gran amiga de la madre de Hoyos y Vinent, hilvanó algunos elogios banales de las producciones del "niño" para agradar a la mamá y corresponder quizás a unos tés que, por cierto, no hacían adelgazar a la eximia.

De aquella época son unas primorosas novelas de toros, modelos de gracia pimpante, con escenas madrileñísimas de sainete desvergonzado y otras rebosantes de humorismo. Nada sensacional; pero todo movido, gracioso—*Estocadas y zapatetas, Los héroes de la Puerta del Sol, Hoy torea Belmonte*—y más digno de estimación teniendo en cuenta que Hoyos y Vinent, que carece del sentido del oído, no puede percibir la vida tan certeramente como si careciera de este defecto. Sólo por este detalle, la producción de Hoyos y Vinent se hace acreedora a la atención de la crítica. Justifica la simpatía, el aplauso y el aliento, aunque no la admiración, y su buena intención le salvaría, si no fuese un tozudo de la incongruencia. Sordo y sin ser precisamente de estos hombres que se arruinan por las mujeres, ha cifrado siempre su empeño en pintar cuadros de ruido y almas femeninas. Claro que las suyas son unas mujeres convencionales, porque para describirlas bien hay que haberlas amado mucho previamente, o gozar, como Jacinto Benavente, de un don de adivinación y un talento artístico que no posee Hoyos. Pero esta incongruencia no debe extrañarnos a quienes vimos a Ricardo León, que ignoraba el

francés, ir al frente durante la guerra europea para enviar crónicas a *El Imparcial*.

Las mujeres verdaderamente femeninas permiten que se las acerquen hombres como Eduardo Zamacois, Felipe Trigo, Joaquín Belda, Felipe Sassone, el mismo "Caballero Audaz", que antes que novelistas son machos; pero se puede afirmar que la mujer que conceda a Hoyos y Vinent el privilegio de su desnudez espiritual es porque está loca de remate. De aquí proviene que, cuando una heroína de Hoyos y Vinent ofrece calor de humanidad—Paca Campanada—, presenta una arquitectura moral poco recomendable, y cuando parece que va a ser una mujer elevada—Agueda, de *Los emigrantes*—, resulta una muñeca.

En las novelas de Hoyos y Vinent aparecen cortesanas cuarentonas que se enamoran de andróginos monísimos y realizan acoplamientos que sólo en la disparatada imaginación del autor de *El martirio de San Sebastián* pueden elaborarse.

El naturalismo de Felipe Trigo sorprendió a Antonio de Hoyos y Vinent en su segunda juventud, y el autor de *El caso clínico* siguió al creador de *Las ingenuas*, aunque sin destrozar la gramática tan concienzudamente. Hoyos y Vinent dedicóse a la pornografía como se pudo decidir a bailar la machicha brasileña: por seguir una moda que adoptaban múltiples compañeros. Mas, para distinguirse de ellos, mezcló absurdamente lo místico y lo pornográfico. En la más desconcertante aleación surgen *Una casa seria, El árbol genealógico* y *El monstruo*.

En *Una casa seria*, el primer capítulo comienza con

esta frase tan espiritual de una beata que va con sus hermanas en peregrinación:

"—¡Este polvo se lo dedicaremos a Dios!"

Luego viene una segunda frase, también elegantísima, de otra beata que afirma que a un pastor *se le han ido las cabras*, y toda la novela es una reunión de truculencias pornográficas; pero de insuperable vis cómica. *Una casa seria* es la producción más divertida de Hoyos y Vinent, y está realizada con una frescura, con una agilidad de frase y tanta encantadora desfachatez, que hacen la obra inolvidable.

Claro que si esto no es pornografía, que baje Dios y lo vea; pero en este matiz es donde Hoyos y Vinent se produce interesante por su jocundidad libertina y sin las pretensiones estéticas de *El monstruo*, obra deforme en donde se mezclan junto a páginas bellísimas, cálidas, alucinantes, sugeridoras, que si no están *fusiladas* de Flaubert lo parecen, apreciaciones de una mentecatez definitiva que no pueden estar plagiadas de ninguna parte.

Bruscamente, sin transiciones meditadas, Hoyos y Vinent salta de lo bufo a lo macabro, de la elegancia de frase a lo Wilde, a los chistes del estilo de *Las mujeres de Lacuesta*. Hoyos causa la sensación de que, después de una noche de inspiración aristocrática, en que perfila cuidadosamente un capítulo, tras una cena elegante con el Cuerpo diplomático y la aristocracia irreprochable, continúa la tarea al día siguiente, después de un almuerzo con picadores en casa de Revertito.

Y, a todo esto, escribiendo *dejastes*, *llegastes*, *vinistes*, *tisús*, *rubís*, *bambús*, *maniquís* y barajando palabras extranjeras, escritas con arbitraria ortografía, y timos del arroyo aprendidos en los cafetines de los barrios canallas.

La segunda juventud literaria de Hoyos y Vinent es la más atrayente de su vida de artista. Al adentrarse en la Pornografía lo hizo con esa malsana curiosidad, con esa delectación morbosa con que baja a las tabernas de los golferantes madrileños. Siempre es el señorito *bien* que, aunque se encanalla, es sólo por unas horas. La Pornografía de Hoyos no fué por convicción, sino por no desentonar entre los que seguían a Trigo. Hizo como esas cocotas que durante el reinado de la cocaína usaban de la droga para no aparecer atrasadas; pero, en el fondo, preferían los *bistefs* con patatas. Hoyos y Vinent, mejor que de la Pornografía, gustaba de los relatos magníficos con ambiente cosmopolita, y vestía a las hijas de su musa con telas fastuosas, pedrerías coruscantes, tocados de plumas tan aparatosos como los de Edmond de Bries, abrigos de pieles y medias de cuarenta pesetas. Los conflictos sentimentales, resolviéndose tan absurdamente como brotaban, y el sentido común, brillando por su ausencia; pero todo muy decorativo, muy ultramoderno y sin estridencias eróticas. Al practicar la Pornografía, Hoyos y Vinent dotó a sus producciones de un cierto encanto de realidad vivida, que engañó a sus numerosos lectores, y empezó a recibir cartas de admiradores solicitando autógrafos, retratos y hasta el monóculo que le caracteriza. Debe, pues, a la Pornografía gran parte de su hoy marchita celebridad.

Sin embargo, a nosotros siempre nos ha parecido que no hay una sola novela de Hoyos y Vinent en que apa-

rezca una pasión sensatamente concebida y resuelta, entre un hombre y una mujer de edad análoga. En las obras de Hoyos arde lo extravagante y lo inverosímil, y en determinados momentos patentiza su autor un desconocimiento tan profundo como increíble, no ya de la mujer y del hombre, sino hasta de la Naturaleza.

Cuando Hoyos describe a una mujer, nunca aparece la admiración a la hembra. Diríase que ignora dónde radica el encanto femenino, y así como Belda, Retana o Insúa, cuando pintan a una mujer, saben avivar el deseo del lector y la presentan codiciable físicamente, Hoyos se limita a ofrecérnosla engalanada fantásticamente; pero desprovista del atractivo del sexo. Y de los hombres que forja Hoyos, más vale no hablar, pues parece mentira que una persona tan experimentada como él nos quiera hacer pasar por machos a monigotes sin virilidad, casi todos enfermizos, equívocos, ninguno devorado por una inquietud superior; todos *huecos*, dicho sea sin ánimo de molestar al autor.

Aseguran que en cierta ocasión, Antonio de Hoyos y Vinent exclamó ante un decamerón de amiguitos, más o menos intelectuales:

—Yo aspiro a ocupar en la literatura española el puesto de la Pardo Bazán.

A lo que respondió inmediatamente el dibujante Pepito Zamora con su ingenua malignidad:

—Pues por lo viejo, por lo gordo y por lo aburrido que eres, no tendría nada de particular.

En cuanto a la tercera juventud de Hoyos y Vinent —el autor de *Las lobas de arrabal* compite con la Chelito en la ciencia de conservarse y renovarse—, coincidió

con la aparición en los escaparates de las librerías de su estrafalaria producción *América o El libro de los orígenes*.

Este es un libro grande y pesado como un ladrillo, donde se reunen todos los hechos y cosas referentes a América que vienen rodando desde tiempo inmemorial por enciclopedias, revistas y hasta hojas de almanaque.

Nada nuevo. Este volumen viene a ser como una ampliación de lo que aprendimos en el bachillerato, realizado con más pretensiones que éxito. Hoyos, en su obsesión de producir una obra grande, aumenta el tamaño de sus obras, ya que le es imposible aumentar el valor del contenido.

Entre las primeras páginas del volumen figura una fotografía rotulada en inglés, donde aparecen dos tanguistas y un indio piel roja, como esos que salen en *Los sobrinos del capitán Grant*, contemplando el retrato de Hoyos y Vinent, pintado por Federico Beltrán. El escritor luce un flamante uniforme (?), y el indio sonríe complacido viéndole a Hoyos el plumero.

Un volumen que pretende ser trascendental y ofrece tan hilarante pórtico, ya empieza por desconcertar al lector. Es como si fuéramos a una visita de pésame y la viuda nos recibiera con mantón de Manila.

El libro de los orígenes lo mismo podría estar hecho por el marqués de Villaurrutia que por Luis Esteso. Pasa intrépidamente de lo histórico a lo bufo, pues tan pronto nos descubre el autor que las hormigas viven en familia como que las abejas son industriosas y fabrican la miel. Hay un momento delicioso, en que Hoyos y Vinent se compara con Moisés, y otro en que nos revela

su propósito de averiguar *de dónde venimos y adónde vamos*. (De comer judías en casa de la Concha, al café de camareras de la calle de la Encomienda.)

Este sería un libro de filosofía barata si no costase 15 pesetas. Plagado de citas incongruentes y vaguedades propias para catequizar ignorantes. Ensalada indigesta con descripciones de lo aglutinante, lo polisilábico, lo cuneiforme, lo paleolítico y el caos. Desfile de mastodontes, atlantes, magos, incas y hasta alusiones al Diluvio; no al popular diario de Barcelona, sino al Diluvio universal, al primitivo, a ese del que sólo se salvaron Noé y su distinguida familia. Algo que, queriendo ser solemne y espectacular, es francamente gracioso; sobre todo, para quienes conocemos la mentalidad del autor y sabemos hasta dónde puede dar de sí.

Hoyos y Vinent, novelista pornográfico de una mordacidad mundana, poseedor de un estilo descuidado, pero chispeante y emotivo; que ha pintado felizmente la aristocracia equívoca y la chulería castiza; excelente observador de las malas costumbres actuales y discreto narrador de ambientes más o menos morbosos, es, en cambio, abordando empresas literarias, una pintoresca calamidad.

Ni *El libro de los orígenes*, ladrillo que se expende a 15 pesetas, ni *Las hogueras de Castilla*, que tiene el tamaño de una losa de la calle de Embajadores y se vende a 30 duros, cimentarán un prestigio artístico a su autor. La medida de Hoyos y Vinent como escritor se halla en sus novelas de marquesas y toreros. Todo su mérito se encierra en su divertida labor pornográfica. Porque

de los artículos filosófico-sociales que publica en *A B C* más vale no ocuparse; son tan frívolos—a pesar de sus pretensiones trascendentales—como cualquier protagonista de sus novelas.

J O S E F R A N C E S

HACE veinte años, José Francés ya era la más dulce promesa artística. Distinguíase por un buen gusto innato y una especial galantería para recibir las novedades literarias extranjeras, y ejercía indistintamente de novelista o crítico.

Era un muchacho bueno, y, *sobre todo*, comprensivo. Su inteligencia no era maligna como la de Carrère, sino francamente apacible. En *El alma viajera* se apreciaban deliciosas ternuras espirituales. No era su literatura modelo de reciedumbre como la de Pérez de Ayala, sino algo muy serpenteante y femenino, con leves inclinaciones decadentes. El espíritu de José Francés se hallaba totalmente dominado por los perfumes parisinos. Su estética, muy *L'origan de Coty*, está formada al estilo de Francia, y en algunos de sus giros gramaticales, en la casi mayoría de los asuntos que aborda, en la ideología general de su labor, José Francés hace honor a su apellido, y, aunque español, más parece un producto literario de allende el Pirineo.

Sería simpática su historia si no estuviese empañada por su intervención en el *affaire* de las persecuciones pornográficas. Aquello enturbió algo la excelente aureola que ha conquistado protegiendo desinteresadamente a cuantos artistas jóvenes se acercan a él demandando una ayuda.

José Francés es el padrecito de los principiantes, y no es preciso quemar ante su barriga el incienso de la adulación para que los acoja cordialmente y los dispense el codiciado anhelo de su protección. Claro que José Francés forma con Cristóbal de Castro el gran *duetto* de críticos que, por bondad, opinaron más disparatadamente en cuestiones de estética; pero es muy justo proclamarle también como un entusiasta de su profesión, un ciudadano admirable que se ha erigido en paladín de los noveles y les orienta en sus trabajos, los celebra con el menor pretexto y en todo instante rebosa tolerancia y comprensión.

Esta inclinación al bien no le ha impedido, sin embargo, arremeter contra los novelistas pornográficos, a pesar de que él, cuando todavía se le podía llamar Pepito y no disfrutaba de ese horrible sillón de académico en la de San Fernando, cortó su correspondiente ramo de flores en el jardín de la Pornografía. Pero José Francés, que es indulgente y cariñoso con los dibujantes—tal vez porque no escriben—, es, en cambio, de un temperamento fácilmente excitable ante los éxitos de venta de los literatos.

Como novelista, José Francés ha presentado *La mujer de nadie*, *La raíz flotante*, *La débil fortaleza*, *Como los pájaros de bronce*, novelas estimables, de un fino encanto literario, traducidas a diversos idiomas y que le han conquistado importante prestigio. Es, además, exquisito cronista, formidable comentador de la actualidad, y de un buen tono irreprochable. Actualmente es uno de los escritores que mejor domina el castellano; pero hay que convenir en que es el novelista de los tonos grises y elegantes, incapaz de manejar como él quisiera los matices más delirantes del arco iris. Hasta cuando pretende empavorecernos con su realismo, no consigue asustarnos del todo.

No habrá necesidad de hacer constar que José Francés, como sus distinguidos compañeros de 1910, también se amancebó con la Pornografía, y de estos amores clandestinos nacieron varias hijas libertinas que el padre, amablemente, considera como retoños legítimos e intachables.

Hay, no obstante, una hija literaria de José Francés —*La guarida*—que ha sido puesta en lenguas por los maldicientes, a tal extremo, que el mismo autor se ha creído obligado a dedicársela *a la sacratísima memoria de Emilio Zola*, que es como quien levanta una plaza de toros en Vicálvaro y se la dedica "al constructor de la Torre Eiffel".

Y no contento que esto, José Francés, en el prólogo de *La guarida*, siguiendo los procedimientos de Alberto Insúa en *La mujer fácil*, y de Felipe Trigo en *Las ingenuas*, se extiende en consideraciones estupefacientes:

"*La guarida*—expone José Francés—es una novela concebida y planeada hace más de un año. Incluso escribí sus principales capítulos con la suficiente extensión y la necesaria importancia para que pudiera leerse como un cuento largo, aunque no satisficiese como novela.

Sin embargo, hasta el mes pasado—cuando ya me decidí a darle su natural amplitud y me atreví a presentarla tal como debe ir—dura, áspera, antipática—, he dudado mucho en publicarla, temeroso de que la inevitable miopía intelectual me clasifique y encarrile

como novelista erótico y panurgista que traspasa lindes e invade campos que ni fueron nunca los míos, ni me seducen, ni plantaría en ellos los laureles que pudieran darme la gloria y los manzanos que atrajeran a la mujer.

Y este temor mío es mucho más lógico de lo que parece.

La guarida, por su asunto, por la fuerte acritud genésica de alguna de sus páginas, por el fotográfico impudor del ambiente y de los personajes cínicos, puede dar a cualquier lectura frívola e indocumentada el juicio hecho.

Con lo cual tal vez ganase en la venta el libro; pero indudablemente perdería no poco mi modesta reputación literaria, que si alguna vez se divierte jugando a la literatura picaresca y las más gusta de las utopías simbólicas en cuanto sean rebeldes, nunca ha caído en la peligrosa y absurda sima del psicologismo erótico, a toda voluptuosidad de desnudeces y aberraciones cerebrales.

Y conste que no me refiero a mi ilustre amigo Felipe Trigo, a quien sinceramente, honradamente, admiro y diputo por único en la verdadera y moderna literatura erótica española, sino a sus imitadores y seudodiscípulos, quienes, con elegir una postal de cocota, contar en sublimadas candideces vulgares amores de pasillo hospederil, y equivocarse de casa en la calle de Mesonero Romanos—todo esto lo decía José Francés por "El Caballero Audaz"—, ya se imaginan maestros de placer y reformadores del amor. ¡El amor viejo y burlón, que

podrá ser asesino, como es poeta; pero que vuelve la espalda a los que quieren transformarle en imbécil...

Contra estas flamantes porquerías cándidas, y contra sus semejantes de los teatruchos de género chico obsceno, toda hostilidad, todo desprecio son pocos.

Es más, creo que ya se salen del dominio literario y se entran en el Código.

Bueno que los críticos ataquen esas obras y los periódicos las nieguen sus columnas, y las abran la sección de anuncios vergonzosos entre los reclamos de específicos para curar la impotencia, y de la "señorita agraciada que solicita protección de señor formal o sacerdote"; bueno que algunos libreros se nieguen a vender ciertas de esas infantiles indecencias; pero hace falta algo más decisivo. Ya que no en vano existen leyes y en los presupuestos vigentes hay consignados varios millones para los que viven de prender y castigar toda clase de crímenes.

Además, estos buenos muchachos, que ni siquiera tienen novia a quien asustar con sus atrevimientos—esto iba por Antonio de Hoyos—, confunden lastimosamente el sentido común con el sentido senil o su homónimo el colegial primario; estos psicólogos incipientes que dan en la candidez grosera buscando la libertad auténtica, no sólo están aumentando la oculta estadística de los masturbadores, sino que prostituyen y socavan una escuela literaria digna de todos los respetos y consideraciones, de la que se enorgullece todo un siglo y los comienzos del otro: la naturalista, a cuyo altísimo Pontífice, Emilio Zola, debe Francia mucho de su renovación social.

Esta escuela tiene nombres tan gloriosos, tan inconmovibles, tan definitivos de humanidad, que sería una ofensa al lector enumerarlos ahora.

Y los que creemos en ella, los que, si nos hemos dejado ofuscar breves épocas por desviaciones idealistas, no pudimos menos de volver al arte sano y hondo—que no por andar firme sobre la tierra deja de alzar alguna vez la mirada en busca de lo azul—, debemos protestar de semejante perjuicio literario.

A seguir dejando en libertad esas obras, pronto harán imposibles los libros naturales y reflejadores de la verdadera vida."

Vea el lector, cómo nuestro flamante crítico de arte y novelista admiradísimo José Francés se sacude austero las pulgas y declara *La guarida, dura, áspera, antipática, de impudor en el ambiente, fuerte acritud genésica en algunas de sus páginas*, y a continuación afirma que *nunca ha caído en la peligrosa y absurda sima del psicologismo erótico, en toda voluptuosidad de desnudeces y aberraciones cerebrales.*

Y esto lo escribe antes de abrir la puerta de una casa de citas, pidiendo la sanción del Código penal y acunciando a los críticos para que combatan las producciones del mismo carácter que las suyas; pero que, naturalmente, no estén firmadas por él.

¡Qué moral más desconcertante la de algunos literatos! Por lo visto, no hay más casas de lenocinio recomendables que las que ellos regentan. Las otras, aunque nos parezcan más confortables, deben ser cerradas por la Higiene y perseguidos sus dueños criminalmente.

Según José Francés, hay que hacer algo decisivo contra los novelistas eróticos, *ya que no en vano existen leyes y en los presupuestos vigentes hay consignado varios millones para los que viven de prender y castigar toda clase de crímenes*, dejándole a él en libertad, naturalmente, para que bajo el sagrado pabellón del ARTE, con mayúsculas, edifique a los lectores amantes del progreso con novelas que principian como ésta:

"La casa estaba situada en el doblez inesperado de una calle excéntrica; pero no oculta ni vergonzante como sus hermanas de destino.

Aun vista de lejos ya asomaba la parte alta y la blancura andaluza de su azotea por sobre el apretamiento pardo de los tejados y los negros índices de las chimeneas.

Era en un barrio antiguo, y las demás casas, descaradamente viejas o hipócritamente retocadas. Sólo ella, audaz y altiva en sus pocos años, ostentaba la flamante rojez de los ladrillos, simétricamente rota por los cuadros verdes de las persianas, siempre enigmáticas y pudorosas.

El único portal de la calle era el suyo.

Además, se abrían a la acera, desigual y florecida de hierba, dos o tres cocherones, de cuyas oscuras y anchas oquedades salía rumor de agua, de zuecos, de cánticos del Norte aromados al cálido vaho de las bestias.

Frente a la casa y a las cocheras corría la tapia gris de un convento.

Sobre las bardas—donde la sombra de muchos años había protegido el nacimiento del musgo—se asomaban dos cipreses y la flácida exuberancia de un eucalipto. Más detrás, el edificio humilde, de color de polvo, roto

también por los cuadros oscuros de las celosías de madera, siempre enigmáticas y pudorosas.

Poco a poco, sin más propaganda que la discreta de los cuchicheos y las confidencias amorosas, o las tarjetitas que en los espejos de todos los cuartos se ofrecían pródigamente—Boni, calle Cuál, núm. 2—, la casa fué adquiriendo fama, y el amor trashumante, el vicio culpable, enviaron a ella sus mejores peregrinos.

En cualquier momento—pero más que en ninguno, desde la hora propicia del ocaso hasta bien cercano el orto del nuevo día—entraban y salían parejas, y el timbre de la puerta de cristales esmerilados sonaba constantemente.

Unas parejas entraban muy juntas, en un súbito silencio de impaciencia: pálido, mordiscando el bigote, brillantes las pupilas, él; ocultándose el rostro con el velo menestral, ella.

De otras, se adelantaba la mujer decidida y despreocupada, con la naturalidad de la vida cotidiana; el galán iba detrás, receloso, mirando a todas partes, en esa zozobra de miedos y curiosidades que preludia el rugido en ciertos hombres.

No eran las menos las del mocito jaque con cara de presidio, con pantalón abotinado, y muchacha de cabeza lustrosa a fuerza de bandolina y con peineta de lazos, que entraban lentamente, doliéndose en el fuero interno de su vanidad que no les viesen.

A plena noche, chiquillas precoces, de una anticipada perversión asexual en el cuerpo exiguo y la cara pícara, seguidas del cincuentón que empezara comprando el *Heraldo* en la Puerta del Sol.

Los domingos—días en que aumentaban de tal manera los peregrinos, que muchas parejas habían de enlazar la vergüenza y el timbrazo de entrada con el timbrazo y vergüenza de salida—menudeaban las criadas de facies rubicundas, de una sanidad de manzanas campesinas, y los donjuanes de boína y manta o de escandaloso uniforme de Ingenieros y Caballería.

También doblaba de cuando en cuando la esquina el estrépito de algún coche. En uno venía la pareja discreta y temerosa; en otro, el grupo jaranero y ebrio que empezara la juerga horas antes.

Y siempre la calle muda, impasible, asequible al misterio, levemente florecidas de hierbas sus aceras y los puntiagudos guijos del arroyo, mirándose frente a frente las persianas verdes y las celosías de color de polvo, desafiándose, enigmáticas y pudorosas ambas.

Por dentro, la casa—construída expresamente para tan humanitario objeto—tenía cierto aspecto limpio y frívolo de fonda, con sus puertas numeradas, y las mujeres de delantales blancos que subían y bajaban de un piso a otro con ropas cameras y cubos y jarros de lavabo.

De poco en poco sonaba algún timbre y la voz de la dueña desde abajo:

—¡Que ha llamado el 12! A ver qué quiere.

O:

—Llamad al 5, que son las siete.

O:

—¿Hace falta ropa para el 15?

O:

—¿Está ya el 4? Vamos, date prisa, "Rubia", que estos señores esperan..., y sube agua caliente.

A breves pausas, el silencio. Un silencio extraño, hermano del conventual frontero. Porque los murmullos, las charlas en voz baja, los besos, el ruge-ruge de las enaguas y el caer de las botas contra el suelo, los apagaban las puertas cerradas.

Hasta que sonaba otro timbre y la voz de la dueña:

—¡El 8!

Aquella voz seca, inalterable, sin más inflexiones que la de la cólera, era el estribillo de la casa, en acecho siempre detrás de la taquilla.

La taquilla estaba a la derecha de la cancela de cristales, en un recodo que formaba el portal, frente a la estufa de hierro que envolvía la escalera con su calor áspero del cok a medio encender.

Se acercaban los entrantes a la taquilla:

—Una habitación.

—¿De cuánto?

—Pues...

(Algunos vacilaban entre la pobreza de su bolsillo y el temor a la tacañería en semejante momento.)

—... pues... de dos pesetas.

Sonaba contra el mármol la llave.

—Tengan ustedes. Llevan ustedes el 15. Segundo, número 15.

Y levantando la voz, añadía la dueña:

—¡Pepa! ¡A ver esos señores que van al 15!

Otras veces era un cínico el que se acercaba a la taquilla:

—¡Hola, maestra!... Denos usted una celda.

—¿De qué precio?

—De una pela. ¿Pa qué más?... Aquí, a la señora, le molesta el somié de muelles.

—Ahí va. Lleváis el 35. Abrís la ventana y corréis la cortina para no tener calor... ¡Luisaaaa, ahí van esos al 35!

Porque la casa, levantada y regentada por el matrimonio Monegal, hábil y experto en el negocio, tenía cuartos de todos precios.

Desde el lujoso de diez pesetas, con gabinete y camas gemelas, armario de luna y colchas de damasco, hasta el de una peseta, sin más aliciente que la cama de hierro, el palanganero, dos sillas, una percha y el espejo, hermano de los de cuartos de baño baratos.

Menos mal que en estas últimas alcobas—situadas en el sótano húmedo o en las buhardillas abrasadas de sol—los parroquianos se encargaban de decorar el enyesado de las paredes con letreros, recordatorios y dibujos, no muy edificantes; pero sí voluptuosos.

Sin embargo, la tarifa más corriente, y de la cual abundaban más habitaciones, era la de dos pesetas la hora.

En todas ellas el menaje era idéntico, de una escrupulosa simetría de hotel o de internado.

Ocupaba el centro de la habitación la cama.

Al abrir la puerta ya se la veía, alta y orgullosa—como un trono o un túmulo, según—, esperando.

Adosado a una de las paredes, un diván, y sobre él, algo inclinado para reflejar parte de la cama, el espejo, acribillado de los cuadritos blancos de las tarjetas: Boni, calle Cuál, núm. 2.

En la pared frontera, a la altura también de la cama, y de su mismo largo, un estrecho espejo horizontal, cla-

vado allí, con el refinado propósito de que no se perdiera ninguna deliciosa ternura.

Y en la cuarta pared, a los pies de la cama, el lavabo con piedra de mármol y ancho espejo de marco negro.

Así, pues, los muebles, y sobre todo los espejos, estaban supeditados al lecho y procuraban reproducir y multiplicar en su tersa impasibilidad todas las carnes, morenas y blancas, y cuanto digno o indigno de atención ocurriera sobre él.

Completaban el menaje: la mesa de noche, un *bidet*, dos sillas y una botella de agua, que los veranos se sustituía por la rezumante botija de color rojo.

Encargadas de la limpieza y culto de la casa estaban cuatro mujeres: María, "la Rubia", Pepa y "la Güeyines".

María era la más vieja, y desde los quince años andaba rodando por mancebías y casas de citas. Primero arregló su cuerpo para los hombres, después arregló los de otras mujeres, y, por último, arreglaba los cuartos y vertía las aguas.

"La Rubia", cuarentona y seca, había sido camarera en hoteles de segundo orden, y se pintó una vez de rojo el pelo, con lo cual se lo quemó y se le transformó en mechones de estopa. No sintió nunca la necesidad del hombre, o los hombres no sintieron nunca la necesidad de ella, y cuando al atravesar un pasillo, o al mudar una cama o abrir una puerta, adivinaba que la mujer de la pareja sufría por primera vez *aquello*, sentía un regocijo malsano, que casi la calofriaba y la volvía locuaz y cantarina para unas cuantas horas.

Pepa era una honrada madre de familia, que poco a poco se iba comprando tierras y saneando sus bienes en tierras de Soria. Era una sirviente limpia, discreta y la favorita del ama; pero no estaba en la casa sino temporalmente. A lo mejor se presentaba diciendo:

—Buenas, doña Boni. Necesito cincuenta duros.

—Bien.

Se quedaba un mes, dos meses, tres, hasta que a fuerza de propinas y de ahorrar avaramente su sueldo—y una vez reunidas las doscientas cincuenta pesetas—, se volvía a su pueblo.

"La Güeyines" era una antigua ramera asturiana, que había vivido siempre en plena inconsciencia de todo. Muy joven contrajo una afección a los ojos, que la iba dejando ciega poco a poco. En los ratos de descanso se sentaba en un rincón y se lamentaba monótonamente:

—¡Ay los mis "güeyos"! ¡Mis "güeyines"!

Y este lamento, repetido años y años, la borró el nombre y la quedó de mote.

Tal era la casa de ladrillos rojos y persianas verdes, audazmente levantada en un imprevisto doblez de la calle excéntrica, y donde—excepto los domingos y fiestas movibles, como Carnaval, Nochebuena y Semana Santa—había siempre cuarto disponible para pasar unas horas de ameno y entretenido esparcimiento."

Si pornógrafo, según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, es quien escribe acerca de la prostitución, no creo que rechace este adjetivo el autor de *La guarida*, que es la minuciosa descripción de una casa de citas donde cohabitan prostitutas y hasta se alude

frecuentemente a los *bidets*, detalle que no sabemos si calificar de realista o de higiénico.

El ejemplar de donde estamos reproduciendo estos pasajes pertenece a la segunda edición, lo cual revela que la misión pedagógica de *La guarida* ha surtido su efecto y los elementos culturales de habla española se refinan plásticamente, saboreando exquisiteces literarias como las siguientes:

"Monegal abrazó enfáticamente a Sara, con un amplio gesto de sembrador de bondad.

—Ezto, ezto e un hombre—gritaba cierta malagueña de la Guindalera—, y lo demá e leche."

No sabemos qué misteriosa relación pueda existir entre el jugo lácteo y las lucubraciones pornográficas; pero es lo cierto que José Francés coincide con Ramón Pérez de Ayala en la repetición de esta clase de exclamaciones cuando abordan las novelerías de burdel.

En la página 47, el autor de *La guarida* dice que *Monegal quería abrir un prostíbulo, porque eso es siempre ganancia segura*, advertencia de psicólogo admirable, que hasta despeja un horizonte a esos capitalistas remolones que no saben en qué invertir su dinero.

¿Quién había de sospechar que en José Francés, celebradísimo novelista y flamante académico, duerme la siesta el alma de *Mercedes la loca* o la célebre Tula? Pero son estas sorpresas maravillosas que nos reserva la quintaesenciada sensibilidad de los artistas originales que alternan las fastidiosas veladas académicas con la divertida confección de novelas pornográficas; la crítica de exposiciones pictóricas con el regalo a los lectores de consejos saludables.

En la página 52 se narra este divertido incidente:

"Una tarde, Boni se encontró en la calle a Enriqueta, su antigua ama, y cuando ésta quiso abrazarla y besarla, la puso la mano en el exuberante seno, cubierto con el negro mantón filipino.

—Estése quieta. Aquellas confianzas se acabaron. Y le ruego a usted que en lo sucesivo se abstenga de saludarme.

La noble y obesa señora se indignó:

—¡Anda Dios! Nos ha molido ésta. Pero, hija, ¡si una gallina, compará contigo, es una estatua!... A ver si es que ya no va a tener dolores de cabeza tu esposo... Oye, golfa...

Pero ya Boni no podía oírla y procuraba escabullirse entre la gente.

Enriqueta, congestionada, sudorosa de rabia, seguía gritando. Algún guasón le pellizcó las nalgas pomposas."

Y tampoco faltan pensamientos filosóficos, muy indicados para fortalecer la moral pública, como los que figuran en la página 65:

"—Claro, hombre... En principio no ibas mal con tu teoría. Lo malo es que luego la echaste a perder. Ya sabemos que la mujer ha nacido para mantener y distraer al hombre, que harto hace con dejarse querer y robar la vida a fuerza de disgustos y caricias. Es su misión: lo mismo que se llame madre, que hermana, que querida o esposa... Bueno; ésta, en último lugar, cuando ya no sirva uno para las demás mujeres. Por supuesto, colarse, nunca, porque entonces se corre el peligro de ser uno quien costee la vida y los caprichos de otro hombre... indirectamente."

Pero todavía viene una cosa más vibrante en la pá-

gina 73, cuando Prieto y Reguera, los personajes principales de *La guarida*, se refieren a una dama del honor perdido, apodada "la Muñeca":

"—Dicen que quien la lanzó fué un ministro.

—Y dicen bien. Un ministro de Gracia y Justicia. "La Muñeca" lo hizo por salvar a su hermano del presidio. Como siempre: la familia, chico, la familia. De cien mujeres perdidas, noventa y ocho lo menos no tienen ellas la culpa, sino sus parientes.

Prieto sonrió socarronamente.

—Y nosotros.

—Bueno, nosotros también. Ya ves a ésa; un ministro de Gracia y Justicia nada menos. Nada, hombre, que todos, altos y bajos, somos unos canallas."

Si hubiera don Galo Ponte—ministro de Gracia y Justicia—conocido esta novela, seguramente le habría hecho retractarse a José Francés de estas insidias, lanzadas contra un consejero de la Corona, sin más finalidad que la de atraer el desprestigio sobre el más encopetado representante de la señora Temis en el Gobierno.

Sin duda, José Francés tiene muy mal concepto de los altos funcionarios del Estado, porque el diálogo de Prieto y Reguera prosigue de este modo:

—"Tiene gracia: el Diablo, harto de carne...

—No, chico, es la verdad. Mira, yo seré lo que quiera; pero es ya *después*, cuando la cosa no tiene remedio. Yo no haré nunca lo de un tío canalla, que creo ha sido subsecretario de no sé qué Ministerio, que es un hombre que no lleva a su señora a ver las compañías de teatro extranjeras, que la ha hecho de la Sociedad contra la trata de blancas, que él escribe en los periódicos artículos moralistas y conservadores..., y que una vez pagó quince duros por violar a una niña de diez años, y tuvo que entregarla una muñeca para que se entretuviese mientras él la hacía daño.

Anduvieron un rato en silencio. Muy dentro la ingénita bondad de su juventud, dormida por la vida cruel, se les había despertado llorando como un niño. Se sentían momentáneamente cobardes, avergonzados de ser hombres, frente a tanta mujer engalanada de primavera. La visión trágica de la niña durmiendo a su muñeca mientras el sátiro la destrozaba, oscurecía el sol.

Empezó el desfile.

Prieto y Reguera se acercaron a la gente apiñada a lo largo del paseo.

Pasaban los regimientos con la chula marcialidad de las charangas al frente. El sol se quebraba en los machetes, en los cinturones, en los sables de los oficiales y el charol de los roses.

Detrás venían los quintos, oscuros y desarmados, lejos de la música, muy altas las facies tostadas por el sol, en las que el cándido orgullo de verse contemplados, de no perder el compás rítmico del paso militar, ponía una impasibilidad de barro.

Reguera se encogió de hombros.

—Chico, no sé cómo hay socialistas. En cuanto se reunen voluntaria o involuntariamente cuatro individuos, surge la estupidez. Fíjate, si no: los conventos, los bardeles, el Congreso, el Hospicio, las novenas, la Academia Española, los mítines, la familia, los entierros..., toda manifestación colectivista, en fin.

(¡De buen humor se pondría Menéndez Pidal si leyera esto!)

En torno del periodista y del rascacupones, algunos hombres se descubrieron, poniendo en aquel acto una enfática presunción, mirando de reojo en torno suyo.

Reguera sonrió.

—¡Magnífico! Ya hemos salvado la patria. Ya podemos irnos a comer el cocido reglamentario.

—Entonces, ¿tú eres antimilitarista?

—Ni militarista ni antimilitarista. Me tienen sin cuidado esas clasificaciones arbitrarias. Lo que me hace gracia son estos buenos señores que se creen por un momento héroes con sólo saludar a la bandera. Estos mismos son los que la aplauden cuando la ven aparecer proyectada con linterna mágica sobre el ombligo de una zorra desde el escenario de un cine, mientras el pianista ejecuta la *Marcha Real*... Dan ganas de empezar a puntapiés.

Prieto se sentía audaz y rebelde junto a su amigo.

—Tienes razón, chico. Hay que ser anarquista.

—Tampoco, hombre. En el anarquismo no hay más que brutos o pedantes. Los segundos escriben y predican para embrutecer más a los primeros y ponerles en la mano una bomba...

—Sin embargo, los actos individuales, el atentado personal. El hombre que, armado de un puñal o de un revólver, acomete cara a un rey o a un político, considerándole perjudicial para la patria...

—A ésos no debemos ni podemos clasificarlos. Están por encima del bien y del mal, como para los católicos lo están sus santos..."

Como podrá constatar el lector, *La guarida*, además de pornográfica, es una obra sediciosa, y si hubiese aparecido durante la actuación del Directorio, José Francés, en vez de ir a la Cárcel Modelo, como fué Alvaro Retana por una producción que sólo contenía regodeos libertinos, habría tenido que responder ante los Tribunales militares, y quién sabe si a estas horas no le habrían fusilado por excitación al atentado.

He aquí cómo el simpático José Francés nos describe a la protagonista de la novela, cuando empieza a ser víctima de la fiebre de *cachonderie*, que la arrastra al abismo:

"Y así, poco a poco, en la malsana complicidad de las noches y de las calles oscuras, y del misterioso encanto del amor oculto, incluso a sus compañeras, Sagrario fué entregándose, estremecida por el presentimiento de algo supremo y dulcísimo que la charla cínica y pintoresca del obrador no conseguía presentarla en toda su claridad y relieve verdaderos. Tampoco bastaban a desencantarla y a explicarla aquella intensa felicidad de amor sus sueños de voluptuosidad que la rendían y destrozaban los músculos, levantándola con la boca seca, los ojos brillantes en lo hondo del oscuro livor de las ojeras y frío peculiar y extraño de las extremidades, dolorida la nuca, y sobre todo, una inmensa vergüenza de que la criada, al hacer la cama, descubriese sus delirios nocturnos.

Sentía idéntico asombro, semejante miedo a lo desconocido, que cuando se le presentó por primera vez su sello de mujer. Sólo que ahora no se atrevía a acudir como entonces, llorosa y ruborosa, a su madre para con-

fesárselo y que la tranquilizara. Su instinto le ponía una mordaza.

Sin embargo, aquella persistencia del ensueño erótico, que llegó a desear en cuanto se hundía en la frescura cariciosa de las sábanas, empezaba a trastornar su organismo. Perdía las ganas de comer, tardaba largas y crueles horas en dormirse, sentía frecuentes mareos, le faltaba la respiración, y tuvo que pedir que la quitara de coser a máquina, porque el movimiento de las piernas la desvanecía dulcemente.

—¡Bah!, chica—la dijeron brutalmente en el obrador—. Eso es que necesitas un hombre... Todo eso se cura casándose.

—"Tal vez"—pensó.

Porque a medida que aumentaba la debilidad, la inapetencia, los ahogos disnéicos y aquella flojedad irrefrenable, como si las cuerdas de los músculos y de los nervios se le hubiesen roto, crecía su amor a Prieto, su ansiedad de oírle hablar a flor de labio, y una extraña lucidez hiperestésica la empujaba a soñar con raptos, con países lejanos, con una noche interminable, donde las formas imprecisas y vagas de sus sueños adquiriesen de pronto el cuerpo y la voz y las manos y los labios de su novio...

Al fin, se atrevió a confesarle parte de su estado, sin ocultarle más que lo muy íntimo, los extravíos que quedaban en el secreto virginal y oscuro de su alcoba de soltera.

—Debes consultar con un médico; díselo a tu madre—contestó bonachonamente Prieto.

Ella se estrechó más contra él.

—No me atrevo; me da vergüenza, porque...

—¿Por qué?

—Porque..., ¿sabes? Yo creo que... Bueno... Ya ves, En el obrador dicen que es que debo casarme, que esto...

—¡Ah!... Chiquilla mía... ¡Bonita!... Tiene gracia...

Sagrario, arrepentida ya, sintiendo afluir a su cara todo el calor que la encendía el cuerpo momentos antes, procuraba desasirse de su novio.

Prieto, aunque no muy lince ni experto en achaques mujeriles, comprendió que "había llegado el momento".

En la página 187 hay algo que sólo la elegancia refinada de un académico, bebedor de modas francesas, podría abordar y resolver airosamente:

"En aquel momento sonó el timbre de la cancela de cristales, y Monegal, sin moverse de su asiento, dijo:

—No hay habitasió.

En el agujero de la taquilla se había asomado una cara de mujer repintada y de ojos sombríos...

—¿No hay?

—No.

—¡Ay qué Dios!

La mujer se volvió para cuchichear con su acompañante. Después insistió:

—¿Pero de ningún precio?

—¡Que no! De ningún presio.

—¡Ay qué Dios! ¡Son ganas de moler!

Hubo revuelo de faldas. Una blasfemia y timbrazo de la puerta de cristales.

—Y con aixo tot la nit... Hoy está la casa plena. Desde la cueva hasta la terrasa. Y aixo que per las nits casi todas las donas son golfes que alboroten y son unas

guarras. Ni siquiera saben qué es aixo de los *bidets*... y se lavan en las cufainas... Un asco. ¡Arrastrao!

—Es que España es un país sustantivamente antiacuático. Aquí ni Dios se lava... Da itiricia pensar en lo incultos que semos. Ahí va ese par de velas.

Y a tiempo de echar el dos de bastos, Prieto le miró las manos, costrosas de mugre.

Sonó un timbre en el cuadro: el 8.

Monegal se levantó para asomarse a la puerta y gritar:

—¡"Güeyines": el 8!...

Al sentarse de nuevo miró a la pizarra:

—Pues acaban de pujar are...

Bajaba "la Güeyines", y al pasar por la taquilla murmuró:

—Voy al café para que traigan un té. La pobrina parece que le ha dado un mal.

—Será primeriza—contestó el catalán.

El señor Ignacio, siempre lúgubre y solemne, empezó a tararear un cuplé canalla:

¡Ay, echa te,
echa... te...
calentito...

Prieto recordó el brutal empujón del hombre y la voz dolida, mojada de lágrimas, de la muchacha: "No, no... Por Dios, Julio... No me pierdas."

Siguieron jugando un rato en silencio, hasta que Ignacio reanudó la discusión de momentos antes.

—Te interpelaba, aún no hace varios momentos, un si es no es revacunado por los concetos que iturizas y

presupones cuando diserto respective de la carrera cómico-lírica-desnudable-coreográfica de mi Carmen...

—Déixate de papirolades. Ab lo seu mal vol coneixe l'els altres... Tú, Ignacio, no vas a meter a tu hija a cupletista, ¡sino a puta!

—¡Exuperancio! M'ofendes.

—Nada, hombre, la veritat: ¡a puta!

Soltó dos veces la palabra castiza y netamente cervantina."

Y ¿para qué seguir? En *La guarida*, que es una casa del señor Lenocinio, ocurren las cosas que forzosamente suceden en esa clase de establecimientos amorosos. José Francés ha pintado certeramente la prostitución, y por tanto, la novela resulta pornográfica, aunque al final de la obra el autor recurra al consabido latiguillo, que en esta ocasión es como un rascacielos de grande.

En virtud de este latiguillo, José Francés podrá decir a sus compañeros de poltrona en la Academia de Bellas Artes que *La guarida* es una obra de *intención literaria*; pero nosotros, que no estamos, afortunadamente, tan fosilizados como los megaterios del siglo XX, sino que conocemos todos los secretos de la Pornografía y de la radio, contestaríamos a Francés que en *La guarida se le ve la antena*, frase que no tiene nada de académica; pero que es tan expresiva como los *bidets* que tan obstinadamente aparecen en la novela.

Y conste que, a pesar de que José Francés se haya expansionado en *La guarida*, descontadas otras fugas de menor trascendencia al campo de la Pornografía, nosotros respetamos literariamente al autor de *La danza del*

corazón, *La ruta del sol* y *Cuentos del mar y de la tierra*, y le deseamos acabe en la Real Academia de la Lengua, aunque se aburra allí tanto como Jacinto Benavente.

Además, aunque sólo fuese por el incansable entusiasmo con que alienta, conduce y favorece a la juventud española; por la serenidad con que permanece alejado de toda intriga; por la paciencia con que organiza ciertas exposiciones de humoristas sin gracia, y recolecta en *El año artístico* las estupideces más sobresalientes de la temporada; por la heroicidad con que tiene que defenderse en Prensa Gráfica de los aspirantes a colaboradores y por las angustias que pasa en los salones particulares cuando la dueña de la casa le consulta sobre cuadros que lo mismo pueden ser de Velázquez que del hombre del sombrero de paja, José Francés es acreedor, no ya a las palmas académicas, sino a las del martirio.

Pero sin olvidar que ha cultivado la Pornografía, ¿eh?

JOAQUIN BELDA

De todos los cultivadores de la Pornografía literaria, Joaquín Belda es la figura más simpática. Por lo menos no engaña a nadie, ni trata de mantener equívocos en particular beneficio. Se declara novelista erótico, y no es, como otros escritores, un detractor de los vicios que ha vivido, un hipócrita que, encaramado sobre un pedestal de purpurina, pretende hacernos creer que es de oro.

Joaquín Belda tiene tan bien cimentada su reputación de escritor pornográfico, que no perderemos el tiempo en justificarle el adjetivo. Sabe él mismo, como Retana, que le pertenece por derecho propio; no es un dudoso, como Pedro Mata; un vergonzante como Pérez de Ayala, o un anfibio, como Hoyos y Vinent, que le premian volúmenes para las colecciones pedagógicas de la Biblioteca Patria, y cuando llega el caso se suelta él poco pelo que le queda con *Una casa seria*.

Joaquín Belda es un costumbrista formidable; un sainetero, que convierte en novelas sus creaciones, en lugar de llevarlas a la escena. Admitiendo que sus obras carecen de responsabilidad estética, no hay más remedio que reconocer la justeza con que copia del natural, la exactitud en los tonos de la pintura.

No es un estilista pornográfico, como Vargas Vila o Gómez Carrillo; pero las cortesanas de Belda, sus to-

reros, sus señoritos chulos, sus alcahuetas de alto bordo, sus colegiales pervertidos, sus burguesitas libertinas, están arrancados tan fielmente de la realidad, y presentados con tanta gracia desvergonzada, que ésta es la razón de su éxito.

Hay muchos escritores españoles que han escrito cosas más pornográficas que Joaquín Belda y ninguno ha logrado destacar tanto como él. Y es porque sus producciones no son sólo relatos desenfadados, crónicas escandalosas, sino también estudios psicológicos de personajes más o menos alocados o viciosos; pero todos de carne y hueso.

Belda no ha pretendido nunca legarnos un Don Quijote ni crearnos una nueva Margarita Gautier; su obra es puramente humorística, pornográfica, sin otro propósito que entretener y regocijar al lector. No podemos, pues, exigirle el mismo fruto que a quien se anuncia como un árbol de ciencia y arte. ¿Es que sólo va a ser cotizable la literatura trascendental? Pero Belda se da cuenta de su misión, sabe perfectamente que su labor no es educativa, sino recreativa, y si aborda una escena de *boudoir* es para realizar una caricatura. No piensa como José Francés, López de Haro, Felipe Trigo o Insúa, que para describir una cópula hay que revestirse de solemnidad, y conceder a esta función fisiológica carácter litúrgico. Si estos novelistas consideran el acto sexual como una función religiosa, como un rito desconocido, en cuyos misterios hay que ilustrar al lector, Joaquín Belda lo aborda como un espectáculo cómico, y, sin concederle la menor importancia, parodiando a los otros,

realiza descripciones saladísimas que, lejos de enardecer al lector, le incitan a la risa.

Felipe Trigo, Alberto Insúa, José Francés, López de Haro, la camarilla de pornógrafos más o menos vergonzantes, *con la mejor intención artística del mundo,* encienden el deseo erótico de un lector de buena fe, mientras que Joaquín Belda lo ahuyenta, pues ya es sabido que lo bufo está reñido con la sensualidad. Los otros han cometido una labor estética, han creado literatura sobre un lecho donde se revuelca una pareja, han forjado unas páginas admirables de arte naturalista—¡que se creen ellos eso!—, y después de haber excitado al lector, exigen que se reconozca *la intención artística* de su trabajo. Son cobardes hasta para defender los hijos de su cerebro. Joaquín Belda, en cambio, no equivoca a nadie, no encubre su propósito de encandilar al lector si puede, y no solicita para sus desahogos novelescos la consideración pública. Y menos en nombre del arte puro, como los otros, hipócritas contrabandistas de la Pornografía. Aquéllos nos recuerdan a esas honradas hijas de familia que se van al cine con los novios, y a veces suelen exclamar en el antepalco, después de haber provocado pérfidamente la excitación de la parte beligerante:

—¡Ay, hijo, cómo estás!

—¡Rica, como tú me has puesto!

—Yo, no, chico; yo soy una señorita decente. Comprenderás que yo no tengo la culpa de que tú seas tan fogoso.

Así, cuando a Insúa, Trigo, Francés o López de Haro se les reprocha que sus producciones obren efectos afrodisíacos, responden que eso sólo les ocurre a los lectores

rijosos, que no comprenden *la intención artística* que les guiaba.

Cuando empezó la campaña contra la literatura galante, hubo novelistas pornográficos que visitaron al general Martínez Anido para manifestarle los perjuicios que se les causaba persiguiendo sus obras y lamentando ser confundidos con escritores ¡como Belda y Retana!

Y esto lo decían Pedro Mata, que se cree, por lo visto, Honorato de Balzac; "El Caballero Audaz", novelista para burdeles, porterías y vagones de ferrocarril; José Francés, a quien llevaron a opinar a la Academia de San Fernando como pudieron llevarle a decir misa a la cripta de la Almudena; Pérez de Ayala, que, aunque poco, también ha hocicado en el fango de la Pornografía; Emilio Carrère, portavoz estilizado de prostíbulos económicos; Alberto Insúa, padre putativo de *La mujer fácil*, y otros caballeros de la Tabla Redonda pornográfica, que alcanzaron la celebridad merced a sus truculencias afrodisíacas.

Precisamente una de las labores más dignas de aplauso del Directorio ha sido la persecución implacable, sin distinción de categorías, de los escritores pornográficos. Los sabuesos de la Policía penetraban en librerías y quioscos y se incautaban bizarramente de todo aquello que oliese a golfería literaria. Puestos a perseguir las producciones que contengan escenas, teorías y conceptos reprobados por la moral vigente, no hay ninguna razón para retirar de los escaparates *La Coquito* y permitir, en cambio, la libre exhibición de *La farsa y licencia de la reina castiza*, de don Ramón del Valle-Inclán, donde este vetusto prócer de las letras, olvidándose de la ex-

celsitud de su espíritu confirmada por sus barbas espectaculares, escribe tranquilamente:

> Y un temblor cachondo la baja del papo,
> que anima sus ancas de yegua real.

En la Audiencia se han incoado procesos contra Emilio Carrère, Díaz de Tejada, "El Caballero Audaz", Joaquín Belda, Valero Martín y tantos más, y para nadie es un secreto que se han sentado en el banquillo, acusados de escándalo público, Artemio Precioso, Vidal y Planas y Alvaro Retana. Incluso este último fué conducido a la Cárcel Modelo el 10 de agosto de 1926, donde permaneció veinte días, hasta que fué indultado por la misma Sala que le condenó.

Esto es lo que debe hacerse. Perseguir por igual *a todos* los cultivadores de la Pornografía, sin detenerse por las categorías que ellos mismos se conceden al verse en peligro. Las autoridades no tienen por qué entender *de intenciones artísticas*, y menos los fiscales. Meter en la cárcel a Alvaro Retana por escribir *El tonto* y dejar a Alberto Insúa en libertad después de haber lanzado nueve ediciones de *La mujer fácil*, es completamente injusto. Ese régimen de severidad debió aplicarse a todos, y muy especialmente a los que, como Insúa, Carrère y Pérez de Ayala, no desaprovecharon la ocasión de armar la ira de los fiscales contra sus compañeros de liviandades literarias.

RAFAEL CANSINOS-ASSENS

He aquí a uno de nuestros críticos de arte más respetuosamente acatados por esas muchedumbres que suelen admirar a los grandes oráculos sin detenerse a escuchar sus vaticinios y decretos.

Todas las semanas, Cansinos-Assens dedica en *La Libertad* tres o cuatro columnas de bien nutrida prosa a definir, cual experta comadrona, el último vástago de los parturientes de la literatura; es el Luis Morote de 1930, más ameno y serpentino que el llorado periodista; pero tan aficionado como él a esas columnas macizas, que amenazan al lector como cuatro estacas feroces.

Cansinos-Assens posee la facultad de inspirarse en el libro más estúpido para deslumbrarnos con la magia de sus comentarios, y le bastaría examinar una cuenta de gastos públicos en cualquier departamento ministerial para airear la ropa blanca de su cultura, y encontraría pretexto para hablarnos de la civilización en Babilonia, de madame Maitenon, de la idiosincrasia de los pajes merovingios, de la cuádruple raíz del principio de la razón simple, de Cagliostro, de la influencia de la dominación visigoda en la fabricación de botijos de Talavera, de Schopenhauer, del pebetero de Cleopatra y de la numismática como causa de la relajación de costumbres en las tribus oceánicas. El gran mérito de este

singular exégeta es encontrar inspiración en producciones que carecen de ella.

Cierto que el gran público, cuando ve esas cuatro columnas de *La Libertad*, se aterra, y aunque saborea la firma, no lee el artículo: pero la autoridad competente proclama que Cansinos-Assens es comprensivo, inteligente, doctor en estética, y sus conocimientos tan amplios y diversos, que lo mismo puede opinar sobre la pintura prerrafaelista, que sobre el efebismo y mantener controversias sobre la poesía cubista o las cantigas de Alfonso el Sabio. Y siempre aderezado con una prosa refinada y decadente, donde relucen como gemas ironías dieciochescas y arañazos felinos, aprendidos en Maquiavelo y en madame Pompadour.

Muchos autores españoles aguardan cuando publican sus obras a que Cansinos-Assens dictamine lo que se propusieron en ellas. De justicia es reconocer que Cansinos-Assens es el Cristóbal Colón de nuevos mundos literarios, donde sólo se encuentran papagayos y salvajes. Claro que luego la fantasía meridional de nuestro buen Cansinos canta con la potencia y afinación de Fleta los plumajes del ave o la psicología del indio en estado de burricie, y el efecto ya está logrado. Es superior la voz del cantante a los méritos de quienes le inspiraron su melodía. Sobre este particular nos confesamos seducidos—en el buen sentido de la palabra—por el estudioso autor de *La estética de los sexos*, y declaramos que la mayoría de sus juicios críticos son más sustanciosos y amenos que las obras analizadas.

Cansinos-Assens sabe amar el arte aunque sea muy antiguo o muy moderno, y no se deja sorprender por los

mixtificadores. Es ecléctico en sus gustos, y sabe buscar, como los buenos *gourmets*, las mejores trufas y el superior caviar; pero cuando no encuentra belleza en sus pesquisas, la crea. En esto supera a otros críticos, que para producir algo sustancioso necesitan nutrirse en pucheros eficaces.

Cansinos-Assens merece la palma del martirio por la paciencia con que ha exprimido su cerebro en beneficio de sus contemporáneos. A unos les honró comentándolos; a otros los recreó iluminándolos. Incluso a los que no le leyeron les sobrecogió con la fastuosa reciedumbre de sus columnas de prosa. Es campeón invencible hasta en esas tertulias donde todavía se explota el tesoro de su ingenio, la agilidad de su malevolencia. Y sus mismas víctimas le consideran porque sabe presentarles el ásspid de su censura entre rosas perfumadas. Tiene un alma de jamona maldiciente; pero, bien educada, injerta en el talento de un judío avaro, que mide sus palabras para no malgastarlas.

Como crítico, repitámoslo, sabe caminar con su época, y sin la prosopopeya de Díez-Canedo, es una de las opiniones más valoradas de su generación. Y además, lo mismo sirve para un barrido que para un fregado, dicho sea sin ánimo de herir su susceptibilidad, pues igual lanza un libro de crítica que confecciona una novela original. Podría decirse de él que hace a pluma y a pelo, si esta frase no tuviese una interpretación equívoca.

Concedida la nota de sobresaliente como crítico, pasaremos a examinarle como novelista.

Notable nada más. Aquí las facultades de Cansinos-Assens disminuyen visiblemente. Cierto que cuenta en

su haber con *El pobre Baby*, novelita corta premiada en el concurso de *La novela de bolsillo*, bellísima *trouvaille* literaria; *La madona del carrousel*, *El madrigal infinito*, *El eterno milagro*, premiada en la Biblioteca Patria; *El fámulo joven*, mariconada de una aristocrática estilización, y otras, cuyos títulos harían interminable esta semblanza; pero en Cansinos-Assens, el crítico anula al novelista.

Los valores eróticos en las religiones, *Salomé en la literatura*, *Estética y erotismo de la pena de muerte*, *Los temas literarios y su interpretación*, *La nueva literatura* y otros volúmenes, consolidan el trono de Cansinos-Assens entre los reyes de la crítica; pero sus novelerías no acaban de vencer la desconfianza del público.

Autoridad tan relevante como Julio Cejador, afirma que *El candelabro de los siete brazos* es un libro extraño, de sentencias en prosa, por series de trozos, señalados con letras de alefato hebraico.

Por la forma desatada y abstracta de las sentencias, *El candelabro de los siete brazos* hácese monótono y pesado de leer, por más que está bien escrito y encierre hondos pensamientos con cierta poesía expresados. Añádase lo raro de la redacción, que semeja a libro antiguo de profeta o eclesiastés judío, y que sabiendo ser obra de un joven nos lleva a sospechar si cierto prurito de afectación y de cosa postiza no habrá en este libro de autor modernista.

Añade Cejador que Cansinos-Assens, en sus libros de crítica, muéstrase escritor suelto y desembarazado, exuberante y riquísimo de fantasías, erudito conocedor del asunto. Resiéntese del criterio modernista, que le hace

alabar todas las cualidades de la escuela, y además con deseo de dar completo juicio de los autores, repítese a veces, aunque siempre con novedad. Es de los críticos que prometen—termina Cejador—y señorea en sus producciones el tono, el color, el sentimiento lírico, y de hecho, en *El divino fracaso* es un poeta en prosa que glosa sus anhelos artísticos de escritor y sus ansias jamás satisfechas de belleza.

Ahora agregaremos por nuestra cuenta que la prosa de Cansinos-Assens es demasiado femenina; excesivamente musical, y esto, aunque la hace inconfundible y bella, elegante y purísima, le resta vigor vital. El estilo de Cansinos-Assens—Maeterlink, Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez, Oscar Wilde, ¡hasta Goy de Silva!, barajados—tiene tal intensidad de mermelada, que al pintar una mancebía parece que retrata un convento de monjas. Todo lo suaviza y endulza, a tal extremo, que un depravado criminal, descrito por Cansinos-Assens, resulta virginal y sugestivo como San Estanislao de Kotska. Sería el dramaturgo ideal para Catalina Bárcena, la Larón de Guevara y Pepita Díaz de Artigas, que son las tres ingenuas más acarameladas de la escena actual.

Cansinos-Assens es el alcaloide de la finura—como diría un revistero taurino—, y esto, lógicamente, priva de emoción a sus creaciones.

Buena prueba de ello es que Cansinos-Assens ha cultivado la Pornografía y nadie se ha enterado hasta la fecha, en que con todos los respetos debidos, vamos a levantarle el plumero para sorpresa del público que le admira sin leerle.

Claro que la Pornografía de Cansinos-Assens es emi-

nentemente estilizada, y él, con su aristocracia espiritual, la magnifica a tal punto que casi no parece Pornografía. Pero ya hemos convenido con la Academia en que pornógrafo es todo aquel que escribe sobre la prostitución y Cansinos-Assens tiene su correspondiente obrita sobre la vida de las damas de vida airada.

Titúlase la novela de Cansinos-Assens *Las dos amigas*, y apareció en *La novela corta*, ilustrada por Pons, figurando como portada un dibujo en colores del autor, hecho por Reyes, que es como para justificar el odio eterno del novelista al dibujante.

Veamos cómo empieza esta novela de Cansinos-Assens:

"Mi amiga Emilia, cortesana madura, en toda la pompa de su pingüe y cansada belleza, reacia ya para ofrecerse al ímpetu del amor viril en el palenque de las inmolaciones, empezaba a rodearse de amiguitas jóvenes, entre las cuales ella descollaba matronal y anactoria, con sus manos llenas de sortijas y su peinado en forma de cimera.

Era ya la época en que coronada de prosperidad, dueña de una casa, poseedora de varios lechos, con un armario lleno de ropa blanca y de trajes, y señora de una criada vieja y fiel, había dejado de frecuentar las calles, y apenas si se dejaba ver ampliamente sentada en los divanes de esos cafés adonde acuden los amigos, viejos y ricos ya, de las antiguas cortesanas, que no han perdido del todo el amor a las mujeres.

Ella iba allí todavía, de cuando en cuando, por un último afán de exhibición, resabio de su vida pánica, por un último anhelo de mostrarse en público y de lucir sus

joyas y su postrer belleza, dejando rodar el dulce pecho, maduro como un sol de ocaso, sobre la tibia nieve del mármol de las mesas. Aún le placía macerarse en la ardiente atmósfera de los cafés populares y sentir en sus mejillas el beso de fuego del hálito de la muchedumbre; aún le placía sentir en su descote el cauterio de las miradas de los hombres, semejantes a puntas de cigarros. Mas ya se rodeaba para eso de amigas jóvenes que la defendían como lanzas, formándole una guardia de honor, entre la que ella descollaba inaccesible, con el pingüe pecho cruzado por el broche del veto.

Yo era el amigo antiguo de mi amiga Emilia, y subía de cuando en cuando las escaleras de su casa, y me sentaba junto a ella, sin tocarla, con las manos juntas y los pies encogidos sobre el palo de la silla como un pájaro en su cuna; y le llevaba, por la costumbre de la ofrenda, pues no se debe entrar con las manos vacías en la casa de una cortesana, golosinas y frutos y también botellas de vino generoso, cosechado en las tierras del Sur, dorado y ardiente como un amor.

Ella, en cambio, era hospitalaria conmigo, y me dejaba admirar su colmada belleza y me enseñaba sus trajes nuevos, y el fondo de sus armarios y sus mujeres, con cuya juventud se enriquecía; largamente charlábamos, con las manos puestas sobre el brasero como frutos que se abriesen a su dulce calor; y así juntos, los dos, como amables soberanos de aquella morada de placeres, me era grato escuchar el poema de su abundancia, aquel *magnificat* que ella entonaba quedamente, celebrando la redención de su cuerpo sedentario y ocioso, que ya no había de ser más blanco de las saetas del deseo.

—La vida se ha hecho amable para mí—me decía con superstición de cortesana—. Dios me ha obedecido, porque he sido buena para todos; jamás le negué limosna a un pobre, ni quise amores con hombres casados; tampoco me entregué nunca a nadie sino por el precio, de suerte que puede decirse que el pecado no me alcanzó nunca.

Así, Dios, al quitarme la juventud me ha prosperado; y hoy tengo, como ves, una casita mía, mujeres jóvenes que trabajen por mí, resguardando mi cuerpo, y una criada que me llame señora; y tranquila y ociosa, puedo aguardar la vejez, sentada a este brasero, que calienta mis pies como un perro alebrado."

Ya se habrán percatado nuestros lectores de que Emilia, la amiga del exégeta y autorizado crítico, era una alcahueta de esas que don Miguel de Cervantes aseguraba ser elementos útiles en toda república o monarquía bien organizada. Pero, no una dignísima alcahueta redimida por el retiro de la profesión, sino una alcahueta en activo, que empieza a florecer en el primer capítulo de la novela para justificar que el protagonista trabe intimidad con dos de las pupilas.

"Tres huéspedas tenía mi amiga, tres jovencitas que aún cabían en la sombra magnífica de su madurez, y a su lado tenían la servil belleza de los pajes; entre ellas, mi amiga descollaba maternal, como si aquellas jóvenes fuesen tres estrellas nacidas de la dulzura de su crepúsculo o tres rosas lanzadas por el arco amable de su pecho.

Cuando ellas la rodeaban, parecía mi amiga una gran fuente sobre la cual revolotean palomas; hubiérase dicho que aquellas jóvenes bebían en la copa de su be-

lleza magnífica el sorbo de hermosura que las hacía deseables, y se maceraban en el oro de su experiencia.

De aquellas tres amigas, una era la pequeña, la que nunca falta al lado de una mujer madura, como ese pajarillo humilde y alegre que recoge los granos caídos de un pico más excelso; la pequeña que es casi una niña, y corre y trastea por la casa, y goza probándose trajes al espejo, y da grandes gritos locos, como si no saliera del asombro de haber nacido mujer y verse festejada por los hombres: la pequeña, amor de viejecitos y estudiantes, por la que se oye preguntar tímidamente, pues es tan niña que casi da vergüenza amarla.

—¿Está la pequeña?

La otra, que ya pasó de la edad de las primeras novias, tenía la figura consabida de las que agradan a todo el mundo; era una alegre servidora del amor, que saltaba sobre los lechos como sobre el lomo de fieras amansadas por el recuerdo de los tiempos en que mullía la gran cama nupcial de la señora, y era como un palafrenero de esos blancos corceles; advertíase en su semblante la alegría casi mística de la ociosidad, y el gusto de ser besada en sus manos, otro tiempo serviles.

Pero la que verdaderamente seducía mis miradas era la tercera, Elisa, la eterna imagen de la primera novia, la aventura del baile de máscaras, el pierrot enlutado y ambiguo, el ángel bello y triste, el lirio opaco y fino, esbelto como una espada, la estrella errante que ilumina las noches de los poetas.

Elisa había sido amiga de artistas y poetas, que acaso la iniciaron en placeres sutiles; fumaba cruzando las piernas, con un gracioso gesto libertino, y lanzaba a ve-

ces suspiros, tan roncos como los que salen del pecho de un hombre enamorado.

Gustaba de los versos y de las novelas, y era la única en la casa que tenía imaginación; sentía curiosidades de países exóticos, y, aunque apenas hablaba, sentíase claramente que su alma se abrasaba en el fuego fragante a incienso y mirra de las pasiones caprichosas.

La figura esbelta y fina de Elisa y el lujo sombrío de su opaca belleza, formaban un raro contraste con la pingüe hermosura de mi amiga Emilia, y yo me complacía en compararlas mentalmente a las dos, como se compara un lirio hermético con una rosa abierta.

Al lado de la mujer madura, ella era como una espada de gracia y juventud, una espada algo bárbara, como ese alfanje que la aurora hunde en el caduco regazo de la noche; pero también era un ornamento como lo es ese alfanje implacable y gracioso que esmalta mil estrellas caídas.

Contemplando a las dos juntas, yo estaba atónito y maravillado, como si viese a la media luna y a la luna llena brillar en el cielo de una misma noche; porque ambas eran dos edades distintas de la misma belleza y la dorada plenitud que en la una se desbordaba, fulgía en la otra como recogida en una concha.

Eran opuestas y, sin embargo, semejantes, y cuando la gracia juvenil de la una se inclinaba sobre la otra, recordaba a esos ríos que se funden en un caudal mayor; o a esos hilos dorados que se entretejen en un gran tapiz.

Mis ojos se repartían entre las dos mujeres y mi imaginación combinaba sus dos figuras en un ajedrez voluptuoso; cada una de ellas marcaba una hora amable en el cuadrante de mi fantasía; Elisa tenía la tersura de los cielos matinales; Emilia era la gran rosa deshojada de las tardes ardientes, con toda su magnificencia caduca y como póstuma.

Y, sin embargo, las dos eran armoniosas y se complementaban como dos imágenes de una misma mujer hermosa; la una, cenceña y fina, revestida de juventud como de originalidad, era el enigma que la otra revelaba mostrando su pecho dorado en el centro de todas sus hojas abiertas.

Y yo, siempre prendado de los contrastes, presentía que ambas podían colmar plenamente los anhelos de mi corazón, sosteniendo en sus hombros desnudos la magnificencia de una noche doble; de una de esas noches extraordinarias en que el cielo de las alcobas resplandece con el fulgor de dos lunas."

Hasta aquí, parece que no va a ocurrir nada reprochable; la vulgarísima casa de lenocinio, con su ama y sus tres huéspedas, aunque presentadas por Cansinos-Assens, con la misma exquisitez y buenos informes que si se tratara de la Presidenta de las Catequistas y de tres damas nobles en posesión de la gran banda de la reina María Luisa. Mas, de repente, el autor de *La huelga de los poetas*, expone elegantemente lo que voy a reproducir:

"Hasta entonces, al lado de mi amiga Emilia, yo solo la había mirado a ella; porque un amigo antiguo está obligado a ser más fiel que los amantes; pero ahora mis miradas eran también para la otra, y ella sentía que había dejado de ser el único imán de mis ojos.

Celosa, acaso, un día me dijo:

—¿Te gusta mi amiga?

Había notado que, al verla, mis ojos brillaban como si se hubiese encendido una luz más.

—¿Te gusta mi amiga?—preguntóme. Y en su voz había un tono de misterio, como un supersticioso temor a la belleza.

Yo hice un gesto discreto: no era más que su amigo antiguo y entre nosotros no había votos ni promesas; pero sabiendo que toda belleza ajena es un arco que apunta al corazón de la mujer y una copa llena de amargura, no quise afligir a mi amiga con una palabra demasiado entusiasta.

Pero ella, cogiéndome la mano con ternura, me dijo:

—¿Por qué habéis de ser los hombres tan hipócritas? Di que te gusta, francamente. Es joven y hermosa, más que yo. ¿Crees tú que yo no tengo ojos para verlo? Más terso que mi cara tiene el vientre. Es ágil y ligera como yo en otro tiempo, y tan esbelta, que parece un muchacho. Di que en verdad te gusta... A mí, si fuera hombre, me gustaría también...

Temblaba extrañamente al decir esto, la voz de mi amiga, como si sus palabras expresasen la nostalgia de un voto imposible, cual el que en las leyendas formulan las nodrizas arrodilladas ante sus jóvenes señoras ataviadas nupcialmente: era queda su voz como una confidencia: y, de pronto, nos sentimos unidos los dos en la complicidad de un secreto amable y turbador.

—Emilia—le dije con alegría de haber hallado la perla de un secreto—, ¿acaso, fatigada del amor de los hombres, cortesana de dedos enjoyados, flor plenamente abierta, fruto de dorada y exquisita dulzura, sientes ahora el anhelo de caricias más tiernas, y quieres dar tu miel a abejas menos voraces?

Ella sonrió y se pasó la mano por la frente, hecha velo, en un gesto de exquisito pudor, maravilloso, puesto que no era una virgen. Luego me dijo, esquiva y enigmática:

—No es nada de eso, hombre, sino que comprendo que es hermosa. ¿Acaso por ser mujeres somos ciegas? Además, por el modo como la miras, lo hubiera comprendido. La miras con tristeza, como un pobre mira una joya. A ti te gusta, ¿no es verdad?

Sus ojos expertos, cansados y más graciosos bajo esa niebla amable, me miraban con extraña avidez, como si viese en mi tímido rubor el reflejo de una hoguera en la que ella misma pudiera calentarse. En verdad, es hermoso ver una cara en la cual reverbera la llama de un deseo.

Sinceramente, yo le dije:

—Sí, me gusta, amiga Emilia. Me gusta, aunque de otro modo que tú; porque a ti ninguna otra te iguala. Tú eres la rosa madre de todas las mujeres. Mis ojos, ya lo sabes, se extasían contemplando tu plenitud; tú eres la luna llena y ella la media luna, que va creciendo para acercarse a ti. Tú eres la hortensia y ella el lirio.

Rechazando la lisonja, ella prosiguió, como absorta, en la contemplación de la belleza de su amiga:

—Ella es muy joven, y tan fina, que parece una virgen. Su cuerpo afilado semeja una hoz.

Yo, sobresaltado por el tajante símil, y temiendo ser herido, pues era grave eso de que ella la viese como una

hoz; ella, que era como una espiga madura, salmodié:

—Pero tú, amiga mía, tienes racimos granados en tus pechos y en las mollas de tus piernas.

Ella proseguía, triste y, al mismo tiempo, entusiasta, como si sintiese el doble efecto de la belleza, embriaguez misteriosa que enardece y aflige al mismo tiempo.

—Yo, al lado de ella, nada soy. ¡Si la vieras desnuda! Tiene el vientre tan terso como una hoja verde.

—¿Tú la has visto?—exclamé—. Admirable privilegio de las mujeres ante las cuales se desnuda sin temor a la belleza. ¿Tú la has visto, Emilia? ¿Y no quedaste prendada de su hermosura? ¿No te pareció verte a ti misma más joven, esbelta y cenceña como eras antes, y no sentiste el impulso de darte un beso a ti misma en esa carne tersa como un espejo, de cuyos hielos brotasen dos rosas?

Ella sonrió enigmática; pero volvió a pasarse la mano por la frente con un gesto púdico, indicio de un pensamiento amable.

—¡Qué cosas tienes!—me dijo—. Yo la he visto desnuda, pero sin detenerme a mirarla. Ella, después de todo, es una mujer como yo, y hubiera sido como mirarme a mí misma. ¡Pero a ti sí te hubiera gustado mirarla! ¿Verdad que sí?...

¿Por qué me excitaba así mi amiga, con inusitado lenguaje; ella, que hasta entonces había tenido a gala ser la única imagen de mis ojos, la única estrella del mar azul de mi mirada? ¿Por qué ahora ponía ante mí la desnudez de una mujer joven, y parecía complacerse en la llama rosada que su reflejo imaginatorio encendía en mis mejillas? Nunca ella me había hablado así de

sus amigas, que yo también evitaba mirar como a cosa vedada, pues yo era su amigo antiguo y debía estar absorto siempre en la contemplación de su belleza, nimbada de un prestigio antiguo. Y, sin embargo, ahora ella me incitaba por primera vez, y parecía gozar con la contemplación de mi deseo, como una celestina. ¿Acaso su alma caduca necesitaba ya calentarse en esas llamas ajenas y alegrar los ojos en las maravillosas bengalas que enciende la idea de belleza desnuda en las pupilas de los hombres? Yo, sintiendo que ella se complacía en mi entusiasmo, le dije:

—Sí, me gustaría verla desnuda, amiga Emilia; me gustaría verla desnuda junto a ti, para que su belleza de lirio hiciese resaltar la tuya espléndida de hortensia.

Ella, capciosa, me dijo:

—¿Para qué querrías verme a mí? Yo, a su lado, soy ya una vieja. No me atrevería siquiera a desnudarme ante ella, que es tan joven. Pero si tú quieres, puedes verla a ella sola y poseerla. Después de todo, no eres mi amante.

Había tal melancolía en sus palabras, que yo la vi como hecha ya una vieja; pues siempre envejece una mujer que renuncia a una siquiera de las guirnaldas del amor. Y ciñéndole el cuello con mis brazos, cual si sintiese la obligación de coronarla así, le dije:

—Amiga Emilia, no me hables de ese modo. Ya sabes que soy tu amigo antiguo, que es más que ser tu amante, pues si lo hubiese sido alguna vez, ya habríamos reñido seguramente hace mucho tiempo, porque el amor ya sabes que lo pintan con alas y las tiene, mientras que nuestra amistad se conserva prodigiosamente inaltera-

ble, siempre igual a sí misma en su quietud, sin aspirar a remontarse a cielos imposibles. Yo he admirado tu juventud y ahora admiro igualmente tu madurez dorada. Estar aquí a tu lado, aun sin tocarte, viendo cómo cada día se redondean tus gracias, en el recato ahora de una virgen, es para mí un espectáculo magnífico, que no cambiaría por un placer más vivo. Nunca fijé hasta ahora la mirada en ninguna de tus amigas, y si ahora has visto que mis ojos se volvieron hacia Elisa con llamas de deseo, ha sido porque la vea tan semejante a ti, que casi me pareces tú misma en la época en que te conocí, o un vivo retrato tuyo de aquel tiempo. Y además, he creído observar que a ti también te pasaba lo mismo. ¡Amiga Emilia, en la mirada que una mujer de tu edad dirige a un joven, hay siempre algo de amor!

Ella, entonces, mirándome de un modo misterioso, como sorprendida de verse adivinada, me dijo:

—Algo de lo que dices siento, en verdad. Pero de amor y de odio. Me agrada y al mismo tiempo me enoja contemplar a esa imagen juvenil de mí misma. Me parece algo así como si ella me hubiese robado mis encantos, y al mismo tiempo no puedo menos de admirarla, como si ella fuese un espejo mío. Los hombres la festejan como a mí en otro tiempo; y como yo lo fuí, ella es altiva y dura, aun conmigo, el ama.—Y al decir esto parecía coronarse de una mitra.—Y si te he de decir la verdad, quisiera, y al mismo tiempo temo, verla ante mí desnuda y estrecharla entre mis brazos, y darle un beso en su boca roja, un beso como para robarle todo su color.

Yo le dije entonces:

—¿Y por qué no lo haces, Emilia? ¡Tú, que tienes

para esto el privilegio admirable de ser mujer! ¿No sabes hasta qué punto dos amigas pueden jugar inocentemente? ¿No es una travesura harto fácil soltar el lazo de la camisa de una amiga o saltar sobre sus rodillas retozando?

Ella hizo un nuevo gesto de maravilloso pudor:

—¡Nunca haría yo eso, hombre! ¿Querías que ella me despreciase, pensando que era una viciosa? Y además, ¿olvidas que soy el ama y que debo dar ejemplo?

Yo puse un rostro grave y pensativo, y le dije:

—Es verdad, amiga Emilia. Conozco el rígido código del honor que rige la vida de las cortesanas. Una cortesana no debe ser viciosa, ya que ella está consagrada al vicio de los demás y vive de su diezmo. Como el sacerdote no debe pedir para sí, tampoco la cortesana debe buscar su goce. El placer es un fruto oneroso que les está reservado a las mujeres honestas. Y, sobre todo, el ama debe dar ejemplo, pues es como una abadesa de estas comunidades amables; el ama, en verdad, debe ser austera y renunciar a todo capricho, pues si no, parecería rival de sus mujeres y le faltaría además autoridad para reprenderlas. Dices bien, amiga Emilia. Desisto de mi antojo... Y, sin embargo, es una lástima...

—¿Lo sientes de verdad?—me preguntó ella. Y sus ojos volvían a ser misteriosos.—¿Sientes no verte en el espejo de una alcoba entre el lirio y la hortensia?

Yo le dije:

—Sí, siento no ver a la hortensia realzada por la presencia del lirio, que haría apreciar aún más su plenitud frondosa. Siento no verte repetida en la belleza de tu

amiga, pues las dos sois como una misma mujer... Y pienso que en adelante te querría más a ti...

—¿A mí o al lirio?—preguntóme, triste, mi amiga.

—A ti—repetí fervoroso, entusiasmado ante la idea de lograr así al lirio, que de otro modo mi amiga, celosa, nunca me hubiera dado. Y, pensando ya que lo tenía en mis brazos, volví a ceñir el cuello de mi amiga y la besé en la frente, después de cuánto tiempo.

Ella entonces me dijo, acercando a mí sus labios, que me rozaban como una flor los oídos:

—Bueno; si prometes ser prudente, yo procuraré el modo de darte gusto. Hay que aguardar una ocasión, pues ha de parecer que se trata de un juego. Y eso ha de ser, después de todo; porque no irás a creer que yo, a mis años, fuera a caer en la abominación de que me gustasen las mujeres...

Yo hice un gesto de convicción profunda, y torné a besarla en la frente. Y en mi corazón alborozado festejaba la dicha de tener una amiga antigua que, en premio a mi fidelidad, superior a la de un amante, y al éxtasis con que la veía envejecer dulcemente, ahora iba a dejar caer sobre mí esa rosa de juventud, como milagrosamente desprendida de su antigua belleza, cual si para mí se hiciese, ¡oh, prodigio inaudito!, otra vez joven..."

A poco que se fijen nuestros lectores observarán que nuestro novelista propone a su amiga Emilia hacer eso que en tales casas se denomina "cama redonda", ignoramos por qué motivo, pues para acomodarse tres personas unidas por un mismo propósito amoroso sirve cualquier lecho, cuadrado o pentagonal.

Comparando las descripciones de las expendedurías de amor a tanto la hora de consumición, que presentan Vidal y Planas o Carrère, Belda o Alberto Insúa, con esta de Cansinos-Assens, advertiremos que aquéllos nos producen una sensación más aproximada a la realidad, pues la Emilia de Cansinos se expresa como una concejala o una asambleísta; pero lo que se pierde en eficacia afrodisíaca se gana en literatura. Aquellos prostíbulos resultan indeseables; pero a éste podría concurrir el cardenal Gasparri, seguro de que oiría un lenguaje tan circunspecto como si penetrase en el Vaticano.

"Una noche que estábamos los tres solos—continúa el novelista, después de haber relatado la escena en que su amiga Emilia convence a Elisa para el trío amoroso—, y habíamos bebido algunas copas de un vino generoso y dorado, del que yo llevaba a mi amiga en los días pascuales, Emilia, transida de una ternura desacostumbrada, exclamó de pronto, poniendo sobre mi frente su mano enjoyada, en que la luz se quebraba como en un arco iris:

—¿No te parece, Elisa, que debíamos complacer a mi amigo? Ya ves lo bueno que es con nosotras, que nos trae dulces, y entradas de teatro, y botellas de vino del que se les lleva a las recién paridas... ¿No te parece que debíamos complacerle?

Elisa hizo un gesto de asentimiento. Estábamos muy juntos los tres, y yo sentía que me rozaban los pechos de las dos mujeres. Elisa, suavemente, con una gracia incomparable, extendió su brazo, que era un largo cuello de cisne, y posó en mi frente su mano, fina y enérgica, a la que daban las sortijas un peso metálico y

precioso, dotándola de espinas que se enredaban dulcemente en mis rizos. Imitóla su amiga, y yo sentí las manos de las dos mujeres unirse sobre mi cabeza y revolotear por entre mis cabellos, veleidosas y amables, como dos palomas que, arrulladoras, se persiguen.

¡Instante de una emoción tierna y patética! Bajo la doble caricia de aquellas manos de mujer, yo cerraba, halagado, los ojos, como un niño pobre al que dos hermanas espulgan, dulces y solícitas. Ellas me acariciaban la coronilla, esa cumbre siempre infantil, donde se recibe el fresco sorbo de agua del bautismo, y que en los viejos mismos, descubierta y rosada, recuerda siempre la niñez, y yo me abandonaba a su inocente espulgo como al de las nodrizas en el tiempo antiguo. Poco a poco, ellas se inclinaban sobre mis sienes, hasta hacerme sentir la tibieza de sus mejillas y el doble vaho de su aliento, fragante a las rosas del vino generoso. Y su aliento, entrecortado y rítmico, cantaba en mis oídos una música de deseo, esa música sin palabras, siempre nupcial como la sombra, cuyo encanto epitalámico es mayor todavía cuando callan los ruiseñores.

Luego, ellas hablaron con voces trémulas, capciosas y falaces. Y mi amiga Emilia dijo, con un tono piadoso y maternal, evitando mirar a la otra:

—¿Por qué no complaceríamos esta noche a nuestro amigo, que es tan bueno y nos trae dulces y botellas de vino?—y acercando a mis oídos sus labios añadió—: ¿Quieres vernos jugar a mi amiga y a mí?

Yo asentí, ciñendo con mis brazos los talles de las dos amigas. Elisa, en silencio, me miraba a los ojos, con los suyos profundos y enigmáticos. Su actitud, no obstante su abandono, era erguida y enhiesta, como si la sostuviese algo más fuerte que el corsé. Y mi amiga me insinuó, implorante:

—¡Ruégale tú para que acceda!

Y yo entonces la imploré, acariciando sus muñecas, duras y redondas como dos rodelas diminutas y tan virginales como los tobillos:

—Lirio negro—le dije—, déjate ver en toda tu hermosura, al lado de la hortensia.

Ella no decía nada; miraba a su amiga, y me miraba a mí, con un aire tan profundo de misterio, que parecía tener puesta una máscara; su fina barbilla parecía destacarse aguda de entre los encajes de un antifaz. De pronto dijo:

—Si la Emilia quiere...

Con un tono de maternal indulgencia, mi amiga dijo:

—Sí, mujer; por complacerle..., para que nos traiga dulces y entradas de teatro...

E irguiendo pesadamente su madurez magnífica, apoyada en mi hombro, añadió: "¡Vamos!", e inició la marcha hacia la alcoba, que aguardaba con las puertas abiertas, tibia y dulce, tras la nieve engañosa de sus cortinas.

Elisa se hizo rogar. Refinada y soñadora, fingía ignorar lo que queríamos de ella, si no era que, altiva y orgullosa, quería ser implorada por el ama misma, y no se unió a nosotros hasta que mi amiga, desde dentro, la llamó con su voz dulce, que parecía dejar un reguero de mieles y era a la vez patética y suave, como siempre la voz de una mujer desnuda:

—Elisa, ven, mujer, que se trata de complacer a mi amigo... Ya sabes que es muy caprichoso.

Y al fin vino la Elisa. Con dulce e impaciente premura, entre mi amiga y yo la despojamos de sus ropas, dejándole, no obstante, los coturnos y los pantalones, con los que tenía una apariencia de arcángel... ¡Oh, cómo era bella así, erguida, fina y mate en la penumbra de la alcoba!... ¡Cómo era bella, con la belleza de un paje, ambigua y enigmática, reuniendo en sí lo más bello de los dos sexos, al lado de mi amiga, madura, cuyo cuerpo pingüe proclamaba la plenitud gloriosa y fatal de ser mujer! Yo sentía temblar a mi amiga con una emoción misteriosa ante aquel cuerpo de mujer, cuya aguda belleza, apenas levemente embotada en los pechos, parecía amenazar su madurez magnífica y al mismo tiempo le brindaba una imagen remota de ella misma.

—No lo querrás creer—suspiró de pronto—, pero en otro tiempo era yo así de esbelta.

Yo le dije:

—Sí, te creo, Emilia; en Elisa te veo yo ahora como eras en aquel tiempo en que no te conocí... Mírate tú también en ella como en un espejo...

Entonces, quizá trastornada por las libaciones, o fingiéndolo para escudar su pudor—su maravilloso pudor de cortesana, joya tomada del tesoro de una virgen—, púsose a lamentar su juventud, diciendo con tono lloroso:

—Yo ya soy una ruina... ¿Por qué te empeñaste en que habías de lograr este capricho? Déjame que me

levante y me vaya y te deje sólo con mi amiga... Teniendo el lirio, ¿para qué quieres a la hortensia?...

Pero yo la acariciaba, consolándola, y le decía:

—No, no te vayas; tú eres la hortensia, la gloria de una noche de agosto... Tú eres hermosa todavía, y yo te quiero, como siempre, y también te quiere el lirio... Ella y tú sois para mí como una sola mujer desdoblada en dos figuras. Cada una parecéis más bella al lado de la otra.

Y empujaba al lirio hacia la hortensia, uniéndolas a las dos, de suerte que la amiga madura se ornaba con los pechos en agraz de la amiga joven, y maravillosamente se rejuvenecía. Mimosa, Elisa, como apiadada, inclinábase en silencio sobre aquella belleza caduca, que parecía como el reguero desbordado que dejase la suya propia, al consumirse, fina como un lirio; diríase que se miraba en ella con complacencia como en un espejo de triunfo, con un ambiguo deseo de humillar al ama, enternecida por el placer de un rito amable. Acariciaba a mi amiga con una suavidad indecible, con sus manos, de las que habían desaparecido las sortijas, y que eran ahora totalmente dulces e inocentes; le decía al oído palabras pueriles, la envolvía con todo su cuerpo como con una piedad. Y mi amiga se abandonaba a ella gozosa y se ceñía al marco de sus brazos, olvidándose por completo de mí.

Yo tenía la sensación de asistir a un misterio solemne; acudían a mi memoria reminiscencias pueriles de ocasiones análogas en que labios de vírgenes se encuentran sobre las mejillas de un niño, como esas mariposas que en los poemas se dan cita en una flor, o en que

niñeras jóvenes y traviesas ceden a la tentación de comparar sus pechos nacientes, llenas de abandono y confianza ante la mirada inocente de una criatura todavía sin sexo; algo muy candoroso e ingenuo era aquel misterio del abrazo de las dos amigas.

Elisa, la joven, dominaba como una espada hundida en la carnal morbidez de la madura amiga. Yo admiraba su ligereza, su flexibilidad, la admirable tersura de su cuerpo como frotado con una arena dorada. Había en toda ella algo de viril y grave, ahora que se había despojado de las vestiduras femíneas, de las faldas adorables: el agudo perfil de su rostro era el de un mancebo, y en su cuello fino y largo yo veía atirantarse esa vena dura y acerada que suele hinchárseles a los que cantan. Ella era la que dirigía aquel misterio, y su amiga la obedecía dócil y pasiva, entregada por completo a su voluntad, ignorante y candorosa como una niña, rindiendo, como avergonzada, sus encantos.

¡Vergüenza conmovedora de la mujer madura y pingüe, que parece pedir perdón por haberse engrandecido tanto! Mi amiga Emilia tenía ya los pechos como derretidos, como fundidos en un solo pecho espléndido y magnífico, cuya plenitud borraba el surco divisorio; su vientre estaba tachonado de arrugas patéticas, y el íntimo contacto de sus muslos al andar había marcado en sus carnes dos rosas encendidas, semejantes a las huellas de un cauterio. Elisa, en cambio, era toda ella inmaculada, tersa y juvenil.

Las dos amigas hablaban quedo, reían con risa nerviosa, y, no obstante tenerlas tan cerca, yo las sentía rodeadas de misterio, lejanas, impenetrables y furtivas.

Estaban aún así, revestidas de su pudor maravilloso, encubriéndose mutuamente, escudándose la una a la otra, fieles aún en aquel instante a la púdica leyenda femenina. Y yo sentía ya que luego todo aquello también sería una leyenda, cuando yo quisiese evocarlo... ¡Es tan íntimo, dulce y vago, semejante en el recuerdo a una nube rosada! Y, deseoso de conservar en mi memoria la imagen de aquel tierno misterio, yo miraba con una avidez dolorosa, para recordarla siempre, como testimonio infalible de la intensidad de un placer, aquella arteria hinchada del cuello de Elisa, que parecía ir a saltar, como si al besar los labios de mi amiga vertiese su aliento en la áurea bocina de los triunfos.

Pero, en tanto ellas celebraban su misterio, yo estaba allí olvidado, humillado, sintiendo toda mi anulación al margen de aquella dicha perfecta. ¿Para qué les era yo necesario a aquellas dos amigas? Y de pronto, yo, que había deseado ver la unión de aquellos dos astros, sentí una turbia congoja de celos, y clamé:

—¡Emilia, Emilia! Pero ¿es que os olvidáis de mí?...

Fué Elisa quien, imperativa y tiernamente, me puso una mano en la boca, y luego sus labios.

Emilia, rendida, pero transfigurada, por una dicha que la remozaba y la envejecía dulcemente, como se envejece en las islas del eterno verano, volvióse a mí y me dijo, capciosa y taimada, con un suspiro de placer todavía en los labios:

—No dirás que no te hemos complacido. Has visto juntos al lirio y a la hortensia. ¡Ahora, a ver cuándo nos traes algún regalo!...»

¿Eh? ¿Qué tal? Esta escena ya la hemos visto des-

crita por Alberto Insúa, en *La mujer fácil*; la tiene Alvaro Retana, en *Las cortesanas de Alejandría*—¡tantos la han repetido!—; pero Cansinos-Assens la ennoblece tan artísticamente, que diríase que no ocurre nada ante las erizadas barbas del lector. Las metáforas se suceden en un lenguaje musical, y el escollo de la situación lésbica queda salvado por la espiritualidad del literato, a quien no es posible hacer el menor reproche. El lector asómbrase de la facilidad con que el novelista ha sorteado el peligro; ni la más tenue brisa afrodisíaca ha encandilado nuestro deseo, y, sin embargo, dos mujeres han realizado una cópula, teniendo hasta la avilantez de no permitir al novelista que tome parte como actor en aquella representación erótica de que es espectador. ¡Indudablemente, Cansinos-Assens, aunque en esta obra se manifiesta pornográfico, fracasa como avivador de emociones medulares! La Pornografía del autor de *Las dos amigas* merece consignarse; pero no condenarse. Es Pornografía filtrada, desprovista de gérmenes morbosos; Pornografía inofensiva, que no le bienquistará con los partidarios de la literatura de agua de *bidet*, que ante todo exigen sea portadora de fragancias afrodisíacas. La Pornografía de Cansinos-Assens es como esa agua de colonia que huele a flor de malva o el vinagre que no cumple la misión de alegrar la ensalada.

Hasta cuando Cansinos-Assens se arriesga, intrépido, a la defensa del amor lésbico y expone teorías contra la naturaleza, lo hace de tal suerte, que ni parece que desmoraliza:

"La primera vez que después del extraño episodio vi a mi amiga Emilia era singular su actitud. Parecía olvidada de todo lo ocurrido, como si todo lo hubiese borrado de su memoria al pasarse la mano por la frente, según su gesto piadoso y adorable. También el lirio parecía indiferente al recuerdo amable, serena y enigmática como siempre en su belleza mate y silenciosa. Yo las miraba a las dos, curioso por descubrir en ellas algún vestigio de complicidad deliciosa. Mis ojos estaban llenos de interrogaciones, y mis labios temblaban impacientes por proclamar la posesión de su raro secreto.

¡Hubiera sido tan dulce coger a las dos amigas de las manos y decirles con un tono íntimo y confidente, con una voz queda, jubilosa y triunfal: "Conozco vuestro secreto; sé que os amáis, como yo mismo os amo; que la belleza femenina os ha seducido también a vosotras, que yo sólo he sido un pretexto para que vuestros labios se uniesen; pero no os avergoncéis, porque ¿quién resistiría a esa belleza, que aun a los mismos ángeles seduce? No os avergoncéis de ello, pues el hechizo femenino es tan poderoso, que las mismas nodrizas se enternecen ante el vientre desnudo, y rematado en un hoyuelo, de las niñas pequeñas, y las doncellas que visten a una novia quisieran ocupar el puesto de esposo en una noche feliz. El amor entre las amigas no es una cosa nueva, pues ya en lo antiguo a una isla hizo famosa, y la décima musa celebró sus delicias. Si buscáis en vuestros recuerdos, encontraréis que el rostro del amor se os mostró primero con el gracioso semblante de una niña, semejante a vosotras, y aun con el vuestro propio, cuando ingenuamente curiosas os asomabais a los espejos; y

a vuestros amiguitos pueriles, compañeros de vuestros juegos inocentes, ¿no les atribuíais en vuestro candor un cuerpo semejante en todo a vuestro cuerpo, rosado y dulce, lo mismo que al Niño Jesús, esa imagen del amor, que veíais en brazos de su Madre, vestido de ropitas bordadas, de enagüillas de encajes y con lazos y tirabuzones, como vosotras mismas? ¿Y no os asombrasteis, haciendo toda clase de aspavientos y graciosos remilgos, y tapándoos los ojos, sorprendidas y casi indignadas por lo que estimabais una grosería del destino, la primera vez que descubristeis que vuestro amiguito no era igual a vosotras y que el amor no era una niña?

¿Por qué, pues, ahora os avergonzáis, amigas mías, de haber recobrado el amor primero, el cándido e inocente amor de vuestra infancia? ¿Qué habéis hecho que merezca execración, si, rechazando modos groseros y rudos que recuerdan las nupcias de las fieras, habéis imitado el modo de amarse de las aves? Pues como dos cisnes erais cuando, cubriéndoos con las alas de vuestras cabelleras, iguales una a otra, y reducido el rudo aparato del amor a un contacto tiernísimo, no se hubiera podido decir cuál de las dos era la poseída, pues la una desde abajo ofrecía los mismos hechizos que la otra desde lo alto le brindaba; y no era más humilde, sino para tener derecho a la mayor ternura, siempre concedida a quien le brinda su cuerpo al amor como bandeja.

Y si pensáis haber alterado normas fundamentales y temeis, supersticiosas, el castigo de los dioses, ¿no sabéis que el amor, como la primavera y la juventud, sus aliadas, son de una ambigüedad turbadora y no tienen

más sexo que el que nuestra imaginación les atribuye?

Así, los jóvenes—y yo lo he sido—ven a la primavera bajo la forma de una mujer hermosa, mórbida y suave, llena de languideces y de dulzura, cuyo trofeo es un arco que dispara rosas, mientras vosotras, seguramente, en vuestra adolescencia precoz, le veíais, temblando de un amable susto, tras el visillo de la ventana, llegar hasta vosotras en forma de un mancebo arrogante y gentil, que tenía todo el porte de vuestro primer novio. Así, cada cual ve las mismas cosas con figura distinta, y amor y primavera cambian de semblante para ser de todos igualmente aceptados; las criaturas que los ven con la apariencia que desean, y en sus grandes efusiones abren, sin advertirlo, alma y cuerpo a un mismo huésped. Primavera, mi novia, es vuestro novio, amigas mías; ¿qué importa que vosotras, al descubrir ahora sus velos, le veáis al amor un rostro de mujer?"

No hay para qué seguir. El resto de la novela son variaciones sobre el mismo tema: el extravío sexual de dos prostitutas, alentado por el novelista, que las enardece complacido. Cansinos-Assens es el punto de unión entre el lirio y la hortensia, y hay curiosos diálogos en que el ama y la pupila se expresan como madame Stael o Santa Teresa de Jesús, en una pureza de léxico, en una armonía de frase inverosímil en tal ambiente. El divino amor humano se produce sereno y tierno, normal en su arbitrariedad, honestamente pecaminoso, y Cansinos-Assens, aunque al final se queda sin ver logrado su capricho de descifrar el misterio de la "cama redonda", puede enorgullecerse de haber creado una obra perfectamente literaria.

Pero pornográfica, ¿eh?

Claro, que los pornógrafos, debieran leer a Cansinos-Assens, mago del buen decir, para aprender en su prosa fastuosa a embellecer las situaciones más atrevidas, y así no se expresarían muchos con la diafanidad con que se expresan las Sagradas Escrituras, donde Voltaire registró pasajes como éste:

"Desnuda, se entregó a las fornicaciones y descubrió sus liviandades; y presa de sensual furor, deseó cohabitar con los que tienen el miembro como los asnos y el derrame como los caballos."

¡Y que hasta en las Sagradas Escrituras haya Pornografía!...

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

La obra cumbre de Vidal y Planas, la que por su inesperado y clamoroso éxito perturbó su razón y su existencia, fué *Santa Isabel de Ceres*, drama eminentemente pornográfico y que puso de relieve la intrepidez dinámica y tortuosa de Gregorio Martínez Sierra como director escénico.

Claro que este paladín de estética para la burguesía, defensor sin patente de la moral de quinto piso, ídolo de las familias por sus comedias de mermelada, astuto traficante en feminismo de guardarropía, era el más capacitado para trasladar la calle de Ceres al pasadizo de San Ginés, pues años antes ya había también instalado Martínez Sierra en la calle de Alcalá—escenario de Apolo—una casa de lenocinio con su sainete *Lirio entre espinas*.

Este Martínez Sierra, feminista y tal, siempre se había significado por su maestría en presentar el adulterio con salsa mayonesa y la prostitución al chantilly; pero, falto sin duda de arrestos para abordar la vida airada en su más abyecto matiz, apadrinó la producción de Vidal y Planas, con lo cual Gregorio servía su instinto de conspirador de indecencias y traspasaba la responsabilidad del suceso a Vidal y Planas.

Conviene anotar, sin embargo, el detalle expresivo de que Martínez Sierra, que a todo se arroja, norte y guía

de Catalina Bárcena—ingenua vitalicia, actriz delicadísima, la más rica en matices, especie de ungüento amarillo de las comediantas españolas, que lo mismo se atreve con *La dama de las camelias* que con vodeviles picantes como *Lluvia de hijos*, y alterna las comedias astracanescas de Muñoz Seca con las imitaciones a Raquel Meller—, no se aventuró a permitir que la perilustre histrionisa interpretase un papel en *Santa Isabel de Ceres*.

Dejemos aparte la indudable buena intención y las bellezas peripatéticas del drama. *Santa Isabel de Ceres*, por el ambiente, la relajación y algunos de sus personajes, la crudeza de sus pintorescas escenas y el exagerado verismo del léxico, tiene que ser encasillada como producción pornográfica. Artística; pero pornográfica.

El secreto de la expectación que produjo *Santa Isabel de Ceres* no estriba en el mérito literario, en la elevación del propósito, ni en la valía como creación escénica, sino única y exclusivamente en su carácter pornográfico. Era una farsa donde se *mascaba* la prostitución clandestina y regulada, donde el autor sacaba a relucir los *trapitos sucios* del hampa madrileña, y una curiosidad morbosa llenó el teatro de Eslava durante cien noches de un público ambiguo que iba a horrorizarse artísticamente, bajo el pabellón de Martínez Sierra, con aquellas negruras de lupanar, más sombrías iluminadas por los focos de las baterías.

Santa Isabel de Ceres consagró a Vidal y Planas como dramaturgo y le indicó una ruta para sus novelerías. En adelante, el autor de *La Papelón, Cielo y fango, A hombros de la adversidad* y *La virgen del infierno* sería el escritor de los oprimidos, de las almas sublimes encenagadas en el vicio del arroyo, y sus alucinaciones de visionario que pretendía conquistar la Gloria—sin olvidarse del dinero, por supuesto—quedarían plasmadas en libros deliciosamente disparatados, donde se amalgaman Dios y las prostitutas, la delincuencia y el santoral, vírgenes del martirologio con chulos pregonados de la Puerta del Sol, como la cosa más edificante del mundo.

Alfonso Vidal y Planas es el estallido de una inteligencia natural que vibra sin orden ni concierto. Ningún otro escritor aparece como él, tan desigual en sus obras, tan incoherente y siempre tan sugestivo y personal.

Se produce con un misticismo estrafalario, colindante con la pornografía aun en aquellas producciones que no tienen carácter licencioso. Su arbitrario concepto de lo humano y lo divino, lo moral y lo libertino, le arrastra a presentarnos personajes como el siguiente:

"Radegunda había sido violada por su padre a los trece años. Luego vivió maritalmente con un tío suyo, y ejerció la prostitución nueve años en la calle de Andrés Borrego, donde pegó dos puñaladas a una compañera de meretricio que la recriminó por haberla robado unos zapatos de charol. Había cumplido seis meses de cárcel por intento de chantaje; pero era una santita, y Dios, desde los cielos, la perfumaba con paternales brisas."

Un novelista que describe en parecida forma, ya advierte a sus lectores que está como para que le aten.

Porque se puede poseer una inteligencia vivísima, una gran inquietud espiritual, unas dotes grandes de narrador colorista y una fantasía exuberante—nada de esto discutimos a Vidal y Planas—y estar también más loco que una espuerta de gatos.

Por eso, la Pornografía de Vidal y Planas es una Pornografía de demencia, y en las dos o tres ocasiones que ocupó el banquillo en la Audiencia de Madrid, procesado como promotor de escándalo público con varias producciones suyas de *La Novela de Hoy* y *La Novela de Noche*, el Tribunal debió de contemplar empavorecido a aquel simpático muchacho capaz de hilvanar tantísimos desatinos pornográficos en que andaban complicados Jesucristo y las busconas de la calle de Peligros, la Virgen María y los golfantes de la Cabecera del Rastro.

Una exasperada devoción por las mujeres de vida airada arrastra a Vidal y Planas a divinizarlas con hipérboles magníficas e irritantes. Inflamado de ardores evangélicos, nos revela misterios de lupanar, aberraciones patológicas y tal serie de miserias sexuales, que el lector vacila entre compadecer a los protagonistas o al autor de la obra.

En *La conversión de don Juanito*, una de las novelas más divulgadas de Vidal y Planas, se pinta el interior de una mancebía con tonos delirantes.

He aquí cómo se expresan en la página 54 algunas pupilas y el asiduo más reverenciado del establecimiento:

"—¡La hija de mis entrañas no será nunca lo que yo soy!—exclamó Leonor—. ¡Eso lo juro!

Y besó nerviosa una cruz que hizo con los dedos.

—¡No digas, mujer!—le interrumpió Amparito—. Ni tu niña ni nadie en el mundo puede decir: "De este agua no beberé..." Ya ves tú, yo también soy *esto*, y...; bueno, lo mejor es callar...

—Mi madre me decía siempre: "¡Antes que verte mala, preferiría rezarte en una fosa!"—declaró Fifí—. Y, sin embargo, ahora partimos las ganancias... La necesidad es una pala que nos coge y nos tira... ¡Mejor es no pensar!...

Y rió don Juanito por tercera vez, ferozmente:

—¡Ju, ju, ju!...

Leonor exaltóse:

—¡Lo que yo digo es que mi nena no será nunca una mujer tirada!—prometió—. Así que yo gane las tres mil pesetas que me faltan para reunir las diez mil de la dote, ya me lo diréis...

—¿Piensas casarla?—le preguntó Amparito.

—¿Y qué?—comentó Trini—. Yo soy casada y estoy aquí. ¡Hay cada hombre!...

Rió Leonor nerviosamente:

—¡Ji, ji, ji!... ¡Casarla! ¡Qué disparate!... ¿Entregar mi hija a un hombre? ¿A un tigre que encima está civilizado? ¡Nunca! ¡Nunca!...

Y siguió riendo:

—¡Ji, ji, ji!...

—Como hablabas de la dote...—le dijo Amparito.

Y confesó Leonor:

—¡Naturalmente! ¡Diez mil pesetas exigen! Pero es una buena Orden. Dicen que en ella se come muy bien y que se dan la gran vida.

—¿Quiénes?—interrogó Fifí.

—¡Las adoratrices! ¡Quiero hacerla monja! ¡Mi hija para Dios, aunque a mí me lleve el Diablo!...

Trini, Matilde, Fifí, Amparito y Chelo callaron.

Pero don Juanito estornudó una risotada lúgubre, por cuarta vez:

—¡Ju, ju, ju!...

Y la señora Petra (la encargada) encaróse con él, risueña y como "al grano", para preguntarle:

—Bueno: ¿con cuál esta noche?

Ellas temblaban mientras don Juanito las miraba.

—¡En mí no pienses!—le dijo Leonor, trémula, horrorizada—. ¡No iría contigo ni por mil pesetas!... ¡¡Desde la otra noche escupo sangre!!...

Por fin dijo algo don Juanito. Lo siguiente a Leonor:

—¡Sí que fué "de órdago" la paliza!... Pero ¡¡te di cien duros!!

(Don Juanito hablaba poco; pero cuando hablaba...)

Repitió Leonor:

—¡Ni por mil pesetas!... ¡Escupo sangre! ¡Sangre del pecho!

Y habló otra vez don Juanito para decir otra cosa grande:

—¡Como *la dama de las camelias!* ¡Eso son romanticismos y nada más!

Y aulló una quinta carcajada siniestra:

—¡Ju, ju, ju!

—¡Bueno!; tú no hagas caso, y escoge a la que más te guste—dispuso la encargada—. ¿Con cuál te quedas?

—¡Con las seis!

(¡Oh, cuando hablaba don Juanito!)

—¿Con las seis te atreves? ¡Sí que eres un gallo!

—le aduló la señora Petra—. ¡Hay que ver! ¡Atreverse con seis él solo!

Y aseguró don Juanito:

—¡¡Y con un rebaño!!

Luego despachó a la encargada:

—Bueno; ya estás aquí de más. Vete y cierra la puerta... Este es el mejor sitio. En una alcoba no cabríamos todos....

Obedeció la señora Petra."

Casi todos los cuadros de Alfonso Vidal y Planas rebosan un lirismo enfermizo y una interpretación caprichosa de la religión cristiana. Diríase que conserva, alterados por la fiebre, sus resabios de seminarista, y esto le hace desvariar a costa del Padre Eterno y poner en evidencia a la Reina de las alturas. Seguramente, en la corte celestial debe de existir una sagrada y comprensible indignación contra este escritor, que tan frecuentemente obliga a alternar a Dios y su Madre con las gentes de relajo, y no vacila en enfrentar a los representantes de Jesucristo sobre la tierra con hetairas de baja estofa, como acontece en la página 89 de la precitada novela, *La conversión de don Juanito*:

"—¡Que yo no hago eso! ¡Que no! ¡Que no!—protestaba vivamente Leonorcita.

—¿Qué es lo que tú no haces?—inquirió de ella la encargada, al entrar.

Don Juanito, que reía con su risa odiosa (¡Ju, ju, ju!), explicó a la Petra:

—Nada de particular, sino que esta niña es tonta y no quiere ganarse mil pesetas. ¡Le daba así, en la boca!... Se trata de lo siguiente: hay ahí, en la vecina

parroquia de San..., no sé cuántos, un curita engañabobos, que se las echa de milagrero. Las beatas le tienen por santo. Circulan de él referencias de verdaderos prodigios: que si ve manchas muy negras en las almas que están en pecado mortal; que si hace llorar de vergüenza y de arrepentimiento a las mujeres adúlteras, sin más que mirarlas a los ojos; que si... Bueno; ¿para qué te voy a contar? No acabaría en toda la noche... Es el padre Domingo. ¿No has oído hablar de él?

—Sí—contestó la Petra—. Creo que es un verdadero santo, que reparte su pobreza entre los pobres y él come mondas de patatas y duerme en el suelo, con una piedra por almohada. Eso he oído decir. Como también que lleva puesto en todo tiempo un enorme cilicio que le cubre el cuerpo como una camisa.

—¡Ju, ju, ju!—soltó el don Juanito—. ¡Tú no conoces al curita ese! Es un vividor que tiene el grave defecto, entre otros muchos, de meterse en lo que no le importa. Yo sí que le conozco bien, porque el tal me ha hecho una trastada que no le perdonaré en la vida. Os pondré en antecedentes. Yo, que, como sabéis, soy muy generoso, estoy a punto de arruinarme. Y para curarme en salud eché el ojo a una beata con más millones que *salves* ha rezado en su vida. No os figuréis que se trataba de una vieja; la beata a que aludo era una viudita todavía fresca y todavía hermosota. La cosa iba muy bien. No había tardado yo nada en hacerle a la beata *tilín-tilín* en el corazón. Y ya hablábamos de boda, cuando el dichoso padre Domingo, que no me había visto en la vida, preguntó una tarde a mi novia en el confesonario: "¿A qué huele usted, desgraciada?"

Mi novia, que nunca se había dado polvos ni perfumes, extrañóse mucho por causa de esta pregunta, y respondió: "¡A nada malo puedo oler, padre Domingo!" Pero el padre Domingo insistió: "¡Hueles a hombre degenerado! Sin duda, has estado cerca de algún hombre de alma podrida... ¡Cómo apestas!" Mi novia confesó: "Sólo he estado con mi prometido." Y entonces, el maldito curita, echándoselas de adivino, aseguró a mi novia: "Tu futuro es un monstruo del infierno. No le conozco; pero debes mandarle a freir espárragos." Y mi novia hizo *fu*... ¡Adiós, millones! ¡Pero esa se la guardo yo al padre Domingo!...

Calló el degenerado para reír con su risa pavorosa:

—¡Ju, ju, ju!

Continuó el don Juanito:

—Y yo me he propuesto vengarme de él tomándole el pelo del siguiente modo escandaloso, para que escarmiente y no vuelva a meterse en camisas de once varas: que Leonor, con su carita pálida y ojerosa de enferma, finja estar muriéndose, tumbada ahí, en esa *chaisse-longue*; tú misma, Petra, correrías a buscar al padre Domingo para que le diese a Leonor los Santos Oleos; las otras niñas, en cueros, como las parió su madre, se ocultarían en este cuarto contiguo, y cuando el *pater*, con la mejor fe del mundo, empezase a mascullar sus latines, éstas saldrían de su escondite y caerían sobre el santo. La idea es maravillosa, genial. El santito, horrorizado, trataría de huir; pero éstas se encargarían de no dejarle escapar. Y, a mimos, a besos y a sobos, lucharían con él hasta vencerle. Y entonces... ¡Yo he ofre-

cido mil pesetas a la que primero se lo calce!... Y todas quieren. Pero Leonor se niega...

—Propones un sacrilegio—rechazó la Petra con espiritual valentía—. ¡Un sacrilegio horrible!

—¡Bah! ¡Una broma de Jueves Santo!—dijo el monstruo—. ¡Hay que rematar esta juerga de un modo digno!

—¡Claro que sí!—afirmaron las niñas, borrachas, inconscientes, estúpidas.

Todas, menos Leonor.

—Conmigo no contéis—hizo constar la Petra—. Yo soy una honrada mujer, muy temerosa de Dios.

—¡Cien pesetas de propina, si vas a buscar al padre Domingo!—le ofreció él.

—¡Por cien pesetas—exclamó ella, con el alma—soy capaz de ir al Infierno!

Y ordenó a Leonorcita:

—¡Tú, empieza a agonizar! ¿No oyes? ¡Ya te estás revolcando desde ahora mismo sobre ese diván!... ¡Ay, qué niña más tonta! ¿Por qué no gritas ya, *malage:* "¡Confesión! ¡Confesión!"...? ¿Serás tan valiente que te atreverás a hacerme perder esos veinte durazos! ¡Te estrangulo!

—¡No quiero, no quiero y no quiero!—gritó Leonorcita, horrorizada y enérgica.

—Pues vas a pedir confesión de veras, porque te voy a hacer entrar a puñetazos en la agonía—le rugió la Petra, amenazadora.

(La Petra parecía un oso.)

Y avanzó hacia la infeliz.

Pero se les interpuso don Juanito:

—¡No quiero nada con la justicia!... Mejor será por las buenas.

Y le ofreció a la pobrecita ojerosa:

—Te daré lo que te falta para que puedas meter a tu hija en las Adoratrices.

—¡Acepto!—exclamó Leonor.

Y la encargada escapó del salón, corriendo, a buscar al padre Domingo..."

No busque el lector en las concepciones de Alfonso Vidal y Planas la exaltación de una honrada madre de familia, intachable en todo el curso de su existencia, sino solamente cuanto tienda a glorificar a las rameras más empedernidas.

Vidal y Planas ha afirmado que las obras de misericordia no son catorce, sino quince, y que la última es: *Visitar piadosamente a las mujeres de la vida.* No tenemos la fantasía suficiente para imaginar la cara que pondrían las acreditadas zorronas de la calle de San Marcos, o las ejemplares francesas de la calle de Jardines, si les anunciasen la llegada de una comisión de caballeros con su libro de misa y su rosario. Lo probable es que, a pesar del aire piadoso de los visitantes, la dueña de la casa gritara jubilosa:

—¡Niñas, al salón! ¡Que han venido cabritos de precio!

Vidal y Planas es tan deplorable abogado de las causas que defiende, que, proponiéndose cantar la excelsitud de las pecadoras de burdel, sólo consigue hacerlas más abominables para el lector, pues no creemos que se pueda simpatizar con estas meretrices de *La conver-*

sión de don Juanito, que, cuando llega la página 112, se comportan de la siguiente manera:

"Y apareció a la puerta el padre Domingo. Sus ojos reflejaban luz de Eternidad, como si ésta se mirase en ellos. Era una luz cegadora, y sólo las almas puras podían tomarla, como toman los cuerpos la luz del sol.

Ni don Juanito ni la Petra podían resistir la mirada del santo. Pero Teófilo Más le miraba a los ojos:

—¡Esa mujer ya no me necesita!—dijo el sacerdote del Dios de los hombres—. ¡Está muerta, muerta, como el alma del que ha mandado llamarme para burlarse de mi fe!...

Y avanzó hacia don Juanito:

—¡Muerta, como tu alma!—agregó.

La Petra, temblorosa, quiso comprobarlo. Se fué al sofá, casi cayéndose por la emoción. Parecía una borracha de aguardiente. ¡Qué horrorosa y grotesca, emocionada!... Y se puso a zarandear a la yacente:

—¡Leonor! ¡Leonor!—gritaba con horrible miedo.

Y Leonor, por el zarandeo, que era afanoso y brutal, cayó del sofá, yerta, y rodó sobre la alfombra, entre las botellas de *champagne*, tal que un maniquí trágico.

Desplomóse de espanto la encargada, de humanidad enorme. Y fué como si hubiese caído allí un gran saco con todas las llaves del infierno...

Don Juanito sintió la vergüenza de su desnudez, y apresuróse a cubrirse con el mantón de Manila de la muerta. Había caído de rodillas, y se daba golpes de pecho.

—¡Confesión! ¡Confesión!—pidió anheloso.

En el cuarto contiguo de las niñas, borrachas, reían:

—¡Ji, ji, ji!...

Don Juanito ofreció:

—¡Me haré monje trapense! ¡Viviré en la penitencia el resto de mi vida! Vestiré cilicio, comeré pan duro, dormiré sobre tablas y beberé llanto amarguísimo en las fuentes de mis ojos... ¡Seré santo!

Y en el cuarto contiguo, las niñas, borrachas, reían:

—¡Ji, ji, ji!...

La encargada, volviendo en sí, abría con dolor los ojos, como quien sale a la luz desde las negras sombras de un calabozo.

Y Teófilo Más, que se había arrodillado ante el cadáver de la desventurada Leonor, rezaba así, las manos juntas sobre el pecho, en actitud sacerdotal:

—¡Por tu alma pura de víctima de los hombres y del Dios de los hombres! ¡Por tu alma virgen y mártir, mujer de nadie, que fuiste, sin embargo, de todos! ¡Por el tremendo dolor de tu inocencia desgarrada, mujer buena, que fuiste pública por débil, por pobrecita y por madre! ¡Y por la cruenta y horrorosa agonía que tu vida fué, alma y carne de sacrificio, rosa deshojada, pajarillo cazado, cordero degollado! ¡¡Por el bello infortunio de tu vida y por la gloria roja de tu muerte (gloria roja como una hoguera de rubíes magníficos), entra en el Reino de la Paz perpetua y duerme en el seno del verdadero Dios, como una hija mimada!!...

Y en el cuarto contiguo, las niñas, borrachas, reían:

—¡Ji, ji, ji!...

Hablaba a la vez el sacerdote, dirigiéndose a don Juanito:

—¡Vámonos de aquí! Porque aquí huele a infierno...

¡Espera! ¡No te levantes! ¡Aquí huele también a misericordia de Dios!... ¡Esa desventurada que ves ahí rígida, ya se quema, ya se quema en las llamas del fuego eterno!... ¡Pero la Gracia divina ha descendido sobre tu corazón, y hay fiesta de ángeles y de vírgenes en el cielo, porque la oveja más descarriada y perdida ha entrado ya en el santo redil!

Y reían las niñas, borrachas, en el cuarto contiguo:

—¡Ji, ji, ji!...

Sobre las palabras del sacerdote, la voz de Teófilo sonaba:

—¡Mujer atravesada de desventuras! ¡Yo veo en tu pecho más espadas crueles y hondas que en el de María: tantas como crímenes cometieron los hombres con tu carne preciosa y con tu corazón dulce y pobrecito; tantas como hombres llegaron hasta ti para clavarte sus horrorosas lujurias! ¡Mujer flechada por las flechas de todos los vejámenes, de todos los desprecios y de los más atroces suplicios espirituales! ¡Yo te veo atada al mundo como a una columna, femenino San Sebastián, y veo también cómo se aleja de ti la sociedad, que ya te ha vestido de dolor, de gloria y de flechas airosas y hermosas!...

Y como observase el sacerdote del Dios de los hombres que Teófilo rezaba por el alma de Leonor, la ramera muerta en pecado mortal, el buen cura, dirigiéndose al loco visionario, le dijo:

—¡No reces por quien está en el infierno!

Teófilo no contestó.

Miró piadosamente a la muerta, y, como si hablase con ella, dijo, exaltado:

—¡Alma de mi Leonor, enjoyada con el tesoro eterno de tu martirio! ¡Entra en la mansión de la Justicia de las justicias y di al Dios verdadero: "¡Señor, Señor! ¡Los hombres han sido mis verdugos! ¡Su lujuria, la mano cruel que a mí, rosa, me deshojó! ¡Su maldad, el horrible cepo que a mí, pajarito, me cazó! ¡Su ferocidad, la cuchilla que a mí, corderito, me degolló!... ¡¡Los hombres han sido mis verdugos, y yo no he hecho más que ser víctima!!... ¡Señor, Señor! ¡¡¡Y ahora, el Dios de los hombres, para salvar de la muerte eterna al peor de mis verdugos, me condena a muerte eterna!!!"

Y en el cuarto contiguo, las niñas, borrachas, reían:

—¡Ji, ji, ji!...

—¡Dios ha querido que una ramera vil se condene para que un pecador se salve!—declaró el sacerdote.

Teófilo Más se echó a reír, y dijo:

—¡¡Dios no trata a las rameras como trata a los hombres!!...

Don Juanito, mientras tanto, se confesaba en alta voz, con impaciencias y afanes lacrimosos de santidad:

—¡He sido un monstruo! ¡He chapoteado por la vida como por un lodazal! ¡Me he guarecido en las cavernas del horror! ¡He devorado inocencias, he dentelleado y desgarrado felicidades humildes! ¡He bebido, con gozo de sediento, licor de lágrimas de víctimas sabrosas!... ¡¡Pero quiero ser santo!!...

Y la Petra, también de rodillas, no hacía más que santiguarse y temblar.

En el cuarto contiguo, las niñas, borrachas, reían:

—¡Ji, ji, ji!...

Hasta que el sacerdote levantó su diestra sobre la cabeza abatida de don Juanito, con ánimo de hacer el signo de la absolución:

—*In nómine Patris, et Filli, et Spiritus Sancti...*—pronunció solemne.

Pero las niñas, así como oyeron mascullar latines, escaparon escandalosamente de su escondite y, como bacantes del infierno, irrumpieron en el salón, borrachas, desnudas y como a horcajadas sobre lascivias espantosas...

—¡Conmigo, conmigo, curita!—gritaban todas, en su avaricia de las mil pesetas.

El santo sacerdote se había tapado el rostro con las manos, y trataba de huir, todo él espanto, como de una tentación infernal.

Pero las niñas se lo impedían. Una le besaba, otra le acariciaba, todas le abrazaban y, como epilépticas de erotismo y de avaricia, se restregaban contra él.

—¡Conmigo! ¡Conmigo! ¡Conmigo!

La Petra, que se había puesto en pie, bramó, furiosa:

—¡Borrachas del demonio! ¡Tapaos en seguida esas indecencias y caed de rodillas!... ¿No veis ahí el *fiambre* de vuestra Leonor?... ¿Queréis que Dios os mate como a ella? ¡Vestíos y rezad!

Pero Fifí se encaró con la Petra para preguntarle:

—¿Todavía? ¿Hasta cuándo va a durar la broma?

Y como ellas siguiesen atacando al sacerdote, jinetes en sus lascivias, la Petra, con gesto feroz, tomó del suelo una botella de *champagne* y la emprendió a botellazos con todas.

—¡Rezad, malditas, zorras desvergonzadas!—rugía la bárbara mujeruca a cada botellazo que pegaba.

Y las pobres niñas iban cayendo, descalabradas, con sangre en las sienes, como bacantes del infierno enguirnaldadas de rosas.

Y de rodillas reían y lloraban y rezaban. ¡Todo a la vez!

—¡Ay mi cabeza rota!... ¡Padre nuestro, que estás en los cielos!... ¡Ji, ji, ji!... ¡Señora Petra, salvaje! ¡Suelte usted ya la botella!... ¡Dios te salve, María; llena eres de gracia!... ¡Ji, ji, ji!..."

Ninguna obra de Vidal y Planas obedece a un plan fijo y está desenvuelta con método y circunspección. En cualquiera de ellas se trunca inesperadamente la acción para ceder el puesto a una divagación innecesaria, se precipita el desenlace, o sobra algo, si no falta. Hay una carencia de ilación lastimosa, y el estilo, de un característico ardor pasa a increíbles glaciedades.

Alfonso Vidal y Planas cincela páginas deslumbradoras, prodiga imágenes sorprendentes, lanza ideas delicadísimas; mas, de improviso, pierde la inspiración y desvaría hasta que acierta a recuperar la ilusionada brillantez. Diríase que escribe a latigazos, y, desde luego, su arte es evidentemente emotivo. La rapidez con que concibe, desarrolla y termina; los descuidos gramaticales y la carencia de ilación, no restan intensidad a sus producciones. Quizá esto coadyuve a hacerlas más vibrantes, más espontáneas, más tentadoras, con sus propios defectos.

Alfonso Vidal y Planas posee talento natural; es un alma sensible y tierna, de niño alucinado por el éxito

y la vigilia; un espíritu de poeta que sueña con redenciones imposibles; un cautivante visionario, que en sus libros lleva la misma ruta dislocada, apasionante y dolorosa de su vida.

VICENTE DIAZ DE TEJADA

La decencia es la gran conspiradora de indecencias. Sólo así se concibe que Vicente Díaz de Tejada, novelista discreto, cuentista afortunado y cronista amenísimo; escritor laureado repetidas veces, recomendable en su principalísima obra literaria por su buen gusto y su elegancia espiritual, haya derivado al final de su carrera artística hacia el terreno pornográfico, arrojando producciones que son terribles bombas, verdaderos atentados al respeto de sus lectores.

Díaz de Tejada ha sido como esas madres de familia que después de una existencia ejemplar, de edificación con su conducta, pierden la cabeza al doblar la cincuentena y cometen en poco tiempo las suficientes... inconveniencias para hacer olvidar su honorable pasado.

Ya hace diez o doce años presentó Díaz de Tejada en *La Novela Corta*, *Tántalo*, original narración, cuyo personaje central era una marica como un templo, enamorada platónicamente del segundo protagonista.

El tema era escabroso; pero estaba vencido con impecable bizarría literaria. El estilo cuidado, la pintura acertada del ambiente y una inquietud dolorosa sutilmente comunicada al lector, hacían de *Tántalo* una novela estimable, no por su argumento peligroso, sino porque encerraba una provechosa enseñanza. *Tántalo* si

nificaba el tormento de las almas esclavizadas por el demonio de la inversión sexual; no era un relato morboso donde con pérfida complacencia se espoleasen las aficiones inconfesables de tantos supervivientes de Sodoma y Gomorra. *Tántalo*, a pesar de todo, puede reputarse una obra artística, y dentro del atrevimiento de su autor abordando semejante conflicto, latía la buena intención de mostrar a los buscadores de emociones prohibidas que creen hallar en una aberración un pecado exquisito, todas las miserias morales y hasta las desventuras físicas de quien se arroja al tenebroso abismo de la sensualidad pervertida.

Pero hacia 1924, Vicente Díaz de Tejada, hasta entonces espejo de escritores pulcros, ya en la madurez de su talento y en el declive de su vida, mancilló sus canas gloriosas con el tinte vulgar de la Pornografía, y sin tener en cuenta siquiera la discreción a que le obligaba su elevado puesto en un organismo del Estado, su cualidad de abuelo, comportóse como el más irreflexivo de sus nietos y realizó imperdonables indecencias de chiquillo; se hizo pipí en su brillante historial literario presentando en la revista *Flirt*, editada por José de Urquía, la más solemne e increíble desvergüenza: una novela titulada *El amuleto*, cuyos capítulos aparecían semanalmente en aquella publicación que intentó ser una manifestación de travesura galante y acabó siendo una letrina clausurada por la persecución de las autoridades.

No se puede comprender que un artista conceptuado como tal haga su presentación en el campo de la literatura picaresca con engendro tan abominable como *El*

amuleto, condenado, no por inmoral, sino por plebeyo y hasta sacrílego. La Pornografía es doblemente repugnante cuando se adentra en la Religión y hiere sentimientos que todo hombre bien nacido, aun el más indiferente, aprendió desde su niñez a respetar. Hay un terreno sagrado que no tiene derecho a invadir ningún pornógrafo por descreído que sea, sin merecer el desprecio aun de aquellos mismos que gustan de los manjares eróticos, y ese terreno es el religioso.

Vicente Díaz de Tejada, con *El amuleto*, renunció automáticamente a la consideración de aquellos lectores que le cimentaron su prestigio, y pasó a alistarse en el ejército de los pornógrafos descarados, de los inciviles, de esos que juzgan *una gracia* revolcarse en su propia inmundicia.

¡Qué lastimoso crepúsculo para el excelente literato que tuvo tan simpático amanecer! ¿Qué pudo inducir a este laureado escritor a envilecerse de tal forma? ¿Cómo no se rompió doscientas veces la pluma del poeta prosista, autor de tantos delicados primores, antes de firmar *El amuleto?*

Posteriormente Díaz de Tejada, enfermo de Pornografía—no queremos aceptar sus ex abruptos como concepciones normales—, arreció en sus desvaríos hasta el punto de ser perseguido, procesado y condenado por alguna de sus producciones pertenecientes a esa colección de *La Novela de Noche*, revista que, sin la laudable vigilancia de los fiscales, aún continuaría envenenando a la juventud y prostituyendo a novelistas avarientos de notoriedad.

La Pornografía de Vicente Díaz de Tejada culmina

en su tristemente célebre novela *No por obra de varón*, que es la realización de un cuento que envejeció rodando por las mesas de los cafés, las aulas universitarias y los comedores de las mancebías.

Es el caso de un marido de Norteamérica precisado a abandonar a su mujer para efectuar un viaje de negocios a Francia, y que durante la travesía es seducido en el barco por una camarera que le lleva a un difícil trance, descrito por Díaz de Tejada en la siguiente forma:

"En la Aduana, un gendarme precioso, al registrar a míster Watson, pasó con delectación y mimo su enguantada y experta mano por ciertos abultamientos de la región femoral izquierda del mozo opulento. Pedro Eduardo sintió por vez primera un cosquilleo extraño, que más que al placer se aproximaba al dolor.

—¿Todo natural?—interrogóle el del tacto.

—Para servir a usted—le contestó el viajero.

—¡Ay!—exclamó el otro, lanzando un suspiro que hizo temblar a media Europa...

Pedro Eduardo, con la siniestra mano sepultada en el bolsillo del pantalón, procedió a un suave manutigio, continuación del iniciado por el sensible agente. Y de nuevo experimentó la misma sensación, más que placentera, dolorosa. Un escarabajeo, un escozorcillo íntimo, inexplicable, inusitado...

—Los excesillos del viaje—pensó—. Necesitaré un poco de reposo.

Durante la travesía toda, Pedro Eduardo no había cesado de hablar con Linda, mientras ésta cruzaba el Continente, camino de San Francisco, a bordo del gi-

gantesco dirigible *Lafayette*, y desde su casa de la capital de California luego. Habíanse contemplado también breves instantes merced al selenógrafo; los precisos para cambiar un beso y repetirse el eterno "no me olvides".

Este incidente que brota en las primeras páginas de *No por obra de varón*, se concreta en el capítulo IV de manera cuyo comentario dejamos a nuestros lectores.

"A los pocos días de hallarse en París, Pedro Eduardo se sintió enfermo. Un malestar inexplicable, un abandono, unos fugaces escalofríos, algo de fiebre... El misterioso picorcillo aquél, que no desaparecía, sin acabar de manifestarse con decisión... ¿Qué diablos podría ser aquello?...

Y una mañana, tras una noche agitada y febril, al ponerse en pie notó un peso extraordinario en las regiones nobles, algo que parecía tirar de su vientre... Y al tratar de examinarse, se encontró con una trucha asalmonada entre las manos. ¡Diantre!... ¿De dónde salía aquel fagot, lleno de rosados círculos, que parecían indicar el lugar de colocación de los dedos para la ejecución de una lúbrica sonata? Pedro Eduardo tembló de miedo, de espanto horrible ante el arcano. Inmediatamente llamó al mejor especialista de París.

Era éste un verdadero sabio, hombre anciano ya, para quien los miembros de la Villa Lumière no conservaban secretos. Conocíalos todos dedo a dedo, ya que, por falta de primeras materias, no pudiera ser ello palmo a palmo. Adorador ferviente de la naturaleza madre, miraba a sus pobres clientes como gloriosos heridos en los supremos combates de la vida, y los trataba con pater-

nal afecto y con casi maternales mimos. Un enfermito de aquella clase le interesaba mil veces más que una legión de cardíacos o de artríticos. Sus enfermitos—hombres o mujeres—eran una especie de niños necesitados de todos los cuidados. Eran la infancia, lo por venir, las tierras vírgenes, ávidas de preñez y de goces de fecundación. Eran algo sagrado; lo demás, vulgaridades, residuos, escorias, que no le interesaban.

Ante el diploma de masculinidad de Pedro Eduardo, al que no le faltaban las bulas de garantía, el doctorcito se quedó extático, mudo de admiración, primero; de dolor, después. Pocas veces, acaso ninguna vez, había contemplado el sabio profesor ejecutoria de tal calibre. Sin monstruosidad alguna, dentro de una perfecta armonía de líneas, de solidez, de magnificencia, se manifestaba una opulencia digna de los efebos de Miguel Angel. Un ejemplar acaso único. Un tesoro de virilidad nunca visto. Mas ¡en qué estado! ¿Cómo había caído al fangal aquella perla, a merced de las hozaduras de los cerdos; aquella preciosa margarita que sólo en la corona de una diosa debía ser engarzada, para más honrarla y engrandecerla?... ¿Qué locura, qué crimen de abandono, de desconocimiento del propio valer, de dejación de sus altísimos derechos, había cometido aquel muchacho que sólo el Olimpo debería de tener por morada? Júpiter descendió a Leda, se derramó sobre Danae, pero jamás se enfangó poseyendo a Mesalina. ¿Desde cuándo los dioses frecuentaban los prostíbulos? ¡Horrendo sacrilegio!...

Al sentimental doctor se le escapó una lágrima. Parecía un sabio arqueólogo llorando la profanación por

manos bárbaras de una intasable joya de vieja orfebrería, rica en gemas y en esmaltes, en cincelados finísimos, en magistrales repujados, violada por la ignorancia y por la avaricia, y convertida en un resto informe, inservible, casi despreciable.

—¿Qué ha hecho usted, hijo mío? ¿Qué ha hecho usted, desventurado?—suspiró el doctor, presa del más grande de los desconsuelos.

—¡Por Dios, señor!—exclamó Pedro Eduardo—. ¡No me asuste usted! ¿Qué quiere usted decir con esa pregunta?

—Es usted víctima del nuevo morbo, de una enfermedad hasta hoy desconocida, de la *pulchra vesubia subtilis*... ¿Ha sostenido usted relaciones amorosas con alguna napolitana?

—¿Napolitana?... No recuerdo... Yo soy casado, señor, y...

—¿Casado?... ¿Ha dicho usted casado?... ¿Es napolitana su esposa de usted?

—No es napolitana; es americana, como yo, como toda nuestra familia...

—Quiero hacer a esa digna dama la justicia de una austera virtud y de una absoluta fidelidad...

—Le respondo a usted de ello.

—Y de usted, ¿quién me responde? ¡Usted ha pecado!

—Sí; lo reconozco y lo confieso; he pecado, pero una sola noche, y con otra dama de mi país...

—¿Nada más?...

—Nada más... ¡Ah! Sí—añadió interrumpiéndose—.

¡La noche misma, y con una italiana! ¡Ahora lo recuerdo!

—¡Si era indudable!... Así como el mal gálico se llamó también napolitano, este nuevo mal ha comenzado a manifestarse en las ardientes hijas del Vesubio, y se va extendiendo, amenazando con llegar a ser el mayor azote de la Humanidad... ¡Qué dolor tan grande!

—Pero, doctor, ¿tan grave es la cosa?

—¡No diga usted tan grave *es!* ¡Diga usted tan grave *está!* ¡Pobre muchacho! ¡Pobre y desventurado arrogante mozo! ¡Y casado, Dios mío!... ¿Ve usted esto, esto, que acaso no se detuvo usted nunca a considerar que debía ser el objeto de su mayor orgullo, por lo que usted podía considerarse entre los potentados de la Tierra y junto a lo cual todos los millones de usted son guijarros despreciables?

—Sí. Por Dios, ¡acabe usted!... ¡Me está usted matando!...

—Aún no; lo preparo tan sólo. Pues esto, amigo mío, inútil y manco amigo mío, seguirá el rumbo de la forma poética...

—No comprendo...

—¡Está llamado a desaparecer!

—¡Misericordia divina!... ¡Usted se chancea, doctor! ¡Usted se burla!... ¡No se juega con estas cosas!...

—Nunca me ha gustado jugar con ellas. Desgraciadamente para usted, digo la verdad. ¡La triste y escueta verdad!... Se queda usted sin esto como se habrá quedado sin abuelo...

Pedro Eduardo estuvo a punto de desvanecerse. ¿Qué crueles desatinos decía aquel hombre?...

¡Ay! ¡Aquel hombre, como él mismo había asegurado, decía la verdad monda y lironda! ¡Monda, sobre todo!...

—¿Usted ve esto—continuó el doctor—, tan pulcro, tan corriente, al parecer, con sólo estos carminosos roeles, que le dan cierta semejanza con una flauta? ¡Pues mañana será un saxofón, que para cada uno de sus agujeros necesitará una llave!

—¡Todo eso es música!

—Ya me lo dirá usted cuando se vea con la batuta en la mano. Llame usted a consulta a los más afamados doctores de Francia, de Europa, del Mundo; pero hágalo usted pronto, si se decide a conservar sus atributos de hombre y, con ellos, cuanto distingué a los machos cojudos de los eunucos desventurados. Perderá usted el cetro de su soberanía; pero el cetro nada más, si aprovecha el tiempo, los escasos instantes que para elegir le quedan. Si dilata usted su resolución, perderá usted el santo y la limosna. Aún puede usted ser hombre, aún hallará usted compensaciones gratas que endulcen su amargada vida. De no seguir mi consejo...

—¿Moriré?

—No, no morirá usted. Se *secará* usted, nada más. ¿Conoce usted esa planta nociva que se llama vulgarmente *fraile?* Es un parásito de las habas, que en ellas vive hasta que el haba muere. Este mal mata, no solamente el haba, sino sus raíces más profundas. ¡Pierda usted el haba! ¡Créame usted a mí!...

—Pero, doctor de los infiernos, ¡esto es asesinarme!

—Esto es salvarlo a usted y dejarle medios para que pueda seguir disfrutando aún de la vida. Tiene usted

todo el día de hoy para reflexionar. Quedo a sus órdenes.

Abrumado por la horrenda amenaza, quedó el pobre muchacho en las fronteras de la desesperación. Aquello era horrible. Preferiría morir a someterse a la amputación anuladora. ¡Morir! ¡Qué pronto se dice morir! ¿Quién se resigna a morir tan joven, tan rico, tan fuerte, tan lleno de energía?... Además, la operación, según el sabio especialista, acudiendo a tiempo, no era anuladora en absoluto. Perdería el cetro, perdería la corona; sería un monarca destronado, pero *continuaría* siendo hombre... Y de hombre le quedaba aún un *stock* formidable...

¿Y Linda?... ¿Y su mujer?... ¿Qué pensaría de ello su mujer?... La amputada sería ella. Claro está que su amputación es de las que retoñan cualquier huerto vecino, en cualquier amigo complaciente... Pero esto—y está más claro aún—tampoco podría tolerarlo él... ¡Maldita camarera de los demonios! ¡Maldita bestezuela, bestia apocalíptica, con su simbólico 606 en la palma de las manos! ¡606! ¡Ni el mismísimo 606 profético le serviría a Pedro Eduardo para librarse de sus iras!

Aquella misma noche, en el suntuoso salón reservado en el Grand Hotel para míster Watson, celebraron consulta todas las eminencias médicas de París.

El acuerdo fué unánime: amputación o anulación. No había término medio; ni siquiera dos deditos de concesión graciosa y compasiva. El regio edificio, la famosa torre, caería por su base. No se salvaría de ella más que los cimientos.

El consuelo no negó sus favores al desventurado muchacho. El profesor von der Vogel, de Berlín, el mago

de la prótesis, realizaría después en él un prodigio de sustitución, que engañaría a cualquiera, ¡ay!, menos al propio interesado. En España había practicado operaciones portentosas, colocando cerebros de serrín de corcho a numerosos políticos que ya antes pensaban como alcornoques. Nadie notó la suplantación, y aun los interesados mismos apenas si se dieron cuenta del cambio.

Pedro Eduardo, ante la amenaza horrible de perderlo todo, se decidió a sacrificar una de las partes.

Y, como el chino operador de "El Jardín de los Suplicios", el hábil cirujano hizo de un hombre una mujer, o punto menos; dos puntos menos, dos puntos suspensivos, que, a ser de bronce, podrían pender del vientre del caballo de Felipe IV, sin menoscabo de la velazqueña estatua.

¡Pobrecita Linda! ¡Bueno le han dejado a tu don Lindo!..."

Como comprobarán nuestros lectores, aquí no hay la menor intención literaria ni artística; únicamente pornografía, más o menos jocunda; pero pornografía al fin; sin el más leve parentesco espiritual con anteriores producciones de Vicente Díaz de Tejada, estimables por su ternura, por su originalidad y su florido estilo.

El novelista discreto, el cuentista afortunado, el cronista amenísimo, lanzado al espacio de la Pornografía, decidido a estrellarse, cae, *planeando* en términos pavorosos.

"El profesor von der Vogel era, efectivamente, un mago de la Mecánica. Su inmenso laboratorio de Berlín estaba siempre lleno de gentes descabaladas, que acudían, en romería interminable, al sabio doctor en de-

manda de un remiendo que sustituyese a la parte amputada o desprendida. Sus piernas y sus brazos eran célebres en el mundo entero. Von der Vogel era el hombre de la post-guerra, un bienhechor de la doliente Humanidad. Reponer costillas, trozos de maxilar, fragmentos de cráneo, manos y pies, era para él cosa de juego. Sus pies jugaban al fútbol; sus manos, excepto alargarse para dar, realizaban todos los movimientos necesarios, para coger sobre todo. El las tituló "manos de fraile". Pero, además de estos gruesos remiendos, que él llamaba de carpintería de armar, realizaba finos trabajos asombrosos. Ojos de porcelana, con sus ocho combinados movimientos, que para sí los quisiera un jefe de Policía; lenguas de caucho, blandas y flexibles, número 69 de su catálogo, que habían causado furor entre las hembras caprichosas y exquisitamente perversas; *consolatrix aflictorum* enloquecedoras, de una aceptación loca en el mercado; el *capicúa*, especialmente, que lo mismo servía para un fregado que para un barrido, y que era febrilmente demandado por artistas de uno o de otro sexo, y otra infinidad de suplementos y de complementos, que eran otros tantos paños de lágrimas de la manca Humanidad.

Pedro Eduardo, por consejo de su operador, acudió a von der Vogel, y le expuso su lastimosísimo caso. ¡Qué dolor de aparato, al que faltaba la más esencial de sus piezas!

El gran mecánico era un ferviente adorador de la belleza, y en presencia de aquellos augustos restos, hermosos como un torso de Fidias, decapitado y manco, pero ungido aún por la belleza suprema, acarició emocionado las suaves curvas turgentes, tomó la cosa por suya y demostró el mayor interés en restaurar aquella maravillosa obra de arte, mutilada por bárbaras manos.

Cuando supo que míster Watson era casado, sonrió, enigmático, y dijo, alentador:

—Discreción y secreto absolutos. Lo demás corre de mi cuenta. Vuelva usted dentro de ocho días.

Al cumplirse el plazo de aquella nueva Epifanía, pascua de presentación, Pedro Eduardo se quedó atónito.

El profesor von der Vogel puso ante sus asombrados ojos la más hermosa pieza que había salido de sus manos, de aquellas manos brujas, que la acariciaban con fruición, con deleite, como a algo muy querido, muy amado.

Era una perfectísima reproducción de un cetro viril, que en la Roma decadente y en la India misteriosa habría recibido el culto reservado a los dioses.

Plasmado con arreglo a minuciosa escala, resultaba imponente; pero Pedro Eduardo declaró, leal, que no era más pequeño el difunto. Exigencias de las matemáticas. Pendían del novísimo aparato dos cordoncitos flexibles, terminados en dos botoncitos, que, a modo de ventosas, podrían fijarse donde fuere menester, por medio del vacío, como el morrito de una sanguijuela. La maravillosa prótesis estaba construída con una substancia especial, semirrígida, gelatinosa, blanda, que, por medio de una ligera presión sabiamente dispuesta, adquiría una rigidez y un aumento de volumen aterradores. Todo ello dependía de los dos botoncitos misteriosos, revestidos de una capa radioactiva, que transmitían su

energía al aparato por medio de los dos flexibles conductores. A su influjo animábase la inerte materia, se hispía, se congestionaba y se ponía, en fin, de un modo como para apresurarse a ganar un burladero y a acogerse a la invulnerabilidad de una tapia. Imponente.

—Pues aún falta lo más extraordinario—dijo von der Vogel a míster Watson—. Esto, que por sí solo, como usted ve, da la sensación visual de la realidad, la da también táctil. Toque usted sin recelo y sin rubor, como si se tratase de un complaciente amigo... La rigidez no excluye por completo la ternura; en cierto modo, esto conserva suavidades y blanduras de goma; su temperatura aumenta por medio de una corriente térmica iniciada, desarrollada y sostenida por el roce, y—¡éste es mi postrer y abracadabrante invento!—el líquido previamente depositado en su interior—y tiene capacidad para varias descargas—surge por el orificio capital, despedido con fuerza, como una aspersión consoladora. Todo ello es automático, estudiado concienzudamente del natural, y fidelísimamente reproducido.

Pedro Eduardo creía ver visiones. Aquel diablo de alemán era verdaderamente el Demonio.

—Como usted ve—añadió el mago—, esto se coloca en el sitio indicado, por presión. No hay temor de que falle ni de que se caiga, mientras usted no lo desee oprimiendo este resorte... Lo mejor será que presencie usted una prueba de su funcionamiento.

Tocó un timbre, y aparecieron dos muchachas hermosísimas, cubiertas con grandes mandiles blancos.

—¡Pruebas!—dijo secamente el profesor.

Desnudáronse las auxiliares con la misma indiferencia que habrían empleado en revestirse para oficiar en las prácticas de algún rito secreto. Quedaron completamente despojadas de toda ropa, castamente, soberbiamente al natural. Morena era una de ellas, abundantemente guarnecida de azabaches, impulsiva, acometedora; rubia y blanca como la nieve era su compañera, adamasquinada de oro, pasiva, obediente. Dos deslumbrantes ejemplares de mujer, carne y pescado, que invitaban a arrebatadoras promiscuaciones.

—Antes de comenzar—añadió el mago—he de enseñar a usted el modo de cargar la pieza. Vea usted. Valiéndome de una jeringuilla, inyecto por este orificio un líquido ligeramente aglutinante, cualquiera. Por más asequible y por fueros de similitud, yo empleo la leche condensada de Holanda. Se halla en todos los colmados... Así... ¿Ve usted? La valvulita de acceso se cierra automáticamente... Ahora se fija el aparato... He elegido una muchacha para practicante, porque, como usted comprenderá, esto no puede adaptarse a ningún hombre. Hallaríamos para ello insuperables obstáculos...

A una seña del director acercóse la hermosa morena, y en el acto quedó transformada en un inquietante efebo, hermafrodita, mejor provisto que el de la estatua clásica.

La Venus rubia saltó al banco de pruebas: una yacija un poco más amplia que una cama de operaciones, y en ella esperó la acometida de su compañera. Comenzó el frenético combate, el paradójico combate, en que las luchadoras, enardecidas por momentos, labraban un plato exquisito: el calificado de *maravilla* por el fabulista insigne, refiriéndose a lo que "otro, después, in-

ventó"; plato preparado precisamente con lo único de que carecían las lindas cocineras; con lo único que aún le quedaba, y abundantemente, a míster Watson y que nadie había osado demandarle.

Entre chillidos y rezonguidos de placer de las expertas operadoras, que tomaron su papel perfectamente en serio, se consumó la pintoresca prueba. El aparato funcionó admirablemente, audaz en el ataque, vigoroso en la lucha, pródigo en la irrigación, anulador, abrumador, desfallecedor en sus efectos. Un éxito loco.

Mientras las fatigadas luchadoras pasaban al baño, Pedro Eduardo, que se había desplomado en un sillón, comprendió que necesitaba un baño también. Había pasado un rato horrible y delicioso. Aún podía mirar de cara a la vida.

¡Bendito mil veces von der Vogel, consolador de afligidos y enderezador de entuertos!

—Le he construído a usted dos—dijo el alemán al americano—, por lo que pudiese tronar.

—*All right!*—contestó éste—. Por ahora quedo satisfechísimo. Lo probaré esta misma noche.

—Cuidado con lo que se hace...

—No; me han presentado anoche a un lindo suboficial que será feliz prestándose a la prueba... Cuando se inició estuve a punto de matarlo. Ahora me alegro de no haberlo hecho.

—Yo le adelanto a usted su eterna gratitud.

—¿Cuánto le debo, señor?

—Doscientos mil millones de marcos...

—Tome usted. Con el resto, sírvase usted gratificar a esas encantadoras muchachas.

Pedro Eduardo entregó un duro.

Creso."

¿No es sensible asistir a este desatinado *raid* pornográfico del autor de los *Cuentos de amor y de vida?* ¿No apena ver el hundimiento en la ciénaga de quien pudo aterrizar en un jardín de flores?

Pero dejémonos de lamentaciones y prosigamos en la busca y captura de los desafueros contenidos en *No por obra de varón*, reproduciendo las *ingeniosidades* que comienzan en la página 104:

"Como chiquillo con zapatos nuevos salió míster Watson de Berlín camino de Hamburgo y de su casa.

Su horrenda mutilación había sido remendada lo mejor posible. Discreción y secreto le había recomendado el hábil restaurador: ésta era la clave final del éxito... Del éxito... y de la farsa, de la inicua farsa de que iba a ser víctima la pobre Linda, tan cariñosa, tan buena, tan amante de la belleza plástica, tan celosa admiradora de las formas. ¡De las formas!... ¡Ahora sí que habría que guardar las formas púdicamente, recatadamente, como una virgen sorprendida en el baño por los ojos lascivos de viejos concupiscentes!... ¡Adiós gratas, inolvidables sesiones de cálido erotismo, de mutua e insaciable contemplación, de adoración recíproca, incentivos picantes de absorbentes batallas de amor, aperitivos del divino banquete, acicates del deseo, preludios de la más inspirada de las sinfonías, anticipos graciosos del más codiciado de los premios y de la más completa de las conquistas! ¡Adiós sabrosos escarceos por las márgenes floridas del placer, orladas de lirios y de rosas! ¡Adiós belleza alada de sátiros y de ninfas, dis-

persos por bosquecillos de laureles! ¡Sólo queda el bodrijoso y repugnante, que se perfuma con pestilencias, meándose en la cara!... ¡Adiós poesía! ¡Adiós verdad! ¡Sólo quedan la prosa y el fraude!... ¡Y menos mal si el demonio, que todo lo añasca, no tira de la manta un día y se descubre el pastel!... Discreción y secreto... Habría que guardar las formas..."

* * *

"Tembloroso de emoción, cohibido por el espanto, Pedro Eduardo arrostró los riesgos mortales de la primera prueba. De la primera prueba con su mujercita, de la solemne primera representación de la farsa erótica, pues el ensayo general, con todo, verificado con el bello suboficialito, había tenido un éxito formidable. El pollo no se hartaba de solicitar el reenganche, creyéndose ya un futuro César conquistador del mundo, de espaldas a Mitrídates.

Pedro Eduardo, antes de acercarse al ara, cargó secretamente su aparato, colocando en la cavidad indicada la flúida crema de una lata de "La Lechera", según le había recomendado el constructor alemán. Se adaptó la pieza, la maravillosa prótesis; pasóse los flexibles cordoncillos por entre los glúteos, y fijó los botoncillos radioactivos sobre los riñones. Se armó hasta los dientes.

Su hermosa mujercita, hambrienta con hambres de dos meses, que era el tiempo que míster Watson había invertido en su viaje, era una mezcla explosiva pronta a estallar con el leve roce de una pluma.

La tarea de Pedro Eduardo fué, pues, muy fácil. No se descubrió la superchería.

—¡Venís espléndido, míster Watson!—le dijo, entre suspiros de satisfacción, su complacida esposa—. ¡Casi me atrevería a asegurar que durante el viaje habéis ganado mucho!

—Es que miráis con buenos ojos, encantadora mistress Watson—respondió, galante y correctamente, el restaurado esposo.

—Miraros, no; que nada me habéis dejado ver aún... Y es una crueldad no permitir que la vista participe de este banquete digno de Lúculo.

—*¡Improper!*—apresuróse a sentenciar Pedro Eduardo—. Conversaciones sostenidas durante mi estancia en Europa con un pastor puritano me han demostrado lo grosero, lo abyecto, lo pecaminoso, de nuestras antiguas expansiones. Nuestras almas, al sublimar nuestros cuerpos con nuestra torpe adoración, se sumían en un fangal de pestilencia. Más que hijos de Dios, éramos esclavos de la inmunda bestia de la carne; siervos del infierno... Vos, mistress Watson, tenéis el talento suficiente para comprenderlo así... y para rectificar...

—Rectificaremos, míster Watson... ¡Pero era tan divertido!

—El placer no es inseparable del pecado.

—Pero el pecado es el gran aliciente del placer... Pecar es rebelarse contra lo vedado, contra lo prohibido... No me negaréis que esto es seductor y atrayente...

—Sí, pero peligroso. Absortos por las exigencias mordosas de nuestros cuerpos, olvidamos los fueros de nuestras almas... Esto, mistress Watson, la carne, es caduca

y perecedera; esto, ¡ay!, "como la forma poética, está llamado a desaparecer"... ¡Me lo ha asegurado un sabio!

—¡No lo permita el cielo!—exclamó mistress Watson, intentando apoderarse, para defenderla de la anunciada desaparición, de la parte amenazada.

—¡Tocarme, no!—prohibió enérgico su marido.

—¿Ni aun tocaros tampoco?

—¡Tampoco, porque también es pecado!

—¡Es horrible esto!

—Es prudente. Es apartarnos del infierno para acercarnos a la gloria... Venid, mistress Watson; yo sabré conduciros a ella nuevamente...

—¡Sois... egregio!...

¡Uf! ¡Gracias a Dios!

Como unas sedas.

Pedro Eduardo, ahuyentada la tormenta, pudo, al fin, respirar tranquilo. Tranquilo y satisfecho, pues su espíritu, reconocido, supo llenar y suplir todas las deficiencias de su carne.

¡Bendito una vez más seáis, sapientísimo y habilísimo von der Vogel! ¡Os prometo colocar una pieza de cera, como exvoto, sobre vuestra tumba!..."

Aunque el final del cuento lo conocerán nuestros lectores, voy a reproducir el modo que ha tenido de interpretarlo Díaz de Tejada. Realmente éste es el capítulo de la novela más decoroso, y por él juzgarán los imparciales, que no eran necesarias las desvergüenzas anteriores para llegar a semejante conclusión.

"Lo que no tuvo tanta gracia, ni muchísimo menos, fué lo que aconteció más tarde. Más tarde quiere decir algunos meses después.

Linda, aun dentro de su nuevo puritanismo, era la más feliz de las mujeres.

Equivocándose sólo a medias, solía decir a sus amigas:

—No sé lo que le ha ocurrido a mi marido durante su viaje. Ha vuelto que parece una ursulina.

Claro está que esto era un decir, pues para el gato las ursulinas como él; y claro es, igualmente, que Linda se refería a los rubores y al recato de su esposo.

Pero, por lo demás, la pieza mecánica funcionaba que era un prodigio; la superchería no había sido notada, y los botes de "La Lechera" desaparecían de la despensa como por encanto.

Pero un día, mejor dicho, una noche, una noche trágica e inolvidable, durante uno de los oasis de reposo, entre balbuceos y mimosos dengues, Linda dijo a su marido:

—¿No sabéis, míster Watson?... Creo que yo...

—¿Qué es, mistress Watson, lo que creéis?

—Que yo... ¡Oh! ¡Qué rubor y qué emoción! ¡¡Que voy a daros un hijo!!...

—¡Imposible!—protestó enérgica y rápidamente Pedro Eduardo—. ¡Eso es imposible!

—¿Por qué ha de ser imposible?... ¿No puede el más ardiente de los amores, que es tanto como decir nuestro amor, dar el esperado fruto?... ¡Yo sé que por dentro os alegra la noticia, míster Watson!

—¡Una muchedumbre!—hubiera contestado éste, de haber nacido en Lavapiés en lugar de hacerlo en la Quinta Avenida; pero se limitó a porfiar con terquedad aragonesa—. ¡Os digo, mistress Watson, que eso es impo-

sible!... Seguramente os chanceáis para burlaros de mí...

—Y vos, de puro contento, cerráis los ojos a la evidencia... Desde que vos llegasteis, amor mío, caí en falta...

—¿Con quién?

—¡Me ofendéis, míster Watson!... Quiero decir que he contado cinco faltas ya... ¡Y que ya siento agitarse el nuevo ser en mis entrañas!... Poned la mano aquí ... aquí... ¿Lo dudáis aún?...

¡Cielos! Efectivamente: las trémulas manos de Pedro Eduardo palparon el nuevo ser a través de las tensas paredes abdominales de Linda... Pero ¿cómo podía ser aquello?... ¿De quién podía ser aquello?... De míster Blanck, no; que el infeliz estaba jubilado y como borrado del libro de los vivos... ¿De quién, pues? ¿De quién?

Preguntarlo habría sido descubrirse... También era imposible esto... ¡Bah! Ilusiones de Linda... O alguna retención anormal... O algún tumor...

Muerto de impaciencia y roído por unos celos feroces, Pedro Eduardo se decidió a llevar a su mujercita a que la reconociese un médico.

—¡Que sea enhorabuena, míster Watson!—dijo el galeno por todo diagnóstico—. Pronto tendréis un robustísimo heredero...

¡Pero si no podía ser! ¡Si aquello no podía ser!... Linda no le había dado el menor motivo de duda. No se había separado de él desde que regresó de su funesto viaje; apenas frecuentaba la sociedad; pues, trás las borrascosas noches de amor, se pasaba los días en plena convalecencia... ¡Ea! ¡Que no podía ser!... ¡Que aquello no podía ser!... Porque él..., ¡ni pensarlo!... Toda su pólvora, su auténtica pólvora, se gastaba en salvas, sin que de ella se pudiese aprovechar ni un solo grano... ¡Que no! ¡Ea! ¡Que no!... Aunque se lo jurasen frailes descalzos, y aunque se lo quisieran colar con calzadores. ¡Que no, que no y que no!

Y, sin embargo, el proceso genésico seguía normalmente su marcha, entre mareítos, asquitos, antojitos y demás gaititas. La gran sociedad de Nueva York abrumaba con sus enhorabuenas y parabienes a los prolíficos esposos, y de oro y jade, de coral, de nácar... se habían recibido ya en casa del matrimonio Watson como obra de dos mil sonajeros. El hatillo, regalo de los abuelos Mc. Cleod, valía veinte mil dólares; y los abuelos Watson, por su parte, adquirieron para su nieto una cuna bizantina de oro y esmaltes, que había arrullado el sueño de varios emperadores de Rusia.

—¡Que no podía ser! ¡Que no, que no y que no!...

La casa se puso en conmoción cierta noche, a altas horas de la madrugada.

¡Llegaba el momento!

¡A ver: la comadrona, en seguida!...

Carreras, cabildeos, rabiosas llamadas por teléfono, órdenes, contraórdenes... Que no se presenta bien; que un médico; que diez médicos; que un especialista; que cien especialistas... para recibir a aquel hijo, que no era obra de varón...

—¡Que no podía ser! ¡Que no, que no y que no!

Por fin, un grito agudísimo, que taladró los oídos de Pedro Eduardo; unos angustiosos, interminables momentos de espera... Y la comadrona, y los médicos,

y los especialistas tocólogos... que se presentan ante el nuevo papá, con unas caras largas, dignas del Greco...

—¿Niño o niña?—interrogó Pedro Eduardo, a pesar de su incredulidad eterna.

Y mostrándole un cestillo forrado de valiosísimos encajes, le contestaron:

—Vedlo aquí... ¡Un queso de bola!...

Un queso de Holanda, efectivamente, rotundo, carminoso, perfectísimo...

—¡Esto sí que puede ser!—exclamó Pedro Eduardo, lanzando una carcajada bastante sardónica.

Y todos creyeron que, con la emoción, el desventurado padre había perdido el juicio."

Vicente Díaz de Tejada, novelista discreto, cuentista afortunado y cronista amenísimo, escritor que disfruta de un puesto preferente en la república de las letras hispanas, ha sido, por desgracia para él, una víctima de la Pornografía. A otros, como Retana, Belda, el "Audaz", les prestigió y dotó de popularidad. Al autor de *Tántalo* la Pornografía le ha desacreditado, y, lo que es más grave, como una consecuencia del proceso de *No por obra de varón*, Vicente Díaz de Tejada, condenado como promotor de escándalo público, ha estado expuesto a perder su carrera, y sólo Dios y él saben las amarguras por que ha atravesado como jefe de Telégrafos.

Muchos sinsabores se hubiese ahorrado persistiendo en la modesta y honrada labor que le concedió celebridad, en lugar de sumarse a la harka de pornógrafos estrepitosos, cuyos atrevimientos tienen siquiera la disculpa de los pocos años.

"EL CABALLERO AUDAZ"

A "El Caballero Audaz" se refería Blasco Ibáñez, cuando escribió en el prólogo de una novela de Joaquín Belda: "Yo sonrío con lástima al ver que ciertos amanuenses toscos de la novela, por el hecho de que pueden vivir unas temporadas fuera de España, se creen en el caso de intentar obras del llamado por algunos género cosmopolita, sin conocer el mundo que describen. Y tal vez no lo conocerán nunca, aunque mueran de viejos, pues estando en España tampoco consiguieron escribir nada notable sobre su propio país."

Otros críticos se han expresado con respecto al "Audaz" en unos términos menos cancillerescos y le han rociado con los más graves improperios. Se han dicho de él verdaderos horrores y tal vez la causa sea debida a él mismo, pues no siendo como novelista un Stendhal, ni mucho menos, se ha obcecado en competir con Blasco Ibáñez y en interpretar la venta de *La venenosa* o *La sin ventura*, como una consagración de sus méritos de literato. Nada significa la mayor o menor venta de ejemplares de un determinado escritor: esto podrá representar un exceso de mal gusto en la masa que compra libros—pues pelmazo por pelmazo, siempre será preferible Pérez de Ayala al "Caballero"—; pero jamás una superioridad en la calidad del género expendido.

"El Caballero Audaz" ha cultivado la Pornografía a

y los especialistas tocólogos... que se presentan ante el nuevo papá, con unas caras largas, dignas del Greco...

—¿Niño o niña?—interrogó Pedro Eduardo, a pesar de su incredulidad eterna.

Y mostrándole un cestillo forrado de valiosísimos encajes, le contestaron:

—Vedlo aquí... ¡Un queso de bola!...

Un queso de Holanda, efectivamente, rotundo, carminoso, perfectísimo...

—¡Esto sí que puede ser!—exclamó Pedro Eduardo, lanzando una carcajada bastante sardónica.

Y todos creyeron que, con la emoción, el desventurado padre había perdido el juicio."

Vicente Díaz de Tejada, novelista discreto, cuentista afortunado y cronista amenísimo, escritor que disfruta de un puesto preferente en la república de las letras hispanas, ha sido, por desgracia para él, una víctima de la Pornografía. A otros, como Retana, Belda, el "Audaz", les prestigió y dotó de popularidad. Al autor de *Tántalo* la Pornografía le ha desacreditado, y, lo que es más grave, como una consecuencia del proceso de *No por obra de varón*, Vicente Díaz de Tejada, condenado como promotor de escándalo público, ha estado expuesto a perder su carrera, y sólo Dios y él saben las amarguras por que ha atravesado como jefe de Telégrafos.

Muchos sinsabores se hubiese ahorrado persistiendo en la modesta y honrada labor que le concedió celebridad, en lugar de sumarse a la harka de pornógrafos estrepitosos, cuyos atrevimientos tienen siquiera la disculpa de los pocos años.

"EL CABALLERO AUDAZ"

A "El Caballero Audaz" se refería Blasco Ibáñez, cuando escribió en el prólogo de una novela de Joaquín Belda: "Yo sonrío con lástima al ver que ciertos amanuenses toscos de la novela, por el hecho de que pueden vivir unas temporadas fuera de España, se creen en el caso de intentar obras del llamado por algunos género cosmopolita, sin conocer el mundo que describen. Y tal vez no lo conocerán nunca, aunque mueran de viejos, pues estando en España tampoco consiguieron escribir nada notable sobre su propio país."

Otros críticos se han expresado con respecto al "Audaz" en unos términos menos cancillerescos y le han rociado con los más graves improperios. Se han dicho de él verdaderos horrores y tal vez la causa sea debida a él mismo, pues no siendo como novelista un Stendhal, ni mucho menos, se ha obcecado en competir con Blasco Ibáñez y en interpretar la venta de *La venenosa* o *La sin ventura*, como una consagración de sus méritos de literato. Nada significa la mayor o menor venta de ejemplares de un determinado escritor: esto podrá representar un exceso de mal gusto en la masa que compra libros—pues pelmazo por pelmazo, siempre será preferible Pérez de Ayala al "Caballero"—; pero jamás una superioridad en la calidad del género expendido.

"El Caballero Audaz" ha cultivado la Pornografía a

gran orquesta—no habrá necesidad de reproducir pasajes de *Desamor*, pues con citar dicha novela ya sabe el lector que cada página es una indecencia diferente—y desde sus primeras producciones se ha significado como un novelista para la ociosidad irresponsable, para la turbamulta que sólo aspira a distraerse frívolamente y con el idilio de un estudiante y una tanguista llena trescientas páginas y sacia la curiosidad de una portera o una peripatética, de un dependiente de comercio o un ex diputado a Cortes.

Como "El Caballero Audaz" no es un educador de multitudes, ni un apóstol de las buenas letras, codearle con Pérez Galdós o Blasco Ibáñez, como él pretende, sería una incongruencia; pero bueno es reconocer que tampoco sería justo situarle junto a Martínez Olmedilla.

El gran acierto de "El Caballero Audaz" ha sido saberse creará un público de tan rematada superficialidad que ha acabado por admirarle. En torno a él ha brotado la discusión, y mientras unos le diputaban genial, agradecidos a los múltiples favores recibidos, otros le denigraban con acritud.

Seamos ecuánimes y emplacemos al buen José María en su justo medio. Ni en un trono, ni tirado en el arroyo. Ni maestro de novelistas, ni abominable escribidor. Quien como él ha sido un excelente periodista, pleno de amenidad, no podía realizar en la novela una labor verdaderamente negativa. Aun careciendo de la perfección literaria, quedaría la fuerza imaginativa, la habilidad para desenvolver la información. Y toda novela, en el fondo, es *un suceso*.

Las últimas novelas de "El Caballero Audaz" son

chismes de casino narrados con soltura y aderezados con amenas descripciones que marcan en su autor un laudable propósito de abandonar definitivamente el campo pornográfico donde tantos éxitos alcanzó. Hoy intenta imitar a Gómez Carrillo, Blasco Ibáñez—¡su obsesión!—, Hoyos y Vinent, Pedro Mata, Insúa, y se satura como todos éstos de ambientes bulevarderos.

Cuando la campaña antipornográfica, "El Caballero Audaz" fué procesado por algunas producciones suyas aparecidas en *La Novela de Hoy*, y le originó algún disgusto su morbosa predisposición a seguir a Alvaro Retana en sus estudios del mundo de los invertidos.

He aquí, para documentación del lector, el final del primer capítulo de la novela clave, *Bestezuela de placer*, donde se narra cómo traban conocimiento un célebre modisto y un muchachito gaditano que se encuentra en la corte desposeído de su colocación y sin una peseta en el bolsillo.

"El establecimiento tenía una mampara de salida al portal. Benjamín la empujó tímido, pero decidido...

El atardecer, complicado con la tormenta, había hecho oscurecer pronto, y ya en la tienda brillaban las luces a puñados (?), derramando sobre el suelo del *parquet* encerado torrentes de blancura...

Tras el gran mostrador circular, los dependientes servían a unos cuantos compradores...

Así, a plena luz, sintió Benjamín más fuerte el rubor de su traje raído, de sus pobres botas destrozadas y llenas de barro...

Sacando fuerzas de su propia vergüenza, se dirigió a un dependiente que estaba ocioso.

—¿Me hace el favor?—le dijo humildoso—. He leído un anuncio que hay en el escaparate y...

—¿Venía usted a pretender?

—Sí; sí, señor.

—Pues yo no le puedo decir... Eso es cosa del jefe: aquel señor que está allí, junto a la caja... El le dirá...

Dió las gracias al dependiente y otra vez tuvo que pasar la violencia de cruzar todo el establecimiento... En el suelo encerado, sus botas iban dejando una oscura huella de humedad... Llegó junto a la caja, contemplando con amilanamiento y respetuoso temor a aquel jefe que había de decidir de su suerte. Era un señor calvo y barrigón, con rostro pulcramente rasurado de eclesiástico, lentes de oro y una sonrisa de amable suntuosidad en el semblante...

El jefe hablaba en aquel momento con un cliente, y Benjamín se detuvo. Sin querer, escuchó el conversar. El cliente, un caballero elegantísimo, que trascendía a un suave perfume de Chipre, iba embutido en un holgado impermeable, ceñido al contorno de las caderas por un ancho cinturón; su sombrero de terciopelo negro, encasquetado hasta los ojos, le hacía parecer achaparrado; calzaba admirablemente zapatos de charol, de tacón excesivamente alto y punta de cuchilla, con lazos de seda negros. Muy corto los pantalones, dejaban ver sus transparentes calcetines de finísima seda perla.

Benjamín lo examinó con alguna extrañeza. No debía pasar de la cuarentena; pero su rostro, cuidadosamente rasurado, parecía el de un viejo: marchita la piel, con surcos junto a la comisura de los labios, el inferior colgante y flácido, la mandíbula avanzada y dura,

la nariz gruesa y péndula y los ojos grises y pequeños, como escondidos en las bolsas de los párpados. Sobre sus mejillas, y contrastando con la blancura del añejo marfil de todo el rostro, lucían unos rosetones de carmín, extraños para ser síntomas de juventud en aquel semblante envejecido, y demasiado rosas, como aureolas de fiebre...

El cliente hablaba accionando nervioso, con un aleteo de manos perezoso y coqueto. Su voz fina, cascada, y su acento meloso parecían los de una de esas marionetas de los polichinelas; voz demasiado ronca para ser de mujer y bastante aflautadas para ser de hombre...

Benjamín le escuchó un momento decir:

—¡Por Dios, don Augusto; no me haga usted una picardía!... Mire usted que no tengo qué ponerme. Las camisas las necesito en seguida. Yo, por mi gusto, me lo haría todo. Pero es imposible. No sabe usted el trajín de aquella casa. No me dejan un momento en paz... Y ahora, al principio de temporada, ¡es un horror!... Gracias a que hoy he hecho un sacrificio y al pasar me he llegado... Porque estoy, ¡se lo juro!, sin nada que ponerme. No sé el tiempo que hace que no voy al sastre... Y de camisas estoy fatal... Ya ve: con tanto andar con trapos de mujer, se le llega a olvidar a uno que es hombre...

—Descuide, descuide usted, amigo Maximino, que esta semana estará todo—asentía el comerciante sonriente.

Este momento de pausa fué aprovechado por Benjamín para acercarse y murmurar tímido:

—¡Buenas tardes! Con permiso...

Le miró el jefe, y viéndole destocado y con gesto de

súplica, cambió instantáneamente, en seria, la expresión amable de su rostro.

—¿Qué deseaba? — preguntó al muchacho con sequedad.

—Vengo a pretender... He visto anunciado que se necesitaba un dependiente...

Al sonido de su voz, el caballero elegantísimo se volvió a mirar al muchacho. Lo inspeccionó de hito en hito, con afectada indiferencia; de arriba abajo, como midiéndolo... En seguida sacó distraídamente un monóculo, se lo caló con destreza y, apoyándose de codos en el mostrador, se quedó contemplando a Benjamín con impertinente descaro... Bajo la mirada fija e inquisitiva del elegante el muchacho se turbó aún más...

El jefe, como deseando terminar pronto el diálogo, le dijo:

—En efecto, hace falta un dependiente... ¿Usted conoce los artículos de esta casa? ¿Está acostumbrado al comercio?...

Rápido, antes de que en el rostro se le notara con la vacilación la mentira, decidido a todo frente al espectro de la noche sin hogar, Benjamín mintió:

—¡Sí, señor! ¡Conozco esto!

—¿Tiene usted referencias de alguna casa de Madrid?

Abrumado, repuso:

—No, señor. Soy forastero. No he trabajado en Madrid nunca, ni recuerdo de nadie que pueda dar referencias mías... Pero deseo hacer algo... Soy solo y necesito vivir...

—Pues lo siento—cortó el jefe imperativo—. Pero sin referencias no me es posible admitir personal... Busque quién le garantice... Si no, le va a ser difícil encontrar colocación.

Ahogándole la angustia de su esperanza fracasada, Benjamín barbotó:

—Sí, sí... Pero ya le he dicho a usted que no conozco a nadie... Estoy solo, ¡solo!—y la voz se le quebraba al muchacho, pronto a llorar—. Mire usted, caballero, le diré la verdad. No tengo casa. Esta noche la he pasado en la calle y hoy no he comido todavía; quisiera meterme en cualquier lado, de lo que fuera; aunque sea para barrer los suelos... ¡Estoy muerto!

—Sí, es lamentable—deploró el jefe—; pero aquí no es posible. Yo necesito personal diestro, con referencias comerciales... En fin, un dependiente... Las plazas de mozos están todas ocupadas...

Benjamín dejó caer sus brazos con un gesto de infinita desesperanza...

Y en aquel momento una voz, entre cascada y melosa, le vibró en los oídos:

—¡Pobrecito muchacho!

Alzó sus pupilas para agradecer aquella dádiva de compasión, y sus ojos se encontraron con los del cliente; parecía el caballero animado por una repentina inspiración. Sus ojos grises tenían un fulgor extraño; las aletas de su nariz parecían dilatarse como las de un mastín venteando una presa; su labio inferior, grueso y colgante como de gelatina, tenía un raro tic nervioso...

Benjamín sostuvo su mirada algo amilanado, y el caballero se le acercó lento, sonriéndole:

—¡Vaya, pobrecito, vaya! Tiene usted cara de buen

muchacho. ¡Y además—exclamó, dirigiéndose al jefe de la tienda con un gesto de compungida piedad—, ¡parece tan desgraciado!

El comerciante sonreía irónico contemplándoles.

El caballero le puso a Benjamín una mano en el hombro y murmuró:

—Vamos, hombre... ¡Si yo pudiera hacer algo por usted! Vaya, ¿qué sabe usted hacer?

Animado por la esperanza, Benjamín apresuró su respuesta:

—Lo que sea. ¡Estoy dispuesto a todo!... En Cádiz llevaba la contabilidad en una oficina... Pero eso no importa; ya le digo que estoy dispuesto a todo...

—¡Caramba!—acogió el cliente—. ¡También es dichosa casualidad! Yo—añadió sonriendo—soy modisto: *Maximino, tailleur pour dames*. Habrá usted visto mi anuncio en todos los periódicos. Y ¡ya ve qué cosas! Precisamente se me ha ido el muchacho que me llevaba las cuentas y buscaba con quién sustituirle. Porque yo, los números, ¡un horror!—e hizo un gesto de exasperada repugnancia—. No puedo verlos sin que se me crispen los nervios. Así que si usted quiere, es posible que nos entendamos, ¿eh?...

—Sí, sí, señor—acogió Benjamín—. Dígame dónde vive e iré a verle... No sabe cuánto se lo agradezco... Pero, ¡por Dios!, que sea cuanto antes. Yo iré a verle en seguida...

—¡Oh, no! Ya sé que le corre prisa... ¡Pobre muchacho! Pero yo soy muy inglés... No me gusta perder el tiempo... Ahora mismo viene usted conmigo a casa y ve si se compromete a llevar mis cuentas... Las cosas

en caliente... Yo tengo ahí mi coche... ¡Hala!... Vamos.

Benjamín, deslumbrado, no supo qué decir.

El modisto tendió las dos manos al jefe en despedida:

—Adiós, amigo. No me eche en olvido... ¡Por Dios! ¡Que no tengo nada que ponerme!... Adiós otra vez... No sabe cuánto me alegro haber venido hoy... A lo mejor—terminó dirigiendo una mirada al muchacho—, hace uno una obra de caridad.

Salieron a la calle, cruzando la tienda ante las sonrisas irónicas de los dependientes...

El modisto, junto a él, andaba contoneándose visiblemente.

—¡Claro—pensó Benjamín—, con aquellos tacones no era posible andar de otro modo!

Había cesado el chaparrón, pero seguía la llovizna tenaz y menuda... Al ver aparecer al modisto, de un "auto" que había a la puerta del establecimiento saltó un *chauffeur*, gorra en mano:

—¡Vamos a casa!—le ordenó el elegante.

Benjamín vaciló, dudando aún, y se detuvo para dejarlo pasar. Pero el modisto le tomó por un brazo y le empujó suavemente.

—Arriba, arriba, sin cumplidos.

—No, no; de ningún modo—se disculpó el muchacho...

—Obedezca, amiguito—insistió meloso Maximino, dándole suaves empellones.

Y como él se resistiera aún, en el momento de poner el pie en el estribo y encorvarse para entrar en el coche, sintió que una mano de su protector se le posaba en

las nalgas como para ayudarle a subir, y que la voz quebrada y dulzona le decía:

—¡Vamos, tontito!... ¡No sea niño!

Benjamín se dejó caer en el mullido asiento.

Trepidó el "auto" y partió.

El muchacho, a través de la ventanilla, veía la calle, en donde llovía, en donde hacía frío... Y él iba, raudo, sobre el asiento acolchonado.

Sintió en su rodilla derecha el contacto de la pierna del modisto. Y aquel meloso *¡Vamos, tontito!*, sonábale en los oídos.

—Bien—resolvió sus últimas dudas desvaneciendo el postrer escrúpulo—. Es posible que me lleve el demonio; ¡pero me lleva en automóvil!"

Como comprenderá el lector, este capítulo, que es un formidable fusilamiento de lo que hace Retana, no puede quedar así, y en el siguiente capítulo nos encontramos al modisto y a Benjamín, dialogando amigablemente:

"No sé qué tienes que decir de esta corbata, Min... ¡Eres más caprichoso!

Benjamín, con el tono de un niño mal educado que se rebela, replicó:

—¡Pues que no me gusta!...

—Bueno, hijito—respondió con dulzura el modisto—. Pero a mí no me digas: ¡es un amor de corbata!

Y ante el espejo del tocador, Maximino se miró con la corbata enrollada al cuello, simulando hacerle diestramente el nudo.

Benjamín, a su lado, sin hacerle caso, se abotonaba el cuello de la camisa...

Formaban los dos un extraño contraste. En el espejo parecían, juntos, una estampa alegórica; el extraño capricho de un pintor humorista.

Benjamín, en pantalones de seda, erguido con juvenil prestancia, bien planchado el pelo negrísimo, con camisa de crespón color crema, cruzada por los tirantes de seda azul con guarniciones de cabritilla blanca; pulcro, perfumado, poniéndose un alfiler de brillantes en el nudo de la corbata y luciendo sus manos cuidadas con las uñas color rosa, y en el dedo meñique un rubí magnífico, no recordaba en nada al muchacho insomne y hambriento que pululaba por Madrid bajo la lluvia una tarde de hacía cinco meses.

A su lado, Maximino, el modisto, parecía una figura carnavalesca...; su bisoñé color caoba le dejaba al descubierto las entradas de la frente surcada por hondas arrugas; sus ojos parecían más mortecinos entre las bolsas de los párpados; la fuerte luz del tocador acusaba el *maquillage* y el blanquete que empastaban su rostro marchito de vicioso y el carmín que sonrosaba sus mejillas y abrillantaba sus gruesos labios... Calzaba el modisto unas chinelas de raso de alto tacón y medias color perla, que le modelaban la musculosa pantorrilla, visible por la abertura del kimono que vestía, un holgado kimono femenino, de seda azul, en el cual aparecían bordados con vivos colores pájaros exóticos y frutos tropicales...

Por las amplias mangas emergían sus brazos huesudos y sus manos depiladas, largas, ágiles, inquietas y pulidísimas.

Contemplaba vestirse al muchacho con la delectación

de una madre que ve el tocado de su hijo favorito, cuidando de todos los detalles con femenino atildamiento, dando en torno de él vueltas como ante un vivo maniquí, quedándose absorto de la gentileza del muchacho y mirando su tórax, que se acusaba poderoso bajo el crespón de la camisa; su pelo, de una negrura de azabache; sus ojos, brillantes como carbunclos, y su boca, dominante, sensual y glotona...

—Min—le dijo de pronto con su voz cascada que parecía romperse en tremante dulzura—, no debes abandonar la gimnasia: engruesas mucho y vas a perder la línea... Ya se te nota el vientre un poco.

—¿El vientre? ¡Ca! Será que me ajusta demasiado el pantalón.

—No, hijito mío, no; es que engruesas y se te nota... Mira, aquí, aquí...

Y con la palma de su mano derecha le recorría el abdomen diestramente, como un doctor que reconoce con delicadeza.

—¡Anda, no digas!... Las caderas también se te ensanchan...

E igualmente acariciaba, como modelándoselas, las caderas del muchacho, igual que un aficionado inteligente que palpa las ancas de una jaca de raza.

—¿Quieres estarte quieto? ¡No me sobes más!—gruñó molesto Benjamín...

El modisto dió un respingo de sobresalto femenino:

—¡Ay, Jesús! ¡Qué erizo eres, Min! Hay que ver cómo me tratas... Por supuesto—añadió saturando su voz de un tono doliente—, la culpa es de uno, que se preocupa por un ingrato... Sí..., ¡un ingrato! Yo me desvivo por

que vayas bien y no lo agradeces... Desagradecido. ¡Arisco!

—Mira, tú—le contestó Benjamín con el tono desdeñoso del que se sabe dominador—, no me vayas a hacer ahora una escena, ¿eh? Tengo mucha prisa para eso.

—¡Sí!—saltó encrespado el modisto—. Sí, ya lo sé... El "señorito" tiene hoy mucha prisa en salir. Y ¿adónde vas, si puede saberse? A lucirte, ¿verdad?, mientras yo me mato aquí trabajando. ¡A que te vean las tías!, ¿no?

Y de pronto, como en un arrebato de iracundia y de celos, se abalanzó a él y, poniéndole la mano en los hombros, le exigió con voz que quería ser terrible y conminadora:

—¡Min! ¡Júrame que no te está esperando ninguna mujer!

Estaba tan grotesco con el kimono azul, los ojos inyectados, el bisoñé y el gesto desesperado, que daba más apariencia de máscara a su rostro, que Benjamín estuvo a punto de soltar la carcajada. Pero se contuvo y, conciliador, trató de calmarle:

—¡Vamos, no digas tonterías! ¿Qué motivos tienes para dudar de mí?

En una brusca transición, el modisto se mostró dolido, almibarado y plañidero:

—No, si lo sé... Tú eres bueno; pero eres un niño... No conoces el mundo, ¡y las mujeres son muy malas! ¡Cuánto gozarían ellas con separarnos! ¡Con quitarme la alegría de mis ojos!... Pero tú eres bueno, ¿verdad? ¿No te irás por ahí de juerga?

—¿De juerga?—le tranquilizó él—. ¡Qué tontería! Además—le espetó intencionado—, no sé a qué juergas quieres que vaya sin una peseta...

—¿Cómo, pícaro?—le increpó el modisto—. ¿Ya no tienes dinero? ¿Y los cuarenta duros que te di el lunes para tu bolsillo?

—Sí, ¡sí, el lunes!... Pero el martes perdí en Parisiana, ¡ya te lo dije!

Terminado de vestir un irreprochable traje marrón oscuro que esterilizaba su silueta esbelta, Benjamín le dijo:

—Bueno, ¿me vas a dejar salir así a la calle?

Y como el modisto callara:

—¿A que no? Si sabré yo que tú no eres capaz de dejarme hacer el ridículo con los amigos... ¡Qué se diría del mejor artista de Madrid! ¿Eh?

Ablandado, risueño, Maximino murmuró:

—No... ¡Si zalamerías no te faltan a ti, granuja!... Toma estos veinte duros y estíralos... Tienen que durarte hasta primeros de mes...

Enlazó al muchacho por la cintura y llevándolo así lo acompañó hasta la puerta del piso.

—Adiós, y que no tardes en venir a cenar... Yo te aguardo vestido para ir al estreno de la Comedia. ¡Por Dios, Min!—le suplicó sumiso por último—. ¡Que no me hagas brujadas! No seas charrán y piensa en mí.

Al mismo tiempo, con su mano descarnada y untuosa golpeó cariñosamente las mejillas del muchacho.

Benjamín abandonó el piso dando un portazo.

Y mientras bajando la escalera se abotonaba un guante, hizo un gesto de repugnancia:

—¡Puah! ¡Qué empacho de *tableta!* ¡Si no fuera por lo que es!...

Salió a la calle, respiró a pulmón pleno el aire primaveral y, pensando en voz alta, exclamó:

—Bueno, ¡vamos a ver qué quiere esa zorra!..."

Esta novela es doblemente pornográfica, por referirse a la prostitución masculina, y menos mal que en el capítulo IV estalla la pasión de Benjamín y la Goletera.

"Benjamín acabó de desnudarse, y con indolencia se introdujo en el lecho donde ya la Goletera le esperaba.

Apenas le tuvo a su lado, ella, irritada, le reprochó:

—Son las seis y media. ¡Ya creí que no venías hoy tampoco!

—Mujer, ya te dije que venía. ¿Por qué iba a faltarte?

—No sé, hijo—insinuó ella con dejo de burla—. A lo mejor, no te deja "tu amo".

—Oye, tú—replicó él, ofendido—. Eso de "amo", no; yo no soy un perro.

—¿Y tú qué eres, precioso?—preguntó ella con desgarro.

—¿Yo?—saltó él, airado—. Repítelo y te parto la cara de un moquete.

No pudo acabar. La Goletera, como impulsada por un resorte eléctrico, se sentó en la cama, y furiosa, crispada, echándole al cuello del muchacho sus dos manos, como garras constelladas de brillantes, rugió igual que una tigresa en celo:

—¿A mí? No ha nacido quien le pegue a la hija de mi madre. ¡Prueba y te ahogo! A mí no me van esas

chulerías... Yo te digo lo que quiero, ¿me oyes? Porque tengo derecho... ¿Lo oyes bien?... ¡So chulo!... Sí, ¡chulo!...

Estaba magnífica, bellísima en su arrebato de braveza.

Sin poder calmar su furia, siguió agresiva:

—No sé qué te has creído tú. Yo no soy ese marica que tienes *dominao*. ¿*Pa* qué vienes tú aquí? *Pa* darme gusto, ¿lo sabes? Y si estás *cansao* como el otro día, te jorobas. ¡Yo no estoy a las sobras de nadie!... ¡Alza!...

Y, encendida en furia, su mano diestra intentó acariciar al muchacho en lo más íntimo.

En seguida volvió a rugir furiosa:

—¿Tú ves? ¿No te da vergüenza de estar así a mi vera? ¿Di?... ¡Si no eres hombre! ¡Claro! ¡La falta de costumbre de ver mujeres!

Y cruelmente, saciándose en humillarle, le escupió con furia al rostro:

—Ya lo ves, ¡si no sirves más que para una cosa! ¡Si eres como *él*!...

Después de unos segundos de silencio, en una brusca transición, excitada, le trincó del cabello y retrepándose en los almohadones, tiró con fuerza de la cabeza del muchacho hacia su regazo...

—¡Anda!—le pidió dominadora y mimosa.

A poco poblaron el aire suspiros desgarrados, alentares rítmicos, jadeos roncos de placer desesperado.

—¡Vida! ¡Vida!—sollozaba la Goletera—. ¡Ven! ¡Ven aquí, mi alma!

Estimulada la virilidad del muchacho por la caricia, los dos cuerpos se acoplaron en un abrazo glotón y frenético...

La Goletera, cuando ya se tronchaba en un furioso espasmo, le musitó con quebrada voz:

—¡Negro, bonito mío!... Dime que ya no vas a ser *pa* nadie más que *pa* mí! ¡*Pa* mí sola!

Y él, frenético, afirmaba:

—Sí, *pa* ti, ¡*pa* ti sola! ¡Te lo juro!...

.....

Una hora después, ya rendidos en la tibia intimidad de la alcoba, Benjamín murmuraba con fingida timidez:

—Mujer, yo si no me decido es por no sacrificarte a ti...

—¡Pero si no es sacrificio, nene! Si lo hago con *toa* mi alma. A ti no te faltará de *na*... De sobra tendrás. ¡A ver si te crees que no soy yo capaz de hacer todo lo que haga ése y más! ¡Si es una pena como te tiene! Ya verás conmigo: como un príncipe vas a ir... Y todo mío, mío, ¿sabes? *To* lo que sea de él se lo devuelves. ¡Que no lo vean mis ojos...

Benjamín simuló una última protesta:

—Pero, chiquilla, piénsalo bien. Podíamos seguir así... Yo tengo mi vida y tú la tuya...

—¡No me da la gana!—se encrespó de nuevo la Goletera—. ¡Ya te he dicho que no estoy a las sobras de nadie! El doble de lo que te dé ese tío asqueroso te lo doy yo, y en paz...

Después, tornándose zalamera, añadió:

—No lo pienses más, nene. Esta noche, aquí conmigo, y desde mañana te vas al Palace hasta que encontremos casa, y luego, ¡ya verás! ¡Se van a morir de envidia *tos* los hombres de Madrid!...

—¡Bueno, mujer; lo que quieras!

Benjamín aceptó entregándose, accediendo a todo, con la satisfacción inconsciente de una *Bestezuela de placer*, como un objeto de lujo, sin alma, que pasa indiferente de las manos de un comprador a las de otro."

De rigor es aclarar que ni *Bestezuela de placer* ni otras obras de "El Caballero Audaz", que allá se van con ésta en pasajes licenciosos, harán su nombre imperecedero en la historia de la novela, aunque ésta sea pornográfica, y que la intensidad de los ataques que se infieren a lo que él llama optimista *su literatura*, responden exclusivamente a la necesidad en los agresores de rechazar los insistentes autobombos del autor de *La bien pagada*.

A "El Caballero Audaz", novelista, hay que cantarle parodiando a ciertas tonadilleras *que se lo tienen creído:*

Niño, ¿de qué te las das?

FELIPE SASSONE

FELIPE Sassone, peruano de nacimiento, es francés por su espíritu y español por su corazón. Hombre polifacético, ha ejercido el periodismo, ha cultivado la novela, ha sido empresario, actor y torero, y se ha cimentado un prestigio en su matiz de comediógrafo.

Espíritu inquieto y sutil, vivaz, devorado por un ansia latente de renovación, empezó por desposarse artísticamente con una actriz—María Palou—, y después escribió sus obras para esa bella musa que él robó al género chico. Todavía recordamos, tremantes de hilaridad, una función celebrada en el teatro Cómico de Madrid, a la cual asistieron los Reyes, donde Felipe Sassone, que era homenajeado con motivo del éxito de *¡Calla, corazón!*, abrazó en pleno escenario a María Palou, y ante las majestuosas barbas de la opinión pública, proclamó que ella era la mujer de su vida, su compañera ideal, y en frases brillantísimas, traspasó las ovaciones del concurso a su adorable y adorada primera actriz. La Palou lloraba como un becerro, pensando en su interior: "Este Felipe podría eclipsar a Shakespeare si escribiera con más frecuencia." Y Sassone recapacitaba: "Mi María sería tan genial como la otra—María Guerrero, naturalmente—si tuviese la nariz más larga."

La perorata de Felipe, exaltada, vibrante, original, fascinadora, conmovió a los presentes, y aquel matri-

monio artístico quedó sancionado hasta por la familia real, que felicitó al interesante autor de tan variadas producciones.

En *La señorita está loca, A campo traviesa, Volver a vivir, Sí, señor, se casa la niña,* Felipe Sassone se muestra delicioso de agilidad y exquisitamente moderno. Aunque Sassone, premeditadamente, escribiera una comedia tan abominable como *Piel de España,* compuesta exclusivamente para que la primera actriz saliese a escena con una "cogorza" como las de Garibaldi, siempre habría en la comedia dos o tres escenas lindas, dos o tres momentos felices, dos o tres frases ingeniosas, que harían disculpables los errores de la obra. Es consolador que en una época en que los autores nuevos remedan a los viejos, existan comediógrafos como Sassone, que procura no imitar a nadie e imponer un teatro inconfundible, personal, que él, con su gran talento en renovación, hace cada día más perfecto.

En 1928, Felipe Sassone, director artístico de Eslava, patentizó una vez más su originalidad presentando un Tenorio de vanguardia. El decorado, como para un *sketch* de Romea, de una estilización muy económica para el *caballo blanco;* apliques graciosísimos, que nos producían la sensación de ver el Tenorio en un *cabaret,* y que desconcertaron hasta a los espectadores que presenciábamos la función con vales.

Doña Inés corrió a cargo de María Palou, que nos rejuveneció, retrotrayéndonos a la época de *El arte de ser bonita* y *El pollo Tejada,* cuando la hoy ilustre comedianta dramática triunfaba como tiple de buen humor; Lucía fué encarnada por Társila Criado, otra distinguida actriz, muy grata a *Azorín* por cierto, y a la cual aplaudimos mucho en Martín cuando estrenó *La conquista de Pardillo,* vodevil honestísimo, que se desarrollaba en un establecimiento dedicado a recibir parejas amorosas, donde la noble Társila era perseguida en camisa durante todo un acto por las ofensivas pretensiones de diversos adoradores, y de Don Juan, gallardo y calavera, salió Francisco Fuentes, que desde 1900 hasta la fecha lleva burlando a cuatro generaciones de primeras actrices, novicias más cerca de los cuarenta años que de los treinta, aunque la abadesa se empeñe en que no pasan de los dieciséis.

Para alternar con María Palou, estaba Josefina Santalaria, hermosa actriz, que tiene una hija casada con un hijo del actor Barraycoa, y lo que es más grave, un nieto molestísimo, que llora entre bastidores cuando ve que Don Juan rapta a su abuela. (No a la de Don Juan, sino a la del bebé.)

Hombre que a tanto se arroja como Felipe Sassone, tenía que lanzarse al abismo de la Pornografía, cosa que hizo sin el menor temor y aterrizando sin novedad con varios volúmenes editados por Sanz Calleja, y entre los cuales descuellan *Vórtice de amor* y *La espuma de Afrodita.*

La pornografía de Felipe Sassone es una pornografía cosmopolita, perfumada, espiritual, de una cadencia de buen tono, y que es elegante hasta en sus mayores atrevimientos.

Sassone es en la pornografía lo que el charlestón en la coreografía; algo movido, muy moderno, expresivo y jovial. El nunca pierde su línea traviesa y juguetona,

apasionada y pintoresca. Es de los autores que realmente ha hecho arte dentro de la pornografía. Quizá le haya llevado a esa modalidad literaria su espíritu rebelde, su sensualidad anarquizante, su alma joven y frívola, ávida de transmitir sus emociones vagamente pecaminosas. La pornografía de Sassone, ingenua, mundana, fragante, femenina, es la más recomendable, puestos a transigir con la literatura erótica.

He aquí algunos pasajes de *La espuma de Afrodita*, novela muy bien concebida y magistralmente desarrollada:

"Soñando con el triunfo dormía Manuel, cuando la apetitosa patrona llegóse al lecho a darle la enhorabuena y a inquirir qué desayuno prefería:

—Buenos díaz, zeñorito...

—Hola, Carmen—y Amalfi estiró los brazos, desperezándose—. ¿Qué hora es?

—Las once, zeñorito. Zi ze va uzté a dezayunar, me parece que ya ez hora.

—Yo no me desayuno nunca, mujer.... No me levanto temprano jamás...

—Er zeñorito dispenze. Como no me advirtió... Le dejaré dormir hasta que quiera..., y de pazo le daré la enhorabuena por loz aplauzos de anoche... ¡Jozú, y lo que zabusté, señorito Manolo!

El sonrió:

—Abra un poco las maderas del balcón, Carmen.

Una faja de sol partió en dos la penumbra de la habitación. Manuel contempló un instante con avidez los ojos brunos y los labios rojos de la hospedera y la firme redondez de los pechos bajo la chambra tensa, que dejaba adivinar la prominencia deliciosa de los pezones.

—Siéntese usted aquí, Carmen; no se vaya...—le dijo, velada la voz por el deseo, indicándole el borde de la cama.

—¿Que me ziente aquí?... ¿Y ezo?—preguntó ella con un mohín picaresco en la fresa madura de sus labios.

—¿No quiere usted darme el desayuno de su conversación?—insistió Manuel.

—¡Ah, zí! ¿Por qué no?—exclamó Carmen, riendo y sentándose en la cama.

Manuel sintió en un muslo la dulce proximidad de las caderas de Carmen, y como tenía treinta años y su virilidad despertaba siempre erguida y triunfante, la miró muy en el fondo de los ojos, pidiéndole sin hablar lo que sus manos cazadoras y traviesas tocaban ya en un rapto de audacia lujuriosa.

—Dejemusté, por Dió...—gritó Carmen, levantándose y poniendo a salvo uno de sus pechos, que Manuel oprimía con delicia.

—¿Cree usted que me he quedado aquí, en esta casa, para dejarla a usted?... Si desde que la vi, estoy loco, loco...

La enlazó por el talle; Carmen forcejeó aún débilmente, mientras él le palpaba las carnes a través de las ropas.

—Dejemusté, por Dió; dejemusté...

Pero no se apartaba. Fuera porque el ardor de su temperamento habíala acostumbrado a hacer la voluptuosa merced de su cuerpo a los huéspedes jóvenes; fuera porque el ex cantante italiano—su legítimo cónyuge—hubiera perdido con la firmeza de la voz la firmeza de otros atributos; fuera, sencillamente, porque le gustaba Ma-

nuel, ocurrió que cuando la besó en los labios, Carmen retorcióse como un sarmiento bajo la voracidad de una llama, y ya, sin defenderse, cayó en el lecho, ofreciéndose a las caricias de aquel huésped donjuanesco, que pedía posada y amor como un peregrino lujurioso en un romance de Valle-Inclán."

En la página 43 encontramos otras escenas y diálogos licenciosos completamente:

"Desde aquel día, Manuel no dejó ni uno solo de ir a la calle de Buen Orden, en una de cuyas casas iba muriendo, poco a poco, la belleza de Elisa Montechiaro.

Llegaba a la una, comía junto al lecho de la enferma, y pasábase las horas charlando con ella y con Rosarito Ayalde. De ésta, habíale contado Elisa que era una muchacha de bonísima familia, a quien violó su novio, y a la cual un quebranto de fortuna y la fatalidad del primer paso habían lanzado en la vida galante.

—Tú opinarás que no es relación para mí—se disculpó Elisa—; pero la conocí en casa de mi modista, y es tan buena chica, ¡y me quiere tanto!

Rosarito Ayalde venía todas las tardes, cuándo con flores, ya con bombones, ora con una cofia llena de cintas y encajes para adornar la coquetería de la enferma.

Elisa estaba unas horas, las que seguían al ensueño de la morfina, alegre y esperanzada; otras, las más, melancólica y dolorida, lloraba amargamente, y el menor ruido de la calle, la más leve alegría que llegase de fuera, motivaba su desesperación.

Una tarde, a la caída del sol, que ponía un suave reflejo violeta en los cristales de la ventana, se oyeron en la estancia los acordes marciales de una banda militar.

—¡Ay, la música!—exclamó Elisa—. La vida que canta para todos; la vida que huye de mí—y rompió a llorar.

Manuel bebió en las mejillas descarnadas y descoloridas todo el amargor de esas lágrimas de fuego.

A fines de mes llegó el marido, el ingeniero Montechiaro, tostado del sol, rubicunda la tez, como una llama entre la fronda de su gran barba castaña.

—Povera Elisa, muore, muore non v'e rimedio—decíale por los pasillos a Manuel, y Manuel, dedicado a enfermero, ayudaba al marido, a Rosarito y al doctor Gutiérrez en las curaciones.

Inyectaba la morfina, calentaba las aguas, ponía hasta las irrigaciones vaginales. La enferma, perdido el pudor por la gravedad, le enseñaba los muslos entecos, flácidos; la vulva amoratada e hinchada; toda la miseria física de aquel cuerpo que él había amado tanto en sueños y que se había forjado como el de una impecable Venus morena.

—No importa que me vea—exclamaba ahogada por las lágrimas—; ya no tengo sexo, ya no soy una mujer; soy un montón de carne podrida, de huesos podridos, mejor.

Y Manuel pasó dos meses, olvidado de sus quehaceres, olvidado de todo; ni parecía por el teatro, ni preparaba una nueva conferencia, ni traducía obra alguna. Carlitos Baena lo llamó a la contaduría.

—El señor Clavet, el eminente señor Clavet, tiene una gran estimación literaria por ti, te quiere y te admira muchísimo; pero tú no vienes, no trabajas y...—Carlitos

Baena le hablaba sonriendo, con esa peculiarísima habilidad que tenía para despachar a sus contratados.

—Esto quiere decir que me despiden.

—¡Hombre, Manuel!—y Baena se echó a reír.

Se abrazaron después, como lo que eran, como dos buenos amigos, y Amalfi quedó fuera de la compañía. No le importó. Habíale brotado en el alma una ternura infinita por la enferma, y el amor de cuidarla le llenaba la vida; ni paseó Buenos Aires, ni visitó a nadie; la pobre cancerosa lo absorbía por completo y alternaba su ternura platónica por la moribunda y su sensualidad por la guapísima hospedera, que le fiaba y le llevaba el desayuno a la cama a cambio de unos besos, con el deseo naciente por Rosario Ayalde, que trascendía a ámbar, y era el aroma, la tentación y la vida, en aquella estancia impregnada de fenol, de yodoformo y de muerte.

Acabó por no volver a su casa, aunque no se despidió y dejó allí sus baúles. Con los Montechiaro comía, y por las noches, ante el lecho de la enferma, tendíase en un colchón, donde dormitaba. Pero Elisa no le sabía agradecer tales cuidados. Estaba sedienta de amor, y bien advertía que Manuel compadecíala sin desearla ya, y la besaba lleno de piedad y lleno de asco. Una mañana en que estaban solos, ella le habló así:

—Manuel, Manuel, siento que me muero, y te he adorado, y quiero confesarme contigo. ¡Es horrible, es horrible; pero sé que tú me perdonarás! ¿Me perdonarás, verdad, amor mío?

—Calla, calla, Elisa; te lo ruego...

Pero ella seguía; como si hallase un descanso en la confesión.

—Sí, quiero decírtelo todo. Yo era tuya moralmente, espiritualmente; toda tuya, aunque tú no quisiste nunca tomarme; pues bien, te he engañado; te engañé... ¡Con tu padre, Manuel!

El muchacho se puso en pie, lívido; sintió el corazón en la garganta y un sabor de sangre en la boca.

—¡Con mi padre!

—Sí; venía todas las tardes a verme; yo estaba sola y pensaba en ti.—Elisa contaba el pecado deleitándose en los detalles.—Tenía tu voz y tu olor... Una tarde de primavera habían regado el jardín; por las rendijas de la ventana subía el aliento afrodisíaco de la tierra húmeda; tu padre estaba junto a mí, el crepúsculo inundaba la habitación... No sé, no sé; fué un momento de fiebre irresistible; le eché los brazos al cuello, lo besé en los labios, con un beso profundo, con un beso de toda mi carne... Tú ya sabes que el viejo es vigoroso; me tumbó en el sofá, así vestida... ¡Oh, fué horrible! ¡Perdóname, Manuel, perdóname!

Manuel, lívido, como si no quisiera oír lo que le dijeran, se tapó los oídos. Luego, sin atreverse a maltratar a la miserable enferma, le escupió al rostro varias veces con reconcentrada ira, todo el horror de una sola palabra:

—¡Ah, puta, puta!

Ella se cubrió la cara con las sábanas y rompió a llorar.

A poco entraron el marido, el doctor Gutiérrez y Rosarito.

Gutiérrez movió tristemente la cabeza canosa...

—Hay que darle morfina—dijo—; yo volveré esta tarde. Me parece que nos queda ya para pocos días...

Le hizo una inyección y se marchó otra vez con el marido.

Rosarito y Manuel quedaron toda la tarde solos, velando el sueño de Elisa.

Charlaron mucho. Rosarito le contó su vida.

—... Ahora ya ve usted, Manuel; yo vivía con un hombre, el padre de mi hijo, porque tengo un hijito; he pasado con él hambres y miserias porque lo quería, pero ya no lo quiero; me ha descuidado mucho y echo de menos mi otra vida, la comodidad, el lujo a que he sido siempre acostumbrada. Hay un viejo estanciero, don Belisario Gómez, que quiere que yo sea su amiga... Es un hombre muy rico. ¿Qué me aconseja usted?

Manuel la miró fijamente a los ojos, a los ojos claros, de océano, de cielo y de esperanza; a los ojos llenos de visiones y de sueños, de serenidad y de bruma, en cuyo verde iris la pupila luminosa era como la paradoja de un brillante negro.

—Yo no puedo aconsejarle ni que ame al que tiene, ni que se entregue a otro. Me parece usted demasiado bonita para aconsejarle algo tan doloroso para mí.

Manuel hablaba lentamente, dejando resbalar como una caricia sus palabras.

Se había acercado mucho a ella, le rozaba el cuello con su aliento y sentía a su vez en el rostro la sensación de cosquillas por los rizos de oro de Rosario. Anochecía; la luz de la calle alumbraba la habitación muy débilmente. Callaron. Se escuchó un instante, en el silencio, un quejido débil y agudo de la enferma. Rosario

había puesto la bata que usaba en sus funciones de enfermera. Era un peinador holgado, que dejaba al descubierto los brazos. Manuel adivinó el blancor de uno de ellos en la penumbra, y, de repente, lo cubrió de besos.

—¿Qué hace usted, por Dios?—exclamó ella con la voz sofocada. Manuel buscó la boca de la muchacha; los dos ardían; fué un beso complicado y delicioso; mordiéndose, chupándose los labios, largo y loco; un espasmo, un olvido..."

Y en la página 75 ocurre algo que no suele faltar en ninguna novela pornográfica:

"Por toda respuesta, Manuel la besó furiosamente; besó la candidez de las sienes ebúrneas bajo el oro muerto de los rizos; besó el ópalo de los párpados finos como los pétalos de una flor; besó las gemas de los ojos, la brasa viva de los labios, la cálida nieve de la garganta, el caracol rosado de las orejas, y las pomas del pecado original; la besó toda, paseando la fiebre de su boca a lo largo de los muslos ágiles y torneados, de Venus y de Diana Cazadora, como si quisiera bebérsela, como si comulgase con la paradójica y satánica eucaristía de su carne. Ella temblaba, diríase sacudida por una descarga eléctrica, temblaba y entregábase, quejándose con un lamento entrecortado, con un "ay" largo, voluptuoso y doliente, que tenía esa lánguida tristeza de la lujuria.

El niño, que dormía en su cuna, despertó de repente, sobresaltado:

—Mamá, mamaíta, ¿qué es eso?—gritó con su media lengua.

Rosario apagó la luz sin responder; luego, tras un

suspiro, entre cansada y satisfecha, cogió al chico, un bebé de cuatro años, y se lo metió en la cama.

—Pobrecito—dijo—; se ha asustado.

Y mientras Manuel descansaba, ella, sentada en el lecho, con su hijo en el regazo, le cantó la nana unos minutos.

—Vaya, se durmió otra vez—dijo por fin—; defendía los derechos de su padre el pobrecito.

Y volvió el niño a la cuna.

A Manuel le molestó el recuerdo del padre y la intervención del chico. Encontraba un poco absurdo, un poco sacrílego, tal vez, todo aquello; no sabía explicarse bien lo que sentía; era algo así como una sensación de miedo y repugnancia que le impulsaba a huir; pero los labios de Rosario le buscaron de nuevo, y la sensualidad omnipotente, madre de la vida, triunfó una vez más.

—¡Soy tuya, tuya, toda tuya!—decía la mujer, con voz entrecortada por el placer—. ¡Cuántas veces soy tuya!

Y en ocasiones, con la desesperación de quien desea prolongar el goce hasta lo infinito, contenía los ardores de Manuel, soberbia de impudor y de vicio:

—No, no, mi vida, espera; yo solita, yo solita..."

Y en la página 84 se repite la escena, sólo que al revés:

"La misma Raymonde salió a abrirle.

Venía despeinada, sonriente, con la mirada vaga y los ojos brillantes, exhalando un fuerte olor a éter.

El salto de cama mal ceñido dejaba ver la camisa de seda negra; sobre los encajes del pecho, un globo alabastrino rematado en un botón rojo como una cereza, y por debajo del faldón, muy corto, las piernas admirables, enfundadas en la calada cárcel de las medias de seda.

—Oh, la, la, c'est toi, mon petit!—exclamó, dando grandes muestras de alborozo—. ¡Oh, cuánto tiempo sin venig!...

Lo arrastró a su cuarto. A los pies del lecho yacía un traje hecho jirones; en la mesita de noche había una botella de champaña a medio apurar; en una copa bogaban en el dorado líquido unos pétalos de rosas, y el éter evaporábase de un frasco destapado sobre la mesilla de noche.

La hermosa proxeneta detuvo a Manuel en medio de la estancia, y asiéndole por los hombros, le miró a los ojos fijamente:

—Tu est triste, mon vieux, ¿qué tienes?

Y como no le contestara, agregó:

—Yo también sui muy triste.

Y púsose a chuparle el labio inferior con una furiosa voracidad de vampiresa.

Manuel logró desasirse:

—Mira, mira, Raymonde: yo no puedo estar contigo; sabes que nunca he podido estar, que no puedo pagarte...

—¡Oh!—dijo ella, enfadada y cariñosa a la par—: ¡Quian habla aquí de precio; toi tu me has gustado siampre! Yo soy nerviosa, yo soy enervada, yo quiego...

Y tornó a besarle con más furia; y como él aún se resistiera, lo dejó un momento, cerró la puerta, y despojándose con orgullosa actitud del salto de cama y de la

camisa, apareció bajo la lluvia de las luces eléctricas, en toda su rosada desnudez, soberbia y mitológica, como una Anadiomena con el anacronismo de unas medias de seda...

.....

Ya en el lecho Raymonde, la tersura de cuyo cuerpo había respetado el tiempo, siempre más galante que con el rostro con las bellezas ocultas de la mujer, ofreció a Manuel bombones, copas de champaña y besos de insospechada complicación; pero todas las habilidades de la proxeneta, que en un momento de locura sensual recordaba, en honor del mozo, sus gloriosos tiempos de cortesana de lujo en París, no lograron despertar la virilidad de Manuel, abatida por la tristeza.

Fuera de sí, loca de lujuria y de despecho, la mujer desnuda empezó a maltratarse gritando:

—¡Oh, c'est horrible, yo no te gusta, tú no me quiegues; oh, que je suis desgraciada!—Y se mesaba los cabellos y se golpeaba el rostro, y se mordía las manos, y se arañaba los pechos, con sus uñas abrillantadas por el polisoir.

Manuel se indignó:

—Basta, basta; o te calmas, o me voy.

—No te vayás; me calmó; no te vayás, queguido mío, mon petit, mon rat cheri.

Y sumisa, dócil y humilde, empezó a besarle suavemente todo el cuerpo, agazapándose dando pequeños gritos, con arrumacos felinos y con perruna docilidad.

.....

Cuando la claridad de la mañana iluminó la estancia,

los dos estaban desnudos sobre el lecho, los dos borrachos... ¡y llorando!"

El protagonista de la novela es un don Juan Terrible, que efectúa proezas, narradas por Sassone con una poesía en nada parecida a la del autor del Tenorio.

"En zapatillas, y sin más ropa que un kimonò de su *maitresse*—así quería ella que él la llamara—, pasóse allí Manuel tres días, cual nuevo Sardanápalo, no hilando en la rueca precisamente; pero sí jugando a las cartas con las pupilas, comiendo en la gran mesa de todas, a la diestra de Raymonde, que le ofrecía sorbitos de Chateau Larrose y de *champagne*, y queso de Roquefort con mostaza inglesa y mantequilla—¡admirable afrodisíaco!—, y aprovechándose de las ocasiones para burlar al ama, lo que hizo tres veces, una en el cuartito de los baúles, donde la encargada, Boul desuif, se le echó encima, violándolo casi, con todas sus ansias de proxeneta en obligado reposo; otra, en el salón, donde al volver sola Arlette, mientras Raymonde y las demás estaban en el gabinete de los "cuadros vivos", hubo de agradecer a la francesita vampiresa la caricia que en galo y mimoso eufemismo denominan las cocotas *mimí*, y la tercera, en el baño, en una ocasión en que Gemma, una romana opulenta y viciosa, al ser sorprendida desnuda, le ofreció, apoyada en el borde de la bañera, sus más altas prominencias y su caso más estrecho, con el doloroso placer que ha hecho inmortal a la abrasada Sodoma."

Es convenientísimo reproducir lo que acontece en la página 122:

"Y allí, enardecidos ambos por la comida abundante

y por las libaciones copiosas, se arrillaron y se poseyeron con la mirada, hasta que la mano derecha de Charito inició bajo el mantel una exploración pecaminosa, y posándose como una paloma entre los muslos de Manuel, hízole aquella vieja caricia peculiar de los monos y de los colegiales, que ofrecen en Madrid al viandante las busconas baratas en los oscuros jardines del Prado, en las noches de ardiente estío... Manuel temblaba, asustadísimo, sin poder resistir; temblaba porque allí, a dos pasos, estaban el dueño de la casa y amante de Charito con don Mariano, el crítico sabio; temblaba, avergonzado, porque aquella audacia se le antojaba una falta de respeto al divino Rubén, al poeta excelso, al quintaesenciado maestro; pero la mano de Charito era mórbida y tibia como el pulmón de un ave; don Mariano había anunciado "¡Jaque al rey!"; don Belisario sólo tenía ojos para defenderlo, y el bardo nicaragüense dormía como un viejo ídolo de piedra. Así, cuando el sacrificio quedó consumado, mientras Charito ponía los ojos en blanco tal como si hubiese compartido el pecaminoso placer, Manuel, por un caso de cerebración inconsciente, pensó en dos versos sensuales del sensualísimo Rubén:

Pues por ti la floresta está en el polen,
y el pensamiento, en el sagrado semen..."

Y no está de más tampoco reproducir lo que ocurre en la página 164:

"Una noche, a eso de las once, quedóse dormido en el sillón, recordando, sin saber por qué, las caricias complicadas y sabias de madama Raymonde. Al despertar, después de un ensueño lúbrico, vió enfrente de él, sentada en una silla, a Beatriz, que lo devoraba con los ojos encandilados. Como las miradas del ama se dirigían a su vientre, Manuel miróse también y pudo comprobar, por las irregularidades de los pliegues de su pantalón, que el atributo del sexo habíase erguido involuntariamente durante el sueño y se moldeaba con toda precisión bajo la tela.

—¿Qué mira usted, Beatriz?

El ama se puso en pie, al rojo vivo el rostro, y sonrió sin responder, mirando aún de reojo.

Manuel, de pie también, fuése hacia ella:

—¿Qué mirabas, chica?

La atrajo hasta el sillón; ella cabalgó sobre él, mientras las manos del dramaturgo levantaban el telón de las faldas y exploraban las nalgas y los muslos, duros y enormes.

La muchacha gemía, entrecortada la voz, agitándose convulsa sobre los muslos de Manuel.

—Calla, calla—murmuraba él, hundida la cabeza en el seno de la moza, besándole los pechos gigantescos—. ¡Calla, mujer, calla!

Jadeaban como dos bestias, y el sillón crujía rítmicamente.

.....

El chiquillo rompió a llorar en su cuna, en el fondo de la casa, y Beatriz huyó en busca de él, abrochándose el corpiño.

.....

Manuel experimentó una vez más la humilladora ver-

güenza que tantas veces le entristeciera después de las fáciles victorias de su lascivia sobre las flaquezas de su carne pecadora y mortal. Tornaba a autoanalizarse, y preguntándose a sí mismo por qué despertaban así, tan pronta y tan brutalmente, las cantáridas de su sangre, ante la redondez de un pecho, ante la curva de una nalga, ante la esbeltez o la opulencia de una pantorrilla, aldeana o elegante, plebeya o aristocrática, y recordando sus apresuradas lecturas teosóficas, las teorías de Darwin, mal aprendidas, y las creencias en el atavismo que siempre le pregonaba su padre, trataba en vano de adivinar aquel doloroso misterio de su carne, y pensaba que en anteriores reencarnaciones, acaso había sido un palomo sensual, o un gallo insaciable y poderoso, o un enorme gorila masturbador, y antojábasele que algunos de sus tatarabuelos calabreses, en sus montañas llenas de sol, habían acechado a las mozas viandantes para violarlas tras de una peña, o que, después de pastorear por el día, habíanse entregado en la soledad de su cabaña al delito de bestialidad con una cabra negra o con la oveja más blanca de su rebaño. Y ya en pleno disparate, creía una realidad la mitológica fábula de los silvanos, sentíase con patas de chivo o con plumas del cisne de Leda, y sin poder explicarse aquella lujuria más poderosa que su inteligencia, que su voluntad y que su fina sensibilidad de poeta, aquella fiebre sensual que le venía de más allá de la cuna, que lo anulaba como hombre para convertirlo en un falo animado todo él, sentía, para suprema humillación de sí mismo, un deseo de tirarse al suelo, a gatas, y de rebuznar como un

asno que ha husmeado en el aire los olores de la hembra."

Y *Vórtice de amor,* allá se va en pornografía con *La espuma de Afrodita* y con *Bajo el árbol del pecado,* otro volumen de novelitas cortas, cuyos temas son el mismo de la cópula entre los protagonistas.

Claro que se puede ser empresario inteligente, arrojado torero, estimable comediante, diestro periodista y notable comediógrafo y disponer de tiempo para el cultivo de la novela pornográfica. Felipe Sassone no se ha privado de solicitar un puesto entre la Legión de pornógrafos y lo ha obtenido por méritos indiscutibles. Pero, pornográfico y todo, es un artista que entre el fango de sus liviandades novelescas deja lucir los diamantes de su talento privilegiado.

LUIS ANTÓN DEL OLMET

No porque haya fallecido Antón del Olmet, vamos a exagerar la importancia de su producción artística. Fué un excelente periodista y pulcro literato, que conocía *el oficio*, y poseía un estilo cálido y vibrante y una envidiable facilidad para transmitir su emoción al público.

Especializóse en las biografías políticas y cultivó la información periodística, produciéndose siempre con una perversa parcialidad en favor o en contra de aquellos a quienes se refería. Hizo campañas de escándalo, aparentemente inspiradas por su espíritu de justicia, y su característica fué la agilidad y la agresión literaria.

No era un hombre verdaderamente culto; pero sorteaba su ignorancia en algunas materias con admirable diplomacia. Fué en todo instante un hombre inteligente, consciente de sus actos, y su labor periodística es más copiosa y sugestiva que sus empresas literarias. Hombre de la generación de Insúa, Carretero, José Francés, Carrère, Belda, etc., no se privó, como éstos, de arrojarse al ejercicio de la pornografía, pues el poder fascinador de esta modalidad tenía que obrar un natural efecto sobre Antón del Olmet, impulsivo, pasional, inquieto, partidario de caminar con su época, que fué la de la dictadura del naturalismo.

El estilo de Antón del Olmet, cortante, preciso, ágil, mezclado con su ciencia de conocedor del idioma, produjo obras muy estimables, y su malevolencia instintiva le animó a presentar al público diversas novelas de clave, entre las cuales él mismo prefería *Cruz Verde, 8*, volumen que constituyó el número uno en la colección de obras completas de este autor editadas por Renacimiento.

Cruz Verde, 8 encierra pasajes pornográficos; pero es de justicia reconocer que la prosa de Antón del Olmet es cien veces preferible a la de "El Caballero Audaz", que, sin embargo, estuvo siempre más cotizado que la infortunada víctima de la tragedia del teatro Eslava.

Hay en Antón del Olmet como escritor una gran seguridad de trazo, una clara visión para enfocar y presentar al lector la realidad, y un estilo nervioso, caliente, atractivo que disculpan su incursión por el campo de la Pornografía.

Como hombre que había vivido—muy de prisa—en ambientes encopetados, dominaba secretos interesantísimos referentes a personas y personajes cuyas existencias despiertan la curiosidad de los buscadores de emociones, y su feliz memoria, su habilidad de narrador, su aristocrática perfidia, servíanle considerablemente para apasionar al lector. Indudablemente, su talento le ayudó a triunfar en el arte a pesar de que no se destacaba por su simpatía, ni por la orientación de sus campañas en la Prensa.

He aquí fielmente reproducida la jornada décima de *Cruz Verde, 8*, una de las mejores y más leídas novelas de Antón del Olmet; pero de cuyo matiz pornográfico

no dudará seguramente nadie. Es el momento en que una entretenida acude a una celada tendida para desembarazarse de ella por el amante oficial que la sostiene:

"Cuando llegó, Emilia, que le había abierto la puerta, se puso muy alegre.

—¡Al fin! Temí si no vendrías.

—¿Está ese individuo?

—Sí. Pasa, remonona. Vienes lindísima, pequeña.

Y la condujo al gabinete mejor de la casa, al mismo en el que conociera a Enrique. Allá, sentado en el sofá, estaba aquél...

—¡Buen trabajo me ha costado!—rió Emilia Guerra, dirigiéndose al caballero de la cita—. Pero ¡aquí la tiene usted, so gran sombrón!

Y se fué modosa, mañosa, empalagosa.

Magda observó al intruso. Era un muchacho todavía joven, como de veintiocho años, guapo, de tez mate, ojos de brasa, acento andaluz, simpático. Vestía un traje de gabardina verde oscuro. Tenía aspecto señoril.

—¡Qué difícil me has sido!—exclamó—. Pero ya estás. Ya eres mía. ¿No te desnudas, encanto?

Le quitó el sombrerito, y admiró la melena rizada. Luego, cada vez con menor miramiento, y con una sonrisa indescifrable, la fué dejando desnuda. Ya sólo con medias y zapatos y el sostenedor, la estudió sin pudor y sin respeto, como un avezado que procura enterarse bien.

—El pecho, ¿lo tienes bonito?

—No. Cuando estuvo de moda no tener pecho, ¡me lo estrujé tanto!

—A ver, monada.

Cayeron los dos senos, que el sátiro miró con negligencia, y a los cuales puso una glosa bárbara:

—Sí... Pero como a mí me gustan ciertas cosas... No están mal los pechitos.

Ella se retiró temerosa, asustada.

—¿Que le gustan a usted ciertas cosas? ¿Cuáles?

—De tú, hija. Te lo permito. Sí. Me gusta, ¿sabes?, lo refinado. Yo soy un sibarita, ¿comprendes? Vamos, eso de hacer las cosas a lo bruto, que no. Has de esmerarte, ¿sí?

Magda hubiera querido escapar. Pero la contuvo el temor al ridículo. Ya había dado el paso tremendo. Y luego, su madre. ¿Qué le haría ella viéndola llegar sin aquellos tres enormes billetes, que tenía como asidos, y a los cuales había dado ya empleo?

Fueron a la alcoba.

—Anda, nenita, ¿me higienizo?

Jugueteó. Estaba en plena satiriasis, gozando aquel momento insospechado, que aprovechaba con toda el ansia de un hambriento. Ya que el destino le había apropincuado aquel tropezón, se daría un tártago. Hizo sus caricias, despacio, regodeándose, saboreando aquel sexo apenas núbil que le ofrecía el azar, saciando su bestialismo cobarde y su morbosidad traicionera. Hocicó, buceó entre aquellas entrañas jóvenes, paladeando la niñez pervertida en toda su intimidad horrenda.

—Ahora, tú, remonona.

—Yo no sé.

—Aprendes.

—Es que me daría asco.

—¿De mí?

—Y de cualquiera. Yo no hago eso.

—Pues estás en el limbo. Ahora es lo natural. Las mujeres caras son redondas.

—¿Redondas?

—Sí. Ya te enterarás. Primero, eso. Anda, vidita. ¡Sumérgete!

Sonrió voluptuoso y acarició los senos de Magda.

—Anda, rica. Vamos a gozar como locos. Que yo sienta el rocecito, y me duerma de gusto. Y me das besitos, ¿sabes?, por todo el cuerpo, como yo te hice a ti.

La miró. Ella sentía repugnancia.

—Te advierto que me he bañado ayer. Mira.

Se alzó la camisa hasta el cuello y enseñó un organismo flaco, que olía a verdura cocida, organismo sin conforte, vicioso y horrible.

—Que te zambullas, vida—añadió.

Hizo una pausa para atisbar los melindres de Magda con odio naciente y agresivo.

—Hija, tres mil pesetas son dinero. Hay que gozarlas un poco. Porque, ¡vamos!, te has dejado pedir un pellizco, ¿eh?

Y la miró, altivo. ¡La meretricilla! Hacer lo que estaba realizando, y encima postinear. Anda, ¡que bien pagados iban a quedar todos! ¡El escarmiento sería bárbaro!

Pero ¡bárbaro! ¡Como que pensaba excederse! ¿No se trataba de sorprender a una menguadilla y de asestarle ejemplar castigo? Pues ¡a ello! Y en condiciones. Y se fruía de placer, contemplándose a sí propio, tan grande, tan inmenso, enorme y sublime como la venganza.

Había estado ciclópeo. Primero, su labor con la celestina, hasta enloquecerla con aquellos billetes y aquella labia. Luego, con la busconcilla traicionera. ¡Cochina! Anda, que el palo iba a ser morrocotudo...

Se refociló. ¡Pensar que había estado por decirle a Hermida la verdad, que la cita era a las tres! Pero con ello, ¿qué se ganaba? Que la chica se fuera sin que la tocase nadie, y que él se quedara de bóbilis. ¡Ca! Le había dicho que la cita sería a las cuatro. Sería más completo, más brutal. El encuentro—no era Arolas, sino Hermida—resultaría de efecto absoluto. Y luego, ¡también Irastorza era de Dios!

Insistió soez:

—Son tres mil, reguapa.

Magda oía aquello como si no fuese con ella, como si estuviera soñando. Había conocido antes, muy antes, a hombres cínicos y canallas, que exigían aberraciones no complacidas, pero flagelantes sólo de imaginadas. Mas nunca tropezó con ser tan raro, tan desconcertador...

—Anda, me lavaré.

Saltó de la cama y se fregoteó, escrupuloso.

—¿Ves? Ya estoy hecho un encanto. Pera devorarme, chiquilla.

Exigió. Ella se defendía, se defendía. Pero el hombre se puso furioso.

—¿Me obligarás a marcharme?

Magda tembló, presa de un susto horrible. ¡Márchese! ¡Sin pagar! Lo miró con ira, con asco. Después, estuvo entre soltar la carcajada o prorrumpir en llanto. Y transigió al fin, cerrando los ojos, conteniendo la náusea, como ante un tormento monstruoso e inconcebible.

—Más, más—decía él—. Más. ¡Hasta acabar! ¡Remata la suerte!

—¡Eso, no! ¡Eso, nunca!

Se había erguido, horrorizada:

—No. Yo no hago eso.

—Pues entonces—razonó él—me voy. Tres mil pesetas son una suma demasiado grande para dilapidarla así, en majaderías corrientes. Para eso, cinco duros, y a otra cosa.

Mostróse ya brutal, bárbaro, incomprensivo, de una crueldad fiera.

—¿Quieres o no?

—No.

Magda se había sentado sobre una sillita, conservando gacha su cabeza, gacha y tronchada. Le parecía un sueño todo aquel horror. Vió la cama, con su espejo desportillado, que descubría las horrendas piruetas y que hacía más salaces las posturas. Vió la colcha manchada por antiguas huellas hórridas. El *bidet* agresivo, simbólico, como un emblema de gallofa innoble. Las toallas que pendían del lavabo. La usada pastilla de jabón, con la que se habrían untado hombres y mujeres desconocidos. El orinal, groseramente colocado en un estante de la mesilla, con su asa rota. Los cortinones verdes que separaban el gabinete de la alcoba, sucios, deshilachados. La pobreza de aquella mansión no empingorotada aún, que era de una tercera comenzante y todavía casi indigente. Los cuadros cursis y chillones, algunos de ellos orgiásticos, cuadros de burdel. Y vió después a su madre como una domadora, allá, esperándola para arrebatarle los billetes que llevaría en la escarcela.

Suspiró. Era una desventurada. ¡Qué abajo había caído! ¡Y qué hondo!

Antes no había reparado bien en todo aquello. Nunca, además, encontrara hombre tan miserable. Pero ahora, sí. Ahora lo veía todo como era: horrible. ¡Ah, cuánto mejor ser obrera o suicidarse! ¡Qué nefanda la prostitución! ¡Qué tremendo el prostíbulo!

Estuvo a punto de llorar, de echarse a los pies de aquel individuo para decirle que era una niña, que estaba abandonada, que tuviera compasión, que le entregase el dinero sin torturarla más. Lo miró. No. Era un hombre perverso, inconsciente, a quien también le había secado el alma la vida, acaso un sádico, más gozoso cuanto más la viera padecer...

Sufrió como un ajusticiado. Ella, huérfana a los nueve años, había ido a la degradación como a un camino racional y quizá único, llevada por la mano más querida. Nunca oyó hablar de honra ni de virtud. Eran palabras de novela, como paraísos legendarios de seres maravillosos. Enrique, sí. Enrique había ido hasta su corazoncito, no encanallado aún, y lo había pinzado en aquel estercolero, para sacarlo, trémulo, como un nido. Sufría. Padecía en toda su psicología consternada. Morir en aquel trance le hubiera parecido redentor. Daría término al infame dilema.

Empezó el cínico a vestirse. Ella preguntó con timidez:

—¿Y no me dará nada?...

—Nada. A ti, nada. ¿Por qué? A Emilia, sí, le pagaré su trabajo, las molestias. Pero ¿a ti? Lo que debía yo hacer era pedirte una indemnización por el berren-

chín que me estás dando. ¡Vaya con la mocita pudorosa!

.....

Magda tuvo que transigir, al cabo.

.....

Se levantaron. Se vistieron. Aquel hombre tenía una mirada fría y una sonrisa cada vez más enigmática. Magda lo atisbaba con horror y con miedo. ¡Oh, qué asco le había tomado! No. Jamás reincidiría. Jamás. Preferiría el colegio. Pediría limosna. Ya no pensaba en Enrique. Comprendía que estaba perdido. Le daba a ella ¡un espanto de sí propia recordar al novio! Trabajaría. Se mataría. Todo menos volver. Le entregaría a su madre aquel tremendo dinero, y ajustarían cuentas. Liquidarían si era preciso. No. No más. ¡Qué infamia! ¡Qué bellaca infamia! ¡Qué espanto de sí propia! ¡Qué sucia y qué fea se sentía! ¡Y qué grotesca!

Ya vestidos, y en el gabinete, aquel hombre se la quedó mirando con ironía.

—Oye, pequeña, ¿qué día es hoy?

—Once.

—Pues apúntalo en tu libro de recuerdos. Has echado el completo, hija.

—¿Qué?

—Que te has lucido.

—¿Yo?

—Once. Diíta claro. Diíta grande.

Se detuvo y preguntó:

—¿Tú sabes en qué consiste un "mico"?

Ella se puso lívida. Sí. Había oído hablar. Daba "mi-

co" el hombre que no pagaba, que huía si era un cobarde, o lo decía claramente si era un audaz.

—¿"Mico"? Pero ¿es que usted me va a dar "mico"?

Rió, báquico, Irastorza, pletórico de orgullo vengador.

—¡Naturalmente, moza! ¿Qué mala pupila te gastas! Pero ¿crees tú que un gachó de mi pinta es hombre que suda tres mil del ala, habiendo serafines de a duro?

Ella se fué hacia él para pegarle, para sacarle los ojos. Pero el macho la contuvo de un manotazo bestial.

—¡Quieta, quieta, niña! Que aún te hago favor. Soy policía, ¿eh? Ojo. Yo puedo llevar a una menor donde tú ni sospechas. A ti, a tu madre, a la alcahueta y al verbo. Con que ¡ojo! Agradéceme que te haya tratado con cariño, y que te conserves. ¡Abur, gacela!

Se puso el sombrero, y salió. Magda cayó en el diván, yerta. Cuando abrió los ojos... ¿Eh? ¿Qué era aquello? ¿Soñaba? ¿Soñaba? ¿Era una pesadilla espantosa? Hermida había entrado allí, en el gabinete, se había quitado las gafas amarillas que llevaba para el sol, y la miraba pálido. Era Hermida, alto, delgado, con su bigote rubio. ¡Era Hermida!

Hermida empezó por excusar a Emilia Guerra. No. No había llevado a Magda al encerradero aquel. Era ajena al asunto. Sorprendida, no tuvo más remedio que claudicar. Claudicar o no ir a la cárcel. Luego, exclamó:

—La veo a usted aquí, Magda, y no lo creo aún. Magda, ¿por qué hizo usted esto? ¿Dinero? Enrique viene mañana. Me tenía usted a mí.

Se detuvo.

—Hacerle esto a un hombre ¡que le habló de tener hijos, y que la quería tanto!

Ella lloraba con desesperación, como podría llorar un cadáver, sin esperanza, muerta ya. Lloraba, como pudiera llorar un difunto en su propio entierro.

—No me pregunte usted. No puedo responderle. ¡Soy muy desgraciada!

Emilia trajo agua de azahar. Magda bebió con avidez, ya casi desvanecida. Aquello le hizo bien. Abrió los ojos, y miró a Hermida lentamente, buscando su piedad. Pero era una piedad imposible. Hermida, el mejor amigo de Enrique... ¿Lo traicionaría por ella? Por ella ¡que estaba tan bajo, tan caída, tan repulsiva en su maldad fracasada!

—Se lo dirá usted...

—Sí. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer, Magda?

Después, Hermida, compadecido, tuvo una idea clemente.

—Aún estamos a tiempo. Sea usted quien lo deje, quien riña con él. Escriba usted ahora mismo una carta de ruptura, que yo la entregaré mañana. Así, ni él sabrá esto, ni usted padecerá el tormento de sentirse despreciada. ¡Hágalo!

Pero ella no accedió. Lo quería. Lo adoraba. Y ahora más que antes. Ahora lo quería como una perra enferma puede querer a su amo bueno.

—¡Que me desprecie! ¡Que me odie! ¡Que me mate!

Hermida volvió a sentirse compadecido, y consoló:

—¡Quién sabe! Aún pueden ustedes ser... amigos. Amantes, no. Pero a Enrique le gusta usted mucho como

mujer. El error ha sido ése, hablar en verso cuando todo es prosa en esta vida vulgar que vivimos.

Ella le miró todavía más triste, sintiendo la intimidad absoluta de aquella desventura, y se negó:

—Yo soy una infame, una... Pero a Enrique lo idolatro, ¿sabe usted? ¡Yo, su ramera de unas horas!

Enrique se iría con otras mujeres delante de ella, y la trataría como a una de tantas.

Y prorrumpió a llorar otra vez, todavía con mayor desespero. Hermida—justamente—la trataba ya como a lo que era, como a una prostituta. Se mordió los puños. Tenía hinchados los ojos. El pañolín de hilo arrancaba pestañas enteras de cuajo. ¡Aquellas sus pestañas rizadas y ahora tan puercas!

Hermida comprendió que aquella escena no podía prolongarse.

—Magda—le dijo—, serénese usted. Olvidará esto. Tengo un coche. El coche la llevará donde usted quiera.

Bajaron.

—Voy a Montera—dijo—. Mi madre está allí.

Hermida le dió las señas al cochero, y se alejó a pie, tristemente, con un secreto malestar, vacilando. Había sido amigo. Había hecho un bien. Y un mal. ¡Infame vida, traidora y absurda, que no tolera felicidades absolutas ni consiente amores venturosos!

Magda llegó tan pálida, que su madre se asustó al verla.

—¿Qué te pasa?

—Vámonos, me muero.

—Dime.

—Que me muero.

Y sin despedirse de nadie, salieron como dos sombras.

—Un coche—dijo Magda.

Detuvieron a uno:

—Covarrubias, 26. ¡De prisa! La niña va enferma.

Un fustazo.

—Dime, ¿qué te pasa?

Y ella se echó a llorar otra vez. Era un gemido entrecortado, un hipar que le cortaba el habla y la respiración.

—Dime, hija, dime.

Magda hizo un supremo esfuerzo para decir:

—Me ha sorprendido Hermida.

La madre palideció también:

—¡Canallas! ¡Una encerrona! ¡Te la tenían preparada los muy sinvergüenzas!

Y barbotó injurias como venablos, como sapos, escupiéndolas con atroz iracundia.

—¡Ya te lo decía yo! Ese Enrique es un bribón, un infame! ¿Lo ves? Te está bien empleado por no hacer caso de mi experiencia. ¡Canallas! ¡Más que canallas!

Se revolvía, furibunda, en el coche, y amenazaba:

—A ése le he de cruzar yo la cara indecente. Y al Hermida también. Y a ti. A ti, estúpida, por enamoricarte como una imbécil. Por cierto que ya te habrá servido de lección, el pasito. De lección. ¡Bonita lección!

Se detuvo. Después, anonadada ante una idea monstruosa, preguntó con ansia:

—Entonces, el otro... El otro, el de la cita, era un compinche. ¿Te pagó?

Magda, exánime ya, dijo que no con la cabeza.

—¿No te pagó?

—No me pagó.

—¿Nada?

—Nada.

Y volvió a llorar, ya sin lágrimas, sangre. La madre, entonces, ciega, pegó a Magda; la pegó sin disimulo, no importándole lo que pudiera decir la gente. Fueron dos puñadas brutales que Magda ni sintió siquiera.

—¡Imbécil! Te lo iba a decir. Que pidieras el dinero adelantado. Sois bobas. ¡Si te tenía que pasar también esto! Os confiáis al primero que llega. ¡Bestia! ¡Bestia! ¡Bestia!

La idea de verse sin aquel dinero, le retorcía el alma. Se la retorcería de impotencia y de odio.

—¡Qué infamia! ¡Qué infamia!—repitió con voz de asesino.

Se contuvo, rencorosa y sombría.

—Nos hemos lucido. La hicimos buena. Ahora, reñidas con Emilia, ¿qué hacer? ¿Dónde vas a ir? ¿Qué mujer de bien va a quererte?

Se golpeó a sí propia.

—Tendremos que buscar por ahí otro sitio. Y, por de pronto, ¿eh?, habrá que empeñar los regalitos de ese asqueroso. No quiero ver nada suyo. Me ofendería. Por de pronto, el relojito ese que te dió, ¡pródigo! Aún no sé si será de oro. Olías lo dirá. ¡Qué porquería de vida! ¡Entre qué gentes anda una!

Magda, que era masa inerte, se reveló desde el abismo:

—El relojito, no. El relojito, no, mamá.

—¿Que no? Pero ¿es que todavía quieres a ese granuja?

Magda no supo qué responder. ¿Quererlo? Era poco. era más poco. Era hiriente, ultrajante decirlo.

—El relojito, no, mamá.

Pasaban las calles, las calles como ensombrecidas, como difuminadas. Magda veía rótulos de tiendas y leía sin saber por qué: "Gran liquidación", "Mercería de Fernández Hermanos". Todo era como insólito. Le sorprendió ver una tienda atestada de gente, cual si constituyese espectáculo inaudito y desconcertante. Su madre al lado, seguía escupiendo ultrajes, obcecada y trágica, en una crisis de locura.

Habían llegado. Eran las cinco de la tarde. Juanita estaría arriba, con *Golosina*, jugando al escondite.

—No quiero escenas—dijo la madre—. Procura disimular para que Juanita no se entere.

Bajaron del coche. Al cruzar la portería, Magda se tapó el rostro. Treparon. Juanita misma les abrió:

—¿Vienes enferma, Magda?

—Sí. Dolor de cabeza, un jaquecazo. No tiene importancia. Se acostará y le pasará.

Magda se fué a su alcoba. Desnudóse a tirones, rompiendo sedas y descosiendo pespuntes. Sobre la mesa de noche vió el retrato de Enrique. Estaba allí, con su aspecto sencillo, con su quieta mirada, bondadosa. Magda lo cogió temblando, y lo ocultó en el cajón, horrorizada. Se acostó. Ya no pensaba, ni sentía. Era el despojo de sí propia. Se veía más allá de la muerte, en otra vida, como errabunda en un país absurdo y siniestro. Carecía de voluntad para sufrir siquiera. Contó uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Luego, se fué a los meses del año, a los días de la semana. Después rezó un padrenuestro,

otro. Oía dentro de su cráneo, músicas discordes, como agolpadas. Vió desfilar un galope de caballos. Se le aparecieron cabezotas enormes, sin cuerpos, y aquellos ojos saltones hacían guiños terroríficos. Se caía de una torre. Se caía siempre, sin llegar al suelo. Se ahogaba en un río helado. La perseguía un reptil inmenso. Ella corría con el pelo erizado. Corría, se asfixiaba. Y el reptil, detrás, a su alcance. Veía a Enrique con otra mujer. Parecía enamorarla. Y encontró esto sencillo y lógico. Volvió a contar. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Luego, abrió sus ojos, y miró la pequeña alcoba a la que ya Enrique no volvería nunca. Sintió el frío de una soledad inmensa. Detrás del balcón caía la tarde. En el gabinete, junto al balcón, sobre un cojín, dormía *Golosina* sus dos meses de cachorra tragona, dormía su inocente sueño pesado, abismado y total. Magda la miró enternecida. Era regalo suyo. Y era, tal vez, el único amor que le quedaba en la tierra. Llamó:

—*¡Golosina!*

Y la perruca se despertó con estupor soñarrero, y se desperezó con tedio encocorado. ¡Era el colmo, no dejarla tranquila, digiriendo su plato de leche! Miró a Magda un poco molesta. Pero la niña, que tenía hinchados los ojos, y que aún zollipaba, volvió a decir su nombre en voz trémula:

—Ven, *Golosina*. *¡Golosina* mía!

La perra, entonces, pareció comprender. Su ama estaba triste. Y corrió, gordota, con sus tardos movimientos ingenuos, y brincó sobre la cama, y se echó allí.

Y en aquella cama se abrazaron los dos. Y mientras Magda lloraba mojando la cabeza de *Golosina*, empapando la fina lana de su pelo gris, ella, corazoncito blando, decía un quejido tembloroso, y acaso, al adivinar que su ama sufría una pena muy grande, lamía las blancas manos sin fuerza y besaba los negros ojos enfermos.

—Tú sola me quieres. No puedes comprender. Es horrible, ¿sabes? Horrible.

La perrita gemía con esa débil queja que tienen los cachorros abandonados, los cachorros abandonados y agónicos de frío y de hambre. Y su dolor parecía mitigar el de su dueña.

Balcón allá, seguía atardeciendo.

Lloró Magda todavía. Había caído ya en mitad de la sentina hedionda ¡y sin remedio! Cuando se acabasen las últimas monedas tendría que vender o empeñar los regalos, ¡sus regalos! Después. Otra vez al falansterio. Y ahora, sin pudor, avezada, conocedora de los más atroces deseos, y sin prestigio, ni pretensiones: una del montón. Se vió ajada, enferma, suplicándoles con voz ronca a los machos del arroyo, empujada por la fatalidad. Aún tenía lágrimas que llorar. Aún conservaba garganta para gemir. Y gimió y lloró tirada en su lecho, como un despojo.

Balcón allá, seguía atardeciendo, atardeciendo tristemente.

La madre, en tanto, dialogaba, lejos, con Juanita. Juanita se la había acercado, tímida, y le había preguntado por Magda. ¿Qué tenía Magda? ¿Por qué estaba así Magda? La madre se vió en el caso de confesar un poquito de aquello:

—Es que ha reñido con su novio, ¿comprendes? Con Enrique. Nada. Tonterías. Ya se le pasará.

Después, subiéndose a la niña hasta su regazo, la acarició con sus dedos sarmentosos y lívidos:

—Magda es una romántica, ¿sabes? Una ilusa. Ya ves cómo se ha puesto por un hombre. Tú no serás así. Yo juro que no serás así. ¿Verdad que no serás así?

La miró, la remiró. Y desde el fondo de su fracaso, sonrió a la esperanza.

—Tú no serás así. Yo te educaré de otro modo. Tú sabrás que los hombres son malos, que son nuestros enemigos, que se les debe triturar. ¡Qué lindos ojos tienes, Juanita!

La dió besos.

—Tú eres mi predilecta. Ya verás. Ya verás qué distinta has de ser.

Volvió al suelo a la niña, y ya como olvidada, sin una resonancia dentro de su corazón, se fué hacia la cocina para ir disponiendo la cena. Para ir preparando la cena de aquellas dos hijas, de la que envejecía demasiado pronto y de la que iba creciendo despacio. De la que era un despojo prematuro, y de la que era una esperanza precoz.

Luego, en el hogar aquél se hizo un silencio apenas interrumpido por el gemir de Magda. Y el día expiró detrás de los balcones en un atardecer lento y tristísimo, en una roja y trágica agonía."

EDUARDO ZAMACOIS

EDUARDO Zamacois era el Pontífice de la Pornografía hace treinta años. Y claro que la suya era una especie de pornografía "a la violeta", presentada al gusto francés, que hoy nos parece a todos infantil.

Hace seis lustros, Eduardo Zamacois dirigía una amena revista titulada *La Vida Galante*, espejo de buen gusto y travesura literaria, y editaba también unas novelas amorosas confeccionadas a la manera de los más insustanciales novelistas de allende el Pirineo, que estaban destacados en el matiz erótico.

La numerosa colección de nietas de Eva que viven en el histerismo como el pez en el agua, encontraban muy de su agrado *El seductor*, *Incesto*, *Punto-negro* y otras producciones de Eduardo Zamacois, que aparecieron primeramente en la colección "Regente", editada en Barcelona, y más tarde fueron reproducidas con todos los honores por la Casa Sopena. Ediciones que, por cierto, desautorizó, andando el tiempo, Zamacois.

Eduardo Zamacois describía lindamente el mundo de la galantería, más o menos encopetada, con un estilo alado y juvenil, de una fragancia encantadora a la Ville Lumière, y hombre de *esprit*, al fin y al cabo, trataba la prostitución clandestina con toda la elegancia de su alma cosmopolita.

Era el escritor preferido de las peripatéticas, y enton-

ces sus novelas parecían exageradamente pasionales. Fué el primer literato a quien se le adjudicó el calificativo de *galante*, y sus obras se buscaban y escondían con la misma fruición que veinticinco años después las de Alvaro Retana.

La escuela naturalista, que empezaba a imponerse en Francia, traspasaba los Pirineos, y Eduardo Zamacois, con Enrique Gómez Carrillo, erigíanse en defensores sin patente de las cortesanas de alto bordo, presentándonos en sus libros unas Margaritas Gautier en tiempo de chotis.

El divertido mundo de las golfas aristocráticas y los golfos de sangre azul; la bohemia artística y sentimental, facilitaban a Zamacois el tema para sus creaciones novelescas, y habría llegado a ser la primera figura de la literatura amorosa si no hubiera surgido Felipe Trigo. Pero Eduardo Zamacois, que era la pornografía de guante blanco, el erotismo filtrado prudentemente, perdió gran parte de ese público amante de los platos libertinos, porque encontraba más *realistas Las ingenuas* de Trigo que las *demimondaines* zarzueleras de Eduardo. *La de los ojos de color de uva* derrotaba a Matilde Landaluce, y *La altísima* triunfaba sobre *Punto-negro*. A las suavidades voluptuosas de Zamacois sucedían en el favor de los lectores los latigazos eróticos de Felipe Trigo. La prosa musical, acariciante, estilizada de Eduardo era vencida por la sintaxis bárbara, desconcertante y ampulosa de Felipe. Y si a Zamacois se le arrinconó durante una temporada por ser un preciosista de la literatura amorosa, a Trigo se le encumbró por sus estridencias de la forma y del fondo.

Ahora, que cuando aquellas novelerías de Zamacois, que hace treinta años constituían el acicate morboso de los aficionados a los manjares excitantes, empezaron a parecer infantiles al público, Eduardo Zamacois adoptó el excelente acuerdo de evolucionar, y a su primera época de escritor galante, cantor del *demi-monde* y cultivador de una pornografía al *chantilly*, sucedió el Zamacois del día, que se preocupa de problemas sociales, de temas de la raza, y cuando aborda una escena amorosa que pudiéramos llamar naturalista, se produce distintamente al Zamacois de la juventud. Hoy, la sazonada madurez de Zamacois, le mantiene a tranquilizadora distancia de la Pornografía; pero, no conviene olvidar que entre su numerosa producción de cuando se titulaba *literato galante*, había páginas en méritos de las cuales se le trae a esta antología.

ARTEMIO PRECIOSO

He aquí al gran sacerdote de la Pornografía; el coloso de la irresponsabilidad literaria; casi tan feo, panzudo y espectacular como un Buda, aunque sin su leyenda milenaria y su prestigio fabuloso. Si la Pornografía adquiriese encarnación humana, tendría que levantar inmediatamente una estatua al horrible Precioso, porque nadie como él ha contribuído a entronizarla en España, y a hacerla tangible.

Artemio ha sido el prodigioso mágico que ha invertido su fortuna personal, digna de mejor empleo, en crear y divulgar pornografía, prostituyendo definitivamente plumas de escritores que ya tenían inclinaciones a la inmoralidad artística, y ha sostenido publicaciones como *La Novela de Hoy*, *La Novela de Noche* y *Muchas Gracias*, donde toda desvergüenza tenía su asiento y toda grosería fácil acomodo.

Si se pudieran examinar detenidamente las colecciones de *La Novela de Hoy* y *La Novela de Noche*, comprobaríase la responsabilidad moral de Artemio Precioso y su culpable tolerancia de director, admitiendo tantos relatos salaces, que han concluído arrastrando al banquillo de la Audiencia a escritores como Alvaro Retana, Emilio Carrère, Vidal y Planas, "El Caballero Audaz", Díaz de Tejada, Valero Martín y otros, que si no cumplieron condena en la cárcel por escándalo pú-

blico, como el primero, se han salvado del veraneo en Moncloa-Palace por increíble milagro.

Artemio Precioso, que hizo su reaparición en la corte como escritor en 1921, después de un misterioso eclipse provinciano que duró varios años, fundó a bombo y platillo una revista—*La Novela de Hoy*—que parecía destinada a ser la tribuna ideal desde donde exponer al público hispanoamericano las novedades literarias de las mejores firmas. Tuvo la dicha el pintoresco Artemio de obtener la exclusiva de los novelistas más interesantes como elementos de venta: Blasco Ibáñez, Fernández Flórez, Alvaro Retana, Joaquín Belda, Pedro Mata, Eduardo Zamacois, Antonio de Hoyos y Vinent, López de Haro, Emilio Carrère, "El Caballero Audaz" y Alberto Insúa, y además consiguió la colaboración asidua de Luis Araquistain, Pérez de Ayala, Ortega Munilla, Valero Martín, Vidal y Planas, Felipe Sassone, Fernando Mora, Andrés González Blanco y otros valores positivos de la novela corta.

Pero Artemio Precioso dejóse caer en la Pornografía con la elasticidad de un baúl mundo y orientó su publicación en un sentido exagerado. Buena prueba de ello es que, casi todos sus colaboradores fueron objeto de proceso por escándalo público, a él le denunciaron, recogieron y procesaron casi *todas sus producciones*, y hasta el Juzgado y la Policía, según constó en los diarios madrileños, presentáronse en la redacción de *La Novela de Hoy*, recogiendo *ab irato* millares de ejemplares de esta revista y de su derivada *La Novela de Noche*, todavía más extremada en sus desahogos pornográficos.

En cuanto a *Muchas Gracias*, no habrá necesidad de

decir que allí se publicaron tales audacias en dibujos y texto, que fué precisa la intervención del ministro de la Gobernación y el Director general de Seguridad para obligar al propietario a un cambio radical de procedimientos. En *Muchas Gracias* empezó el dibujante "Demetrio" aquella actuación que prosiguió en *Cosquillas* y originó su procesamiento y condena por ultrajes al pudor.

Independiente de la orgía pornográfica que organizaba Artemio Precioso para desenfreno de sus colaboradores, él editaba novelones propios, a cinco pesetas—*Rosa de carne*—, en que aparecía latente su lamentable obsesión sexual. Queremos atribuir a las deplorables compañías esa descomposición del sentido moral, manifestada en Artemio Precioso. Porque él nunca ha dejado en cualquier momento de ser un hombre tosco y sin flexibilidad espiritual; pero siempre ha alardeado de poseer un corazón tierno y sensible al infortunio.

Sin embargo, cuando en agosto de 1926 Alvaro Retana entró en Moncloa-Palace a cumplir cinco meses de arresto por la publicación en *La Novela de Hoy* de *El tonto*, Artemio Precioso, ni siquiera tuvo dos líneas de condolencia para el colaborador que purgaba un exceso de celo en servir los ideales pornográficos de una empresa.

¿Es que quizá Artemio Precioso sólo se enternece ante aquellos que van a la cárcel por haber matado a alguien?

En el célebre asunto de *El légamo de la tragedia*, la conducta de Artemio Precioso no pudo ser más inoportuna, pues no le detuvo el cadáver de una virgen asesinada en el atrio de una iglesia para componer una in-

discreta novela que originó el procesamiento y multa de Precioso.

En cuanto a la campaña de Artemio contra "El Caballero Audaz"—su inspirador, su camarada, su maestro tantas veces elogiado—, no está suficientemente justificada para que podamos aplaudirla.

El hecho mismo de que Artemio Precioso rehuyera la responsabilidad contraída por la publicación de varias producciones suyas pornográficas en *La Novela de Hoy*, declarando responsable a su hermano Octavio, es algo que si enaltece a éste, no favorece a Artemio.

En sus andanzas literarias compórtase Artemio Precioso como un enfermo de sensualidad. Pero una sensualidad sin el menor *esprit*, que hace odiosos cuantos casos osa presentarnos como nuevos y que sólo son vetusteces ofensivas para el buen gusto. Artemio quiere establecer, como Felipe Trigo, una amplia moral de alcoba, mantener el derecho al amor libre y sólo consigue desacreditar la causa que defiende.

Carece en absoluto de estilo y padece la monomanía de imitar los procedimientos de "El Caballero Audaz", Joaquín Belda y Alvaro Retana. Y como "Bienaventurados de nuestros imitadores, porque de ellos serán todos nuestros defectos", Artemio Precioso incurre en las banalidades cosmopolitas del primero, en los desahogos del segundo y en los necios autobombos del tercero.

No se puede opinar sobre la literatura de Artemio Precioso porque no es posible emitir juicio sobre lo que no existe. Las novelerías de Precioso son divagaciones en torno al acto fisiológico, sin la menor complicación

cerebral. El arte de Precioso es algo caótico, huero y tan intrépido, que sólo contando con la insignificancia mental de los aficionados a la Pornografía, puede atreverse él a presentárselo a semejante publiquito.

No se le puede negar a Artemio Precioso un vehemente deseo de realizar una labor estimable. Es activo y posee iniciativas; es el más generoso editor y un amigo, aunque voluble, leal, por todo el tiempo que dure su amistad; es hombre a la moderna y merece por todos los conceptos saborear el triunfo. Es un luchador poco dispuesto a causar daño a nadie y se le ha perseguido injusta y sañudamente. Pero todo le está muy bien empleado porque, pudiendo haber conquistado el respeto de la gente, se ha complacido en cultivar nefándas amistades que le han arrojado al tenebroso abismo de la pornografía.

Sus morbosas frecuentaciones, sus amistades peligrosas —en el sentido literario, ¿eh?—con "El Caballero Audaz", Hoyos y Vinent, Alvaro Retana y demás autoridades de la pandilla pornográfica, le pervirtieron editorialmente, le estragaron el gusto como literato y le produjeron innumerables disgustos. Incluso con "El Caballero Audaz" llegó a la agresión personal y ha sostenido vergonzosas polémicas, después de haber sido su más inseparable camarada.

Hoyos y Vinent deslumbraba a Artemio Precioso con unas comilonas más teatrales que nutritivas; Retana le embaucaba con sus retratos de efebo, más ligero de ropa que cualquier *vedette* de Campúa y le hacía responsable de unos prólogos cocotescos; "El Caballero Audaz" le llevaba de paseo con hetairas crepuscula-

res y ladinas, haciéndole creer que las volvía tarumbas con su silueta de paquidermo y sus agudezas de *galantuomo;* Blasco Ibáñez, en sus ataques de buen humor, le llamaba compañero; Alberto Insúa le hacía soñar con destruir a Prensa Gráfica; Emilio Carrère le colocaba refritos diciéndole que, como novelista galante superaba a Zamacois; Ramón Pérez de Ayala le miraba sin despatarrarse de risa; Marianito Benlliure y Tuero, que no respeta a nadie, pasaba por alto sus excesos literarios; Fernández Flórez le aseguraba: "Tú llegarás...", aunque, claro es, sin indicarle adónde, y Vidal y Planas le hacía ¡hasta padrino de su boda!

Y en este laberinto de incongruencias, el pobre Precioso se embriagaba de gloria y de satisfacción y su cerebro febril elaboraba truculencias pornográficas que provocaban la hilaridad de la gente que había exclusivizado.

—¡Pero qué absurdo es este hombre! — exclamaba Insúa.

—Es un perfecto melón—murmuraba Carrère, extraviando un ojo.

—No le falta más que haber nacido en Villaconejos —añadía Hoyos y Vinent, moviendo el suyo.

Y así sucesivamente. Si hubieran ido preguntando uno por uno a los colaboradores de Artemio Precioso, qué les parecía el director de *La Novela de Hoy* como escritor, habrían contestado a coro: "¡Una calamidad!"

Que este pago y no otro es el que podía esperar Precioso de aquellos a quienes encumbró y cotizó más que ninguna otra empresa.

De un hombre de buena fe, con arrestos y dinero para fundar y acreditar la primera revista literaria de España, entre unos y otros obtuvieron a fuerza de ingerencias, sugestiones e intrigas, un ente tan insensato como ellos; un profesional más de la Pornografía.

Artemio Precioso es el fracaso de un temperamento brusco y dictatorial, como una consecuencia de quienes le manejaron hábilmente, dejándole creer que hacía su santa voluntad. Precioso es como esos niños tercos y mal educados a los cuales se domina halagándoles en su propia burricie. Pudo hacer una obra sana; pero se envenenó voluntariamente, emperrado en su obstinación de emular a los pornógrafos, y perdió su dinero, su tranquilidad y su talento sirviendo a la Pornografía.

Incluso vióse precisado a desprenderse de *La Novela de Hoy,* que, merced a la nueva orientación y dirigida por don Pedro Sáinz Rodríguez, ha podido salvarse de la muerte a que, bajo la dirección de Artemio, estaba condenada.

Mientras Artemio Precioso no realice labor literaria más estimable, la que permanece desafiante, la que está a la disposición de la crítica, no puede ser más imprudente.

Vea el lector lo que pasa en el primer capítulo de *Las rubias del principal:*

"—¿Otra visita? ¿No te he dicho que no estoy para nadie, que dijeras que me he marchado..., o que me había muerto?

—Son dos señoritas que vienen con un joven muy joven. Dicen que sólo quieren saludarle; que llevan prisa; que ni quieren ni pueden entretenerle...

Fernando Azorín, desde que oyó al ordenanza decir

que se trataba de dos señoritas, estaba dispuesto a recibirlas. Para Fernando, las mujeres constituían una obsesión. ¡Suerte la suya, que, siendo materia tan fácilmente inflamable, no había tropezado aún con la mujer-abismo que lo precipitase al caos del agotamiento o de la perdición!

—¿Y son guapas?

—¡Preciosas, señor! Yo creo haberlas visto antes, no sé dónde; pero las conozco seguramente...

—Bueno; que pasen.

Entraron. Ruborosas, un poco tímidas, las dos jóvenes apenas se atrevían a mirar...

Una era alta, gentil, esbelta, cimbreante, andando con cierta languidez, mirando al suelo, con unos ojos negros, no muy grandes... La otra era más baja, no tan bonita, más insignificante, con los ojos azules y una boca grande, grande, que al reír dejaba ver la doble hilera de los dientes, grandes también, blancos e iguales.

Entró con ellas un joven no muy alto, de unos quince años, con ojos negros, con el pelo rizado y la tez muy blanca.

—Perdone usted el atrevimiento—dijo la más alta—. Vivimos en esta misma casa, en el principal derecha..., debajo de usted. Este joven es hermano de esta señorita, amiga mía, a la que quiero tanto que vivimos juntas y dormimos juntas también. Este chico es dibujante, tiene una afición loca a los *monos*, y si usted quisiera echar una mano... Nosotras somos muy aficionadas a leer; nos gusta con locura, con frenesí... Conocemos todos sus libros... Hemos leído asimismo las obras de los demás escritores, y los conocemos a ellos personalmente... Está

tarde estuvo aquí Perales, el diabólico, y Honduras, el afeminado..., el invertido, sí, mejor dicho... A todos, a todos los conocemos... Y con usted ¡teníamos unas ganas de charlar!... Pero es preciso, es necesario que reste usted tiempo de otro sitio, y nos veamos, y nos conozcamos más, y fraternicemos... Aquí, donde usted me ve..., voy a casarme en seguida. ¿Con quién?, dirá usted. ¡Con un hermano del padre de éstos! Sí, sí... Muy viejo para mí, pero ¡lo quiero!... Pero ¡qué atrevida soy! A todo esto, no le he concretado el motivo de nuestra visita...

—Pero, siéntense, por Dios—dio Fernando—. Esperen, voy a ver qué hora es... ¡Demonio! ¡Las ocho y media! Voy a llamar un momento.

Sonó el timbre. El ordenanza acudió al momento.

—Mira, no estoy para nadie... ¿Se han ido ya todos?

—Todos; sólo queda Restrueque, con un telegrama que trajeron hace un momento...

—Bueno. Avisa al café Nebrija que traigan tres raciones de fiambres y una botella de Pastora...

Y cuando hubo salido el servidor, añadió Azorín:

—Ustedes serán tan amables que aceptarán una copita y *un bocado*... (?)

—¡Todo lo que usted quiera!—dijo, cínica y picaresca, la más alta—. Nosotras no cenamos hasta después de las diez... No nos esperan hasta esa hora... De modo...

Fernando estaba ganado desde el primer momento por la charla coqueta, frívola y un tanto descocada de la hermosa rubia. Sonreían sus labios con tal aire de malicia, de picardía, como dando a entender que lo sabían

todo y que nada les asustaba, que el señor Azorín estaba pendiente de ellos, mirándola con descaro minucioso, entornando los ojos y mordiéndose el labio inferior al mirarla.

Ella, sin inmutarse, sin mirar ya al suelo, se agachaba para coger el abanico, que, en poco tiempo, se le cayó tres veces, dejando al descubierto, bajo la blusa de seda, los pomos divinos y casi diminutos, sus senos endurecidos y vibrantes. ¡Aquella loca, aquella coqueta descarada y perversa era capaz de enloquecer a un eunuco!

Seguía hablando. Los demás no habían despegado los labios más que para humedecérselos con la lengua.

—Pues sí, Fernando; tiene usted que ayudar a este chico... ¡Vale mucho! ¡Ya lo verá usted! ¡Ya lo verá! En el diario, en las revistas, tiene que darle trabajo; sí, no ponga ese ceño. Yo se lo ruego, se lo mando, se lo suplico, como usted quiera... Por cierto, que no le hemos dicho aún cómo nos llamamos. Yo, Eugenia, Eugenia Balón; ésta, Maruja del Sol, y éste, Antoñito... Mi padre es ingeniero; está en América, en Buenos Aires, y está, además, reñido con mamá... Ya conocerá usted a mamá; no es porque yo lo diga, pero es muy simpática, muy agradable y mucho más guapa que yo... Si usted quiere, mañana usted almuerza con nosotras... No, no diga que no... Sí, sí... No se preocupe por mi novio... Es muy bueno. Y mi mamá, encantada. ¡Qué alegría! ¡Ah! Oye, Antoñito: ¿no te esperaban a las nueve en la glorieta de Bilbao? Sí, rico; anda, no se te haga tarde...

Y Antoñito, después de despedirse tímidamente, se fué.

Fernando se sintió más cerca de ellas cuando salió el hermano de Maruja. Y como ésta hiciese un elogio del joven, Fernando ofreció:

—Haré por él cuanto pueda, cuanto ustedes me manden... ¡No faltaba más!

—¿Lo ves?—dijo Eugenia—. ¿Lo ves? Porque ésta, querido Fernando, no quería venir.

—Pero ¿por qué no quería yo venir? —intervino, enérgica, Maruja—. Pues porque, en realidad, la protección artística de Antoñito nos tiene sin cuidado; porque esto era un pretexto para acercarnos a Azorín, para ser sus amigas... Por eso vacilaba yo, no por falta de gusto ni de ganas—que a ninguna de las dos cosas me gana esta loca—, sino por la natural vergüenza...

—¡Vergüenza! Amigo Fernando, usted creerá que no la tenemos... No, no lo niegue. Es natural que se piense mal de nosotras por este paso. ¡Nos tiene sin cuidado, además! Piense mal, piense todo lo mal que quiera de nosotras, que cuanto peor piense, más acertará y más nos agradará... Sí; ¿a qué negarlo? Nosotras adoramos el peligro y deliramos por hacer diabluras, cuanto más malas y más peligrosas, mejor... Y ¿quién mejor que usted, nuestro autor favorito, nuestro autor predilecto, puede servirnos de guía en cuantas aventuras imaginemos?

—Esta y yo—dijo Maruja—, nos queremos mucho. Yo vivo en su casa y, como ella dijo antes, por la noche dormimos juntas. Pero no vaya usted a imaginarse nada malo... Querernos hasta el infinito, sí; pero nada más...

Llegó el ordenanza con el encargo. Fernando llenó las copas, y dijo al servidor:

—Márchate... Ve al café, cena y espérame allí...

Cuando tuvieron unas copas en los estómagos—que no podemos calificar de lindos, por desconocidos, y porque a lo peor, estaban sucios (?)—siguió la charla, animándose crecientemente y amenizada con ilustraciones, en las que Fernando era, como luego se dice, el amo.

Eugenia, la mayor, si era más locuaz, era menos activa en el intercambio oscular. Maruja ponía los labios entreabiertos, como si fuese a beber a chorro, y después, en el contacto, succionaba, como el sediento a quien de pronto le dan un tarro lleno de agua fresquita. Y entre sorbo y sorbo, entre bocado y bocado, entre beso y beso, entre mordisco y mordisco, Fernando reflexionaba anté aquel doble caso de cinismo, de frescura, de desvergüenza o de sed (?).

Sí, las conocía de antes, de encontrárselas en las escaleras, junto al teléfono de la portería, en la calle... Sólo que Fernando, si era un temperamento sensual, era a la vez un hombre trabajador y, sobre todo, absorbido por una verdadera vorágine de quehaceres, deberes, empresas y trabajos... forzados.

¿Por qué venían a él aquellas dos jóvenes, colocadas al margen de los miramientos sociales, que, según decían, bordeaban el pecado sin sumirse ni consumirse en los abismos de lo irreparable? ¿Eran enfermas, histéricas, propensas a la epilepsia (?), o simplemente extravagantes, que querían imitar lo que habían oído de la vida moderna en ciertos parajes de París, Berlín o Nueva York? Por de pronto, y en esto no había duda, eran más frescas que unas lechugas al amanecer, que es cuando todo está más fresco, hasta la carne de las jamonas,

sobre todo si han dormido destapadas y con el balcón abierto...

Fernando se sentó en el amplio diván que había junto a su mesa.

—Sentaos junto a mí; venid...

—Obedecemos; pero no olvides que nosotras no consumamos la suerte...

—Venid, sea como sea, para lo que sea... Pero venid ahora mismo..."

La factura es de Alvaro Retana y el estilo de "El Caballero Audaz"; pero hay algo tan desconcertante que sólo puede ser de **Precioso.**

Eso de que dos individuas se presenten en casa de un vecino desconocido, y una de ellas, sin dar las buenas noches siquiera, le diga que duerme con la otra y luego, sin respirar apenas, le exijan que proteja a un dibujante, proclamen que carecen de vergüenza y empiecen a besar cínicamente al visitado—que por cierto las invita a tomar *un bocado* como si fueran dos mulas—, es algo que se sale de los límites permitidos a la fantasía más exuberante.

Y lo chusco es cuando el protagonista, hombre de mundo, inteligente y pasional, después de que ellas le besan, mordisquean y revelan que deseaban conocerle para perpetrar mil locuras, se pregunta a qué venían aquellas jóvenes.

¿No sería a rezar el rosario o a hablar del conflicto de los Balkanes?

Invito a mis lectores sagaces a que descifren el sentido de la página 45:

"Por otra parte, creía Fernando que vender de un

diario que, a lo mejor, traía ataques durísimos contra los traficantes y agiotistas, contra los *camelos* nacionales, doscientos mil ejemplares en un país de veintidós millones de habitantes, era ridículo, irrisorio. ¿Qué importaba que ningún diario los vendiese ni los hubiese vendido nunca? Y vender de una novela quince mil ejemplares, como gran éxito ¿no era vergonzoso? A los toros, ¿cuánta gente pagaba al año la entrada, cuántas veces y a qué precio? ¿Cuántas raciones de gambas se consumían en Madrid al año? La gente administraba tan mal sus horas, que no le quedaba tiempo para leer. ¿Qué importaba que Fernando ganase mucho dinero, si la realidad era desoladora para la cultura nacional? Y luego, los pocos lectores que había se los querían disputar muchísimos que, para lograrlo, no vacilaban en lanzar fango a puñados sobre la literatura del vecino. ¡Qué asco y qué vergüenza! ¡Cuánta hipocresía y cuánta inmoralidad ocultas! Individuos que en su vida privada podían servir como modelos de abyección, prostituyendo a sus mujeres o a sus hijas, embriagándose a diario y visitando los prostíbulos, las tabernas y los más bajos suburbios ciudadanos y morales, escribían artículos rimbombantes contra la inocente y necia literatura llamada galante, tronando contra la inmoralidad de las costumbres y el desenfreno de las pasiones... Parecía a ratos España un gran convento, donde sólo reinasen los onanistas y los invertidos... Amar, físicamente, en España es muy difícil... De ahí el onanismo, de ahí quizá las aberraciones sexuales, porque el hombre y la mujer que quieren amarse sin pasar por la sacristía, han de sufrir un calvario superior al del Redentor. ¡Horrible Vía Crucis!

¿Quién que no sea Artemio Precioso puede relacionar los camelos nacionales, las gambas que se consumen al año en Madrid, el onanismo y hasta el Vía Crucis?

Pues él realiza el milagro. Y a renglón seguido, refiriéndose al protagonista de la novela, escribe lo siguiente:

"Para Fernando Azorín, ser mujer era serlo todo. Si era capaz de publicar una crónica detestable, de editar una mala novela, o de insertar unos versos idiotas, era porque los firmaba una mujer, porque unos labios femeninos habían, si no suplicado, al menos *succionado* la publicación. Claro que para él no todas tenían el poder *imperativo*. Habían de ser jóvenes, bonitas, sobre todo de cuerpo, o por lo menos, y a falta de todas estas condiciones, muy voluptuosas, muy amantes... del acto capital. Solía decir Fernando que la vida era una tragicomedia en *un acto:* el acto de la... *reencarnación,* cuando nuestra naturaleza, que es buena pagadora, que devuelve con creces lo recibido, tiende a inundar la tierra de muchas vidas—una a diario por lo menos—, esta pobre y única vida que nos dieron..."

He aquí cómo entiende Artemio Precioso el libertinaje en literatura:

"Eugenia y Maruja proseguían su simulación, su fraude al amor, escamoteando el desenlace natural. Y la primera proseguía sus relaciones formales con su tío carnal, aunque mejor se diría con su tío espiritual. Cuando en el lecho flaqueaba la voluntad de una, que pedía a gritos el plato anhelado, la otra lo impedía con sus manos, ágiles y fuertes, dispuesta a defender a bocados la virtud material de su amadísima compañera. El peli-

gro para ellas estaba en el día, en el momento en que ambas coincidiesen en los gritos de petición, en los anhelos irreprimibles, en los desfallecimientos de la voluntad, próxima a romperse... Y este peligro, por fin, y de manera inexorable, se presentó un día...

Aurora había quedado desnuda en el comedor sirviendo de modelo al futuro Velázquez, al joven Antoñito, que también era un excelente modelo de impetuosidad artística. Aquella mujer tan hermosa quería ser pintada en las más absurdas e incitantes posturas, con un gesto de lascivia contenida, que derivaba siempre en un combate más o menos inocente; pero siempre sabroso. El joven apenas podía resistir diez minutos *copiando*, y acabó por tirar el lápiz y exigir a brazo partido lo que su naturaleza reclamaba.

Fernando, Eugenia y Maruja fuéronse al cuarto de baño. Hacía calor. Finalizaba julio. Se había hablado ya varias veces de Biarritz, y Fernando quería alquilar una villa, muy cerca del célebre Faro, con vistas al mar... y con vistas a *las rubias del principal*, como él designaba a sus amigas doradas... y adoradas.

Aquella tarde, Eugenia se mostraba más desenfrenada y más cínica que nunca.

—¿Te has afeitado?

—¿No ves que sí?

—Es que tengo hoy un capricho que, aunque ésta se oponga, quiero realizar... Conozco tus besos en la nuca, en los oídos; conozco la habilidad de tus manos, pero...

Al oído deslizó el deseo a Fernando, que, ciego y loco, comenzó a ejecutarlo en seguida entre el desfallecimiento total de la sin pudor. Maruja, lejos de oponerse, quiso participar del nuevo botín, y Fernando tuvo que alternar la labor... A los diez minutos, las dos vírgenes rubias eran dos demonios, vampiros insaciables, fieras temibles, que se ofrendaron, luchando a brazo partido, por la primacía del sacrificio... Menos mal que Fernando, hábil y precavido, administró sus energías sin entregarse, y no defraudó a las bellas y pobres locas, poseídas de furor erótico... y poseídas por el periodista tumbón. ¡Pocos, en verdad, tienen la fortuna de coger dos flores rojas consecutivas en el divino jardín!

Y a partir de allí comenzó a nublarse el rojo cielo de la lujuria. Antoñito participó en el festín que le ofrecía Eugenia, la gentil; Maruja y el incipiente artista del lápiz no eran incestuosos, por fortuna, y a veces, después del agotamiento en que quedaban sumidos tras los abusos, se enzarzaban en disputas encaminadas a poner en claro cuál de los dos era el culpable de aquella conducta abyecta y cuál de los dos era más cínico...

De pronto, a Aurora le dió por reaccionar y darse cuenta de lo reprobable de su conducta, y quiso poner coto a los ayuntamientos de Fernando y su hija. Pero ya era tarde, y la prohibición trajo como corolario inevitable una pasión desenfrenada entre los dos proscritos.

Así, poco a poco, fué alejándose Fernando del piso principal donde moraban las rubias, hastiado de la carne un poco blanda de su suegra honoraria, con lo que él pudo echar un remiendo en el enorme déficit que en su labor tenía"

Artemio Precioso es inmarcesible en el truco de rematar un párrafo serio, con una salida de pie de banco, como por ejemplo:

"Casada con un hombre de bien, que no tuvo el valor calderoniano y clásico—brutal y criminal—de matar a la raposa taimada, la de la Quina vivía separada de su marido, con una vida de escándalo crónico y con un interés tan fervoroso de *coleccionista,* que si lo aplica a la filatelia, se hace más millonaria que Romanones."

Refiriéndose a las conquistas de Fernando Azorín, el autor de *Las rubias del principal* evoca a una divina Felisa de Salgamur "que, mientras hablaba con el novio, asomada la cara por una pequeña y elevada ventana, él, Fernando, *pour le derrière,* cablegrafiaba a la diosa, con contestación pagada... Y aquella chiquilla de quince años, hija de los fondistas, que al servirle el desayuno un día, en un pueblo de Asturias, de improviso, y sin mediar palabra, demostró a maravilla que si la habían criado con biberón, no padecía amnesia".

¡Qué exquisitez! ¡Qué preciosismo! Pero todavía hay algo más fascinador para los partidarios de las emociones estéticas:

"Cuando en la obra que llevaba entre manos Fernando, en colaboración con la de Quina, iba a mitad del segundo capítulo, llamaron a la puerta. Fernando quiso continuar la lectura, acelerando, y a imitación de ella, pero el timbre sonó de nuevo, hasta repiquetear sin descanso...

Hubo, pues, que suspender la tarea.

—No debe ser Ambrosio—pensó Fernando—. ¡Pobre de él si fuera!

Era Eugenia. El se quedó atónito, sin saber qué decir, tratando de arreglar el desorden del cabello. La rubia comprendió.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes visita? ¿Puedo pasar?...

Pero la marquesa salía ya, compuesta, poniéndose los guantes. Al pasar, se inclinó para saludar, tendió la mano a Fernando, pero Eugenia dijo:

—Oye, negro: ¿quién es esta tía? ¿La has zarandeado mucho? ¡Qué mal gusto tienes!...

Julia no contestó. Inquieta, pálida, nerviosa, hizo ademán de salir. Pero Eugenia entonces la cogió por un brazo, mientras cerraba la puerta, casi entreabierta.

—Es a usted a quien me dirijo, rancia jamona, a usted...

Entonces, sin decir palabra, Julia abofeteó varias veces a Eugenia. Todo rápido, mudo. Y Eugenia, lejos de defenderse, sonreía, como si experimentase al ser atropellada un malsano placer, brillándole los ojos con una luz extraña y brillante... Por fin, con voz entrecortada, balbuceante, dijo:

—Así, así; pega, pega, valiente; así...

A Fernando, la extraña escena había acabado por trastornarle el sistema nervioso.

Las enlazó a las dos por la cintura mientras decía:

—¿Por qué regañáis? Sed buenas; podemos llevarnos muy bien los tres...

Y mientras ellas callaban y se dejaban llevar, Fernando pensaba en que nunca conoceremos todos los recovecos del alma humana... La psicología más difícil es la fisiológica..."

¡Esto sí que es hacer psicología futurista y justificar rápidamente una caída perversa! Son deliciosamente sorprendentes estos novelistas eróticos, que mueven a sus personajes como fantochines de guignol y atropellan al

sentido común con la misma impunidad que a la gramática.

No merece la pena de seguir. Todo el contenido de esta novela, profusamente anunciada durante dos años en las tres publicaciones de Precioso, es tan imperdonable y deslavazado como lo anterior. Y merece la execración, no por pornográfico, sino por estúpido. Artemio tiene derecho a narrarnos atrevimientos de *boudoir* que no escandalizarían a nadie si estuviesen presentados correcta y gramaticalmente; a lo que no tiene derecho es a contarnos tonterías y a ofrecernos como novela una sarta de desatinos.

Sensible es que quien pudo realizar un labor digna y respetable haya preferido enfilarse con "El Caballero Audaz", Belda y Retana para tirar con más bríos que ninguno del carromato de la Pornografía.

ALVARO RETANA

ALVARO Retana se empeña en que ha nacido el 19 de febrero de 1898, en alta mar, frente a la isla de Ceylán, durante un viaje de sus padres, que se dirigían a Filipinas en plena luna de miel.

Después de oír al "Caballero Audaz" confesar treinta y tres años; a Hoyos y Vinent treinta y cinco, y cuarenta a Alberto Insúa, no cuesta gran trabajo aceptar esta hipótesis de los eternos veintitrés años de Retana.

Lo irrefragable para la historia de la literatura pornográfica es que este autor empezó a escribir a los diez años, y su primer libro fué un volumen de cuentos titulado *Rosas de juventud*, aparecido en 1913, producción escrita a los quince años, y que fué considerada por la crítica como una brillante manifestación de niño precoz. Además, pocos meses antes, Alvarito Retana había atraído la atención del público desde las columnas del *Heraldo*—que entonces dirigía José Rocamora—con unos frívolos artículos, firmados con el seudónimo de "Claudina Regnier".

Crítico tan austero como Eduardo Gómez de Baquero, "Andrenio", opinó desde la sección bibliográfica de "Los lunes de *El Imparcial*" en la siguiente forma con respecto a *Rosas de juventud:*

"Alvaro Retana se parece como una gota de agua a otra, a la traviesa Claudina Regnier, que espantó con

sus atrevimientos al público burgués de los periódicos, comportándose como una verdadera Claudina, en cuyo descargo hay que consignar que decía todos los horrores que se le ocurrían con gracia e ingenio.

Hay en Alvaro Retana cualidades literarias que merecen mejor empleo que el de la literatura libertina. Prueba de ello es *La dama del salón de Mornant*, donde hay rasgos de imaginación y de composición que recuerdan a Oscar Wilde y a Jean Lorrain."

José Francés, en *Mundo Gráfico*, también expuso su opinión, que extractaremos:

"Alvaro Retana comienza ahora la vida y la literatura. Pero lo hace con tan simpático desenfado, con tan sutil gracia de iconoclasta y con tanta ironía para la vulgaridad y el amaneramiento literario, que no puedo por menos de alentarle. Cuando se tienen los años, el talento y la cultura de Alvaro Retana, hay que ser un poco rebelde.

A Alvaro Retana no hay que buscarle antecedentes españoles, sino franceses: Jean Lorrain, Pierre Louys, Henri Lavedan, incluso Willy. Mas ¿qué importa que sus páginas sean rosas trasplantadas de los jardines de Francia? Son bonitas, lucen con brillantes cambios coloristas de gemas y ponen una nota alegre y mundana en nuestra literatura."

Cristóbal de Castro, que por entonces resolvía el problema de la crítica literaria en el *Heraldo de Madrid*, dijo entre otras lindezas:

"En Alvaro Retana hay un gesto natural y naturalista de escribir, como todo el mundo que escribe bien: sin gazmoñería; más, sin alarde erótico.

Para el buen gusto, la delicadeza y la aristocracia de Alvaro Retana, tenemos un saludo y un aplauso.

El problema de la moral en literatura se resolvió ya en Port-Royal, por Fontenelle.

Ya no hay problemas de moral, sino de buen gusto..."

Y el mismo Cristóbal de Castro, al hacer el resumen literario de la producción de 1913, proclamó que los mejores libros de cuentos habían sido uno de Pedro Balgañón—prematuramente arrebatado a las letras—, otro de Blanco-Fombona y, por su arte finamente sensualista, *Rosas de juventud*".

Alvaro Retana debutó como novelista en 1919, con una producción titulada *Al borde del pecado*, y constituyó el número 37 de la colección Sopena, editada en Barcelona.

Esta novela es la consecuencia de las primeras lecturas de Alvarito. Desde el principio hasta el fin, aquello está calcado de Lorrain en la factura—véase *El vicio errante*—, y tiene reminiscencias de Oscar Wilde, Villiers de L'Isle Adam, Maupasant, Rachilde, Barbey d'Aurevilly, Arsenio Houssaye, Octavio Mirbeau, Willy, y otros autores extranjeros, más o menos decadentes, que estuvieron en boga hace veinticinco años.

La tal obra es el fruto de una imaginación exuberante, de un cerebro de chiquillo inflamado por el deseo de imitar a unos autores devorados en la biblioteca de su padre—Wenceslao E. Retana, académico de la Historia—, que le deslumbraban con sus atrevimientos literarios. Pero hay que reconocer que *Al borde del pecado* es una obra armoniosa desde el punto de vista estético y presentada en un estilo perfectamente artístico. Claro

que el ambiente es morboso, y por sus páginas sólo desfilan tipos equívocos, sustraídos de *Monsieur de Phocas*, *El jardín de los suplicios*, *Las diabólicas*, *La pecadora*, *El retrato de Dorian Gray*, y otras célebres creaciones malsanas, y a Alvarito ya se *le veía la antena* en lo que más tarde había de popularizarse.

Pocos meses después apareció, editado por la casa Buigas, *El capricho de la marquesa*, que su autor llama tríptico galante; pero que, en realidad, es una serie de atrevimientos presentados con galanura. El pórtico del tríptico es una imitación de Catulle Mendés; el cuento oriental, una falsificación de *Las mil y una noches*; la narración griega, una glosa de los diálogos de las cortesanas de Luciano, mezclada con evocaciones de la *Afrodita* de Pierre Louys, y la historia japonesa, una parodia de *Princesas de amor*, de Judith Gautier. En este tríptico, lo único original es que Alvarito se atreviera a firmarlo.

Y en diciembre del mismo año apareció *La carne de tablado*, novela de clave, compuesta con los más regocijantes y picarescos detalles de la vida íntima de nuestras tonadilleras en boga, aristócratas en entredicho, cortesanas, toreros, autores de cuplés, periodistas, etc. Un verdadero cuadro de color, donde Alvarito se olvida de sus maestros y copia de la realidad sin imitar a nadie.

Carmen de Burgos, "Colombine", escribió en el *Heraldo de Madrid*, refiriéndose a esta novela:

"Alvaro Retana, este joven escritor, muy moderno, muy lleno de gracia, que posee una gran fluidez de estilo y una gran elegancia en las descripciones, ha hecho un libro ameno e interesante, en el que retrata de mano maestra la vida íntima de muchas de las más conocidas artistas actuales, con sus pasiones, sus caprichos y sus rasgos más característicos. Bajo sus nombres convencionales se conocen a todas las artistas y a todos los personajes, como en un álbum de retratos que no llevasen la firma al pie. Es una novela fotográfica, donde personas reales viven y se mueven y nos dejan ver sus secretos. El libro tiene valor de documento histórico, tanto es su realidad, superior a la entrevista, en la que cada uno dice lo que quiere; aquí están sorprendidos *en su verdad*, y es la verdad lo que nos dicen.

"Se ve que el autor ha estado cerca de ellas, no han desconfiado de él, ha sido el confidente de muchas y ha podido apoderarse de todo lo interesante, que cuenta con su estilo desembarazado, ligero como una charla, suelto y matizado con gracia extraordinaria.

"Suerte ha tenido Alvaro Retana en retratar este mundo de las artistas, que, ya acostumbradas a indiscreciones de todos, como si su intimidad fuese también del público, no piensan en el papel sellado para hacerle purgar su verismo. Si entra con esa verdad en el terreno de los políticos o de los burgueses, le auguramos un disgusto; y sin embargo, éste es el género de novela por excelencia, el verdaderamente documentado en la vida y el que cumple la misión moralizadora de presentarnos a la gente tal y como es."

Wenceslao Fernández Flórez dedicó la siguiente crítica a *La carne de tablado:*

"Nunca intenté hacer crítica literaria, y aún creo que sería una obra superior a mi paciencia; pero me encanta

aprovechar la ocasión de hacer la apología de este humorismo, un poco travieso, de Alvaro Retana. Su observación irónica parece detenerse, con toda preferencia, en los fenómenos del amor. Donde todos los hombres, en funciones de enamorado y todos los escritores en ejercicio de tales se ponen serios y se entregan a la exaltación lírica o a la apoteosis cordial, Alvaro Retana sonríe irreverentemente. Admirable contemplador de la vida, sigue a sus personajes por el camino de las pasiones. Los personajes — hombre y mujer — están ya frente a frente, trémulos, encendidos, dispuestos a balbucear los tópicos solemnes del amor humano. El lector piensa: "Verdaderamente, éste es un episodio trascendental." Se advierte que los personajes piensan asimismo que están en un agudo trance de su vida. De pronto, nos parece advertir que algo ha cambiado, que el cuadro no ofrece aquella seriedad que sospechábamos y con la que nos hemos habituado en relatos anteriores. ¿Qué ha ocurrido?... Traviesamente, Alvaro Retana ha disparado un adjetivo irresistible. Y el adjetivo—como esos macacos de papel que los escolares saben fijar, pendientes de un hilo, en los techos de las aulas—ilustra cómicamente un rasgo, una actitud, un gesto, un sentimiento de los personajes. Poco a poco, despojando de la vana pompa que la literatura acumula sobre él, el amor va mostrándose tal como es; y este contraste entre su realidad y su apariencia es el que nos mueve a sonreír.

En *La carne de tablado,* cuando la protagonista parece ir a fallecer de dolor, se teme que Retana haya hecho traición a su filosofía habitual, un poco escéptica y clemente a la vez. Pero la mujer revive. Pasa tiempo. Va

al hombre por el que estuvo a punto de agonizar y se pregunta cómo pudo quererle tanto. Así es verdaderamente la vida.

Si yo hubiese de hacer una crítica de *La carne de tablado,* habría de ensalzar la maravillosa y exacta pintura de los tipos y del ambiente de ese mundillo del "género ínfimo", que Retana conoce como nadie. Es la primera novela española verdaderamente documentada que se escribe con ese asunto. Es amarga y es compasiva. Tiene, sobre todo, dos grandes méritos: el de la observación y el de ese *humour* que no es socarrón, sino alado, revoltoso, de Alvaro Retana. Si en este ambiente, un poco hipócrita, se aviniese Retana a prescindir, en parte, de su agudo realismo, tendría un público formidable. No conozco en España muchos escritores que valgan lo que él. En su género, desde luego, es único."

Hasta Antonio Zozaya, el cronista de la respetabilidad, concedió a Alvaro Retana los honores de su atención, dedicándole una crónica en *La Libertad.*

"Una novela de ese originalísimo escritor, que tan bien sabe espiritualizar las miserias y aun las groserías del pensar decadente—claro es que me refiero a Alvaro Retana—, ha venido a helar nuestro entusiasmo y nuestra admiración por las artistas de variedades.

Nosotros nos contamos entre los afortunados y raros mortales que no conocemos a tan celebradas artistas sino de oídas. La visión directa no ha venido a empañar la transparencia de sus imágenes en el cristal de nuestra fantasía, y así conservan en nuestra imaginación un prestigio ritual.

Pero ahora, el autor de *La carne de tablado,* nos

arranca esta grata ilusión, mostrándonos a las cupletistas tales como supone que son ellas: débiles, enfermizas de espíritu y acaso frágiles de envoltura, sensual o egoístamente femeninas, pobres de inspiración y exhaustas de arte verdadero y, sobre todo, vulgares en sus ideas y en su pobre vivir cotidiano, esclavas de pasiones pequeñas y de odios impropios de su alta jerarquía.

Conservaremos con cariño la novela reveladora de Alvaro Retana, un tanto cruda, algo cruel en su nada púdico realismo; pero perspicaz y honda..., y no volveremos a leerla. Queremos seguir creyendo que son las diosas del tablado tales como nos las retratan esos maravillosos cronistas que se llaman García Sanchiz, Tomás Borrás y Ramírez Angel. Me complacería, tal vez por ser difícil, contemplarlas a través de la sabia y artística comprensión de Cansinos-Assens, del estro poético de Manuel Machado o del inspirado humorismo de Leopoldo Bejarano. Un Hoyos, un Belda, un Retana, me admiran; pero me entristecen. Para mí las cosas no son como son, sino como debieran de ser.

Nadie sabe hasta dónde llega el prestigio de las glorias que se ven de cerca. Por nada del mundo quisiera contemplar las pirámides; iban à parecerme muy pequeñas. Por igual motivo gusto de imaginar unas cupletistas un poquito sentimentales, un tanto cursis, que nos dicen que "también los muñecos aman con su corazoncito de serrín"; pero gentiles y resplandecientes de belleza.

Para mí, la Imperio no tiene edad; es, sencillamente, "Cinela Cayi", bajo la palabra de Cavestany, la bailarina sin rival que tiene una gran pena instrumentada por La-

puerta. Tórtola Valencia es un perfil de friso helénico, y Amalia Molina, inspirada y un prodigio de gracia.

Cuando, próximos a un lugar, sintáis el escalofrío de la emoción estética, cuidad de no acercaros; la sensación se ha producido; ya no os espera sino la desilusión.

No os acerquéis; lo bello tiene un límite, que no está ni un milímetro más acá ni media pulgada más allá.

Yo he sentido esa estética penetración en la puerta de los salones de varietés. He mirado con delectación y he pasado. Aquél es el templo de las diosas, en el cual se postran de hinojos los iniciados. ¿Para qué entrar y acaso exponerme a ser el único que permanezca en pie? No he de beber de esa agua; la dejo correr, según el original y profundo aforismo de Martínez Abades. Tal vez dentro de aquel femenino Capitolio habrá alguna deidad cuarentona, desgalichada, de voz desagradable, de aspecto repulsivo, de costumbres odiosas; pero la ilusión nadie me la quita, y me consuelo con saber que las artistas del género ínfimo son bellas, gentiles, inspiradas, poseedoras de grandes tesoros en alhajas, pieles y sederías, y que todo eso a mí, el más reverente de sus admiradores, ¡no me cuesta el dinero!"

Posteriormente lanzó Alvaro Retana nuevas producciones novelescas, que justificaron los elogios de críticos exigentísimos en materia literaria, y que, reconociendo ecuánimes las tendencias libertinas del joven novelista, no por eso dejaban de proclamar sus grandes cualidades de literato.

Luis Astrana Marín hizo el siguiente elogio:

"Lo que principalmente distingue a las obras de este escritor en su riqueza de matices y la rara variedad de contrastes. Esto acusa una fuerte sensibilidad.

El mejor escritor es, a mi modo de ver, aquel que conoce el secreto de producir mayor y más distinto número de sensaciones. Sin sensibilidad no hay emoción posible. Y así se requiere para comprender como para ser comprendido.

Alvaro Retana es un temperamento oriental, plástico y febril, con el ritmo vigoroso de Occidente."

En *Las Noticias*, de Barcelona, el ilustre Capdevila criticó de esta manera *El crepúsculo de las diosas:*

"Es una novela de escándalo, pero con todo el decoro exigible a las obras de arte. En Arte no pueden existir más decoro ni más moralidad que los tolerados por la belleza. Una obra bella no puede ser inmoral. En arte sólo es inmoral lo feo y lo raquítico, credo ya adoptado por grandes artistas, entre ellos Oscar Wilde en sus *Intenciones.*

El crepúsculo de las diosas es, pues, una novela de malas costumbres; pero no una novela inaceptable, ya que no es cosa de que nuestras lecturas perpetuas sean Pereda y el padre Coloma. Esta última novela de Retana tiene un notable precedente: *La carne de tablado;* graciosa y desenfadada como ninguna; de un género que en Francia ha popularizado a Abel Hermant. Este género, en el que se sirven al lector los guisos más terribles—las aberraciones sensuales, las guindillas eróticas—de una manera gentil y espiritual.

Esto nadie más que Alvaro Retana, espíritu inquieto, frívolo, alocado, extravagante y, sobre todo, antiburgués,

podía hacerlo en España. Por eso no creemos a Retana inferior a Abel Hermant.

El crepúsculo de las diosas es una novela de picardías, de amores excéntricos, de escenas escabrosas de *music-hall.* Si alguien se escandalizara de la moral del libro—que a mí me parece muy moral—, se le podría atajar: Pero ¿cómo quiere usted que se porten esas cupletistas y esos novios, y esas mamás y todas las demás gentes de la novela, si no pueden ser de otra manera, y están muy bien como son?

Como obra moral, *El crepúsculo de las diosas* nos parece muy recomendable. Como obra artística—una manera saladísima de ver los personajes y un estilo delicioso—, también."

Tomás Borrás, en *La Tribuna,* hizo el retrato psicológico más genial del autor de *Los extravíos de Tony:*

"Alvaro Retana es el espíritu que aparece en una ciudad en cuanto ésta tiene un millón de habitantes.

La ciudad del millón de habitantes produce la Frivolidad, que es como la espuma de su movimiento, y pide periódicos ligeros, llenos de prosa suave, pero picante, y de imágenes gratas; pide novelerías con escenas equívocas, con mezclas cosmopolitas con un vaho a perfume, a lujo y a pecado sin remordimientos; pide modas—sobre todo, modas—, figurines de trajes cada vez más a lo pájaro, y figurines literarios cada vez a lo original. Pide también siluetas desenfadadas de gente que se burla de lo burgués y que *vive su vida,* vida estrepitosa y sabrosa al comentario. Alvaro Retana—que es un chico—ha nacido con el millón de Madrid para darle el pasto de sus frivolidades: prosa suave e imágenes gratas, novelerías

bien olientes y motivos de murmuración, figurines, travesuras, y todo así por el estilo."

Hasta Dionisio Pérez en *Nuevo Mundo*, cuando apareció una de las más libertinas novelas de Alvaro Retana, no le declaró al margen del arte ni la estética.

"Esta novela es de una perversidad y de un erotismo que no tiene nada de caricaturesco, con la agravante de estar escrita con una galanura, con una precisión, con una belleza, con una habilidad de narrador, que contribuyen a aumentar la gravedad de sus pecados. Alvaro Retana no necesita ya elogios, y menos aún apelar a radicalismos literarios—nada más radical en literatura que el erotismo—para atraer la atención de los lectores. Se trata de un gran escritor que olvidará las insaciables emociones de Sherezada y nos dará buenas novelas, que no tendremos que esconder bajo llave para que no nos sorprendan los amigos o la familia delectándonos con ella."

Ramón Gómez de la Serna honró a Alvaro Retana con esta semblanza deliciosa:

"Alvaro Retana, ese gnomo con gabardina, que escucha debajo de los escenarios, en los fosos de los teatros y metido en los armarios de luna de los gabinetes de las artistas, y con todo lo que oye y observa hace la trama de sus obras, ha pasado por varios avatares. Ha dibujado, ha escrito música inspirada y graciosa, ha escrito artículos elegantes y cargados de joyerías, como las lanzaderas o las pulseras de pedida de "media caña", antes de encontrar esta nueva manera a la que se dedica y en la que culmina su juvenil ingenio.

Lo principal del arte de Retana, lo que me atrae, es

que su arte falta y ataca la Virtud. Eso ya es bastante. Hay que deshacer la Virtud, calumniarla, ruborizarla, tentarla, corromperla. Sólo después de que la Virtud esté violada, perdida esa maldad de solterona que tiene, se convertirá en la verdadera Virtud. Recuerdo una estampa del siglo XVIII, donde, bajo una escena libertina en que una joven es traspasada por un sátiro, está escrita la siguiente frase: "Cómo les viene el espíritu a las jovencitas." Esa estampa ha sido para mí un lema, y siempre he creído que sólo por la violación entra el espíritu en todo lo que es cándido, ignorante, cerrado, oscuro e incomprensible. Retana prepara esta intromisión del espíritu en la vida; Retana ataca, abre brechas en la Virtud y exalta las que están abiertas. Alvaro Retana es para mí preferible a Ricardo León, por ejemplo. Yo me sitúo en el Arte como después de hechas todas esas roturaciones que con abnegación hace Retana y todos los que atacan a la Virtud, que son muy pocos, desgraciadamente."

José Francés volvió a ocuparse de la personalidad del novelista galante con las siguientes líneas:

"Dentro del desenfado picaresco, y aun a ratos agresivo, de *La carne de tablado* y *Ninfas y sátiros*, estas dos últimas novelas de Alvaro Retana señalan una gran superioridad literaria sobre anteriores producciones del autor.

La carne de tablado y *Ninfas y sátiros* poseen, además, el atractivo malsano de las novelas de clave, ya que, aun estando alejado del *medio mundo* que describen, es fácil colocar nombres propios sobre los nombres novelescos.

El ambiente donde se agitan cupletistas y toda la fau-

na femenina que de ellas y para ellas vive, está magistralmente evocado, y desde luego, le habrá valido más de un disgusto al autor. Lo mismo *La carne de tablado* que *Ninfas y sátiros* dejan a su final un sabor acedo y una visión triste.

Prescindiendo del carácter sensual que tienen los libros de Alvaro Retana, es de alabar en ellos la riqueza observadora y el acierto caricaturesco de los tipos. Ignoro qué resultado económico le producirán estas obras, aunque supongo y lo deseo ópimo; pero en Francia, por ejemplo, Alvaro Retana hubiera alcanzado la reputación de un Abel Hermant o un Henri Duvernois."

Y Pedro de Répide se sumó a Blasco Ibáñez, Jacinto Benavente, Eugenio d'Ors, Hoyos y Vinent, Prudencio Iglesias Hermida y otros populares admiradores del benjamín de la literatura erótica.

"Alvaro Retana — afirmó Répide — ofrece una nota singular en las modernas letras españolas. A la vena castiza añade el encanto de una gracia cosmopolita; y los más delicados refinamientos de psicología y voluptuosidad aparecen en sus narraciones impregnados del aroma penetrante y extraño de un Oriente remoto sobre elegancias de siempre.

Y con la más artística sencillez y un candor delicioso por su originalidad, refiere las más sabrosas enormidades que tantas mujeres desean que las digan en voz baja, no por escrúpulo ninguno, sino porque así creen que las disfrutan ellas solas."

Este coro de alabanzas se remató gloriosamente cuando don Julio Cejador, el insigne catedrático de Literatura y Lengua castellana en la Universidad Central de

Madrid, al componer su magnífica obra—primor de erudición—*Historia de la Literatura y de la Lengua castellana*, expuso en el tomo XIII, página 181, el siguiente juicio crítico:

"Alvaro Retana es dibujante, compositor, y como escritor, culto, elegante en estilo y sabe decir con hermosas metáforas las cosas más atrevidas.

Sin propasarse a escribir refinamientos eróticos contra naturaleza, escribe generalmente sobre eróticos asuntos, que sólo pueden leer personas machuchas y discretas. Y es lástima, porque maneja la pluma con gallardía y posee rica imaginación.

De los escritores contemporáneos de asuntos libertinos, Hoyos y Vinent es más profundo y cuasi místico; Belda, más chirigotero, bufonesco y humorístico; Retana, más ático en el decir, más ameno y ligero, más sincero y realista, más desenfadado y libre. Es el que mejor escribe de los tres cuanto a la forma, por tener más exquisito gusto y el que más vida y humanidad presta a sus novelas, por atenerse más a la realidad por él mismo vivida.

Ha pintado la vida íntima y el alma de las artistas de variedades y de cierta aristocracia decadente tal como se da en el mundo galante madrileño. Novelas de clave, las más, retratos fieles de la realidad, vista y ennoblecida por un artista. También sabe de erotismos añejos orientales, y su fantasía hace revivir las muertas hetairas de Egipcio y Grecia.

Es Alvaro Retana el escritor más travieso, libertino y descocado en asuntos, y el más elegante, ameno y delicado en la forma; es el Petronio español de nuestro tiempo."

La admiración de crítico tan poco sospechoso como Julio Cejador por la literatura de Retana era tan grande, que esperaba con avidez todas las novedades de este novelista, y al aparecer *El octavo pecado capital*, Julio Cejador dedicó tres columnas en *La Tribuna* del 25 de mayo de 1921 a la crítica de esta sugestiva obra, que reproduciremos íntegra como curiosidad literaria.

"La novela de Alvaro Retana *El octavo pecado capital*, que acabo de leer, me ha dado un poco que pensar. Si a los demás lectores les sucede lo mismo, hay que dar por excelente el libro. ¿Qué más puede pedirse a un libro?

Es más, si fuera obra inmoral, quiero decir, que despertase sensaciones pecaminosas, daría el libro que sentir, no que pensar. Cuando el pensamiento se aviva, la carne desmaya; cuando el alma se va toda al cerebro es porque abandonó las bajeras de la sensualidad. Y el libro de Retana acumula todos los espíritus vitales en el cerebro: hace pensar hondamente.

Estamos, pues, muy lejos de la perturbación sensual que producen los libros lascivos, malsanos, inmorales.

Y lo primero que le ocurre a uno, o me ocurre a mí ahora por lo menos, es preguntarme: ¿cómo y por qué ha escrito un libro tan moral y tan adormecedor de los instintos carnales y avivador de hondas filosofías un escritor tan sensual, tan sin pizca de moralidad, tan libertino como Retana?

Porque Retaña es eso: un libertino, creo que en la vida, y por lo menos, un escritor libertino en literatura.

¿Si no será tan lujurioso Retana como se cree, por la fama que corre de sus novelas? Yo no le conozco per-

sonalmente; sólo sé por sus obras que es un gran artista, que en todas las partes pica y en todas hace lindezas, mostrando tener un gusto ático muy refinado.

Y en ésta, como en las demás novelas, ni más ni menos. Tan refinadamente ático, que es un cerebral, como lo fueron los artistas áticos. Alguien creerá que voy muy descaminado, y que Retana es un sensual que no piensa sino en cuanto el pensar le puede abrir nuevas puertas a la sensualidad.

Acaso sea así; pero yo me quedo con mi opinión, sin declarar herética la ajena. Claro es que Retana no habrá refrenado nunca sus instintos sensuales, y que, por consiguiente, no le daré yo patente de virginidad; mas no se trata de eso: sino de la exageración y extravío en la lascivia puramente carnal. Yo creo que su cabeza la lleva bien puesta en su lugar; quiero decir que está sobre el resto de la carne, y que su cerebro señorea. Harto lo dicen sus libros, y sobre todo, *El octavo pecado capital*. Y gracias a Dios que nos vemos fuera de tiquis-miquis personales y estamos ya en su obra.

La novela es cerebral, es producto del pensamiento, no berrido carnal de la lujuria.

Si alguien teme que la novela lleve y arrastre a tales perversiones, puede estar tranquilo; acaso curaría de ellas al que estuviese en los primeros pasos de tan horrendo deslizadero.

Más bien parece escrita la novela con el fin moral de apartar del abismo a los tales, y aun de toda lujuria a las personas normales. Es verdaderamente una novela cuasi cuaresmal, como la escribiría un fervoroso capuchino que antaño supiese del mundo por larga experiencia.

Porque ¿qué otro efecto puede producir una atrayente criatura criada como muchacho y tan pervertida o pervertido que él o ella misma se llama "monstruo", y "monstruo" es llamada en toda la novela? ¿Qué diablos de atractivos puede tener persona de quien el novelista dice:

"Enfermo de la retina, el "monstruo" todo lo veía del color de la lujuria, de la miseria, de la sangre; enfermo del oído, sólo deseaba escuchar lo criminoso, lo indecente y lo impío; enfermo del olfato, anhelaba perfumes de cloaca, de hospital y de prostíbulo; enfermo del tacto, prefería palpar el cieno, la muerte y la carne podrida, y enfermo del habla, sus conversaciones eran un canto a lo morboso, lo terrible y lo prohibido. Todos sus sentidos corporales estaban totalmente extraviados, y en cuanto a las potencias de su alma, la memoria estaba consagrada a retener lo culpable, el entendimiento a descubrir nuevas aberraciones, y la voluntad a difundir el mal y a exaltar cuanto de abyecto y contagioso siembra el vicio de la tierra."

¿No es esto sermón de capuchino en Cuaresma? Pues esa es Baby, la sirena del mal.

¿Que cómo llegó a tamaños extravíos una criatura adorable, culta, rica, de veinte abriles o menos? Eso es lo que el novelista se propone enseñar en la novela, como podría proponérselo el susodicho cuaresmal capuchino.

Y lo enseña haciéndonos ver cómo un joven simpático, honrado, culto y buen cristiano, llamado Enrique, cayendo en las garras de ese monstruo de Baby, va aprendiendo sus mañas, va cayendo de pecado en pecado, a cada paso arrepentido de lo que claramente ve ser malo y hasta horrendo, y al momento siguiente, dejándose arrastrar por el despeñadero abajo, hasta convertirse en monstruo más monstruoso que el delicioso Baby. En una palabra, la novela nos va mostrando los senderos del mal hasta llegar al "octavo pecado capital": la necesidad sentida e imperiosa de pervertir y encanallar a sus semejantes.

Quiere decir hacerse diablo, que tal es su oficio, y no siéndolo con sus semejantes los diablos, sino con los cándidos humanos, cuanto hace el diablo para pervertirlos, el diablo mismo no alcanza con toda su maldad adonde llega la maldad de este octavo pecado.

Monstruo semejante a Baby pasa más allá de la categoría de diablo, pues pervierte a sus semejantes, a los suyos, a los de su misma naturaleza, a los cuales él instinto natural de los seres todos lleva más bien a amar y compadecer.

Me dirá el lector si estoy en pleno sermón cuaresmal, y le diré que sí; pero es porque el libro de Retana repito que no es otra cosa.

¿Cómo una criatura humana puede caer tan bajo y despeñarse en un tal abismo de maldad? Cuando leemos ciertas novelas de Antonio de Hoyos, y mucho más otras extranjeras, en que se nos pintan aberraciones extravagantes de lujuria, como gozar viéndose azotado, hasta derramar sangre, por aquel a quien se ama, o gozar azotando al que se ama hasta verle bañado en sangre, no acabamos de creer que tales cosas sucedan en el mundo de la realidad, y lo achacamos a exorbitancias literarias.

Cuando hallamos una criatura tan perversa como Baby

nos preguntamos si eso es posible que suceda realmente. Pero leyendo la novela de Retana va uno viendo que tal puede suceder, puesto que nos hace recorrer todos los pasos y caminos del vicio, y vemos que la cuesta, que desde lo alto nos parecía imposible, se puede bajar por ella lentamente, lentamente y paso tras paso la vamos bajando hasta hallarnos insensiblemente en lo hondo.

Es lo que ocurre al vernos en el tren en lo alto del Guadarrama, divisando la hondura del valle: "Esto no se puede bajar si no es a carrera vertiginosa", nos decimos. Y sin embargo, casi no vemos que halla cuesta cuando al ir bajando miramos los rieles y la línea férrea.

La novela de Retana es, pues, obra cerebral y hace pensar. Propone un problema, al parecer irresoluble, de una criatura, cándida al parecer, de hecho perversa de toda perversidad, fenómeno que parece inexplicable. Y luego da solución al problema con toda claridad, y nos explica el fenómeno.

Como siempre en todas sus obras, Retana está muy lejos de encharcar sus novelas en la grosería de la carne. Es demasiado artista para solazarse en el cieno. Pinta, y pinta a maravilla, las extravagancias adonde lleva la lujuria desenfrenada de las clases altas, y hace incapié en lo cerebral de semejantes atrocidades, en la fuente que las produce, o sea la imaginación espoleada por la lascivia y alimentada por una literatura malsana, que ha hecho estragos en el extranjero. Pero su pincel es helénico, y sus cuadros llevan la delicadeza de ninfas de los frescos de Pompeya, con bastante espíritu pagano, pero con un fondo ético cristiano, del cual él mismo

acaso no se dé cuenta; pero que está bien de manifiesto al menor observador.

La presente novela, sin ir más lejos, es imposible la escribiera un pagano; diríase escrita, repito, por un capuchino de cultura y experiencia mundana. Alvaro Retana es un Oscar Wilde modernizado.

Con gusto muy ático, sus cuadros son tan cristianos como los de escenas terribles que pintaban nuestros pintores viejos. Es novela libertina, pero moral a la vez."

Nos encontramos, pues, con que Alvaro Retana es, de todos los escritores eróticos, el que más alabanzas ha obtenido de la alta crítica española, y su prestigio literario fué cimentado por verdaderas autoridades del escalpelo. Hasta Vicente Blasco Ibáñez declaró:

"A mí me hace mucha gracia la literatura libertina de Alvaro Retana, artista muy inteligente y de fina sensibilidad. Y lo que más me encanta de él es la discreción con que proclama la intranscendencia de su labor. Retana, al escribir sus deliciosas novelas galantes, no creè, como "El Caballero Audaz" o Pedro Mata, realizar algo extraordinario. Y sin embargo, cuán superior es, en su sencillez, Retana a tantos escritores que le juzgan con desdén, tal vez porque hace bien lo que ellos quisieran hacer regular."

Pero el escritor, que tan fácilmente iniciaba su carrera artística, obsesionado por su afán de superar a Alberto Insúa, Emilio Carrère, Joaquín Belda, Hoyos y Vinent, "El Caballeró Audaz" y otros pornógrafos ilustres, pierde lamentablemente la cabeza y escribe verdaderas atrocidades reveladoras de su vesania artística. El, que pudo ser novelista exquisito, transformóse en

un traficante de drogas literarias, y en cada nueva producción se presentó más alocado. Ofuscado por su propósito de llamar la atención y atraer sobre sus libros la máxima curiosidad, Alvarito nos servía en un castellano frívolo y académico la más desatinada sucesión de inmoralidades. Envuelta en un ropaje seductor, perfumada con culpable habilidad Alvarito entronizó definitivamente la Pornografía literaria. Para mayor peligro de las masas, Alvarito colaboraba asiduamente en *La Novela de Hoy*, y desde esta publicación, que por su baratura y facilidades de venta se halla al alcance de todo el mundo, es proclamado el novelista más guapo del mundo, y convertido en autobombista insaciable, nos hablaba de sus batines de seda, de su pianola, de sus tobilleras y de sus admiradores adolescentes, esforzándose en presentársenos como un héroe más de sus novelas.

En aquella total ausencia de virtudes éticas, lo más admirable de Retana era su sinceridad. El no quería engañar a nadie y se repetía un escritor libertino con todas sus consecuencias. ¿Para qué pretender despistar a la opinión como Hoyos y Vinent, Insúa y Carrère?

Alvaro Retana se proclamaba el primer novelista galante y ofrecíase a sus admiradores como un campeón de frivolidad y desenfreno.

Si en España hacía falta un novelista que cultivara el género que explotaban tantos novelistas en el extranjero, ese novelista sería él, que estaba dispuesto a abordar en sus novelas los más intrincados problemas de la sensualidad extraviada. Si era lícita la labor de Felipe Trigo, López de Haro, Vidal y Planas, Insúa, Carrère, el "Audaz", Hoyos y Vinent, Joaquín Belda y tantos más,

¿por qué no había de poder Alvarito seguir esta escuela y hasta sobrepasarla?

Pero el exceso de éxito económico y personal perjudicó a Alvaro Retana. Los mismos compañeros de modalidad literaria, envidiosos de su popularidad, fueron quienes solapadamente iniciaron la campaña contra la Pornografía y cuyas consecuencias también les afectaron. En el pecado llevaron ellos la penitencia; pero el mal a Retana ya estaba causado y éste, maquiavélico, advirtiendo que había llegado a un extremo en que no tenía más remedio que abrazarse a la cruz o arrodillarse ante el tenedor del diablo, prefirió renunciar temporalmente a sus triunfos novelísticos y retirarse de la circulación como figura sensacional de la actualidad literaria, para confinarse en su labor de dibujante de elegancias.

Quien tanto había escandalizado con producciones que, analizadas fríamente, parecen concebidas con una finalidad moralizadora, dedicóse a pintar figurines para las revistas teatrales, esperando sin impaciencia a que una revisión de valores le colocara en el lugar a que tiene derecho.

Si Felipe Trigo, el fundador de la Pornografía literaria contemporánea acabó suicidándose, Alvaro Retana, el último pornógrafo de la pandilla, recurrió a la desaparición del mundo. Pero lo hizo sólo circunstancialmente, y un buen día, tranquila y voluntariamente, retiróse de la circulación literaria y sin hipocresías manifestó que siendo la suya una personalidad eminentemente liberal y no estando con la Dictadura el ambiente para proseguir en su actuación de novelista galante, antes de renunciar a su modalidad y defraudar a su pú-

blico con producciones blancas, prefería eclipsarse, dispuesto a reaparecer perfectamente renovado cuando conviniera.

Y he aquí que, apenas conocido su espontáneo apartamiento del público, aquellos mismos compañeros que le combatieron encarnizadamente repitieron a coro:

—¡No; si nosotros siempre reconocimos que tenía talento!...

LOS MÁS PORNOGRAFOS DISTINGUIDOS

Ya hemos visto al hacer la historia de la Pornografía contemporánea que, bajo su pabellón, se han dado cita los más esclarecidos y populares novelistas españoles, escritores que cuentan con una brillante producción, justificativa de la importante celebridad de que disfrutan. El que más y el que menos, puede figurar en cualquier antología con trabajos perfectamente artísticos, que nada tienen que ver con las obras a que se ha aludido en este volumen de crítica frívola y profana, confeccionado sin pasión ni bilis; sin esas cominerías de ratón de biblioteca, ni ataques violentos de enemigo encarnizado.

El autor de LA OLA VERDE no profesa antipatía personal *a ninguno* de los literatos analizados por él. Antes bien, favorécelos con el modesto homenaje de su admiración, que se complace en proclamar en estos tiempos en que lo único que se confiesa públicamente es el desdén.

Quien esto escribe ha juzgado oportuno y curioso catalogar los nombres de los más populares novelistas que en el primer cuarto del siglo XX practicaron esa clase de literatura erótica, que floreció en todas las épocas y en todas las edades y que justamente en nuestro tiempo alcanzó el grado máximo de intensidad merced a haber

sido cultivada por figuras eminentísimas. Literatura, que no encontraríamos censurable ni menos perseguible, si se confinara exclusivamente en los volúmenes de coste. No hay razón para oponerse al desenvolvimiento en literatura de ningún tema erótico por atrevido que parezca. El arte es libre, y juzgamos de una repugnante arbitrariedad, impropia de artistas y autoridades, que, por serlo, deben poseer la virtud de la tolerancia, oponer diques a la audacia de ningún escritor por intrépido que parezca. Ahora bien, creemos que esa clase de literatura debe expenderse en volúmenes de precio para evitar que puedan caer en poder de inteligencias desprovistas de preparación para digerir cierta clase de manjares espirituales. Es indudable que presentar a treinta céntimos producciones de acentuado sabor erótico puede constituir un gran peligro para la salud moral de un pueblo. La infancia, ávida siempre de emociones; la adolescencia, devorada por el problema de la inquietud sexual; la juventud, sensible a toda vibración de la carne, no tienen por qué hallar fácilmente a su alcance cierta clase de libros que en manos de personas maduras no revisten otra importancia que el de una pintura literaria de costumbres o un relato de carácter picaresco.

El Directorio ha obrado cuerdamente y sólo plácemes merece por haber barrido todas esas publicaciones económicas donde tanta peligrosa inmundicia aparecía semanalmente; lo que no se explica es cómo no impuso la previa censura gubernativa, con lo cual se hubiera evitado las enojosas denuncias posteriores a la publicación de una novela obscena. ¡Con lo sencillo que habría resultado, máxime contando con medios para ello, evitar la aparición de lo que más tarde habían de perseguir!

* * *

Además de los popularísimos cultivadores de la Pornografía, estudiados particularmente en las páginas de este volumen, hemos de referirnos, aunque no con tanto detenimiento, a otros distinguidísimos literatos que no pueden faltar en una obra de esta finalidad.

A nadie le extrañará que declaremos haber encontrado materia pornográfica entre la vasta producción de Pedro Mata, Rafael López de Haro y don Ramón del Valle-Inclán, que a veces tiene escenas y exclamaciones en sus libros—por ejemplo: "¡Cómo se meneaba el cabroncito!"—que no tienen nada de preciosistas.

Enrique Gómez Carrillo publicó en *La Novela Corta*, de Urquía, una producción titulada *El beso maldito*, que era la historia de su malsana pasión por un adolescente llamado Ramón, al cual vestía de mujer y osculaba con gran escándalo de su querida y, naturalmente, de los lectores.

Pedro de Répide, en algunas ocasiones, se ha producido también de una manera licenciosa, y un libro de versos cuenta entre su magnífico haber literario, con atrevimientos que lindan con la pornografía.

En la "Colección Pompadour"—preciosos volúmenes eróticos presentados por la "Editorial Castilla"—aparecieron, entre otras novelerías de liviandad, que incluso originaron procesos: *La señorita de la boca grande*, del inquieto y notable periodista Pedro Massa, que firmó

con el seudónimo de "Oscar de Onix"; *Un inmoral*, de Juan González Olmedilla, excelentísimo periodista, original crítico teatral y aplaudido comediógrafo, y *Nuestra Señora de la Voluptuosidad*, de Antonio G. de Linares, espejo de eminentes periodistas y novelista encantador de una exquisita e inimitable frivolidad.

Nuestro ínclito cronista de salones de *A B C*, "Gil de Escalante" *(nee* Juanito Spottorno), también lanzó un volumen, con el seudónimo de "Luis de Montemar", en la "Colección Pompadour", e igualmente amparados en la máscara del seudónimo, han escrito novelas de marcado sabor pornográfico, Valentín de Pedro, brillante periodista, inspirado poeta y afortunado comediógrafo; Fernando de la Milla, escritor inteligentísimo que figura en la vanguardia de la intelectualidad periodística, y Luis Uriarte, celebrado dramaturgo, inteligente periodista y contumaz editor de publicaciones de los más opuestos matices.

También han cultivado la novela picaresca Diego San José, Ramón Gómez de la Serna—procesado incomprensiblemente por una de sus más divertidas producciones de *La Novela Pasional*—, Vargas Vila, "Colombine", Andrés Guilmain, Alberto Valero Martín, Juan Pérez Zúñiga, Pedro Morante, Luis Araquistain y otros cuantos más, a los cuales se puede titular escritores conocidos, por no citar otros pornógrafos que se creen artífices maravillosos de la literatura galante y que mucho mejor que en los escaparates de las librerías, estarían en los de las pescaderías coruñesas, alternando con los besugos del Cantábrico.

Mención aparte requiere Alfonso Hernández-Catá que,

después de haberse significado como un detractor de Alvaro Retana, ha concluído escribiendo *El ángel de Sodoma*, novela de un perfecto desconocimiento psicológico o de una preconcebida mala fe, pues solamente a Hernández-Catá que, o no sabe nada o lo sabe todo, se le puede ocurrir hacernos creer que un hombre, al descubrir en sí tendencias homosexuales, se arroje tranquilamente al mar. Alfonso Hernández-Catá, que es un escritor de mundo, que no es un jovenzuelo inexperto, sino un individuo que ha viajado y estudiado lo suficiente para hablar con conocimiento de causa, está obligado a saber que cuando un individuo descubre que le atraen los caballeros no se tira al mar precisamente. Si el invertido, al percatarse de que lleva dentro *el ramalazo* adoptara la resolución de las olas, estarían las regiones submarinas más frecuentadas que la Exposición de Barcelona. *El ángel de Sodoma* podrá ser una obra de arte novelesca, en opinión de Jiménez Asúa y Marañón, que tienen tanta competencia en este caso para opinar, como Uzcudun en el pleito de Tacna y Arica; pero, en nuestra opinión, es vagamente pornográfica y de un absoluto desconocimiento, real o fingido, de su autor en el tema que aborda. Algunos competentes elementos del tercer sexo, con los cuales no conversan, por lo visto, Marañón ni Jiménez Asúa, y a los cuales hemos escuchado atentamente, opinan que todo ese valor psicológico que aparece latente en *Bestezuela de placer*, de "El Caballero Audaz" o *Las locas de postín* y *Currito el ansioso*, de Alvaro Retana, no aparece, ni por soñación, en esa novela de Hernández-Catá que la gente *del asunto* califica de hipócrita y de falsa.

Y ya que incidentalmente nos hemos referido a una novela como *El ángel de Sodoma*, que pinta las costumbres homosexuales, última novedad de las novedades literarias, no dejaremos de anotar la sorpresa que nos produce advertir que los mismos críticos que se escandalizaron de los temas que Alvaro Retana y Joaquín Belda abordaron en broma, se extasíen cuando estos temas se resuelven en serio, y hasta celebren producciones de André Gide, Marcel Proust y otros ilustres escritores franceses, que no son sino defensas descaradas del homosexualismo, como *Corydon*, del primero de los citados y uno de los escritores más contumaces en la apología del vicio que no puede decir su nombre.

Realmente, en los dominios de la Pornografía se han internado casi todos los grandes novelistas de principios del siglo XX, y se pueden contar por los dedos los que no tuvieron deslices reprensibles: Armando Palacio Valdés, Wenceslao Fernández Flórez, "Azorín", Concha Espina de Serna, Ricardo León, Tomás Borrás, Vicente Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Antonio Zozaya, Cristóbal de Castro, y quizás algún otro de los consagrados.

COMENTARIO FINAL

Si todas las preguntas tienen una respuesta, todos los libros tienen una finalidad, y la de éste es proclamar que con Felipe Trigo entró en España, a principios del siglo XX, la ola verde de la Pornografía Literaria que culminó en Alvaro Retana.

Y escritores popularísimos, de indudable talento como Carrère, Alberto Insúa, José Francés, Sassone, Joaquín Belda, "El Caballeroide Audaz", Antonio de Hoyos y muchos más, arrastrados por el vértigo de la literatura erótica, embriagados por la rapidez del éxito, aturdidos quizá por el momento psicológico—período culminante de la guerra europea que desmoralizó al mundo y contribuyó en España a aquel perturbamiento de principios éticos que incluso originara la discutida presentación de la Dictadura—, se bañaron en esta ola verde para nocivo ejemplo de novelistas principiantes y ambiciosos de notoriedad.

Lo más grave de la literatura pornográfica que señoreó en el primer cuarto de nuestro siglo, no está en las producciones de las cabezas visibles del movimiento libertino, sino en la labor de sus discípulos.

Conocida es la frase de Jacinto Benavente: "Bienaventurados de nuestros imitadores, porque de ellos serán todos nuestros defectos." Siquiera Alberto Insúa, Joaquín Belda, Alvaro Retana o Emilio Carrère, poseían

cierta innegable habilidad para hacer de sus novelerías galantes un manjar digerible desde el punto de vista literario. Estos constituían la pornografía aristocrática y la hacían potable por estar dotados de ese talento que cualquiera de ellos manifestó en otra clase de producciones. En éstos, el cultivo de la pornografía vino a ser como una travesura, una concesión a la moda, que colocaba en el trono de la circulación al género erótico y, además, de lozanas desvergüenzas, podían también ofrecer a la voracidad del público libros de crítica, comedias, crónicas, versos y otras manifestaciones perfectamente estéticas.

Pero lo peligroso eran los centenares de picapedreros de las letras que surtían esas publicaciones económicas, donde toda inmoralidad tenía su asiento, y cualquier atrevimiento, fácil acomodo. Los quioscos aparecían materialmente invadidos por una mercancía que intoxicaba los espíritus de lascivia y ordinariez, y producía náuseas a los que, si perdieron la moral, por lo menos conservaron el buen gusto.

España entera era una expendeduría de obscenidades, editadas con ilustraciones a tono con el texto. Cualquier honrada hija de familia, cualquier sencillo colegial, podía encanallarse mediante veinte o treinta céntimos ante las majestuosas barbas de la indiferencia pública. Por un mal entendido concepto de la libertad, ni la Policía, ni la Magistratura, contenían los estragos de una ola verde que tendía a embrutecer a la juventud, recalentar a la madurez y sacudir los dormidos deseos de la ancianidad. Los editores de truculencias pornográfico-económicas, se enriquecían, derrumbando los últimos residuos de can-

dor en la infancia y prostituyendo la pluma de escritores inteligentes que, las más de las veces, si cultivaban la pornografía, no era por servir una exigencia de su alma o una depravación de su instinto, sino porque ese matiz literario se cotizaba mejor y concedía rápidamente más celebridad.

Y a la retaguardia de estos ilustres paladines de la Pornografía, figuraba un centenar de legionarios que amenazaban convertir la nación en un país de locos y de obsesos por el problema sexual. Los libreros proclamaban que no se vendían más volúmenes que los de carácter amoroso y en reñida competencia, tanto los novelistas de alto copete como los principiantes, lanzaban al mercado toda clase de desatinos eróticos, mejor o peor aderezados; pero todos atrayentes para el *gran público*, que parecía inclinarse en favor de esta modalidad literaria.

Cábele al Directorio militar el orgullo de haber opuesto un dique a la ola verde de la Pornografía, y sólo después de una activa persecución a toda clase de publicaciones donde pudiera atisbarse el menor desahogo indecoroso, pudieron verse limpios los quioscos y librerías de tanta porquería, que representaba un gravísimo peligro para la tranquilidad de los hogares y la salud nacional.

En la Audiencia se incoaron más de cuatro mil procesos por escándalo público por medio de la imprenta, que llevaron el terror a las filas del ejército pornográfico y retrajo a los editores. Jueces y magistrados laboraron infatigables en la contención de la ola verde y, por fin, al alborear el año de 1930, pudo asegurarse que la Pornografía había quedado radicalmente extinguida.

Y claro que, como en todas las religiones hay un mártir al cual acaban sacrificando, en esta cruda y razonable guerra declarada a la Pornografía, la UNICA VICTIMA VERDADERA, ha sido Alvaro Retana.

El *único* escritor de los sometidos a proceso por escándalo público a quien se encarceló fué Alvaro Retana. Y se le encarceló dos veces. La primera el 14 de agosto de 1926, para cumplir una condena de cinco meses de arresto, que le impuso la Audiencia de Madrid, por la publicación de *El tonto*, inofensiva producción aparecida en *La Novela de Hoy*. Menos mal que la misma Sala que le condenó, percatada de la excesiva dureza de la pena, aplicóle el indulto del *Plus-Ultra*, y Alvaro Retana abandonó Moncloa-Palace a los veinte días de su ingreso, dondé por cierto tuvo la agradable sorpresa de encontrarse como vecino de celda al mismísimo señor fiscal que le acusara e nla Audiencia y que ingresó en la cárcel incomunicado, comprometido en un asunto de falsedad, malversación, estafa y otras menudencias, de las cuales no respondieron los autores ante la Justicia, pues al concedérseles la libertad provisional se apresuraron a embarcar con rumbo a América.

La segunda vez que Alvaro Retana entró en Moncloa-Palace fué el 14 de agosto de 1928, para cumplir tres meses de arresto que le impuso la Audiencia en 1927, por la publicación de una novela que apareció primeramente en 1919, y que sólo hasta diez años después pudo originar proceso, condena y encarcelamiento. Por cierto que, al preguntar la Sala a Alvaro Retana si estaba conforme con la sentencia, exclamó:

—Es lo mismo que si ahora, en casa, me dejaran sin postre porque hace diez años no me supe la lección en el colegio.

De este segundo encierro salió Alvaro Retana el 14 de septiembre de 1928, alcanzado por el indulto TOTAL que el Gobierno concedió a todos los procesados por delitos de imprenta, para conmemorar el quinto aniversario del feliz (?) advenimiento del Directorio.

A ningún otro novelista de prestigio se le encarceló —por delito de esta índole—. Si procesados estuvieron algunos se sentaron en el banquillo, "El Caballero Audaz", Ramón Gómez de la Serna, Díaz de Tejada, Artemio Precioso, Joaquín Belda, Emilio Carrère, Alberto Valero Martín, Alfonso Vidal y Planas y la correspondiente maraña de innominados para motivar cuatro mil expedientes, el UNICO con quien se procedió tan duramente fué con el Sumo Pontífice de la novela erótica. Si el Gobierno trató de ejemplarizar y satisfacer a la opinión pública, si quiso vindicar a la moral ultrajada por medio de la imprenta, no pudo elegir más acertadamente a un escritor, pues Alvaro Retana, por estar conceptuado como un símbolo de talento, belleza, juventud y perversión—¡palabras, palabras, palabras!—, era la personalidad más sobresaliente e indicada para servir de escarmiento.

En Alvaro Retana se castigó oficialmente a doña Pornografía Literata de una manera espectacular, solemne y ejemplarizante, pues para nadie es un secreto que en cuarenta y cinco años de existencia que cuenta la Cárcel Modelo, Alvaro Retana es el *primero y único* escritor que ha entrado a cumplir condena por haber escrito una novela picaresca.

Lo verdaderamente cruel es que el Gobierno de Primo de Rivera no se conformara con encarcelar dos veces a Alvaro Retana—y la segunda por una producción que se publicó primeramente ¡hacía diez años!—, sino que le suspendió de empleo y sueldo en el Tribunal de Cuentas del Reino, donde él prestaba sus servicios desde 1909, a consecuencia del primer proceso.

¿Puede juzgar nadie justo desposeer a un hombre de una carrera, que ganó por oposición, y después de veinte años de intachables servicios al Estado, por haber cometido *un delito de imprenta*, que en nada afecta a su honorabilidad de empleado? Doblemente de extrañar es esta severidad con escritor que, como Alvaro Retana, si fué un atrevido en sus obras, jamás ofendió al Clero, al Ejército, a la Monarquía, a la Magistratura, al Gobierno ni a la Religión, y su labor, más o menos censurable, fué *exclusivamente erótica*, y sin agravios para las instituciones. Pero menos mal si con la enconada persecución a este escritor, UNICO a quien sensiblemente han alcanzado las consecuencias de la persecución a la Pornografía, pudiera conceptuarse definitivamente dominada la ola verde.

Nada importa el sacrificio de una persona cuando este sacrificio represente el bienestar de una nación y la tranquilidad de la opinión pública.

¿La mujer fácil, de Alberto Insúa? Una novela indicadísima para ser declarada de texto en los colegios de Ursulinas. *¿Luz de domingo*, de Ramón Pérez de Ayala? Una edificante lectura merecedora de ser recomendada en sus pastorales por los obispos. *¿La casa de la Trini*, de Emilio Carrère? Un volumen encantador para servir de tema en las conferencias de las damas catequistas. *¿La guarida*, de José Francés? Una saludable guía espiritual para temperamentos bucólicos. *¿Desamor*, de "El Caballero Audaz"? Una producción de la más refinada ética y acreedora a ser expuesta en los quioscos de las estaciones para recreo de los viajeros amantes de la sana literatura.

Y así sucesivamente. En España no había por lo visto más literatura pornográfica que la de Alvaro Retana, y al ser retirado de la circulación, la Virtud y la Inocencia pueden respirar tranquilas.

Saludemos en Alvaro Retana al redentor de la sociedad corrompida, al inefable bienhechor de la decencia hollada. ¿Quién iba a imaginarlo? Merced al *via crucis* que ha recorrido, las buenas costumbres han vuelto a ponerse de moda. Las casadas infieles han vuelto a la fidelidad de sus maridos; los esposos descarriados, a los brazos de sus olvidadas mujercitas; las hijas de familia ya no pierden su doncellez, y los adolescentes abominan de las tentaciones carnales. Con el voluntario eclipse de Alvaro Retana ha vuelto la honestidad a los hogares, se han restablecido los principios de la virilidad masculina, y como él ha purgado por todos, la vetusta y honorable señora doña Moral, puede proclamarse en paz con todos los numerosos libertinos que la vilipendiaron. Los novelistas pornográficos que tan insistentemente han promovido escándalo público, podrán vanagloriarse para lo sucesivo de que durante la actuación del Directorio, al combatirse la Pornografía, el UNICO escritor libertino a quien se procesó, encarceló y desposeyó de su destino fué a Alvaro Retana, lo que demuestra palpablemen-

te que en España no hay más escritor pornográfico que él, ni más Pornografía literaria que la suya.

Claro que, quien lea atentamente este volumen sabrá a qué atenerse y convendrá con el autor en que si se intentase una imparcial y minuciosa historia de la Pornografía literaria española en los comienzos del siglo XX, no se escaparían de figurar en ella ni los más, al parecer, respetables ingenios.

¿Quién se atrevería a señalar concretamente, con imparcialidad, dónde empieza y acaba la Pornografía en cualquier producción literaria?

FIN

París, MCMXXX.

INDICE

	Páginas.
Introito.	9
Felipe Trigo	17
Alberto Insúa	37
Ramón Pérez de Ayala	53
Emilio Carrère	61
Antonio de Hoyos y Vinent	77
José Francés	87
Joaquín Belda	111
Rafael Cansinos-Assens	117
Alfonso Vidal y Planas	147
Vicente Díaz de Tejada	165
«El Caballero Audaz»	189
Felipe Sassone	207
Luis Antón del Olmet	227
Eduardo Zamacois	245
Artemio Precioso	249
Álvaro Retana	269
Más pornógrafos distinguidos	292
Comentario final	299